

INMA CHACÓN
TIERRA
SIN HOMBRES



ÍNDICE

Dedicatoria

Cita

PRIMERA PARTE

Capítulo uno. La mina

Capítulo dos. El minero

Capítulo tres. El pazo de las cocheras

Capítulo cuatro. El viaje

SEGUNDA PARTE

Capítulo cinco. La posada del Patín

Capítulo seis. El manojito de cartas

Capítulo siete. La fonda de Elisa

Capítulo ocho. El regreso

Nota de la autora

Créditos

Encuentra aquí tu próxima lectura

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

A Carlos, él sabe por qué

[...] que a donde queira que vaia
cróbeme unha sombra espesa [...]
tal de soidás preñada
que a miña vida envenena.

«Airiños, airiños, aires», *Cantares galegos*
ROSALÍA DE CASTRO

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO UNO

LA MINA

El número de los que vuelven nunca es tan grande como el de los que se van, y no puede decirse que todos los que regresan hayan de ser considerados como personajes. Unos traen dinero, automóvil y una leontina; otros, más modestos, un sombrero de paja y un acordeón; los más, una enfermedad de la que mueren, y todos, todos, el acento cambiado.

El señor llega, Los gozos y las sombras I
GONZALO TORRENTE BALLESTER

El aguacero descargó sobre el camposanto como si quisiera cobrarse una deuda. Los goterones rebotaban sin interrupción sobre los paraguas que rodeaban el ataúd, resignado a recibir el diluvio soportando el sonido constante de la lluvia al estrellarse contra la tapa. Mientras, los deudos permanecían con la mirada clavada en el hoyo. Ni una sola corona de flores, ni una lágrima, ni un ramo descuidado, ni un suspiro, ni un rezo, ni un gesto de desolación. Sólo el ruido del agua. Y, a lo lejos, el mar, embravecido y triunfante, levantado sobre sí mismo para que todos supieran que también él había acudido al entierro.

Ninguno de los presentes recordaba haber vivido un temporal semejante. Se había formado cinco días atrás, cuando el horizonte comenzó a llenarse de nubes que se ennegrecían a medida que se acercaban a tierra y alcanzaban la costa, alimentándose unas a otras, despacio, amenazantes, hasta formar una masa de nubarrones que encapotó el cielo de Cobas y se precipitó sobre las colinas donde se desperdigaba la aldea. Desde entonces, no había dejado de llover.

Desde el promontorio donde se encontraba el cementerio se divisaba el monte que albergaba la mina de oro que cambió el destino de Elisa, una mina explotada a cielo abierto en tiempos de los romanos, que permaneció dormida hasta poco antes de la Gran Guerra, cuando una empresa británica decidió abrir un túnel para acceder a la antigua explotación, en busca de recursos con que financiar el conflicto que se avecinaba. Las expectativas de la compañía fueron tan grandes que comenzó a extenderse por los alrededores, como una plaga invisible, una enfermedad contra la que los lugareños trataron de protegerse: la contagiosa fiebre del oro.

La aldea empezó a llenarse de mineros que alteraron la vida cotidiana de la localidad. Se construyeron casas importantes para los ingenieros —con sus trajes de chaqueta, sus pajaritas y sus sombreros de bombín— y barracones para los trabajadores, cuyas constantes trifulcas se resolvían con demasiada frecuencia a tiros de pistola que resonaban como el presentimiento de una maldición.

Los ingleses comprendieron enseguida que los beneficios no compensaban los costes y, para alegría de los vecinos, no tardaron en marcharse. Pero aún no se habían apagado los últimos suspiros de alivio cuando llegó una empresa francesa para horadar una nueva galería desde la mina hasta la orilla del mar.

Para lavar los minerales construyeron una estructura de hormigón frente a la playa de Ponzos, que muy pronto se convertiría en la mayor atracción de la chiquillería y en lugar prohibido para las mozas casaderas.

Elisa no recordaba si aquel laberinto de hormigón llegó a funcionar alguna vez, porque la presencia de los franceses en la zona también resultó muy breve. Sin embargo, ya fuera producto de su memoria o de su fantasía, se veía a sí misma extasiada, mirando cómo llegaba hasta el lavadero el oro entreverado en la piedra, en vagonetas que se desplazaban por medio

de raíles, para terminar después en unas balsas de decantación donde se separaba el metal noble de las impurezas.

Tampoco sabía si era cierto o no, pero ella diría que desde cualquier punto y desde cualquier casa, imponiéndose de nuevo como la premonición de un maleficio, se podía oír el sonido que producían las calderas de vapor al impulsar las ruedas de dos inmensos molinos donde se trituraban las extracciones.

Y mientras los parroquianos vivían los ecos de la mina como una amenaza constante, Elisa los escuchaba como el preludio de una emoción desconocida.

Con los franceses volvieron las peleas y las pistolas, los escándalos de faldas, los conflictos entre trabajadores y patronos, el alcohol, el juego, el espejismo de la abundancia en las manos de los mineros y el derroche. La fiebre y el delirio. El mal del que habían intentado protegerse los aldeanos.

El tiempo había pasado sobre la mina como un tornado, el antiguo lavadero se encontraba abandonado a su suerte, cubierto de hierbas, envuelto en el mismo manto de agua que rebotaba sin misericordia sobre los paraguas del cementerio y había convertido el suelo de Cobas en un lodazal.

Elisa se miró los zapatos, empapados y hundidos en la tierra que esperaba el cuerpo sin vida del hombre con el que hubiera querido ser feliz. Junto al cúmulo de arena que le cubriría para siempre, había una pila de conchas que ella misma ordenó recoger en la playa de Ponzos para que las colocasen sobre la sepultura. Las más pequeñas irían en los bordes y las grandes sobre el lecho, a modo de un manto que le protegiese de la humedad.

El viento desplazaba las rachas de agua de un lado a otro, transformadas en remolinos que acabaron por traspasar la tela de su vestido negro. El rugido era tan fuerte que ni siquiera permitía escuchar el rezo del sacerdote en el último responso. Sin embargo, entre acometida y acometida, Elisa creyó oír el sonido de las campanas que doblaban desde la ermita de la isla de Santa Comba, el lugar donde había empezado la historia que estaba a punto de enterrar.

Antes de que los oficiales cargasen sus palas, mientras el cura pronunciaba el *Requiescat in pace*, y sin que nadie lo hubiera podido predecir, las nubes comenzaron a abrirse y dejó de llover. Elisa cerró su paraguas, miró hacia arriba y prestó atención a las campanas. ¡Sí, eran las de la ermita! Las mismas que redoblaban en las romerías de cada último domingo de agosto desde que ella tenía memoria. Las que sonaban la tarde en que se comprometió con el hombre más bueno de la tierra. El que la había querido toda una vida. El más dulce y sonriente de la vecindad. Eloy *el de las cesteiras*, el hijo del tío Mauricio y la tía Juanita.

No había otro, desde el cabo Prior al alto de La Bailadora, que supiera mirar con más ternura que él, con sus ojos enormes y oscuros, profundos como la bocamina y serenos hasta decir basta. Las mujeres de su familia se habían dedicado, de generación en generación, a vender cestos de mimbre en las ferias del concejo. Elisa las había visto desde su ventana cientos de veces, una detrás de otra, desde la zona donde se situaba su casa, las Covarradeiras, hasta perderse de vista en la ladera del monte, cargadas de cestos que transportaban sobre la cabeza atados entre sí para formar un solo bulto que superaba con creces el tamaño de sus cuerpos.

Y a medida que avanzaban aquellas procesionarias por la carretera bordeada de pinos que conducía a Ferrol, se iban incorporando las vendedoras de leche con tres grandes cántaras de zinc cargadas del mismo modo, unidas por las asas, sobre la cabeza, sin más protección que «la molida», un pañuelo enrollado como un pequeño cilindro que actuaba de base para la carga.

Cuando era pequeña, Elisa solía preguntarse cómo conseguían aquellas mujeres mantener el equilibrio durante las dos horas que tardaban en cubrir la distancia que las separaba de Ferrol: casi nueve kilómetros que también harían de vuelta en fila de a uno.

Su madre, Rosalía *la de las leiteiras*, era una de esas mujeres. La hija de un marinero que se pasaba la vida en barcos mercantes y de una mujer enfermiza que aprendió a escribir para que nadie tuviera que leerle las cartas que de vez en cuando le enviaba el marido, y que murió antes de que Rosalía cumpliera los catorce años, no sin haberle enseñado a equilibrar el peso de las lecheras sobre la cabeza, y a leer y a escribir cuando llegaba la noche.

Rosalía se había casado a los dieciséis años con Mateo, un mozo de la zona del Priorato que regresó de la emigración argentina para hacerse cargo de la herencia de sus abuelos, y le dio a Rosalía dos hijas y una vida repleta de ausencias.

Mateo llegó a Cobas dos meses después de la muerte de su abuela, en la diligencia del servicio de correos que unía la aldea con Ferrol, y que servía también como transporte de pasajeros. Llevaba un canotier y un traje de chaqueta blanco con chaleco y pajarita negros.

Su abuelo se ganaba la vida con una barca de pesca, en la que desapareció durante un temporal que devolvería su cuerpo a la playa tres días más tarde. La abuela le sobrevivió apenas un año, y le dejó a su nieto la casa y un par de terrenos.

Cuando el carruaje se detuvo en las cocheras donde tenía la última parada, Mateo abrió la portezuela, se sujetó el sombrero con la mano y se dispuso a salir.

El sol no se había ocultado aún, pero en su recorrido hacia el cabo Prior ya había transformado el cielo en un paisaje de nubes deshilachadas y rojizas.

Todavía con medio cuerpo dentro de la diligencia, el joven recorrió con la mirada el horizonte que había dejado atrás hacía años. Lo había echado tanto de menos que, por un instante, sintió que se le encogían el estómago y el corazón. Había experimentado aquella misma sensación en muchos atardeceres, cuando era pequeño y su abuela le consolaba de la ausencia de sus padres asegurándole que el sol se ponía cada noche para atravesar el mar y encontrarse con su familia en la otra orilla.

—¡Mándales un *bico*! ¡A la mañana, tendrás uno de vuelta! —solía decirle en el puerto, mientras zurcía las redes que el abuelo acababa de sacar de su barca, y, en su mente de niño, veía a sus padres y a sus hermanos recogiendo un beso que viajaba de oriente a occidente.

Habían emigrado a Argentina cuando él era un crío. El viaje suponía una aventura a la que no quisieron someter al pequeño, así es que le dejaron con sus abuelos, bajo la promesa de que le mandarían llamar cuando les cambiara la suerte. Pero la suerte se hizo esperar demasiado tiempo y a Mateo se le acabó la paciencia. Cuando se le presentó la primera ocasión, decidió embarcarse para seguir los pasos de sus padres, aunque ni ellos ni él encontraron la fortuna que buscaban.

Años después, cuando él estaba al otro lado del mar, se imaginaba a su abuela mandándole un beso al anochecer y esperando el suyo cada mañana, desde que amanecía por Covarradeiras y el sol se entretenía en la vaguada de las Canteras, hasta que despuntaba tras el alto de La Bailadora.

El recién llegado puso un pie en el suelo y se detuvo un instante esperando a que se le pasara la nostalgia.

No tenía intención de quedarse en la aldea, nadie ni nada le esperaban. Vendería la casa y las parcelas de sus abuelos y volvería a Argentina para montar un negocio. Al fin y al cabo, allí había dejado sus sueños por cumplir. No obstante, cuando fijó la vista en la puerta de las cocheras, advirtió la presencia de una joven que le miraba fijamente, e intuyó que aquellos ojos le obligarían a cambiar de intenciones.

La moza se encontraba delante del portón tras el que se guardaría el carruaje, quieta, con las manos apoyadas en las caderas. Mantenía sobre la cabeza tres calderos de leche unidos por las asas. Mateo la reconoció enseguida, se trataba de Rosalía *la de las leiteiras* y le miraba como si supiese que iba a llegar y le estuviera esperando.

La *leiteira* acababa de volver de la plaza de abastos de Ferrol. Cualquiera otro día habría dejado los calderos vacíos en la cuadra y habría ido al huerto a recoger berzas y patatas para prepararse la cena. Pero aquél no era un día cualquiera, tocaba la llegada de la diligencia, y Rosalía la esperaba por si traía alguna carta de su padre.

Ella no había cumplido los doce cuando Mateo se marchó. Siempre le había mirado como a cualquier otro mozo del pueblo —uno de tantos que algún día podría ser su marido—, sin demostrar interés por ninguno en especial, pero comparándolos a todos para no equivocarse cuando llegara el momento de elegir.

Sin embargo, cuando le vio sujetándose el sombrero con la mano, mientras recorría con la mirada los montes como si se alegrase de volver a verlos, supo que ya no tenía sentido comparar a Mateo con nadie más.

En nada se parecía al chico que se había marchado de Cobas vestido con el traje de paño barato que utilizaba los domingos y los días feriados, y cubierto con una gorra. Ahora podría pasar por un señorito de los que ella veía en Ferrol cuando repartía la leche en el barrio de La Magdalena, con sus casas elegantes, sus galerías acristaladas y sus miradores.

La joven esperó a que Mateo se bajase de la diligencia y caminó hacia él sin dejar de mirarle. Cuando le tuvo a menos de un metro, se giró para darle la espalda y preguntarle al cochero.

—¿Trajiste algo para mí?

Antes de que le contestase, se volvió a girar hacia Mateo y le miró otra vez fijamente:

—¿Por qué volviste?

Él se quitó el canotier, a modo de saludo, y le contestó procurando no mostrar su extrañeza por la pregunta:

—Sabía que la moza más guapa del mundo era de Cobas.

—¿Del mundo entero? ¿Cuántas partes conoces?

—Depende desde dónde lo mire. —Y la observó de arriba abajo, examinándola sin ningún reparo—. Desde aquí, ya conocí lo que tenía que conocer.

—¡No seas presumido!

Mateo abrió la boca para decir algo, pero antes de que pudiese empezar la frase, Rosalía volvió a darle la espalda para repetirle al cartero:

—¿Trajiste algo para mí?

Llevaba una blusa blanca y una falda del mismo color que le llegaba hasta el suelo. Encima de la blusa, una pañoleta negra cruzada sobre el pecho y atada a la espalda. Parecía una imagen sacada de un cuadro. Inmóvil. Con sus lecheras en perfecto equilibrio, como si la carga formase parte de ella, consciente de que Mateo la miraba.

Era hermosa, mucho más hermosa que cualquiera de las muchachas del pueblo. Si le hubiera tocado nacer en una de las casas del barrio de La Magdalena, habría sido una chica refinada y exquisita a la que no le habrían faltado pretendientes de buena familia. Pero tampoco le faltaban en Cobas, y ella lo sabía.

Cuando el cochero le entregó su carta, se la guardó en la faltriquera y se encaminó despacio hacia el sendero que conducía a su casa, recreándose en la sensación de que Mateo no dejaba de mirarla, hasta que, a mitad del camino, giró la cabeza hacia él para gritarle:

—Y tú, ¿trajiste algo para mí?

Y se marchó sin esperar la respuesta.

Cuatro meses después se casaban en la ermita de Santa Comba. Mateo vendió la casa de sus abuelos, compró otras dos vacas y comenzó a soñar con un negocio que nunca se haría realidad.

—Algún día nos iremos a vivir a Ferrol y pondremos una vaquería. Así no tendrás que acarrear la leche.

Su sueño se truncó de repente, cuando una de las vacas enfermó y contagió a las demás. En poco menos de un mes se habían quedado con una sola vaca, y Mateo empezó a soñar con otro negocio que le obligaría a viajar de nuevo a la Argentina.

—Montaremos una tienda. ¡Ya verás! Traeré cosas de América que aquí nunca vimos. Se llamará La Quincalla de Rosiña.

Y comenzó su peregrinaje de un lado a otro del Atlántico. Mientras sus hijas crecían, él traía y llevaba productos que vendía aquí y allá, sin que nadie pudiera decir a ciencia cierta a qué se dedicaba. Cada vez que regresaba, llegaba cargado de objetos que Rosalía iba acumulando en un arcón, para venderlos en la tienda que su marido no acababa nunca de abrir: collares de cuentas de colores, prendedores de nácar o quinqués pequeños que hacían las delicias de las niñas.

Rosalía sobrellevaba las ausencias de su marido como soportaba la carga de los treinta litros de leche de sus calderos, sin quejarse y sin hacer ver que le pesaban. A veces Mateo regresaba al cabo de un año con unos cuantos kilos de café, chocolate, unas piezas de tela de seda o unas cajas de botellas de licores exóticos, de cuya venta obtenía lo justo para volver a embarcarse. Otras veces regresaba con alguna historia fantástica sobre cómo se había hecho con un capitalito para perderlo en alguna inversión, que Rosalía siempre fingía creer por muy inverosímil que resultara. Entre algunas de esas historias, figuraba la de que había viajado en un barco cargado de toros y de toreros, bautizado con el nombre de una virgen milagrosa, el buque *Valbanera*.

—En medio de la travesía, un matador me pidió que fuese su apoderado. ¡Ay, Rosiña! ¡Fue cosa de la Virgen! ¡Un milagro! ¡Si me vieras negociando las corridas...! ¡Mira qué fajo me dieron! —Y le enseñó una cartera rebotante de billetes—. ¡Con esto compraremos el local! ¡Vi uno al lado de las cocheras que ya apalabré!

La historia era tan rocambolesca que Mateo no se atrevía a mirar a su mujer mientras se la contaba, pero Rosalía asentía y simulaba entusiasmarse, a pesar de que sabía que le estaba ocultando la verdadera procedencia del dinero.

Los años transcurrieron unos iguales a otros. Mateo compró el local y continuó con su ir y venir de América. La mayoría de las veces regresaba con los bolsillos casi vacíos y sus historias inventadas, y Rosalía se quedaba esperándole, dispuesta a creerle, acarreado la leche de sus vacas y cuidando de sus dos hijas y de la tierra.

Entre los recuerdos más vivos que Elisa conservaba de su niñez destacaba el momento en que descubrió en su madre la capacidad de amortiguar los golpes de la vida, procurando que sólo le dolieran a ella.

Sucedió el día en que nació su hermana Sabela. Elisa no había cumplido aún los tres años. Rosalía se había puesto de parto al recibir la noticia de que su padre había sufrido una angina de pecho en alta mar, y las aguas en las que había navegado toda la vida se habían tragado su cuerpo.

Desde que su madre rompió aguas, Elisa no había parado de moverse de acá para allá, estorbando y haciendo preguntas. Y su padre no había dejado de decirle que se fuera a la cocina y se estuviera quieta.

—¡Anda a la *lareira*! ¡Y no se te ocurra moverte de allí o aún tendremos una fiesta tú y yo! —le ordenó antes de marcharse en busca de la comadrona.

Pero la curiosidad pudo más que la amenaza. Elisa no se quedó en la cocina. Subió las escaleras que conducían al sobrado y se escondió entre los cestos de patatas y cebollas que separaban su catre del de sus padres.

Cuando Mateo llegó con la partera, en lo último que se paró a pensar fue en comprobar si su hija le había obedecido. Corrió hasta el cabecero de la cama de su mujer, comprendió por la expresión de su cara que la noche sería larga y se olvidó de la niña durante las siguientes horas, ocupado en calentar agua para llevarla de la *lareira* al sobrado, exclamando «*Manda carallo con esta sella!*», porque cada vez que se disponía a llenar un cubo, se tropezaba antes con el recipiente de madera de donde extraía el agua.

Cuando se acercaba el momento, la madre descubrió a la pequeña entre los cestos y la tranquilizó con la mirada sin delatar su presencia. Aquella mirada se le quedó a Elisa grabada en la memoria para toda la vida, al igual que las voces de la comadrona diciéndole a la parturienta que no dejase de empujar porque el bebé se estaba resistiendo a salir, y sobre todo, por encima de aquellos gritos, destacaba el silencio de su madre, que expulsó a la criatura que no quería nacer, con la cara apretada y el cuello enrojecido, sin soltar un ¡ay!, para que la niña no se asustara.

Elisa estaba convencida de que en ese instante, junto a su hermana, nació en ella su capacidad para permanecer callada aunque el mundo se estuviera desmoronando a su alrededor, una cualidad que se fue acrecentando con el tiempo, a veces como una virtud, y otras como una carencia que condicionó su forma de relacionarse.

Porque, aunque se le caían los lagrimones, tampoco ella dijo una palabra al ver a su madre sangrar, y al trocito de carne arrugada y manchada de sebo que le entregó a su padre la matrona, antes de regresar a la cama de Rosalía y amasarle el vientre igual que si fuese un pan.

—¡Ya salió la placenta! —dijo al cabo de un rato, que a Elisa le pareció una eternidad, cuando su padre ya había bañado a Sabela en uno de los cubos de agua caliente que había acarreado, y la había envuelto en una toquilla blanca.

Sólo entonces dejó escapar Rosalía un hilo de voz, alargando un brazo hacia Elisa para indicarle que dejase de esconderse detrás de los sacos.

—Ven aquí, cativa.

Y le sonrió como si la noche no hubiera sido interminable y la recién nacida hubiera llegado a este mundo tan limpia como la había dejado su padre, envuelta en su toquilla y sin que la madre hubiera sufrido.

La niña nació cubierta de una capa de vello oscuro y fino, con la piel morena, los ojos negros de Mateo e igual de callada que Rosalía.

El padre la miró extrañado. No había llorado al nacer, ni cuando la partera le dio un cachete en las nalgas, ni cuando él le restregó el cuerpo en el cubo, ni cuando su madre le acercó el pecho a la boca para que aprendiese a buscar el pezón.

—No te preocupes, está sana, llorará —dijo Rosalía mientras le contaba los deditos de las manos y los pies.

Pero no fue así, la niña no lloró. Ni esa noche ni las que siguieron. Si acaso, de vez en cuando, mientras estaba dormida, emitía un gemido como el de los animalillos acorralados, una especie de aullido apagado que se calmaba cuando su madre se la arrimaba al pecho.

Nadie podía entenderlo, pero Sabela no lloraba. Creció sana y fuerte, eso sí, aunque cuando tenía motivos para derramar una lágrima, se sujetaba el dolor para sus adentros, tal y como había hecho su madre el día en que ella nació.

—Cosas de meigas —comentaban algunas mujeres en los corrillos. Porque, además de no saber llorar, no acababa de perder la pelusa que le cubría la piel.

Con su pelo rojizo y sus ojos verdosos, Elisa parecía la protagonista de un cuento, mientras Sabela era un pajarillo que aún no había conseguido liberarse de todo su plumón. Crecieron criándose como una sola y compartiendo tareas: sembrar y recoger los productos del huerto, cuidar de las gallinas y de las vacas cuando su madre se iba a Ferrol, preparar los pesebres, sacar agua del pozo y un largo etcétera que las mantenía ocupadas todo el día.

La *leiteira* había soñado a menudo con enviar a sus hijas a un colegio de Ferrol. Si tuviera que escoger una sola razón por la que alimentaba el sueño de que algún día su marido abriría la quincallería, sería sin duda la de que Elisa y Sabela recibieran la educación que ella no pudo tener.

Sus hijas no vivirían acarreado lecheras, ni tendrían que contar cada real que entraba en su casa; no recogerían algas para el abono, ni esperarían a un marido que alargaba cada viaje un poco más. Ellas encontrarían un hombre que no tuviera que buscarse la suerte al otro lado del mundo. Un joven con estudios, que jamás se fijaría en una aldeana que no supiera escribir.

Sí, sus hijas irían al colegio y acabarían con la tradición que la había atado a ella a sus calderos de leche.

Hasta que llegase ese momento, si es que llegaba, cuando caía la noche, ella misma les enseñaba las letras a la lumbre del fogón, como su madre había hecho con ella. Y luego, antes de irse a la cama, les contaba cuentos que ella misma se inventaba, sobre héroes enamorados y campesinas que se convertían en señoritas.

Y así siguieron durante años, hasta que el destino abrió entre ellas una brecha que se iría haciendo más profunda con el tiempo, para terminar en un abismo imposible de salvar.

A la vuelta de uno de sus viajes Mateo llegó con su hermano Manuel, seis años mayor que él y, debido a unas fiebres tifoideas, sordo desde los cinco años. Llevaba el pelo recogido en una coleta larga y canosa, un bigote y una perilla que parecían crecerle sin querer, y un poncho descolorido de lana granate.

—Se quedará a vivir con nosotros. Te ayudará con las vacas y en las faenas de la tierra — le dijo Mateo a una Rosalía desconcertada—. No oye, pero sabe leer los labios y decir alguna palabra que otra.

La mujer le aceptó en su casa a sabiendas de que, cuando se quedase sola con sus hijas y su cuñado, se convertiría en la comidilla del pueblo. Los dimes y diretes empezarán en cuanto su esposo pusiese un pie en la diligencia para marcharse otra vez.

Pero la *leiteira* se equivocaba. Las habladurías empezaron antes de que Mateo volviera a embarcarse.

No podría decirse que Manuel fuese guapo, tenía un atractivo difícil de definir, más alto que la media de los hombres de los alrededores y más arrugado de lo que le correspondería por su edad.

Bajo su poncho se percibía un cuerpo fornido y joven, siempre derecho y mirando de frente, como los que no tienen miedo o ya han vivido lo que tenían que vivir. Un cuerpo capaz de provocar al pecado, y una sonrisa en los labios que parecía querer cometerlo.

Manuel era para algunas mujeres el causante de una turbación que debían reprimir. No sabía hablar, pero las miraba de tal modo que cualquiera diría que estaba tratando de seducirlas. Lo hacía sin darse cuenta, con la única intención de entenderlas, pero cuando fijaba su mirada en sus bocas para leerles los labios, más de una habría deseado encontrar en los ojos de su propio marido la mirada que Rosalía tenía en su casa, perturbadora y audaz. Al verle, se miraban unas a otras, se guiñaban un ojo y se apartaban de él como si corriera peligro su honra.

Entre mirada y mirada, la turbación se fue transformando en malicia y la malicia en calumnia. Y la calumnia comenzó a soltar su veneno, primero en silencio, y después en murmullos que corrían sin control, de boca en boca, de casa en casa y de pazo en pazo.

De vez en cuando Manuel acompañaba a Rosalía a Ferrol para vender la leche, o sujetaba la vaca que tiraba del carro en el que cargaban los golfos, las algas con las que abonaban el huerto. Siempre solícito y sonriente, mirando a su cuñada con aquella mirada penetrante que algunas mujeres no podían soportar.

Tenía las manos grandes y fuertes, proporcionadas a su tamaño, muy hábiles con cualquier trabajo manual. Le gustaba moldear la madera y cuando caía la tarde se pasaba las horas en la cocina con una navaja y un trozo de rama.

Con motivo del cumpleaños de Rosalía, le talló un colgante en forma de pez, para alejar a las personas que quieren atrapar a otros por la boca, un amuleto que la *leiteira* no se quitaba

ni para dormir.

Las mujeres del lavadero enseguida se dieron por aludidas al vérselo y empezaron a preguntarse qué motivos tenía para necesitar ese tipo de protección.

—¿Te diste cuenta? Es un *peixán*.

—Más le valdría protegerse del cuñado que de nosotras, ése sí que tiene una buena boca, y no para hablar, precisamente. ¿Viste cómo le sonrío?

—¿Y viste cómo le gusta a ella que se la quede mirando fijo a la boca? A mí no me la dan.

—El otro día la acompañó a Ferrol con la leche, y dicen que tardaron más de la cuenta en llegar al mercado.

—¡Ay, caminito, caminito, que entre revuelta y revuelta te escondes, dime cuántos amores prohibidos se corresponden!

Como era de esperar, los rumores no tardaron en llegar a la taberna y a oídos de Mateo, pero él se reía abiertamente de ellos y les quitaba importancia.

—Habláis sin saber ni un *carallo* —les decía a los que se atrevían a advertirle sobre el comportamiento de su hermano—. Pero si es la inocencia hecha persona. Como un niño sin uso de razón.

La sordera le había ido aislando desde pequeño hasta encerrarle en un mundo propio, donde resultaba casi imposible entrar. Mateo sabía que no había de qué preocuparse, pero, aun así, le pidió a su mujer que se quitase el amuleto.

—¿Y darles la razón? —protestó Rosalía.

—Más razón les das si lo llevas.

Rosalía se lo quitó a regañadientes, pero lo colgó en el cabecero de su cama, a sabiendas de que los corrillos no necesitaban excusas para sacar la lengua a pasear.

El tío Manuel no volvió a acompañarla nunca a Ferrol. Desde entonces sólo se relacionaba con Elisa y Sabela. De hecho, eran las únicas personas con las que parecía entenderse. Se convirtió en la sombra que las acompañaba a todas partes, con su poncho descolorido y su sonrisa fácil, ya fuese a recoger patatas o a comprobar si las gallinas del corral habían puesto algún huevo.

Entre las labores que tenían encomendadas las niñas se incluía la de bajar a la orilla de la playa de As Fontes para recoger golfos. Manuel también las acompañaba casi cada mañana. La playa se encontraba al pie de la ladera de un monte, en cuya cima las niñas amontonaban los vegetales para acarrearlos después hasta la casa. A veces, a la vuelta de Ferrol, Rosalía enganchaba la vaca a un carro y recogía a sus hijas con su carga.

Poco a poco los chismorreos empezaron a apagarse, sin más.

No obstante, tal y como Rosalía temió en un principio, resurgieron cuando a los dos meses Mateo volvió a embarcarse y su hermano se quedó en tierra, compartiendo la casa con su cuñada.

A medida que pasaban las semanas Rosalía iba sintiendo los agujijones envenenados que les lanzaban desde los corrillos, procurando aparentar que sus oídos estaban tan sordos como los de su cuñado, y tratando de que él no se enterase.

Hasta que, de nuevo poco a poco, sin hacer otra cosa que mantenerse en silencio y esperar, la *leiteira* consiguió acallar las sospechas.

La ausencia de Mateo se prolongó durante más tiempo que el acostumbrado. Casi tres años en los que no faltaron las cartas, algunas desesperadas, otras para informarlos de que tenía un asunto entre manos que los ayudaría por fin a abrir el negocio, y las menos, para enviarles unos pocos billetes.

Rosalía se las leía a sus hijas embelleciendo sus historias, convencida de que sólo se trataba de humaredas que se perderían en el aire como siempre, disueltas en la nada.

Entre carta y carta, Elisa y Sabela esperaban el regreso de su padre como el de un aventurero que volvería cargado de regalos. Rosalía le esperaba con la vana ilusión de que algún día se quedase con ellas para siempre. Y el tío Manuel, convertido sin quererlo, a ojos de todos, en el hombre de la casa, sin poder impedir que los rumores sobre él y Rosalía resurgieran y se apagarán a la menor oportunidad.

Una tarde de la primavera de 1910 en la que caía una lluvia fina que amenazaba con intensificarse, Mateo regresó a Cobas.

Faltaban unos meses para que los franceses reabriesen la explotación minera y la vuelta de los mineros revolucionara otra vez la vida de la parroquia, donde se vivía el día a día como siempre: los pescadores se embarcaban sin saber a ciencia cierta si la mar los devolvería sanos y salvos; las *leiteiras* ordeñaban sus vacas, cargaban sus lecheras sobre la cabeza y emprendían su caminata hacia Ferrol para llegar antes de las nueve y pagar el impuesto que les permitía vender en la plaza; los *cesteiros* confeccionaban los cestos que las mujeres acarrearán hasta las ferias, y cada cual cuidaba como podía de sus casas, de las parcelas que tenían diseminadas aquí y allá y de los animales de sus cuadras.

Mateo llegó en la última diligencia, con las manos vacías, sin abalorios ni peinetas de carey. Traía grabados en la cara la decepción y el cansancio, y se le había agriado el carácter. Era como si sus sueños se hubiesen hecho añicos todos a la vez y las esquirlas le hubiesen llenado de heridas por dentro y por fuera.

Desde su vuelta se pasaba los días en la taberna o vagabundeando por las tierras, sin saber qué hacer. Ya no se reía de las tonterías que escuchaba aquí y allá sobre su hermano y su esposa; al contrario, si alguien se iba de la lengua delante de él, se enzarzaba a puñetazos y luego regresaba a casa lleno de golpes y de acusaciones.

—¡Agua llevará el río cuando suena tanto! ¡Anda y dime que aún me he vuelto loco! —le decía a su mujer, que esperaba callada hasta que el marido se desahogaba, sabiendo que después le pediría perdón.

Una noche, a la vuelta de la taberna, cogió el amuleto que Rosalía había colgado en el cabecero y lo tiró por la ventana. Luego miró a Manuel con los puños cerrados y la nariz enrojecida.

—¡Si no fueras mi hermano...!

Pero Manuel le devolvió su mirada de niño que no tenía uso de razón, y a Mateo se le ablandó la furia y la guardó hasta el siguiente chismorreó.

Si su casa hubiera sido distinta, los habría podido acallar, pero todos conocían su distribución. Como la mayoría de las viviendas de la aldea, estaba dividida en dos plantas: en la de abajo se situaba la cocina, donde la familia hacía la mayor parte de la vida, separada de la cuadra por un pequeño zaguán. El sobrado ocupaba la planta de arriba, a un lado se guardaban las patatas, los ajos, las cebollas y demás productos de la huerta, y en el lado que quedaba sobre las cuadras se disponían los catres, algunos separados por cortinas y otros no.

Las habladurías se centraban en cómo se dormiría en el sobrado de la casa de la *leiteira*. Cuando llegó, Manuel había construido una especie de biombo de madera para separar su cama de la del matrimonio. Pero los vecinos tenían razón, todos dormían en el mismo cuarto,

sobre las cuadras, al amparo del calor de los animales. Quién sabía si Manuel y Rosalía, en ausencia del marido, habrían buscado también otra forma de calentarse.

Cuando las niñas eran pequeñas, el matrimonio esperaba a que sus hijas se durmieran para hacer sus cosas procurando no hacer ruido. Incluso durante los dos meses en que Manuel vivió con ellos, antes de que Mateo se embarcase, la pareja había seguido cumpliendo como lo había hecho siempre. Mateo abrazaba en silencio a su mujer, metía las manos por debajo de las sábanas y ella se dejaba hacer. Al fin y al cabo, la sordera del cuñado los protegía de la falta de intimidad.

Sin embargo, desde la última vuelta de su marido, Rosalía había desarrollado una especie de pudor que le impedía entregarse. Cada vez que él la acariciaba, ella le retiraba la mano con el pretexto de que las niñas podían oírlos. Pero Mateo no podía evitar pensar que el motivo del rechazo no era que los oyesen sus hijas, por muy sordo que estuviera su hermano.

Desde la primavera hasta recién entrado el invierno Mateo vivió entre la taberna y su desesperación. No quería volver a embarcarse, ni colaborar en las faenas del campo, ni ayudar con las vacas o en la recogida de los golfos. Apenas hablaba con los suyos ni participaba en la vida familiar, sólo compartía con ellos las horas de las comidas, siempre cabizbajo y apático. Y cuando se metía en la cama con su mujer y ella le rechazaba, le retumbaban en el oído las habladurías, cada vez más negras y humillantes.

Hasta que una noche, poco antes de la Navidad, se levantó del catre cuando Rosalía le apartó la mano, cogió su ropa del perchero y se vistió a toda prisa.

—¡Esta fue la última vez! ¿Me entendiste? ¡La última! —Y comenzó a bajar las escaleras del sobrado.

Rosalía se levantó detrás de él, se echó una toca sobre el camisón e intentó detenerle sujetándole por un brazo.

—¿Dónde vas, hombre de Dios?

Mateo se desprendió de la mano y bajó las escaleras sin dejar de repetir: «¡La última, *carallo!*».

Una vez en la cocina, se dirigió hacia la puerta del zaguán y cogió uno de los candiles que solían tener colgados de la pared. Rosalía nunca le había visto tan alterado.

—¡Vas a despertar a tus hijas! —le dijo en un susurro mientras él encendía el quinqué.

Entonces Mateo levantó la luz hasta iluminar la cara de su esposa, abrió el portón y pronunció, también en susurros, las únicas palabras que ella no podía consentirle:

—¿Estás segura de que son mías? Porque yo nunca eché las cuentas.

Hasta ese momento Rosalía había procurado quitarle importancia a los celos de su marido. Siempre que llegaba a casa con algún chisme de taberna rondándole por su mente desvariada, lo achacaba a la bebida o a la falta de actividad en la que se había hundido poco a poco. Pero jamás imaginó que tuviese que oír de sus labios semejante acusación.

—¿Y tú? ¿Estás seguro de que te dejaré volver si sales por esta puerta?

Mateo dejó la pregunta de su esposa en el aire y salió por la puerta por la que ya no volvería a entrar más. Aquella noche llovía como si el cielo se hubiera aliado con su desesperación.

Rosalía le siguió con la mirada hasta que le vio desaparecer tras el manto de agua. Lo último que recordaría de su marido sería su sombra alumbrada con el candil, perdiéndose en la oscuridad como un ánima en pena, una de tantas que se ven obligadas a vagar por los bosques con la Santa Compañía, a la espera de ocupar la cabecera de la procesión, para liberarse de su condena cuando otra se incorpore a la cola de la fila.

La *leiteira* permaneció con los ojos fijos en la noche hasta que amainó la lluvia, con la toquilla cruzada sobre el pecho, intentando no pensar ni sentir. Permaneció durante horas contemplando la nada más absoluta, hasta que cesó el sonido del agua y el silencio la devolvió a la realidad. Entonces se dio la vuelta para regresar al sobrado y distinguió una figura al fondo de la cocina, de pie, junto a la escalera, con un poncho descolorido y los brazos abiertos, dispuestos a consolarla.

A la mañana siguiente, segura de que sus hijas habían oído los gritos de Mateo, Rosalía les contó la historia del buque cargado de toros que él se había inventado al regreso de uno de sus viajes.

—Le avisaron para ayer mismo, por eso no se despidió. Pero le hice prometer que sería la última vez que se embarcaba. ¡La última!

Ocho meses más tarde una compañera le dijo que un funcionario del puerto había preguntado por ella nada más irse de la plaza de abastos para hacer sus repartos en el barrio de La Magdalena.

El aviso no la alarmó, era bastante frecuente que las *leiteiras* volviesen a Cobas con encargos de unos y de otros, de modo que pensó que alguien de los astilleros necesitaría enviar algo a la aldea.

Rosalía se dirigió a la comandancia para recoger su mandado, pero en lugar del encargo que ella había supuesto, le esperaba la única noticia que recibía sobre su marido desde que se marchó.

Mateo se había embarcado en un carguero de bandera británica en el que viajaban casi trescientas personas, muchas de ellas emigrantes españoles e italianos. El buque había naufragado frente a los cayos de Florida.

—Lo lamento, señora —le dijo el funcionario de la comandancia mostrándole un papel—. En la lista de desaparecidos se encuentra el nombre de su esposo.

Rosalía volvió a Cobas tragándose las lágrimas, pensando en la historia que les contaría a sus hijas. Ya no tenía sentido mencionarles otro buque distinto al de la virgen milagrosa. Les diría que el *Valbanera* había naufragado y que nadie había sobrevivido, de modo que, a partir de ese día, ella construiría su futuro y el de sus hijas como Dios le diese a entender.

Cuando llegó a la aldea, Manuel se encontraba en la cuadra arreglando los pesebres. Ella abrió el portón, se le quedó mirando con los ojos muy abiertos y le habló remarcando cada sílaba para que le leyese los labios:

—Vengo de la comandancia.

Manuel sólo necesitó ver su expresión para entender que su hermano no volvería. Apoyó el mango del rastrillo contra la pared, se acercó a su cuñada, la abrazó y dejó que se deshiciera en lágrimas mientras él se tragaba las suyas.

Sus sobrinas estaban a punto de volver de la playa de As Fontes. Rosalía las había avisado de que no iría a recogerlas aquella tarde con el carro, porque no sabía cuánto tardaría en hacer el mandado del puerto, así que las jóvenes regresaban andando, con los cestos llenos de algas sobre la cabeza.

En cualquier otro momento Manuel hubiera sentido el ladrido de los perros, que avisaban de que Sabela y Elisa se estaban acercando. No podía oírlos, pero algo vibraba en el aire cuando las niñas tomaban el camino de casa. Sin embargo, en aquella ocasión al tío Manuel le pasó desapercibida la señal de alerta.

Rosalía se apartó de él, se secó las lágrimas con el delantal y dejó de llorar.

—Ya vienen las nenas, será mejor que sigas con lo que estabas haciendo.

Y se marchó al patio delantero, cogió el cubo de zinc con el que solía sacar el agua del pozo y simuló que lo estaba llenando mientras las esperaba.

Las niñas llegaron en pocos minutos. Rosalía dejó el cubo sobre el brocal y les pidió que entrasen en la cocina.

—He de contaros algo.

El tío Manuel había vuelto a coger el rastrillo para retirar el lecho sobre el que dormían las vacas, una mezcla de tojos y estiércol con la que luego abonaría las parcelas. Había dejado abierto el portón, y al entrar en el zaguán, Elisa sintió el olor dulzón y caliente de los pesebres, mezclado con el de la tierra empapada. Sin saber muy bien por qué, pensó en su padre.

Mateo se había embarcado hacía unos meses, como en tantas otras ocasiones. Sin embargo, la última fue muy distinta: había discutido con su madre, se había marchado sin despedirse y sin esperar a celebrar la Nochebuena, y no había escrito ni una sola carta.

Cuando Rosalía terminó de contarles la historia del naufragio del *Valbanera*, miró a sus hijas y les habló de los planes que había tramado mientras volvía de Ferrol con la peor de las noticias que podía traerles. Ya nunca más dispondrían de lo poco o lo mucho que, de tanto en tanto, traía Mateo de sus viajes. Había llegado la hora de abrir el negocio. Tenía suficiente material en el arcón. Cuando le hiciese falta más, se las arreglaría para ir al puerto de La Coruña y encargárselo a cualquiera de los amigos que dejó su padre en los barcos mercantes. Una de las hijas aprendería el negocio y se prepararía para poder casarse bien. La otra se quedaría al cuidado de la tierra, como mandaba la tradición, y cuando a ella le faltaran las fuerzas, la sustituiría acarreando la leche.

—Una de vosotras ayudará al tío Manuel en la tienda y se preparará para cuando llegue el momento de casarse —dijo dirigiéndose a Elisa, que se había deshecho en lágrimas.

Rosalía ya le había echado el ojo al hijo del pescadero, que pasaba todos los días por delante de su casa. El mozo era un buen partido, y su padre, al que todos conocían como el tío Mauricio, se había empeñado en ser el primero de la aldea en colgar en su cocina un título de bachiller expedido en la capital de la provincia. Así que por primera vez le habló a Elisa de Eloy *el de las cesteiras*, tratando de darle a su tono de voz un matiz con el que levantarle el ánimo.

—Ese rapaz no deja de mirarte cuando pasa por aquí. Y tú también le miras, no creas que no lo vi.

—Pero... No, madre, yo nunca me fijé en él.

—Pues empiezas a fijarte ahora. No hay más que hablar.

Elisa intentó seguir protestando, pero Sabela se le adelantó, con una voz tan quebrada y tan ronca que nadie diría que había salido de los labios de una niña:

—¿Y yo, madre?

—Lo siento, *miña filla*, alguien tiene que seguir trayendo los golfos.

Fue entonces, a los trece años y medio de haber nacido, cuando se le cayeron sus dos primeros lagrimones.

Rosalía no podía imaginarse que quien se había fijado en Eloy *el de las cesteiras* no era su hija mayor, sino la pequeña, que soñaba con el mozo una noche sí y otra también. Ninguna de las dos hermanas se atrevió a contradecir a su madre, aunque, para Elisa, Eloy supondría una cadena que la ataría a la tierra, y para Sabela, seguiría siendo el héroe de cada cuento que le contaban de niña, y la liberaría de la vida que le había tocado en suerte.

La casa de la *leiteira* se encontraba en la ladera de un monte poblado de pinos y helechos, a media distancia entre la cima y la base, junto a un camino que unía la carretera de Ferrol con la playa donde los franceses construirían el lavadero de la mina. Aquella parte del monte recibía el nombre de Covarradeiras.

Desde cualquier punto de la casa podía divisarse a los que subían o bajaban de la capital del concejo, de ahí que a Rosalía no le hubieran pasado desapercibidas las miradas de Eloy.

Sabela le conoció una tarde en que se cruzaron en el desvío de la carretera. Unos meses antes del naufragio de su padre. Ella volvía con su hermana de recoger golfos, y Eloy, del colegio donde estaba a punto de terminar el bachillerato.

Probablemente habrían coincidido otras veces, pero Sabela no había reparado en él. Elisa solía abrir camino y ella la seguía con la mirada fija en la espalda de su hermana, intentando que no se le cayese el cesto.

El verano se estaba acercando y hacía calor. Era uno de esos días que parecen resistirse a que llegue la noche, cuando, según la leyenda, las meigas se reúnen en los bosques alrededor de la hoguera y depositan en sus calderos ramas de siete árboles distintos, mientras pronuncian los conjuros con los que alejarán a sus enemigos visibles e invisibles.

Corría un viento pastoso y caliente que potenciaba el olor de las algas, un olor espeso, a verde y a mar concentrado, que se desbordaba del cesto y caía sobre Sabela, impregnándola entera.

El cielo estaba cubierto, aunque, de cuando en cuando, el viento apartaba las nubes y dejaba que asomasen algunos rayos de sol. Sabela miró hacia arriba, embelesada por las figuras que dibujaban las nubes, y trató de encontrar entre ellas alguna meiga volando en su escoba, un juego con el que a veces trataba de asustarla su hermana.

La noche anterior había caído una tromba de agua que dejó los caminos embarrados y repletos de agujas secas de los pinos. Al levantar la vista, Sabela resbaló y estuvo a punto de caerse.

Elisa se había adelantado unos pasos. Ya había tomado el desvío de Covarradeiras cuando el cesto de su hermana se estrelló contra el suelo y las algas se desperdigaron a su alrededor.

Sabela, sin embargo, no llegó a rozar el lodo. Antes de que sus rodillas se hincasen, el chico de las *cesteiras* la sujetó de un brazo y la ayudó a recuperar el equilibrio. Cuando su hermana volvió para ayudarla, él ya había metido las algas en el cesto y se disponía a continuar su camino. Llevaba unos pantalones sujetos por tirantes y una gorra de visera que le daba sombra en los ojos.

Eloy se marchó sin haber pronunciado una palabra, cabizbajo, como si le diese vergüenza haber ayudado a Sabela, que también permanecía muda.

Aquella noche, nada más meterse en la cama, Sabela suspiró y le hizo a su hermana la primera confidencia:

—Era simpático, ¿verdad?

Elisa sólo le había visto de espaldas, pero reparó en que llevaba un hatillo de libros colgado al hombro, y enseguida le identificó como el hijo del pescadero.

—Pero muy feo, y demasiado mayor para ti. Ya debió de cumplir los diecisiete.

—¿Y quién dice que le quiera para mí?

—No sé... Como dijiste que era simpático...

Elisa se dio la vuelta en la cama y se durmió sin darle más importancia, pero Sabela permaneció despierta casi toda la noche, recordando la mano de Eloy y la fuerza con que la sujetó.

Al día siguiente, a la vuelta de la recogida de golfos, se detuvo en la bifurcación del camino con la esperanza de coincidir otra vez con él. Pero no apareció. Nunca más volvieron a cruzarse. No obstante, una tarde, al salir al patio delantero de su casa para sacar agua del pozo, distinguió su silueta en el cruce, con su hatillo de libros colgado al hombro, sus pantalones con tirantes y su gorra.

El corazón se le aceleró cuando el chico giró la cabeza hacia la casa. Había demasiada distancia entre ellos como para asegurar que sus miradas se habían cruzado, pero Sabela se estremeció, se tocó el brazo que él le había apretado, volvió a sentir su roce y continuó con los ojos fijos en él hasta que desapareció en el camino.

Unos días después, en la misa del domingo, le descubrió en el lateral derecho de la iglesia, sentado en uno de los bancos destinados a los hombres, mirando a hurtadillas hacia el lateral donde ella se encontraba con su madre y su hermana, junto al resto de las mujeres.

El corazón volvió a palparle sin control. Por primera vez en su vida sintió una extraña sensación de cosquilleo en el estómago, como si dentro de él cientos de mariposas estuvieran batiendo sus alas al mismo tiempo.

Hasta que terminó el curso escolar el hijo del pescadero pasó todos los días a la misma hora por Covarradeiras, cuando ella sacaba agua del pozo, y siempre se giraba para mirarla.

Sabela temía que llegasen las vacaciones y dejase de ir al colegio. Sin embargo, cuando terminaron las clases, continuó pasando a la misma hora. En lugar del hatillo de libros llevaba una cesta de mimbre que debía de estar vacía, porque la balanceaba sin esfuerzo al ritmo de sus pisadas.

Y así, día tras día, cada vez que le veía en el camino o coincidían en misa, Sabela volvía a sentir que Eloy la sujetaba del brazo y tiraba de ella para llevársela lejos.

En alguna que otra ocasión, antes de dormirse, volvió a hablar con su hermana de él, pero procuraba disimular su interés, como si la conversación no tuviese trascendencia.

—¿Te fijaste en el chico de la tía Juanita? —le preguntó una noche, cuando las dos se acomodaron en el catre, espalda contra espalda—. Pasa todas las tardes por el cruce.

—Vuelve de Ferrol. De llevar los pedidos de la pescadería.

—¿Cómo lo sabes?

—Aquí todo se sabe.

—¿Hablaste con él alguna vez?

—Algunas. Sólo sabe decir sí o no. Se parece a ti.

Las dos hermanas continuaban dándose la espalda, pero en ese momento Elisa se dio la vuelta y se acercó a Sabela para decirle al oído:

—A la mayoría de la gente le resulta un poco raro.

—¿Por eso nos parecemos, porque yo también les resulto rara?

—¡Qué les vas a resultar! ¡Si te quiere todo el pueblo!

Pero no era cierto, la mala fama acompañaba a Sabela desde que nació. Una niña que no lloraba no podía ser de este mundo. No había nadie en la aldea que ignorase que jamás había derramado una lágrima. Como tampoco había nadie que no desconfiase de aquella particularidad.

Desde muy pequeña se acostumbró a que la gente la viera como un ser extraño. No en vano, su fama había crecido con ella y con los murmullos que escuchaba al pasar:

—¡Santa Comba nos libre de la mala sombra!

Sabela los había escuchado cientos de veces, pero continuaba su camino como si no los hubiese oído, sin hablar con nadie. Ella sabía que era distinta, y arrastraba su diferencia sin dejar ver que le afectaba. Por mucho que nadie lo entendiera, a ella no le hacía falta llorar; además, no era la única de la familia que apenas hablaba. Tampoco lo hacía su tío Manuel, ni su padre, ni siquiera Elisa, que sólo pronunciaba más de dos palabras seguidas cuando compartía el catre con ella.

Pero mientras los silencios de Elisa solían atribuirse a su timidez, los de Sabela se veían como si rumiaran una suerte de amenaza. Como si en su cuerpo de niña se estuviera incubando una mujer que prometía traer malos augurios.

A ella nunca le había importado ser distinta a los demás; al contrario, fomentaba su fama con su mutismo y mirando fijamente a cualquiera, como si pudiera maldecir con los ojos. Y todos le retiraban la mirada. Todos menos Eloy, que se la mantuvo la tarde en que la ayudó a recoger los golfos del suelo, y después, día tras día, desde el cruce de caminos o desde el banco de la parroquia, sin importarle los rumores que corrían sobre ella.

—¿Por qué hablaste con él? ¿Te gusta? —le preguntó a Elisa aquella noche tratando de parecer indiferente.

Su hermana se incorporó en la cama e hizo un gesto de repugnancia.

—¿Estás loca? ¿Te fijaste bien en su cara? ¿No le viste las marcas de la viruela?

Nunca más volvieron a hablar de él. A partir de entonces Sabela alimentó su sueño en silencio. Parecía tan tímido que no le extrañaba que no hubiera intentado hablarle, a pesar de que no le faltaron oportunidades. O quizá él también se sintiera diferente, y temía que le rechazara.

Lo cierto era que la seguía mirando cada vez que pasaba por el cruce de Covarradeiras, haciendo oídos sordos a quienes la consideraban un ser de otro mundo.

Junto a una de las playas de Cobas, llamada de Santa Comba, se levantaba una isla conocida por el mismo nombre, separada de la costa por apenas unos metros. Se trataba de un pequeño montículo rocoso al que se accedía a través de unas escaleras de madera que permanecían al aire durante la bajamar, cuyos peldaños se rompían constantemente por la fuerza de las olas.

En la cumbre de aquel monte se encontraba la ermita de la Patrona, representada por la talla de una virgen de pequeñas proporciones que se exponía en la parroquia de Cobas. Según la tradición, la figura había llegado al litoral flotando milagrosamente sobre una enorme pila de piedra cuyo peso debería haberla arrastrado hacia el fondo.

Los últimos domingos de agosto se trasladaba la Virgen a la isla de Santa Comba, en una romería a la que asistía toda la vecindad. La música de las gaitas y los rezos de los romeros la acompañaban a primera hora de la mañana, desde la iglesia del pueblo hasta la ermita, en un día de fiesta que terminaba con una verbena frente a las cocheras, donde se improvisaba una pista de baile.

La costumbre ordenaba que, en la romería, las mozas y mozos se vistieran con los trajes típicos de la región. Los de ellas destacaban por sus faldas rojas adornadas por rayas negras, corpiños labrados de azabache y pañoletas vistosas; los de ellos, por sus fajas y sombreros rojos, chalecos negros y camisas blancas.

Alrededor de la pista, delimitada por guirnaldas de colores y faroles de aceite, se situaban los carrmatos de los churros, las empanadas, los turroneos y las manzanas bañadas en azúcar tostado, una golosina que Rosalía solía comprar a sus hijas nada más llegar a la verbena. Delante de los carrmatos, formando un semicírculo, se colocaban sillas de enea, donde las mozas esperaban a que los mozos las sacasen a bailar.

Para Elisa y Sabela, el día de la Patrona era el único festivo del año. Hacía casi una década que se había aprobado una ley que regulaba el descanso dominical, sobre todo para las mujeres y los niños, pero contemplaba tantas excepciones que apenas si se cumplía, y mucho menos en las explotaciones agrícolas o ganaderas.

Salvo los domingos por la mañana y las fiestas de guardar, en que interrumpían su jornada para asistir a misa vestidas con sus mejores ropas, la familia de la *leiteira* seguía la misma rutina: trabajar desde antes de que saliese el sol hasta bien entrada la tarde. Hiciera frío o calor, lloviese o nevase, cada uno se afanaba en su trabajo sin plantearse descansar.

La única vez que a Sabela se le ocurrió sugerir que deberían tener libres los domingos completos, poco después de su primer encuentro con Eloy, su madre la interrumpió zanjando la cuestión:

—Los animales y la tierra no entienden de días feriados.

De manera que las jóvenes esperaban el último domingo de agosto como un regalo. Era el único día en que se levantaban cuando ya había amanecido, el único en que su madre ordeñaba sola las vacas y ellas no tenían que ir a la playa de As Fontes para recoger golfos.

Aquel año, para Sabela, el domingo de Santa Comba empezaría con la seguridad de que iba a ver a Eloy de cerca en la procesión, y con el sueño de que, en la verbena, ella se sentaría junto a las mozas en una de las sillas de enea, y él atravesaría la pista, la miraría a los ojos y la invitaría a bailar. Y quién sabe si, en medio del baile, se atrevería a decirle con palabras lo que le decía con la mirada desde el cruce de caminos.

Pero su sueño no pudo cumplirse. Aquel último domingo de agosto de 1911 las jóvenes no pudieron ir a la verbena de Santa Comba. Sólo hacía unas semanas del naufragio en que desapareció Mateo, y debían guardarle la ausencia. La familia asistió a la procesión de la Virgen, eso sí, y el hijo del pescadero dirigió a Sabela la mirada más dulce que nadie le había dedicado nunca. Pero no hubo verbena para ellos, ni baile, ni declaraciones de amor. Después de la romería la familia se metió en casa con las puertas y las ventanas cerradas.

Aquella noche Sabela imaginó a Eloy echándola de menos, doliéndose con su dolor y deseando consolarla, ajeno a los planes con los que Rosalía pretendía romper el hechizo que los mantenía unidos.

Unos días después la *leiteira* abrió la quincallería con la que había soñado Mateo, desde donde Elisa debía atraer las miradas de Eloy. Al frente del negocio puso al tío Manuel, lo llamó La Quincalla de Cobas y supondría un paso más para profundizar en la grieta que se había abierto entre Sabela y su hermana.

El mismo día en que se inauguró la tienda Rosalía compró un catre y un colchón nuevo para que Elisa se liberase del olor a golfos, a ganado y a huerta que desprendía el que había compartido con Sabela desde siempre.

Los caminos de las dos hermanas comenzaron a correr tan dispares que apenas si coincidían en la hora de irse a dormir, cada una en su camastro. Sabela se negó a poner los pies en la tienda, y Elisa ya no tenía que levantarse para ordeñar las vacas antes del amanecer, ni acarrear las algas desde la playa de As Fontes, ni trabajar en el huerto, ni cuidar de las gallinas. Ahora su vida se centraba en atender el negocio con el tío Manuel, llevar los pedidos a las casas grandes y parecer una joven casadera para la que su madre ya había elegido esposo.

—Con la planta que tú tienes, y lo que vale el rapaz, vais a ser la envidia de toda la parroquia —le decía la *leiteira* cada vez que Elisa protestaba, sin reparar en el daño que provocaba en su hija menor.

Pero Sabela no dejó de soñar con Eloy. Es cierto que lloró cuando su madre le contó el destino que le esperaba, pero también que saboreó el llanto que la convirtió de repente en una persona como cualquier otra. Las lágrimas la ayudaron a tragarse el dolor por la pérdida de su padre y a negarse a creer que Eloy aceptaría cambiarla por su hermana. Porque no era verdad lo que decía su madre. El hijo del pescadero no miraba a Elisa cuando se giraba al pasar por el cruce. La miraba a ella y, cada vez que lo hacía, la joven sentía que la había elegido entre todas las mozas del pueblo para hacerla feliz.

Aquella mirada era suya. No podía ser de otro modo. Lo era desde que Eloy la cogió del brazo y la ayudó a recoger las algas. Desde que le vio en la iglesia mirando a hurtadillas hacia su banco. Desde la primera vez que la miró cuando ella sacaba agua del pozo.

Por mucho que Rosalía insistiera, Sabela se acostaba todas las noches imaginando que, el día menos pensado, el mozo se presentaría en la casa de Covarradeiras para desdecir a su madre y demostrarles a todos que ella no soñaba en vano: Eloy la iba a rescatar de la vida que le habían reservado.

Elisa, por su parte, se acostaba con la esperanza de que su madre cambiase de opinión y pidiéndole a Dios Todopoderoso que el hijo de la *cesteira* encontrase otra moza antes de que

Rosalía ajustase el compromiso al que quería condenarla. A la tienda habían llegado rumores de que los padres de Eloy le andaban buscando mujer, y que él miraba con buenos ojos a la hija de un marisquero.

Sabela nunca hizo caso de aquellos rumores, sabía que no tenían fundamento, pero Elisa rezaba a diario para que se hicieran realidad.

Sin embargo, para malestar de ambas, los rumores comenzaron a crecer en dirección a la quincallería, rápidos, descontrolados y con el aparente beneplácito de todos.

El local junto a las cocheras se había convertido en la tienda donde podía encontrarse cualquier tipo de género, desde café a granel hasta un ovillo de hilo de Holanda, y también en el lugar donde las vecinas se encargaban de propagar los correveidiles que nacían en los lavaderos del río y se extendían por todas partes. Entre ellos, cada vez con más fuerza, se imponía el de que a los padres de Eloy no les gustaba la hija del marisquero, demasiado desenvuelta y avispada, y empezaban a considerar a Elisa como posible candidata a convertirse en su nuera.

Es más, la propia Rosalía había contribuido a propagarlos, segura de que no tenía más que lanzar el anzuelo para que los peces se acercasen. Y el señuelo que ella había lanzado resultaba demasiado atractivo para que se resistiesen a olisquearlo.

Elisa era, sin duda, la joven más delicada de la parroquia. La que cualquier padre querría para su hijo.

Todo en ella llamaba la atención. Su figura espigada, de piel clara y suave; sus ojos, de un color entre el caramelo y el verde, dependiendo de cómo les diera la luz; sus manos, de dedos largos y finos; la manera de andar, con pasitos cortos, medidos, como si temiera herir la tierra que recibía sus zuecos; la trenza rojiza sobre la pañoleta negra que le cubría la espalda; su voz, sus silencios y su timidez.

A Rosalía no le costó ningún esfuerzo hacer creer que Eloy se había fijado en su hija y que ella le correspondía. Cuando el rumor llegó a la casa de los pescaderos, éstos mordieron el anzuelo y lo devolvieron con más fuerza a La Quincalla. La quincallera sólo tuvo que negarlo para que empezase a correr como la pólvora.

Sabela tampoco pasaba desapercibida, pero si Elisa resaltaba por su delicadeza, ella lo hacía por su desaliño y por la tosquedad con la que solía expresarse, e incluso callarse, pues apenas contestaba cuando le hablaban y, si lo hacía, utilizaba monosílabos con los que cortaba cualquier intento de conversación.

Desde que era una cría se había acostumbrado a verse a sí misma tal y como la veían los demás: una niña rara que no podía llorar. Ella se guardaba para sí sus emociones como si tuviera que cumplir el papel que le habían asignado, convencida de que algún día conseguiría que todos la vieran como era realmente, igual que había sucedido con Eloy.

Sus ilusiones se truncaron cuando acompañó a Elisa una tarde para entregar un pedido. Al pasar junto al lavadero del río, donde las mujeres restregaban la ropa blanca contra la piedra, Sabela escuchó una cancioncilla cuyo estribillo hablaba de una moza de ojos verdes y un mozo enamorado, claramente dirigida a su hermana.

Sabela se dio cuenta enseguida de que no era la primera vez que se la cantaban, porque Elisa frunció el ceño y apretó el paso para alejarse de allí cuanto antes.

Y lo mismo sucedió con los hombres cuando ellas pasaron junto a la taberna; medio en broma medio en serio, le dedicaron a Elisa el silbido de la misma canción popular.

En poco tiempo la costumbre se extendió hasta tal punto que, para espanto de Sabela, el propio Eloy acabó por adoptarla. Al pasar frente a su casa o frente a la tienda, a la ida o a la vuelta de Ferrol, silbaba también aquel estribillo que parecía compuesto para Elisa y para él.

De modo que, de tanto escuchar a unos y a otros, seguros de que la pareja llegaría a formalizarse, Sabela terminó por admitir que su madre había ganado la batalla. Elisa estaba comprometida con Eloy desde mucho antes de que él se lo pidiese.

Ya no había nada que soñar. Sabela no volvió a mirar hacia el cruce de Covarradeiras cuando sacaba agua del pozo. Desde entonces, cada vez que veía a Eloy en el camino o el banco de la iglesia, en lugar de alas de mariposas la joven sentía en el estómago un hormigueo cargado de bilis, como si una araña de cien patas hubiera anidado en él.

Durante los meses siguientes la familia continuó con sus rutinas como si Rosalía no estuviese siguiendo una estrategia. Elisa se encargaba de ayudar a su tío en La Quincalla mientras su madre vendía la leche en Ferrol, y Sabela se ocupaba de los animales y de la recogida de golfos. Pero no hubo ningún cambio con respecto a Eloy. El joven continuó pasando a diario por el cruce, silbando el estribillo con el que rechazó a Sabela, sin haberse acercado a Elisa en ningún momento.

La situación cambió cuando llegaron las fiestas de la Patrona de 1912. Aquel último domingo de agosto Sabela acompañó a su familia a la procesión, como siempre, y, como el año anterior, notó la mirada de Eloy. Una mirada que ya no le pertenecía, detenida en Elisa como una traición. En ese momento Sabela decidió que para ella no existiría el día de la Patrona y, mucho menos, el baile de aquella noche.

Después de comer, sin que nadie lo advirtiera, cogió el cesto de los golfos y se marchó a la playa de As Fontes hasta bien entrada la tarde.

—¿Dónde te metiste? —le recriminó Rosalía cuando volvió con el cesto lleno de algas—. Te busqué por todas partes. Deberías estar en la verbena.

A Sabela le hubiera gustado obedecer su impulso y elevar el tono de voz, pero se mordió la lengua y utilizó un sarcasmo que sorprendió a su madre:

—Los animales no entienden de verbenas. Además, alguien tiene que ocuparse de los golfos. ¿No es eso lo que nos enseñó usted?

Y la miró de tal modo que a Rosalía no le hizo falta que añadiese nada más. Su hija acababa de perderle el respeto por primera vez en sus catorce años de vida.

Durante un segundo la *leiteira* pensó en darse la vuelta y dejarlo pasar sin añadir leña al fuego, pero su mano se adelantó a su pensamiento y se estrelló contra la cara de la joven.

Sabela se tocó la mejilla, roja y caliente, le dirigió una mirada cargada de veneno y se guardó la rabia en silencio, mientras su madre alargaba el brazo y señalaba el sobrado con la mano que acababa de darle la primera bofetada, también, de sus catorce años.

—Ahora mismo te pones la ropa de domingo. Te quiero ver en el baile en cinco minutos.

La hija obedeció sin decir una palabra. Se vistió sus mejores ropas, se marchó a la verbena y ocupó su lugar junto a las mujeres y las mozas, en una de las sillas de enea que rodeaban la pista de baile.

Cuando la banda empezó a tocar el primer pasodoble, sucedió lo que Sabela temía desde que oyó en el lavadero del río la canción popular.

Debería haber cerrado los ojos para que el mundo desapareciese, pero no pudo, no le obedecieron los párpados. Desde su silla de enea contempló cómo Eloy se acercaba a Elisa y le pedía el primer baile. Y también cómo las mujeres se miraban entre sí y sonreían, mientras los hombres se daban codazos y señalaban a la pareja. Todos los vecinos miraban a su madre como si les alegrase que el destino, que ellos mismos habían contribuido a escribir, no les hubiera decepcionado.

Sabela permaneció sentada, inmóvil, con los ojos clavados en la pista. Nadie la sacó a bailar, ni siquiera su tío, que no se separó de Rosalía en toda la tarde. Tampoco se fijó nadie en que ella era la única que no sonreía mientras Elisa marcaba los pasos de una pieza tras otra, sin mirar al hijo del pescadero y sin cruzar una palabra con él.

Sabela los observó sin pestañear, mientras la araña que había anidado en su estómago tejía una tela pegajosa y brillante, al ritmo de los pasodobles que ella no estaba bailando.

Ya había anochecido cuando comenzaron a caer unas gotas de lluvia que pronto se convirtieron en aguacero. Una tormenta de verano que descargó sin previo aviso y consiguió dispersar a los parroquianos, que se atropellaron unos a otros para huir de la lluvia abriendo sus paraguas entre risas y exclamaciones.

En medio del torbellino de gente Sabela vio cómo Eloy cogía a Elisa de la mano, tiraba de ella para obligarla a correr y se perdían entre el gentío. En cuestión de segundos la pista se quedó desierta. Sabela, sin embargo, continuó sentada en su silla y dejó que la araña siguiese tejiendo.

Y ahí, sola, en medio de la lluvia, imaginó a la pareja en el zaguán de La Quincalla, empapados, riéndose y acercándose poco a poco, sin atreverse a cruzar el umbral de la decencia ante el que cualquier chica casadera debía detenerse, pero que Sabela habría atravesado de un salto si le hubieran dado la oportunidad.

La lluvia la había calado de la cabeza a los pies y se le estaba acumulando sobre el regazo. Pero no sentía el peso del agua, ni el frío, ni la oscuridad que envolvió la pista de baile cuando

se apagaron los últimos faroles de aceite. Ella sólo sentía cómo ardía la bilis y le quemaba el estómago.

Permaneció en su silla hasta que el tío Manuel descubrió su silueta desde la puerta de las cocheras, corrió hacia ella, se quitó su poncho para taparla y la cogió en volandas para llevarla a casa.

Rosalía estaba ayudando a Elisa a secarse delante de la chimenea cuando los vio aparecer.

—¿Qué hiciste, cativa? ¡Aún vas a enfermar!

Y Sabela volvió a mirarla con la misma rabia que hacía unas horas, retuvo el veneno que podría haberle lanzado y se marchó escaleras arriba sin responderle. Porque su madre debería saber que ella ya estaba enferma, muy enferma, y que nunca podría curarse, porque ella misma la había condenado a vivir con aquella enfermedad.

A partir de la noche de la tormenta Sabela dejó de hablar con su madre y su hermana. Si tenía algo que decirles, lo escribía en una libreta y se lo daba al tío Manuel para que actuara de intermediario. Elisa y Rosalía trataron de averiguar lo que había sucedido, pero, tras varios intentos, aceptaron su silencio y no volvieron a preguntar. Si hubieran reflexionado sobre las razones de Sabela, y buscado la parte de responsabilidad que le correspondía a cada una, la habrían encontrado. Es más, en cierta manera, a las dos se les pasaron por el pensamiento, pero ni Elisa había decidido voluntariamente emparejarse con Eloy ni Rosalía se había inventado la costumbre de que uno de los hijos debía sustituir a los padres en el cuidado del ganado y de las tierras. Elisa estaba tan contrariada como Sabela por la decisión que había tomado su madre, y Rosalía no se planteaba que podía haber optado por la contraria, de manera que tanto la madre como la hija prefirieron achacar la actitud de Sabela a una más de las rarezas a las que les tenía acostumbrados a todos.

El día 15 de febrero de 1913, seis meses después de encerrarse en su silencio, Sabela cumplió quince años. Rosalía intentó acercarse a ella para felicitarla, pero la guerra no había terminado aún. Sabela la miró como si le estuviera lanzando una maldición, extendió los brazos hacia delante, con las palmas de las manos abiertas, y dejó a su madre clavada en el centro de la cocina.

Parecía una meiga al mando de un aquelarre. Rosalía se quedó tan perpleja que no se atrevió a tocarla. Debería haber impuesto su autoridad y mandarla al sobrado, pero el tío Manuel se interpuso entre ellas, cogió a la joven por los hombros, la obligó a bajar los brazos y se la llevó a la cuadra, al tiempo que le hacía un gesto a su cuñada para que no le diera importancia al desafío.

Rosalía no volvió a verla hasta la hora de cenar, cuando le sirvió un plato de berzas con magro y extendió el brazo para dárselo. Cuando Sabela se dispuso a cogerlo, su madre devolvió la comida a la cazuela y le ofreció el plato vacío.

—Si quieres que lo llene, me lo tendrás que pedir. Tú eliges. O te olvidas de la tontería del punto en boca, o te sirves tú misma y te vas a comer al sobrado.

Sabela no lo dudó. Miró a su madre como si realmente tuviese la capacidad de maldecir con los ojos, cogió el cazo, se sirvió la cena y se marchó al dormitorio. Desde entonces vivió ajena a lo que sucedía a su alrededor. Se levantaba antes del amanecer, cumplía con sus obligaciones y, cuando terminaba la jornada, se acostaba sin haber hablado con nadie.

De cuando en cuando, Rosalía le hacía una seña al tío Manuel para que la siguiera, con la esperanza de que él pudiera sacarla de su mutismo, pero no hubo nada que hacer; Sabela le devolvía la mirada a su tío como si él pudiera entenderla, y continuaba con los labios sellados. No obstante, a veces, como una excepción, se saltaba su norma y le hacía confidencias de camino a la recogida de golfos, pero siempre mirando al frente, para que no le leyese los labios.

Y mientras ella guardaba silencio, Elisa y Eloy se veían cada tarde de domingo. El joven ya había terminado sus estudios y había empezado a llevar las cuentas de la pescadería de su padre, un negocio que prosperaba día a día. Su madre había dejado de hacer cestos años atrás y ayudaba a su padre a despachar el género junto a un dependiente. Entre los tres no daban abasto para atender a la clientela y llevar los pedidos a la capital del concejo, por lo que se estaban planteando expandirse y abrir allí un segundo local.

Los domingos por la tarde, cuando Elisa echaba el cierre, Eloy se dirigía a la quincallería, silbaba desde la puerta su canción y esperaba a que ella saliera para llevarla de paseo. Cuando los días eran largos, si la tarde estaba soleada, se dirigían a la playa y caminaban orilla arriba y abajo. Si el día había salido lluvioso, se refugiaban bajo el mismo paraguas y se dedicaban a recorrer la aldea, siempre bajo la atenta mirada de Rosalía, quien, tal y como era obligado, vigilaba a la pareja caminando unos pasos por detrás.

Eloy habría deseado invitar a su novia a pasear todas las tardes o, al menos, saludarla cuando pasaba por delante de su casa o de la quincallería y le silbaba su canción, pero ella nunca se asomaba, no estaba bien visto que la novia demostrase demasiado interés por el novio. De modo que, para no comprometer su honradez, el joven se conformó con verla una vez por semana.

—¿Me quieres? —solía preguntarle en las despedidas.

Y Elisa alargaba el brazo para que le estrechase la mano.

—¿A ti te lo parece?

Entonces Eloy bajaba los ojos y se preguntaba en silencio qué debía parecerle.

La adoraba desde que vestía pantalones cortos; desde que la vio la primera vez un domingo de no recordaba cuántos años atrás, en el banco donde oía misa con su madre y su hermana pequeña; desde que pasó la primera vez a su lado en la romería de Santa Comba; desde que la veía bailar en la verbena con otras niñas; desde que coincidió con su hermana en el cruce y ella apareció después, con el cesto de algas sobre su pelo rojizo.

Pero no se atrevió a confesárselo. Ni siquiera se atrevía a confesárselo a sí mismo. La chica más adorable del pueblo jamás se fijaría en un tipo raro y tímido como él, con la cara marcada por la viruela.

Y tenía razón. Es más, en varias ocasiones Elisa había intentado que Rosalía recapacitara sobre sus planes de emparejarlos. Pero su madre no dio un paso atrás; al contrario, le prohibió que volviese a tratar el asunto y zanjó la cuestión hablando con los padres de Eloy para formalizar el compromiso. Ese día Elisa se echó a llorar, temblando como una hoja y con el corazón hecho pedazos.

—Pero yo no le quiero, madre.

Rosalía nunca la había visto tan desconsolada, ni aun cuando naufragó el barco de Mateo, pero no podía dar marcha atrás: aquel matrimonio le proporcionaría a su hija una vida segura y estable, sin escaseces y sin sobresaltos.

—A querer se aprende, *miña filla*. —Y la abrazó hasta que dejó de temblar—. Ya lo arreglé todo. No puedo faltar a mi palabra.

A la joven no le quedó otro remedio que obedecer. Pero evitaba asomarse cada vez que oía el silbido de Eloy, deseando que todo aquello fuese un mal sueño del que despertaría tarde o temprano.

Hasta que, poco a poco, fue descubriendo en el hijo del pescadero las virtudes que no había visto antes.

Apreciaba la dulzura con que le hablaba; su forma de mirarla, entregado, feliz; la manera en que inclinaba el paraguas para protegerla de la lluvia, sin preocuparle si él se mojaba; la

paciencia que demostraba cuando la esperaba a la salida de la tienda, mientras ella intentaba retrasar el momento de verle; el candor con el que le estrechaba la mano y reprimía el deseo de saltarse la prohibición de besarla en los labios antes de la boda.

Elisa se sentía honrada con cada uno de sus gestos de amor. Le enternecía la forma en que retenía su mano para alargar las despedidas. Pero no podía contestar a su pregunta. Cada vez que la formulaba, ella se preguntaba a sí misma por qué no podía quererle, en lugar de dejarse querer.

Y así, con el tiempo, se fue acostumbrando a él.

Elisa cumplía dieciocho años la víspera del día de la Patrona de 1913, y los padres de los novios decidieron aprovechar las fiestas para fijar la fecha del casamiento justo un año después, coincidiendo con el siguiente cumpleaños de la novia.

Excepto al tío Manuel, Sabela no le había dirigido a nadie la palabra desde las fiestas anteriores. Había vivido aislada en sí misma, odiando a su hermana, a su madre y a Eloy. Ya no pensaba en él como el hombre que la sacaría de la vida que le había tocado en suerte, sino como el que la había condenado a vivirla. Y lejos de evitar los sentimientos que le quemaban el estómago, los alimentaba como si le dieran fuerzas para levantarse cada amanecer.

Sabela sufrió sus celos en silencio hasta el cumpleaños de su hermana, en que la *leiteira* se dirigió a ella como si nunca hubiera dejado de hablarle:

—Mañana, después de la procesión, iremos a comer todos a casa de los padres de Eloy.

Pero su hija era aún más terca de lo que le había demostrado. Dejó a un lado su libreta y miró a Rosalía con aquella mirada capaz de paralizarla.

—Mi día feriado lo organizo yo. Ni usted ni nadie me pueden obligar a ir a la procesión, ni a esa condenada comida, ni a ningún otro sitio. ¿Lo entendió?

La joven subió las escaleras del sobrado y se acostó. A la mañana siguiente se levantó al punto del día y se marchó con su cesto para recoger algas. Se había prometido a sí misma no participar en ninguno de los festejos de la Patrona, con el baile del año anterior había tenido más que suficiente. Y mucho menos participaría en la pedida de mano de su hermana, sería como bendecir su traición.

Cuando terminó con la recogida de algas, mientras su familia comía en casa de Eloy, ella volvió a la suya, se preparó unas berzas con tocino y se echó un rato la siesta.

Después se vistió de domingo y se dirigió a una cala solitaria rodeada de montes, a la que no llegaban los golfos.

Antes de que abriesen la quincallería, Elisa y ella solían pasear por aquella playa en las tardes de verano. La habían descubierto de casualidad, un día en que su madre no fue a recogerlas y se despistaron entre las *corredoiras* que discurrían por el monte. Un laberinto de caminos bordeados de helechos que a veces desaparecían entre la maleza y otras surgían como una aventura que explorar. La habían bautizado como la playa de la Media Luna y se la habían regalado la una a la otra, como un objeto que les perteneciese por el hecho de haberlo encontrado.

Sabela acababa de coronar la cima de uno de los montes que rodeaban la playa cuando divisó a lo lejos a un hombre que no había visto antes.

Por su aspecto se diría que era uno de los ingenieros franceses que dirigieron la construcción de los lavaderos de oro y de la galería nueva, aunque también podía tratarse de uno de los trabajadores, que solían arreglarse para ir al pueblo igual que si fueran a oír una misa de fiesta de guardar. Todos ellos tenían prohibido aparecer por la aldea durante los días feriado. Al principio la prohibición únicamente afectaba a los mineros, pero no hacía mucho que un picador le había disparado a un perito por piropopear a la chica que él andaba cortejando

a escondidas. El disparo sólo se oyó en la playa de Ponzos, pero los parroquianos hablaban de la trifulca como si hubiera resonado en toda la comarca. De modo que la prohibición se había extendido a cualquiera que tuviera que ver con la mina, ya fuese técnico o el último subalterno.

Sabela se había sentado sobre una roca para esperar la puesta de sol y seguir disfrutando de la extraña impresión que la acompañaba desde que salió de su casa al amanecer: el tiempo era suyo, todo suyo, sin obligaciones, sin fiestas, sin procesiones y sin pasodobles. Y podía manejarlo a su antojo.

Aún no sabía que el destino tiene mil voluntades ni que el desconocido que paseaba por la orilla de la playa iba a cambiar su vida y la de toda su familia. Si lo hubiera sabido, probablemente no habría esperado a que se le acercara, ni habría hablado con él, ni habría terminado por seguirle hasta la explanada de las cocheras, donde el baile de la Patrona estaba a punto de empezar.

Se llamaba Martín. Había nacido en un pueblecito de Lugo hacía casi veintiocho años, pero podría decirse que era de todas partes. Su madre murió cuando él era un niño. Su padre no sabía qué hacer con los tres hijos que le dejó la difunta, de manera que pasaba más tiempo en la taberna que cuidando de su prole.

El mayor, Román, se embarcó rumbo a Cuba a los catorce años, como polizón en un carguero, harto de las borracheras y de la desidia que se vivía en su casa. Poco tiempo después le siguió Abel, el mediano, oculto también entre la carga de un barco que le llevó a tierras cubanas. Con el tiempo, gracias a su visión comercial y a su capacidad para el ahorro, entre los dos llegarían a montar un negocio de transporte de mercancías, con el que se ganarían la vida más que holgadamente.

El pequeño, sin embargo, no tuvo la misma fortuna. A los doce años intentó fugarse por primera vez, pero la Guardia Civil le detuvo en Asturias y se lo entregó a un padre del que sólo recibía reproches y palizas. Tras varios intentos, consiguió escaparse dos años después y recalar en La Coruña, donde se estaban llevando a cabo numerosas obras de remodelación de la ciudad. Allí aprendió varios oficios relacionados con la acometida de aguas y el alumbrado, siempre con la mirada puesta en el mar, soñando con reunir la cantidad suficiente para pagarse un pasaje que le llevase a la isla donde habían triunfado sus hermanos mayores.

Pero Martín no era como sus hermanos. A él se le escurría el dinero como el agua entre los dedos. Le gustaba vestirse bien. Aunque tuviese que quitarse de la boca el último mendrugo de pan, prefería comprarse los trajes y los zapatos que jamás había tenido su padre, y viajar de acá para allá soñando con que, algún día, conseguiría emular la hazaña que había convertido a Román y a Abel en hombres poderosos.

Al principio sus hermanos le escribían cartas y felicitaciones de Navidad en las que le animaban a reunirse con ellos y le explicaban cómo debía colarse en los barcos, y a las que él solía responder con negativas, sin explicar la razón de por qué no se decidía a embarcarse.

En la última carta Román le había incluido suficientes dólares para que organizase el viaje, pero igual que le llegó el sobre, se lo devolvió al remitente con una nota: «Me dejasteis solo, y solo iré a buscaros».

Desde entonces deambuló de un trabajo a otro y de ciudad en ciudad, siempre vestido de punta en blanco, con trajes hechos a medida y sombreros de fieltro, como el señor que quería parecer cuando se reuniese con los dos triunfadores.

A los veinte años se aficionó a jugar a las cartas. Unas veces ganaba y otras salía desplumado, pero siempre volvía al garito con la intuición de que le esperaba el golpe de suerte que le permitiría trasladarse a América con una buena bolsa de dinero para invertir en el negocio de sus hermanos mayores.

Así, año tras año, hasta que recaló en Cobas atraído por una noticia que se había extendido por el norte de España: la reapertura de una mina de oro para la que se demandaba

operarios, con o sin experiencia.

La tarde que le conoció Sabela, vestía un traje de rayas grises y blancas, tan finas que el efecto que producía el tejido era de un solo color, más oscuro que el blanco y más claro que el gris de las rayas. Se cubría la cabeza con un sombrero panamá que había comprado en una tienda de importación. Llevaba el calzado en la mano izquierda y, en la derecha, un bastón cuyo puño de plata representaba la cabeza de un galgo, ganado en una de sus últimas partidas de póquer.

Se había remangado las perneras y paseaba procurando evitar que el agua le rozase los calcetines de hilo, sujetos por unas ligas que se perdían hacia arriba, entre los pantalones arrugados. Si se acercaba alguna ola, él se separaba enseguida y miraba hacia atrás, para comprobar que no se habían borrado sus pisadas. De vez en cuando, después de girarse, se detenía durante un rato y se quedaba mirando fijamente a lo lejos, como si estuviese perdido o desorientado.

Sabela llevaba un rato sentada al principio de la vereda por la que, de no desviarse de su trayectoria, debía pasar el desconocido para regresar a la aldea. Desde la cima donde se encontraba la joven se divisaba la media luna que formaba la orilla desde la falda del monte de enfrente.

La marea estaba subiendo. Al menos faltaba una hora para que el sol cayera en el agua, pero ya había perdido su fuerza. El aire se había teñido de un color metálico y plano que matizaba las sombras y las transformaba en parte de un paisaje dorado, donde sólo destacaba la figura del desconocido.

Sus huellas se remontaban hasta el extremo opuesto de la playa desde donde le observaba Sabela, quien, por un instante, tuvo la impresión de que el rastro del desconocido no empezaba en la arena, sino mucho más allá, detrás de los montes, en la lejanía donde se perdía su mirada cada vez que se giraba. Parecía abatido, cansado del camino que dibujaban sus pasos, a la deriva de algún desengaño. Sin más compañía que sus propios pensamientos.

Sabela compadeció la tristeza con la que arrastraba los pies, y la nostalgia que parecía envolverle. En cierto modo se sintió identificada con él, los dos parecían buscar un refugio donde sentirse a salvo, y los dos lo habían encontrado a cielo abierto, sin más protección que la montaña y el mar, ese muro insalvable y atroz que se levanta contra los que no pueden abandonar nunca la orilla.

Sin embargo, cuando se acercó a la roca desde donde ella le estaba observando, lejos del abatimiento que le había supuesto, Martín la miró con unos ojos alegres y azules, vivos como la pleamar, brillantes, audaces.

—¿Qué haces aquí tan sola?

El desconocido se quitó el sombrero, buscó una roca donde dejar apoyado el bastón y se sentó frente a ella.

—¿No vas a la verbena?

Un mechón del flequillo le cayó sobre la frente, castaño claro, rebelde e indómito. Él se lo retiró hacia atrás con la mano y sujetó el sombrero con una piedra para evitar que se lo llevara el aire.

Sabela inclinó la cabeza para que no le viera la cara y le respondió con un quizá que a duras penas se pudo oír.

—«Quizá» no es una respuesta, chiquilla.

El viento le había devuelto el mechón a la frente. Dejó el calzado en el suelo y comenzó a ponérselo: unas botas cortas abotonadas que llamaron la atención de Sabela, negras en la

parte del pie y blancas en la caña. Una vez abrochados los botines, se retiró el flequillo, recogió su sombrero y su bastón y se puso de pie.

—Si te decides a ir, resérvame el primer baile.

Y continuó su camino dejando en suspenso aquella petición que no se llegaría a cumplir. Porque Sabela le siguió a distancia hasta la pista de las cocheras, pero permaneció escondida detrás del carromato de las golosinas y se dedicó a mirar cómo él se movía de un lado a otro, ante el desconcierto de los vecinos.

Ya no parecía el hombre taciturno y solitario de la playa de la Media Luna, sino uno de esos indianos que volvían de «hacer las amélicas» y se construían casas enormes para demostrar que habían triunfado, donde nunca faltaba un torreón, un jardín con palmeras, camelias y grandes magnolios, y un hórreo que sólo servía para adornar.

A Sabela le recordaba a Mateo cuando llegaba de la Argentina con sus historias increíbles y sus licores, vestido con sus trajes de lino y sus canotier.

Ninguno de los lugareños se pudo abstraer de su presencia. Cualquiera de las jóvenes habría deseado que la sacase a bailar, cualquiera de las madres habría temido que lo hiciera y cualquier padre y cualquier mozo se habría interpuesto en su trayectoria para impedirlo. Pero el pueblo entero le miraba con la misma admiración que había provocado en Sabela. Atentos a cada paso que daba, a la mirada que recorría las sillas de enea para fijarse en cada moza, a los movimientos de su mano para retirarse el mechón de la frente, al sonido de su bastón cuando se clavaba en el suelo.

Él, por su parte, no se molestó en disimular que le agradaba ser el centro de atención, con su traje de mil rayas, sus botines bicolores y su sombrero importado. Un gallo en un gallinero donde resultaba imposible encontrar otro que vistiese con más elegancia.

CAPÍTULO DOS

EL MINERO

Tu nombre es mi disparate.

«Tu nombre», *Lo que me dice tu boca*

JAVIER RUIBAL

Apenas quedaban los familiares más allegados cuando Sabela cogió una concha de los restos de la pila, se la acercó a la boca y, tras besarla, la puso junto a la que había colocado Elisa momentos antes.

Las campanas de la ermita de Santa Comba no dejaban de repicar. El cielo, pese a que se había abierto durante unos minutos, insistía en caerse a pedazos sobre quienes aún permanecían en el cementerio, rodeando la sepultura en silencio, sin mirarse entre sí, pero pendientes unos de otros.

De fondo, continuaba imponente el ruido del mar.

Sabela no había salido de casa en los cinco días que llevaba lloviendo. Ni siquiera cuando Elisa llegó con sus hijos a Cobas para velar al difunto en la antigua quincallería, de luto riguroso, con la cara tapada por un velo, zapatos de medio tacón y porte de viuda. Digna, compadecida por todos. Muda para su hermana desde hacía años.

El cuerpo del hombre con el que Sabela hubiera sido feliz descansó durante tres días en el local, velado por los que le quisieron, por los que se dejaron querer y por los que le habían rechazado por el mero hecho de ser diferente. Sabela no se había acercado a la tienda ni una sola vez.

Hacía muchos años que La Quincalla se había transformado en un establecimiento de telas. Ya no se vendían allí los productos importados del Nuevo Continente con los que había despuntado el negocio, sino paños al corte, patrones de los vestidos que las revistas ponían de moda, accesorios para la costura y toda clase de remates: pasamanerías, botones, cremalleras, cintas, hebillas y un largo etcétera.

La trastienda, donde antes se guardaban los licores y los abalorios exóticos, ahora era una especie de taller rodeado de estanterías. Del mobiliario original sólo quedaban un antiguo reloj de péndulo que siempre había estado en el dispensario y una mesa de madera maciza, grande y alargada, donde se apilaban las piezas de tela y donde Sabela supuso que habían colocado el féretro. En aquella misma sala, muchos años atrás, el mismo día en que siguió a Martín hasta el baile de las cocheras, Sabela volvió a sentir, como en tantas otras ocasiones, la punzada de los celos ardiéndole en el estómago.

Aquel último domingo de agosto de 1913 la joven debería haberse quedado detrás del carromato de las golosinas, contemplando el desconcierto de sus paisanos ante el forastero que había osado saltarse la prohibición de asistir a la verbena, un desconocido para Sabela, pero no para otras muchachas de la vecindad, pues se trataba de un minero cuya fama de seductor había traspasado las fronteras del concejo. Las jóvenes tenían prohibido acercarse a la mina, pero la fascinación que les provocaban los mineros superaba el miedo a las represalias y a las amenazas de sus padres.

Casi todas las mozas de la aldea habían pasado alguna vez por la bocamina cuando sonaba la sirena del fin de la jornada, o se habían perdido en los alrededores de los lavaderos.

Casi todas menos Sabela y Elisa. La una, porque aún se estaba preguntando cómo olvidar al que debería haberla librado de la vida que le había tocado en suerte, y la otra, porque ya había asumido que tenía que dejarse querer por él.

Sí, debería haberse quedado en el carromato. Es más, debería haber salido de su escondite y reclamarle al forastero su primer baile, para aumentar el desconcierto de la aldea. Pero Martín la había llamado «chiquilla» en la playa, y ella se había sentido como cuando era una niña acomplejada por el vello que no se le terminaba de caer, así es que, al cabo de un rato, se cansó de mirar al forastero y se marchó.

No obstante, hubo algo más que le hizo abandonar su escondrijo. Desde que llegó al baile no había visto ni a su hermana ni a Eloy, ni en la pista ni en los alrededores, y decidió averiguar dónde se habían metido y qué estaban haciendo.

Los celos también son así, insisten en alimentarse a sí mismos y recrearse en el daño.

La joven recorrió con la mirada la zona de las cocheras y vio que la puerta de la quincallería se encontraba entornada.

Excepto Elisa, los únicos que disponían de llave del local eran su madre y su tío, pero Sabela acababa de verlos en la verbena, mirando a Martín con la misma cara de asombro que el resto del pueblo. Luego la pareja de novios debía de estar en La Quincalla.

Sabela no lo dudó, se coló hasta la trastienda sin hacer ruido y se escondió detrás de unos sacos. Y, en efecto, allí estaban ellos, frente a frente, junto a la mesa en la que, años después, reposaría el cuerpo que ella no veló. Elisa sostenía unas tijeras en la mano.

Hacía apenas unas horas que las familias habían fijado la fecha de la boda en la comida a la que Sabela se había negado a asistir. El enlace tendría lugar el día 30 de agosto del año siguiente, coincidiendo con el decimonoveno cumpleaños de Elisa.

Sabela no veía al chico de la *cesteira* desde el baile de la Patrona del año anterior. Parecía todo un caballero. Se había dejado crecer un bigote mostacho y una barba que le cubría las picaduras de viruela. Llevaba traje de chaqueta oscuro, pajarita negra y un sombrero hongo que no se había quitado pese a estar a cubierto. Del bolsillo superior de la chaqueta le sobresalía un pañuelo blanco.

De espaldas a Sabela se encontraba Elisa, mucho más alta que Eloy, arreglada para la ocasión con un vestido que se había cosido ella misma en distintos tonos de verde, oscuro en la falda y más claro en el talle, con encajes blancos en las mangas y en el cuello. Llevaba un casquete negro adornado de plumas de avestruz y el pelo repleto de tirabuzones recogidos en un moño alto, sujetos con múltiples horquillas y pasadores a juego con los verdes del vestido. De la parte delantera del sombrero sobresalía un velo de encaje que le cubría los ojos. Eloy la miraba extasiado.

—Yo siempre cumplo mis promesas. ¿Y tú?

Sabela no escuchó la respuesta, pero el corazón se le puso en la boca cuando Elisa dejó las tijeras en el tablero de la mesa y comenzó a retirarse el casquete.

Primero levantó los brazos muy lentamente, hasta que sus manos tocaron el velo y se lo echaron hacia atrás. Después se quitó el alfiler que le sujetaba el tocado, cuya cabeza imitaba una piedra preciosa del mismo tono que la falda. Sin inclinarse, dejó sobre la mesa el casquete y el alfiler, y volvió a levantar los brazos para llevarse las manos al recogido. Parecía más alta en aquella posición, erguida, con los hombros hacia atrás y la cintura ligeramente hundida. Se quitó una horquilla y, sin soltarla, se entretuvo en desabrocharse un pasador de nácar en forma de ramillete de flores. El moño apenas se movió de su nuca. Luego volvió a por un broche similar al pasador, con los mismos motivos florales, y después a por otro, siempre en la misma postura, de espaldas a Sabela, frente a un Eloy que continuaba

extasiado, mirando cómo depositaba los adornos sobre la mesa, reprimiendo el deseo de ayudarla. Ella se recreaba en su mirada mientras continuaba liberándose de sus prendedores uno por uno. Cuando terminó con los pasadores, se dedicó a las horquillas. El peinado empezó a ceder. Las manos de Elisa subían y bajaban de la cabeza a la mesa muy despacio, con la mirada fija en los ojos de Eloy. Algunos mechones comenzaron a soltarse del moño. A medida que el número de horquillas aumentaba sobre el tablero, el peinado se ahuecaba e iba perdiendo consistencia. El cuerpo de Elisa permanecía prácticamente inmóvil mientras sus brazos iban y venían del tablero, creando una suerte de magnetismo que mantenía absortos a Sabela y a Eloy.

En el momento en que la mata de pelo rojizo cayó sobre el vestido verde, el hijo de la *cesteira* extendió las manos hacia el cuello de su prometida y, como si la estuviera peinando, introdujo los dedos entre los tirabuzones y le distribuyó la melena hacia delante.

—No olvidaré nunca este día.

Sabela se tapó la boca, contuvo la respiración y se marchó de la trastienda con el mismo sigilo con que había entrado, sin esperar a que su hermana le diera a Eloy lo que le había prometido, y a ella, un motivo más para alimentar a la araña que crecía en su estómago.

Desde que los franceses reabrieron la explotación minera, en la aldea se había producido una importante transformación. La quincallería empezó a dar beneficios, al igual que los demás establecimientos que comenzaron a florecer en las calles. Las vías principales se habían enlosado y, en algunos terrenos del municipio, se construyeron grandes casas para los ingenieros, todas con tomas de electricidad, rodeadas de jardines repletos de camelias y de parterres de hortensias. En el camino hacia la bocamina se levantaron las viviendas para los trabajadores, también provistas de electricidad y de un pequeño jardín delantero que compartían los edificios, agrupados de cuatro en cuatro en forma de barracón.

Los mineros ganaban buenos sueldos y, a pesar de que no se les permitía circular por el pueblo en los días de fiesta, en los de diario no tenían reparos en gastarse su dinero en las tabernas, en las pescaderías o en las fruterías que abrieron algunos campesinos para venderles los productos de sus huertos sin necesidad de que pisaran su propiedad.

Las reticencias de los aldeanos hacia aquellos hombres, que engatusaban a sus hijas y resolvían sus conflictos sacándose una pistola del cinturón, continuaron durante todo el periodo en que se mantuvo abierta la mina. No obstante, gracias a sus salarios Cobas disfrutó de una época de bonanza que hizo de la quincallería de Elisa uno de los negocios más frecuentados por los forasteros. No había tarde en que varios de ellos no entrasen en la tienda, en busca de los licores ultramarinos que no podían encontrar en ningún otro lugar.

Nadie diría que los hombres que se acercaban a La Quincalla eran los mismos que extraían el oro de las entrañas de la tierra, sudorosos y sucios mientras duraba la jornada de trabajo, y aseados y bien vestidos cuando salían de sus barracones en dirección a la aldea. Un ejército de hombres que se sujetaban los pantalones con tirantes y se cubrían la cabeza con gorras de visera, en lugar de las boinas de la mayoría de los lugareños o de la cuerda que solían utilizar como cinturón.

Cuando sonaba la sirena que anunciaba el final de la jornada, las mozas se escabullían de sus casas y se hacían las encontradizas, fascinadas por la alegría con que corría el dinero entre sus manos y por la galantería que derrochaban para seducirlas.

El más popular era Martín. Alto, rubio, de ojos descarados. Un seductor al que cualquiera de las muchachas casaderas habría dado el «sí, quiero», de habérselo pedido.

Más que un minero de los barracones parecía un ingeniero de los que vivían en las casas grandes. Siempre de traje y sombrero.

Elisa le había visto varias veces en la tienda, pero nunca le había despachado personalmente. Cuando entraba por la puerta, el tío Manuel se colocaba frente a él y ponía en el mostrador el licor que solía llevarse: un aguardiente llamado tequila, traído desde México de la mano de uno de los mejores proveedores de La Quincalla.

El forastero siempre actuaba de la misma forma. Llevaba un periódico en una mano y en la otra su bastón. Se quitaba el sombrero, se sujetaba el periódico en la axila y se colgaba el

bastón en el antebrazo. Con la mano libre hacía tintinear unas monedas en el bolsillo, que sacaba después para dejarlas sobre el mostrador. Luego cogía su botella, se ponía el sombrero y se marchaba sin haberle dirigido a Elisa la palabra, como si no hubiera reparado en su presencia.

Lo mismo sucedía cuando se cruzaban por la calle. Si la joven iba sola o en compañía de su madre, el minero pasaba junto a ella sin mirarla, y cuando paseaba del brazo de su novio, se tocaba el ala del sombrero para saludar a Eloy, como si ella no caminara a su lado.

La tarde en que Sabela se escondió entre los sacos de la trastienda, Elisa le había visto pavonearse en la pista de baile, encantado con la expectación que había despertado en las jóvenes de la localidad.

Ella acababa de llegar a las cocheras con sus futuros suegros, su madre y su tío Manuel. Eloy se había entretenido delante de un carromato de feria donde vendían almendras garrapiñadas, caramelos y cajas de latón.

El pueblo entero sabía los motivos que habían reunido a las familias de los novios. De modo que, desde que salieron de casa de Eloy hasta que llegaron a la feria, las felicitaciones se fueron sucediendo por todas partes. Al llegar a la zona de las cocheras, la joven se sentía tan abrumada que decidió esconderse en la quincallería.

No llevaba más que unos segundos en la trastienda cuando apareció Eloy con un paquete de garrapiñadas y una caja de metal, en cuya tapa había dibujado un automóvil.

—¿Qué es? ¿Un vehículo de motor? —preguntó Elisa extrañada por el dibujo.

—Dentro de nada se acabarán los carros, los caballos y los bueyes.

Elisa acarició la tapa, ladeó la cabeza y se quedó pensativa. Había oído hablar de aquellos vehículos que no necesitaban animales de tiro, pero no había visto ninguno todavía.

—¿Qué se sentirá?

—El día de la boda lo comprobarás, llegarás a la iglesia en uno sin capota.

Elisa le miró incrédula y se echó a reír.

—¡Deben de costar una fortuna!

Eloy abrió la caja y sacó unas tijeras que había metido previamente en su interior.

—¡Te prometo que irás vestida de novia en uno precioso!

Después le ofreció las tijeras a Elisa y pronunció la primera frase que escucharía Sabela, escondida tras los sacos.

—Yo siempre cumplo mis promesas. ¿Y tú?

Ninguno de los dos se dio cuenta de que Sabela acababa de entrar en La Quincalla.

Ninguno podía suponer que su imaginación se estaba aliando con la bilis de su estómago.

Ninguno habría podido calibrar la intensidad del fuego que la consumía. No lo habrían consentido si hubieran sabido el equívoco que iban a provocar cuando Elisa dejase las tijeras sobre la mesa y comenzara a deshacerse el peinado.

Ninguno.

Peró lo provocaron. Sabela confundió las señales y salió de la tienda horrorizada, sin saber que la promesa de Elisa no podía ser más inocente.

Se remontaba a las fiestas del año anterior. Cuando la borrasca descargó sobre el baile y Eloy tiró de su brazo para obligarla a correr hacia el zaguán de la quincallería. La pareja se quedó mirándose frente a frente, tal y como intuyó Sabela, empapados, con la respiración entrecortada por el esfuerzo de la carrera. Sin embargo, lejos de lo que la joven había imaginado, no rompieron en carcajadas, ni se acercaron poco a poco, ni temieron cruzar el umbral de la decencia ante el que Elisa debería detenerse.

No obstante, la reacción de Sabela no habría sido distinta si hubiera presenciado lo que sucedió en el zaguán, porque Eloy miró a la quincallera, le acarició un rizo de su cabello mojado y se atrevió a hablarle por primera vez, con más determinación de la que ninguna de las hermanas le había supuesto.

—Te prometo que algún día me querrás.

Elisa pensó que Eloy acababa de augurar un imposible. Nadie debería prometer lo que no está en su mano cumplir. Pero lo hizo con tanto convencimiento y tanta ternura que no tuvo valor para negarle un mínimo de esperanza.

—Tendrías que esforzarte mucho para cumplirlo.

Él continuó acariciándole el rizo, se lo acercó a la boca y, sin llegar a besarlo, le preguntó con la misma dulzura:

—¿Podría pedirte algo si lo consigo?

Elisa recordó las palabras de la *leiteira*. Eloy parecía un buen chico, quizá con el tiempo podría llegar el amor. Sin embargo, no podía engañarle.

—Eloy, yo... estoy aquí obligada..., no puedo...

—Lo sé —la interrumpió el joven sin dejar de acariciarle el pelo mojado—, pero algún día me querrás. Tómatelo como una apuesta; si la pierdo, obraré en consecuencia, y si la pierdes tú, te cortarás este mechón para mí. —Y sonrió con una malicia que no había utilizado hasta entonces.

—¿Te atreverías a romper los planes de nuestros padres?

—No tendré que romperlos, créeme. Fijaremos una fecha para la boda, y ese día me querrás.

—Y si no te quiero, ¿romperás el compromiso?

—Te lo prometo. Y tú, ¿me prometes que te cortarás el rizo para mí si consigo que me quieras?

—Te lo prometo.

Un año más tarde, cuando Sabela salió de la trastienda horrorizada por algo que no iba a suceder, Elisa cumpliría su promesa y Eloy guardaría en la caja de latón la prenda que había apostado con ella.

La tarde siguiente a la de las fiestas de la Patrona, poco después de que sonara la sirena de la mina, Martín entró en La Quincalla y se colocó directamente frente a Elisa. Llevaba el bastón en la mano derecha, y en la izquierda, escondida tras la espalda, una rosa silvestre.

—Ayer no te vi en las fiestas.

La tienda se encontraba vacía. El tío Manuel acababa de salir para llevar unas cajas de vino a la taberna, y Elisa había despachado a dos clientas, que salieron juntas del local segundos antes de que llegase el minero.

—Tengo entendido que he de felicitarte.

El termómetro no superaba los treinta grados de temperatura, pero la humedad del ambiente provocaba una sensación térmica asfixiante y el cielo se había empezado a encapotar. Elisa se estaba abanicando cuando Martín entró en la tienda, le corrían por la frente y por el cuello algunas gotas de sudor.

—Por tu cumpleaños, digo. ¿No fue anteayer? —Y extendió la mano que llevaba a la espalda—. Me habría gustado traerte dieciocho, pero todo se andará.

Tenía un acento gallego muy suave, en contraste con el tono grave de su voz, roto, casi ronco. Elisa le miró tan extrañada que ni siquiera se dio cuenta de que se le habían subido los colores. El tío Manuel estaba a punto de volver del recado, y Eloy y Rosalía llegarían de un momento a otro para recogerla, no debían encontrarla a solas con el forastero. Así es que cogió la rosa y se giró hacia una estantería para buscar su botella de tequila, a fin de que se marchase cuanto antes. Pero cuando se dio la vuelta para poner la botella en el mostrador, él ya se había marchado. Eloy estaba silbando frente al zaguán y Rosalía se estaba acercando por el camino de Covarradeiras.

A partir de entonces Martín volvió a La Quincalla a diario. Se comportaba como de costumbre, se colocaba frente al tío Manuel, recogía su botella ignorando la presencia de Elisa y dejaba unas monedas en el mostrador después de haberlas tintineado en el bolsillo.

Nada cambió en su actitud ni en la forma de entrar en la tienda, ni en la de saludar a Eloy cuando ella iba colgada de su brazo. Era como si nunca hubiese entrado en la quincallería para felicitarla.

Pero cuando la joven cerraba la tienda, se encontraba una rosa silvestre en el suelo, escondida en el rincón que formaba la puerta abierta y las paredes contra las que se abatía. Cada tarde una rosa fresca, recién cortada del matorral, que ella se negó a recoger.

—No me gusta —le dijo el tío Manuel en su media lengua, mientras le hacía un gesto que expresaba su asombro por la cantidad de botellas que estaba acumulando el minero.

Elisa encogió los hombros como si tampoco le gustase, pero cada tarde, a medida que se acercaba la hora del cierre, aumentaba su deseo de que no faltase su rosa.

No se atrevía a identificar los sentimientos que el minero le estaba despertando; no obstante, conforme avanzaba la tarde, el corazón empezaba a latirle sin control, deseando y

temiendo que él llegase a la tienda.

Desde que sonaba la sirena de la mina hasta que entraba por el zaguán pasaban alrededor de treinta minutos. Elisa miraba las agujas del reloj de pared a cada instante. El minuterero no quería moverse. El balanceo del péndulo se dilataba más de lo habitual y la pesa se mantenía en su sitio, mientras el engranaje retumbaba en la tienda como un martilleo. Cuando sonaban los cuartos, anunciando que él estaba a punto de llegar, dejaba de oír el tictac.

En cuanto él entraba en la tienda, a ella se le tensaban los músculos e intentaba controlar el deseo de que por fin la mirase, y el temor de que se decidiera a hacerlo.

No había tarde en que no esperase el momento de cerrar la tienda para encontrar su rosa escondida, con la misma ansiedad.

Sin embargo, cuanto más crecían sus sentimientos hacia Martín, más trataba ella de reprimirlos, y más se refugiaba en la ternura de Eloy.

—¿Me quieres? —le volvió a preguntar unos días después de su cumpleaños, cuando su madre los dejó solos en la cancela para que se despidieran.

—¿Qué muchacha no te querría? —le contestó mordiendo los labios, dando por hecho que existía cariño.

En cualquier otra ocasión Eloy habría insistido en la pregunta y protestado por la evasiva; sin embargo, no le decepcionó: al contrario, interpretó la pregunta de Elisa como una afirmación y sonrió. Porque, aunque no deseaba que le quisiera ninguna otra muchacha, había nacido algo en ella que la había hecho cambiar de un tiempo a esa parte.

Le brillaban los ojos, tenía otra expresión en la cara, más luminosa, más hermosa que nunca, más mujer. A veces, cuando paseaban por la orilla de la playa, se quedaba mirando al horizonte, ausente, concentrada en sí misma. Se estremecía con sólo rozarla para que volviese. Y Eloy se estremecía con sólo mirarla. Parecía una diosa celta recién llegada del pasado. No importaba que nunca le contestase lo que él deseaba escuchar. Elisa le quería, quizá de una forma distinta a como la amaba él, pero se le encendía la cara cada vez que echaba el cierre de la tienda y se colgaba de su brazo para ir de paseo.

Y era cierto, el cambio de Elisa resultaba evidente. Por más que ella intentaba reprimirlo, algo había nacido en su interior que crecía día a día muy a su pesar, conforme Martín dejaba sus rosas en el suelo.

Diecisiete días después de regalarle la primera, en cuanto el tío Manuel cruzó la puerta para llevar un pedido a la taberna, el minero volvió a entrar en La Quincalla.

Vestía traje y sombrero de verano. En lugar del bastón llevaba un paraguas y, en la otra mano, una caja envuelta en papel de embalaje, atada con una cuerda.

Elisa le vio antes de que cruzara el umbral del zaguán; en ese momento ella estaba pesando granos de café para una clienta, y otras tres esperaban su turno.

Afuera caía una llovizna intermitente que apenas se percibía, pero, aun así, él había llevado el paraguas abierto. Antes de entrar en el portal, lo cerró y lo sacudió golpeando la punta en el enlosado de la calle. Las mujeres se volvieron al oír los golpes, pero Elisa continuó poniendo pesas en la balanza hasta equilibrar los platillos. Después de empaquetar los granos de café cogió una botella de aguardiente, la puso sobre el mostrador y miró al recién llegado.

—¡Su licor! ¡Son tres reales!

Lo dijo como si le estuviera echando del local, con el mismo tono que emplearía si la hubiera ofendido.

Él no se inmutó, apartó la botella y dejó la caja en su lugar.

—Creo que esto es suyo, señorita.

El minero se marchó sin el aguardiente y sin añadir nada más, ante la mirada atónita de las clientas.

Elisa guardó la caja bajo el mostrador, simuló que no le intrigaba su contenido y continuó con su trabajo hasta que se quedó sola y se llevó la caja a la trastienda para desenvolverla. El pulso se le aceleró, le temblaban las manos, el cuerpo le ardía y le costaba respirar.

Había escampado y algunos rayos de sol se colaban entre las nubes. Eloy ya estaba en la calle, silbando mientras esperaba la llegada de Rosalía.

El tío Manuel se había marchado a casa desde la taberna para ayudar a Sabela a preparar el lecho de las vacas.

Y Martín caminaba hacia su barracón, apoyado en su paraguas, sonriendo por fuera y temblando por dentro, confiado en que Elisa abriese la caja y siguiese las instrucciones que le había dejado dentro en un sobre, junto a las diecisiete rosas silvestres que no había recogido en el zaguán.

En la carta le pedía que se reuniese con él en el lavadero de la mina al caer la noche. Le extrañó su atrevimiento y, casi tanto, que supiese escribir y utilizase un estilo tan refinado como sus trajes y sus sombreros. En aquellos años casi todas las personas que conocía eran analfabetas. Pero él era así, sorprendente y osado, diferente a los demás.

Faltaba poco menos de una semana para que terminase el verano. Los días ya no eran tan largos como en los meses anteriores, el sol se retrasaba cada día un poco más en salir y los atardeceres se adelantaban, también poco a poco.

Eloy caminaba a su lado, y su madre unos pasos detrás, vestida de negro riguroso, con la toca cruzada sobre el pecho y un pañuelo en la cabeza. Se vistió de luto cuando su padre desapareció y, aunque se habían cumplido los dos años del duelo, no se decidía a quitárselo. No tenía aún los cuarenta, pero parecía una abuela. Las sienes cubiertas de canas, la espalda dolorida por el peso de las lecheras y la cara arrugada y seca por la intemperie.

Elisa nunca la había visto tan feliz como la tarde en que fijaron la fecha de la boda. Aquel día sustituyó su falda y su blusa por un vestido enterizo de alivio de luto, con pequeños lunares blancos. En lugar del pañuelo, se puso un sombrero que compró en Ferrol, discreto pero muy elegante, para impresionar a los padres de Eloy.

Desde que se comprometieron, los paseos de los domingos se ampliaron a casi todas las tardes. Su madre mantenía la absurda costumbre de vigilarlos, como si después de tanto tiempo no supiera que no hacía ninguna falta. ¡Santo Dios! ¡Cuándo perdería el miedo a las habladurías!

La playa estaba preciosa, la bajamar la había dejado cubierta de conchas vacías y pequeños cristales verdes, restos de botellas que el oleaje redondeaba en forma de cantos y que ella se entretuvo en recoger para lanzarlos al agua y que rebotaran en la superficie, siempre con la mano derecha. La izquierda la mantuvo toda la tarde en la faltriquera que llevaba debajo de la falda, donde había guardado la carta.

Pronto se haría de noche; sin embargo, aquella puesta de sol le estaba resultando interminable.

¡Quién habría pensado que aquel minero con aspecto de señorito pudiera ser tan dulce! La llamaba «*miña vida, miña xoia, mi diamante*», y se despedía diciéndole que se consideraba el hombre más afortunado de la tierra porque la amaba como nadie la amó y se sentía correspondido.

¡Pero cómo podía quererla si sólo le había hablado una vez y se negaba a mirarla! ¡Y cómo se atrevía a decir que ella le correspondía si había despreciado sus rosas y jamás demostró el nerviosismo que le causaba su presencia!

No tenía sentido. El amor no puede surgir así, de repente, del menosprecio y el disimulo. ¡Ella no podía quererle, se iba a casar con el hombre más bueno del mundo! Un hombre tierno y paciente que la llevaba esperando toda la vida. ¡No, no tenía sentido! ¡Y menos ahora!

¡Santa Comba bendita, ahora no! ¡Ahora que había logrado mirarle de otra manera! ¡Ahora que había descubierto al hombre en que se había convertido!

Tenía los hombros tan anchos y la espalda tan firme... Cualquiera mujer se sentiría dichosa con él, segura, afortunada por la vida que podía ofrecerle. Tocada por el destino.

Y ella tenía que ser esa mujer.

No iba cogida de su brazo. Se había soltado con la excusa de los cristales y se mantuvo así el resto del paseo. De vez en cuando él tiraba también alguna piedra y la miraba orgulloso cuando conseguía que rebotase varias veces. Ella desviaba enseguida la mirada para no echarse a llorar. Parecía tan feliz aquella tarde...

A su madre, en cambio, la notaba preocupada. Como si barruntase la tormenta que podría llevarse por delante todos sus planes. La miraba sin decir nada, pero la conocía demasiado como para no darse cuenta de que su comportamiento de las dos últimas semanas no era normal. A veces se quedaba tan abstraída que parecía que se había contagiado del silencio de Sabela, o se había aliado con ella para no dirigirle la palabra. Si le preguntaba en qué estaba pensando, se sobresaltaba y se le subían los colores, preocupada ante la idea de que pudiera leerle el pensamiento.

Aquella misma tarde, cuando salió de la tienda después de leer la carta y guardársela en la faltriquera, le había preguntado por qué parecía tan nerviosa.

—¿Ocurrió algo? Tardaste mucho en salir.

Y ella se inventó la primera excusa que se le ocurrió:

—Se derramaron los granos de café y me entretuve en recogerlos.

Después se colgó del brazo de Eloy y empezó a caminar tratando de disimular su excitación, procurando convencerse de que no había otro hombre en el mundo que se mereciera su cariño más que él.

Pero ¿quién puede resguardarse del vendaval en medio del océano? ¿Quién conseguiría apagar un incendio si le rodease? ¿Quién no se precipitaría al vacío si la tierra se abriera debajo de sus pies?

No tenía intención de acudir a la cita, en ningún momento se le pasó por la mente encontrarse con el minero. Sin embargo, durante toda la tarde acarició la carta igual que si le estuviese acariciando a él. «*Miña vida*, déjame que no pronuncie tu nombre, no podría hacerlo sin perder la razón.»

Ella tampoco podría pronunciar el de él, pero no por miedo a perder la razón, ya lo había hecho, sino porque se entretendría en cada letra antes de dejarlas salir de la boca. Y no podía traicionar así a Eloy. ¡Santa Comba de mi alma, ayúdame a no hacerle daño! ¡Si pudiera ser feliz con él...! ¡Si consiguiera que se me parase el pulso cuando me mira...! ¡Si no le hubiera conocido cuando era un muchacho marcado de viruela...!

No. No iría al secadero de la mina. No sería justo para Eloy. En cuanto llegase a casa echaría la carta al fuego y se olvidaría de aquel sinsentido.

El paseo terminó de la forma habitual. Su madre los dejó solos en la cancela del patio del pozo para que pudieran despedirse, y Eloy le tendió la mano y le preguntó si le quería.

La carta le quemaba en el bolsillo. Tenía que deshacerse de ella. Las palabras son sólo palabras. Eloy también sabía decirlas. «Te prometo que algún día me querrás.» Y lo había conseguido, ella le quería. ¡Cómo no iba a quererle!

Sin embargo, cuando llegó el momento, en lugar de tirar la carta a la chimenea, se la llevó al sobrado y la releyó una y otra vez a la luz de una vela, hasta que se la aprendió de memoria.

Al día siguiente, cuando sonó el silbato de la mina, se tapó las orejas con las manos para no oírlo y, antes de que a él le diera tiempo de llegar a la quincallería, se inventó un pedido para una clienta y se marchó a la playa de la Media Luna.

La carta continuaba en el bolsillo de debajo de la falda. «El destino quiso que te viera una tarde cuando salí del trabajo. Tú estabas echando el cierre de la tienda. Nunca vi belleza más deslumbrante. No me culpes si luego no te podía mirar. Culpa al que te puso en mi camino y me obligó a cerrar los ojos para poder resistirte.»

No llevaba más que unos minutos mirando las olas, de pie, junto a las rocas donde solía sentarse con Sabela, cuando sintió una presencia a su espalda y supo que ya no había nada que hacer. «Cuando pienses en mí, piénsame tuyo. Seré tu sol y tu aire.» Y el mundo desapareció.

Se había levantado viento de tierra y el mar se estaba encrespando. Las copas de los árboles se movían rozándose entre sí, produciendo un rugido que se mezclaba con el de las olas, escandaloso y caliente, como si la tierra y el agua se afanasen por respirar al unísono.

Pero ella sólo podía oír el silencio que se impuso a su alrededor. La nada. El vacío. «Seré las gotas de sudor de tu frente. Tu día y tu noche. Tu frío y tu abrigo.»

Él se había acercado muy despacio, hasta casi tocarla. Ella se estremeció, cerró los ojos y se abandonó al destino que los había llevado a los dos a la cima del monte. «*Miña vida*, mi corazón te pertenece desde el momento en que te vi. Haz con él lo que quieras.» Él inclinó la cabeza para rozarle el pelo con los labios. Ella se dejó caer hacia atrás, reposó la espalda contra su pecho y escuchó sus latidos, acompasados a los suyos como si todos procedieran de un solo corazón. «Sé que tú tampoco te atreves a mirarme. Pero me miras, y yo no puedo respirar cuando lo haces.» Él le retiró la melena del cuello para dejarlo desnudo, la rodeó por la cintura y la besó en la nuca. Y ella se giró, convencida de que el destino se había puesto por fin de su parte, para darle al minero los besos que debería haber guardado para su noche de bodas.

Hacia la mitad del camino que conducía a la boca de entrada de la mina había otra que servía de respiradero para la galería principal, tapada por unas rejas. Desde allí, hacia lo alto del monte se abría una vereda bordeada de pinos y matorrales.

A simple vista parecía un regato por el que discurría el agua desde la cima, pero, si se apartaban las matas silvestres, la vereda se ensanchaba a ambos lados del reguero y se podía transitar.

Martín la descubrió cuando se dirigía a la playa de la Media Luna todavía con la ropa de trabajo, sin haber pasado por su barracón para asearse. Había decidido no volver a la quincallería. Estaba decaído, sin ánimos para nada. La noche anterior esperó a Elisa en el secadero sin demasiada convicción, pero albergaba algunas esperanzas. La joven no podía disimular sus sentimientos, la delataba la manera en que se le tensaba el cuerpo cada vez que él entraba en la tienda, sus mejillas enrojecidas y el empeño en ocultar su timidez, con una aparente arrogancia que la hacía aún más deseable.

No podía creerlo cuando la vio junto a las rocas, mirando el mar, tan recogida en sí misma que no reparó en que él había llegado. Había algo sobrenatural en ella. El pelo rojizo alborotado. La falda pegada a las piernas y la blusa a la espalda, empujadas por el aire.

No tenía derecho a trastocarle la vida. No debería haberle llevado la carta y las rosas. Había luchado por resistirse a su hechizo, pero ella había disparado sus armas sin saberlo, y él no supo protegerse.

La había conocido unos días después de incorporarse a su trabajo en la mina. La primera impresión que le causó, cuando la vio bajando el cierre de la tienda de ultramarinos y colgarse después del brazo de su novio, fue de una enorme fragilidad. Un corderillo al que no le queda otra opción que formar parte del rebaño. En ese mismo momento la habría cogido en volandas y la habría liberado de un compromiso que, a todas luces, se advertía que se había fraguado en contra de su voluntad.

En cierto modo se parecían. También él se ocultaba detrás de su arrogancia. Sus trajes hechos a medida, sus sombreros, sus bastones y sus modales cuidados le servían para no mostrarse como se sentía a menudo: un hombre abandonado a su suerte.

Hacía años que no mantenía ningún tipo de contacto con sus hermanos. Ya no le escribían para animarle a que se reuniera con ellos en América, ni le enviaban dinero para el pasaje, ni una postal por Navidad. Le habían olvidado. Al principio le costó admitir que su vida sólo dependía de él y que el éxito no se contagia, sino que hay que ir en su busca.

No importa a qué se puede aspirar, ni lo lejos que esté, la cuestión es disfrutar de lo ya conseguido y valerse de ello para dar el siguiente paso. Y a eso era precisamente a lo que él se dedicaba. Se encargaba los trajes en las mejores sastrerías, leía los periódicos todas las mañanas y se esforzaba por cultivar sus modales. Porque no había abandonado la idea de

viajar al otro lado del mundo, y cuando lo hiciera, sus hermanos no verían en él al gañán que habían dejado con su padre, sino a un caballero al que no tendrían más remedio que admirar.

No se escondería como ellos en la bodega de un carguero, hacinado junto a decenas de emigrantes que olían a pobreza y desesperación. Él viajaría en primera, con los bolsillos llenos y el porte de un señor. No importaba el tiempo que tardase en conseguirlo, ni si tenía que gastarse el sueldo de cada mes en vestuario. No perdería de vista su horizonte a menos que sucediera un imprevisto que le forzase a desviarse.

Y allí estaba su imprevisto. De espaldas, mirando el mar. El viento jugaba con su falda, le marcaba las piernas y la cadera y le dejaba al aire los tobillos, tan finos que en cualquier momento podrían quebrarse.

Había empezado a atardecer. Si le hubiera hecho caso a la razón, se habría marchado y habría intentado olvidarse de ella. Pero el vendaval que se estaba levantando también le empujaba a él, contrario a toda lógica, aumentando su fuerza desde la tierra hacia el agua, impulsivo, caliente, decidido a arrastrarle. Debería haber huido de aquel encantamiento, pero no pudo resistirse.

Cuando ella se dejó caer contra su pecho, desaparecieron el aire, la tierra y el mar.

Ella se abandonó como si estuviera destinada a vivir ese instante. Y él la recibió convencido de que no podía ser de otra manera. Lo que iba a suceder estaba escrito de antemano. Inevitable. Prohibido. Fatal. Pero ambos sabían que su vida perdería sentido si no dejaban que ocurriese.

El sol se encaminaba hacia el horizonte, feliz de iluminar una tarde que se quedaría grabada en la memoria de aquella playa que dibujaba un arco perfecto de oriente a poniente.

Él se sentía como un principiante en su iniciación, turbado, torpe, inexperto. La besó como si fuera la primera vez que besaba, le acarició la cara y le desabrochó la blusa sin dejar de temblar. Se enamoró de su olor, del color de su pelo, de su piel. Le buscó los pechos, de pezones pequeños y firmes, la recostó contra el suelo con cuidado, como si fuera a romperse, le levantó la falda, se tendió sobre ella y le prometió que no le iba a doler.

Ella mantuvo los ojos cerrados y, mientras él se estremecía con cada espasmo de su cuerpo, virgen y primerizo, ella le decía que no debía quererle así.

—¿Por qué no? —le preguntó cuando el sol ya estaba al borde del agua.

—¿Es que no sabe que voy a casarme? —contestó a modo de respuesta, mordiéndose los labios y sin abandonar el tratamiento de usted que había utilizado con él en La Quincalla.

Él cogió una aguja de pino, la dobló hasta formar un círculo y se la ajustó en el dedo anular.

—Con este anillo, yo te desposo. —Y acercó la boca a su oreja para susurrarle—: Tendrás que decirle a tu prometido que no te puedes volver a casar.

—Nunca le he besado... —dijo mirándose el dedo y hablando para sí misma. Luego levantó la vista hacia Martín y volvió a bajarla, como si acabase de darse cuenta de lo que habían hecho y le avergonzase—. ¿Qué va a pensar usted ahora de mí?

—Que esos labios ahora son míos. Y que cuanto más te los muerdas, más míos serán.

El minero se retiró el flequillo de la frente y trató de ordenar el pelo de la joven, despeinado y lleno de briznas.

—Te espero mañana en el respiradero de la mina. ¿Sabes dónde está?

—No puedo. —Y se tapó la cara con las manos como si estuviera arrepentida de lo que acababa de hacer—. Es un pecado, un pecado muy grande. No puedo.

Martín se echó a reír. No podía estar más hermosa, con su pelo rojizo revuelto y sus remordimientos más rojos aún.

—Acabo de desposarte, ¿dónde está el pecado?

Al oír su carcajada, Elisa se levantó, se arregló la falda, se recompuso el peinado y se dirigió a él con el mismo tono que había utilizado cuando le dio la botella de aguardiente:

—¡No se ría de mí! —dijo quitándose del dedo la aguja de pino y tirándola al suelo.

—Muy bien, no me río. Te compraré uno de verdad. ¿Cuándo quieres que sea la boda?

—Yo ya tengo novio. Voy a casarme.

Entonces él se acercó, la abrazó por la espalda y le repitió al oído:

—Ya eres mía. No te puedes casar dos veces.

Ella volvió a abandonarse contra su pecho, como si también estuviese escrito de antemano lo que tenía que suceder de nuevo. Igual de prohibido que hacía unos minutos, inevitable, impulsivo y caliente, más fuerte que el viento que no dejaba de soplar.

A partir de entonces, desde que sonaba la sirena ella se debatía entre el remordimiento y el deseo, mientras él la esperaba en la falsa bocamina, consumido por la impaciencia y con la misma pregunta que hacerle:

—¿Se lo dijiste?

Pero ella no se atrevía. Cada vez que intentaba hablar con Eloy se quedaba sin palabras y lo dejaba para el día siguiente.

—Hoy parecía muy contento. ¡Mañana!

Y así pasaron más de dos meses.

Por la mañana y por la tarde era la Elisa que debía obedecer al destino que le había marcado su madre, y por las noches se escabullía de casa cuando todos estaban dormidos y se dirigía hacia la falsa bocamina, donde Martín la esperaba para subir la vereda cogidos de la mano. Antes del amanecer se despedían en el respiradero y cada cual se iba a su casa por diferentes caminos, a oscuras y solos, para no tentar a la suerte.

Hasta que no se atreviera a romper con Eloy, no debían levantar sospechas. Martín dejó de ir a comprar a La Quincalla para evitar un desliz que pudiera delatarlos, y Elisa continuó con sus paseos intentando reunir suficiente valor para decirle a Eloy que debía romper su compromiso, pese a tener fijada la fecha de la boda.

Llovía con frecuencia y la temperatura había bajado, sobre todo por las noches. Martín había levantado un chamizo al abrigo del monte, de apenas un metro, con restos de maderas de la mina y cubierto con ramas de los matorrales. Había llevado una alfombra y un par de mantas. Para llegar hasta el chozo se alumbraban con una linterna de minero, sujeta a la frente de Martín con una cincha. Una vez en el escondrijo apagaban la linterna y se buscaban el uno al otro como si fuese la primera vez para ambos.

Una noche, cuando estaban a punto de marcharse, Elisa oyó un crujido procedente del exterior y se asustó.

—Hay alguien ahí fuera.

Pero por más que buscó el minero en los alrededores, no encontró a nadie.

—Debió de ser algún animal.

Había llovido durante varios días seguidos. El suelo estaba muy embarrado. Si se hubiera acercado alguien, tendría que haber dejado huellas, además de remover los matorrales entre los que se camuflaba el cobertizo, pero nada indicaba que hubiera sido así. No obstante, mientras bajaban hacia el respiradero ninguno pudo evitar la sensación de que los estaban observando.

Hacia la mitad del camino Elisa creyó oír unas pisadas y le pidió a Martín que apagase la linterna.

—¡Escuche! Esta vez lo oí muy bien.

—¿Todavía no te acostumbraste a los ruidos del monte? —bromeó Martín—. A lo mejor es un zorro que tomó nuestro refugio por su madriguera.

Pero él también había oído un crujido de ramas. Había que olvidarse del chamizo. Los había protegido de la lluvia durante el otoño, pero se acercaba el invierno y el frío se colaba por todas las rendijas, más intenso y cortante cada noche. No podían continuar viéndose allí. Había llegado el momento de sacar su relación a la luz.

Hacía unas semanas que había alquilado una casa con dos patios junto a la parada del coche de línea, conocida como el pazo de las Cocheras; una antigua casa de labor que el dueño había reformado al estilo de los pazos solariegos que abundaban por la zona. La vivienda era una humilde imitación de las casonas señoriales en las que se inspiraba, pero Martín se había fijado en ella nada más llegar, y al marcharse el inquilino, la arrendó para instalarse allí con Elisa en cuanto la joven reuniese el valor para decírselo a Eloy.

—Tenemos que casarnos ya, *miña vida*. Tienes que hablar con Eloy. —Y añadió en tono de ultimátum—: De mañana no pasa. Si no se lo dices tú, iré yo a hablar con él.

La joven le cogió del brazo, le empujó a seguir caminando y le dijo sin demasiado convencimiento:

—Mañana se lo cuento, ¡lo prometo!

Pero Martín había escuchado esa misma frase decenas de veces, ya no la podía creer.

—No me basta con que lo prometas. Tendrás que jurármelo por tu vida y por la mía. Y Elisa se lo juró sólo por su vida, porque no soportaría que la de él corriera peligro.

Para ir al encuentro de Martín, Elisa siempre esperaba a que todos estuvieran dormidos, y después, a su regreso, se descalzaba para evitar despertarlos. En los casi tres meses que duraban las citas en el chozo no había tenido problemas, pero aquella noche, cuando llegó al último peldaño de las escaleras del sobrado, creyó ver la sombra del tío Manuel, escondido tras la mampara de madera que dividía su catre del de su madre.

Quizá fuese su imaginación, pero lo cierto fue que al día siguiente, mientras trabajaban en la quincallería le pareció que su tío vigilaba sus movimientos como si estuviera tramando algo. Y no sólo él. Cuando su madre llegó a la hora del cierre para acompañarla en su paseo con Eloy, también la miró de una forma extraña.

Aquella tarde no fueron a la playa. El tiempo estaba lluvioso y Elisa había cogido frío y no se encontraba bien, de modo que interrumpieron el paseo y regresaron a casa. Al entrar en la *lareira*, la joven sintió las miradas de todos como si la estuviesen examinando.

El ambiente estaba tan tenso que dudó si acudir a su cita. Pero le había hecho un juramento a Martín y no podía dejarle sin saber si se había atrevido a cumplirlo. Así es que decidió aumentar las precauciones. Esperó al menos una hora más que de costumbre a que todos estuvieran dormidos y, en lugar de bajar por las escaleras, salió por la ventana del sobrado y se deslizó por el tronco de un árbol.

Había dejado de llover, pero la humedad se había condensado en una niebla cerrada que le impedía la visión del camino, embarrado y cubierto de charcos.

A duras penas conseguía distinguir dónde pisaba, estaba aterida de frío y le castañeteaban los dientes, pero tenía prisa por llegar al respiradero, así es que apretó el paso. Martín debía de estar preocupado, o quizá se había marchado harto de esperar, convencido de que había vuelto a faltar a su palabra.

Pero esta vez no le había fallado y ardía en deseos de decírselo. Muy pronto estarían los dos en la casita que había alquilado junto a las cocheras, casados como Dios manda, absueltos de los pecados que cometían cada noche, libres de la angustia del «hoy no me atreví, mañana se lo diré».

Hacia la mitad del trayecto percibió una luz que rebotaba contra la niebla, quieta en medio del camino. La joven creyó que se trataba de la linterna del minero, pero al acercarse, distinguió la figura de una mujer con un candil en la mano y el brazo extendido hacia abajo.

El cuerpo envuelto en la niebla. Negro el mantón. La luz del candil contra el suelo.

¡No podía creerlo cuando la tuvo frente a frente! La había dejado dormida. ¿Cómo había llegado hasta allí? Tendría que haber salido antes que ella o haberla adelantado en el camino. ¡Era imposible! Pero allí estaba, apretándose la lengua con los dientes y levantando el brazo del candil hasta la altura de la cara para que la reconociera. Las llamas del quinqué se reflejaban en sus pupilas, y en su boca, el infierno, la ira, la condena y un odio que Elisa no había visto nunca.

—¿En qué te convertiste? ¡Debería matarte aquí mismo!

Desde los matorrales se oyó el quejido de un animal, probablemente una cría de jabalí o de zorro, abandonada o herida, pero estaba tan cerca de su madre que Elisa le atribuyó a ella el gemido, e intentó decir algo para tranquilizarla. Sin embargo, antes de que pudiera decir nada, escuchó la voz de Martín:

—Tendría que matarme a mí primero.

Se encontraba detrás de Rosalía, a pocos pasos de Elisa. La niebla era tan espesa que aplastaba la luz de la linterna y apenas la dejaba salir de su frente.

Rosalía ladeó la cabeza hacia él y, sin llegar a mirarle, le amenazó sin apenas mover los labios, manteniendo la lengua apretada entre los dientes:

—Más te vale olvidarte de ella, o te montaré un escándalo que te costará tu puesto en la mina, y quién sabe si de paso te mando directo a la cárcel.

Martín quiso contestar, pero Elisa se colocó entre ellos y se acercó al joven para decirle al oído que la esperase en el respiradero a la mañana siguiente, antes de entrar en la mina. Después le dio un beso en los labios, le obligó a darse la vuelta y le empujó a marcharse.

Cuando el minero se perdió entre la niebla, la joven se colocó delante de su madre y empezó a caminar en silencio hacia su casa, pensando en el crujido de ramas que los había acompañado la noche anterior.

Aún no sabía que, nada más empezar su romance, Rosalía había vuelto a sentir en su espalda los murmullos, las miradas atravesadas y los silencios repentinos. Al principio lo atribuyó a lo de siempre: su relación con el tío Manuel y la distribución de las camas en el sobrado. Hacía demasiado tiempo que las lenguas viperinas no salían de paseo, así es que no le extrañó que volvieran al ataque. Al fin y al cabo, el cuerpo de su marido no había aparecido. Debía guardarle la ausencia, como el resto de las viudas sin difunto que dejaba la mar.

—¡Qué vergüenza! —repetía mientras caminaba unos pasos por detrás de su hija, igual que había hecho tantas veces para que nadie pudiera encontrar ni siquiera una sombra capaz de mancharla—. ¡La honra de mi casa en boca de todos! ¡Santas ánimas benditas, qué vergüenza!

Unos metros antes de llegar a la cancela del patio delantero la obligó a detenerse sujetándola por un hombro y le preguntó a bocajarro:

—¿Desde cuándo no tienes tus días?

Elisa empezó a temblar. Hacía dos meses que no colgaba sus paños en las cuerdas del huerto, donde solían tender la colada.

—Madre, yo...

Rosalía no la dejó terminar. Apretó la lengua entre los dientes, levantó el brazo con la mano abierta y le lanzó una bofetada que le hizo perder el equilibrio.

—Mujer que anda de noche no es buena mujer. ¡A ver cómo se lo explicas a tu novio para que acepte adelantar la boda!

Pero no hacía falta que le explicase nada a Eloy. Se lo había contado aquella misma tarde, cuando se despidieron en la cancela.

Martín también lo sabía. Lo sospechó desde el primer mes que le faltó la sangre. Porque ella no se había negado nunca a que le acariciase cada rincón de su cuerpo, y porque sus pezones habían tomado un aspecto distinto, más oscuros, más grandes, preparados para la boquita que se alimentaría de su leche.

Elisa dejaría de trabajar en La Quincalla —con el sueldo de Martín tenían más que suficiente— y vivirían en la casa de las cocheras, donde el minero cuidaría de la madre y del niño como nadie había cuidado nunca de él.

De hecho, si hubiera cumplido las promesas que le hizo a Martín, ya estarían casados.

Quizá hubiera sido mejor confesárselo antes a su madre, pero con ella le resultaba aún más difícil que con Eloy. Cuando pensaba en cómo abordarla y se imaginaba su reacción, el miedo la paralizaba y la dejaba sin habla, incapaz de enfrentarse al huracán que desencadenaría la noticia.

En más de una ocasión Martín le había sugerido que se escapasen y se olvidaran de todos. El cuerpo de Elisa ya estaba perdiendo sus formas, pronto se le notaría el embarazo y ya no tendría sentido plantearse cómo explicarlo.

El tiempo se les estaba echando encima, y la paciencia de Martín había alcanzado su límite. Tenía razón, no podían esperar más. Así que aquella tarde, horas antes de que su madre le cerrase el paso al respiradero, se armó de valor y se dispuso a cumplir lo que había jurado.

La tarde había estado bastante desapacible, con intervalos de lluvia y de niebla. Elisa había empezado a tiritar cuando salió de La Quincalla, y no había dejado de hacerlo en todo el paseo. Cuando Eloy extendió la mano para despedirse, se la retuvo entre las suyas, tragó saliva y le miró conteniendo las lágrimas.

—He de decirte una cosa.

Él reaccionó como si supiese que ese momento iba a llegar y lo estuviera esperando.

—No hace falta que te esfuerces. Oí rumores. Dime sólo si son ciertos.

Elisa no sabía hasta dónde llegaban los rumores, pero, por la expresión de su prometido, diría que todo el pueblo había echado en falta sus paños higiénicos en las cuerdas de la huerta.

—Lo siento, Eloy.

Él no había perdido la compostura ni le había soltado la mano. Le brillaban los ojos, pero no transmitían un ápice de reproche. A pesar de que no le faltaban razones, en lugar de mostrarse como un hombre traicionado y resentido, le habló con la misma determinación que había utilizado cuando le prometió que algún día llegaría a quererle:

—Es demasiado tarde, ¿verdad?

Elisa se tocó el vientre y volvió a disculparse.

Le dolían aquellos ojos que deberían odiarla, la mano que debería haberse apartado de las suyas, la voz que podría haberla insultado y se mantuvo serena.

—Yo podría hacerme cargo del *nenó*.

Pero incluso él sabía que no era posible. Ella no le amaba. Lo había intentado, le había puesto toda su voluntad, pero su cuerpo se había negado. Jamás sentiría con él los escalofríos que experimentaba con cada caricia de Martín. La urgencia por que llegase la noche. Las palpitaciones. Los labios abiertos. El estremecimiento. El deseo y la locura.

Eloy había conseguido cumplir su promesa, ¡cómo no iba a quererle!, pero por muy dulces que fueran sus ojos, por mucha seguridad que le dieran sus brazos, no consiguió despertar en ella la ansiedad con que esperaba sus encuentros en el cobertizo.

—¿Podrás perdonarme?

—No lo sé. Tendrás que vivir con esa duda. —Y cambió el tono de voz hasta hacerla más grave y rotunda, casi amenazante—: Yo viviré con la certeza de que algún día te arrepentirás.

A Elisa le desconcertaron sus palabras, parecía que las estaba pronunciando para sus adentros, como si él mismo estuviese arrepentido de su proceder o supiese que iba a hacerlo.

Aún no le había soltado la mano.

—Lo sé, Elisa —continuó en el mismo tono grave y definitivo—, te arrepentirás algún día. Yo cumpliré con lo que te prometí, no me interpondré en tu camino, pero no olvides que te

ofrecí la posibilidad de evitar este error.

Ninguno podía imaginar que esa misma noche, cuando Rosalía abordase a su hija camino del respiradero, empezaría la cuenta atrás para el arrepentimiento.

Elisa se sorprendió con la recepción que le estaba esperando en la cocina de su casa. Sabela y el tío Manuel se habían sentado de espaldas a la chimenea, de cara a la puerta del zaguán. Eloy se encontraba de pie, junto a ellos, no se había quitado el abrigo y llevaba el sombrero en la mano.

Era la primera vez que su hermana y su novio coincidían en la misma habitación. Sabela la miró con una extraña expresión de alegría, como si acabase de ganar una guerra o se hubiera liberado de un peso del que Elisa formaba parte. Aún no había cumplido los dieciséis años, pero vestía como una viuda, de luto riguroso y con la cabeza cubierta por un mantón. Sus ojos ardían como los del mismo demonio encarnado en un macho cabrío.

No parecía ella. A Elisa le costó reconocerla al primer golpe de vista. Como tampoco reconoció al tío Manuel, que la miraba con una cólera contenida a punto de explotar de un momento a otro. Llevaba su poncho raído, remendado y zurcido cien veces, y un pañuelo negro anudado al cuello. Elisa nunca hubiera esperado que se prestase a participar en aquella especie de tribunal de justicia que terminó de componer su madre acercando un taburete y colocándolo entre su tío y Sabela, de espaldas al fuego, con el mismo odio en los ojos con que la esperaba en el camino.

La acusada se quedó de pie, empapada e indefensa, en medio de un silencio que sólo rompía el crepitar de la lumbre.

Hacía casi año y medio que Sabela no le hablaba, pero aquella noche dejó su libreta de lado y se dirigió a ella en un tono de sorna que Elisa no comprendió:

—¿Te olvidaste de que aquí todo se sabe? Tú misma me lo advertiste cuando compartíamos colchón.

Ninguno de los presentes pareció extrañarse de que tomara la palabra. Elisa no sabía cuánto tiempo llevaba en la cocina con Eloy y el tío Manuel. No podía ser mucho, porque ella había salido de casa hacía menos de una hora. Pero no cabía duda de que habían hablado entre ellos y estaban de acuerdo en el objetivo de la reunión.

Eloy debía de haber llegado hacía poco rato, probablemente alertado por el tío Manuel, de ahí que llevaran puestos el poncho y el abrigo. Era el único que no la miraba como si la estuviera juzgando. Al contrario de los demás, le dedicó la mirada dulce de siempre. Tal vez se encontraba allí para protegerla, a pesar de todo y de todos.

Su madre también debía de haber hablado con Sabela antes de salir hacia el respiradero de la mina, porque tampoco se inmutó al escucharla, sino que asintió con la cabeza y añadió:

—Diremos que fue tu prometido quien construyó el cobertizo. ¡Eso déjalo de mi cuenta!

Y miró a Eloy en busca de su complicidad, satisfecha con la solución que creían haber encontrado.

Elisa había sido muy ingenua al pensar que podría mantener en secreto sus citas con Martín. Sabela llevaba razón. El pueblo tenía mil ojos, mil bocas y mil oídos. Debería haber

reparado en que, a raíz de que Martín dejó de comprar su botella de licor, las clientas de La Quincalla empezaron con sus cuchicheos, sobre todo cuando la veían con Eloy. Por otro lado, hacía tiempo que el tío Manuel la miraba con desconfianza. No le extrañaría que la hubiera seguido más de una noche, ni que hubiera decidido compartir su descubrimiento con Rosalía. Estaba claro que su madre no había ido al respiradero para corroborar una sospecha, sino para intentar zanjar un problema.

Y así era, las sospechas de su tío y de su madre no habían nacido de un día para otro. No obstante, al contrario de lo que podría pensarse, la fama de Martín jugaba a favor de la única solución posible: los dos confiaban en que se cansaría del juego cuando descubriese el embarazo.

Sus esperanzas se vinieron abajo tan pronto como conocieron el ultimátum de la noche anterior. Sin embargo, no fue gracias al tío Manuel, como suponía Elisa, sino a la única persona de la que nunca hubiera sospechado, la que había seguido a Martín desde el día que le conoció en la playa de la Media Luna.

Sabela los había oído hablar muchas veces en la cabaña. Sabía que habían planeado la boda hacía tiempo, y también que su hermana no se atrevería nunca a hablar con su novio, y mucho menos con Rosalía. De manera que ella abriría la caja de los truenos cuando le pareciese el momento oportuno. No se lo había contado a nadie hasta que Martín le dio el ultimátum. Entonces fue cuando decidió que había llegado la hora de empezar el baile.

El minero estuvo a punto de descubrirla en el hueco de un tronco que había junto a la cabaña, donde se escondía para vigilarlos desde que los vio la primera vez que él le levantó las faldas.

Aquella tarde estaban tan concentrados en sus indecencias que ninguno advirtió que ella los observaba desde los matorrales. Se tuvo que tapar la boca para no gritar. ¡La perfecta Elisa acababa de echar su futuro por la borda! Lo habría pregonado a los cuatro vientos, pero tenía que calcular bien sus pasos si quería manejar la situación en su propio beneficio. Debía tener paciencia. Tejería una tela de araña alrededor de los amantes, espesa y pegajosa, y cuando no pudieran moverse, se acercaría y les inyectaría el veneno.

El primer paso no tuvieron que darlo sus pies. Las clientas de La Quincalla se encargaron de sembrar las dudas sobre los amoríos de su hermana, que llegarían más temprano que tarde a oídos de Rosalía.

El segundo lo dio la propia Elisa. Casi todos los meses las mujeres de la casa cumplían al tiempo su ciclo menstrual, como si se contagiaban unas a otras. Cada una lavaba sus paños y los colgaba en la cuerda del huerto. El primer mes que su hermana no los lavó, ella tendió más de la cuenta para que su madre no lo notase. La telaraña aún no estaba lo bastante tupida, Elisa se podía escapar por los huecos. No sería la primera moza, abandonada después de sufrir un desliz, que adelantaba la boda para que la criatura tuviese dos apellidos, como mandaba la ley de Dios. Había que esperar a la segunda falta. Si el minero no salía corriendo y Elisa aguantaba sin confesar sus devaneos, existían muchas probabilidades de ganar la guerra. Los amantes se estaban cavando una tumba de la que no debían salir. De momento, sólo había que esperar a que fuese lo más profunda posible.

Lo demás fue coser y cantar. La noche en que casi la descubrieron, aligeró el paso para llegar a casa antes que Elisa, despertó al tío Manuel y le pidió que la acompañase a la cocina. Y allí, a oscuras, le contó el ultimátum de Martín. Si no hacían nada por remediarlo, Eloy se quedaría compuesto y sin novia en menos de veinticuatro horas, y la deshonra de Elisa se extendería a toda la familia.

—¿Quién va a creer ahora que en nuestro sobrado nunca ocurrió nada que no debió ocurrir?

El tío Manuel le leyó los labios sin parpadear, asintió con la cabeza y le hizo un gesto para que esperase. Al cabo de unos minutos apareció en la cocina con Rosalía, que se dirigió a Sabela como si entre ellas nunca hubiera existido el silencio que las mantuvo alejadas durante casi dos años. La *leiteira* parecía estar al cabo de todo.

—¡Cuéntame lo que sabes!

Sabela se lo contó sin utilizar la libreta y el lápiz, añadiendo pormenores sobre los encuentros en el cobertizo, que podría haberse ahorrado para no aumentar la indignación de su madre.

Unos minutos después se oyó la cancela del patio.

—¡Es ella! —dijo Rosalía levantándose con la intención de abordar a Elisa en la puerta.

Pero Sabela la detuvo con un argumento que Rosalía también había barajado:

—¡No, madre! ¡Así no! A no ser que quiera que se escape con él ahora mismo.

—Yo no vine aquí para esto. Lo lamento, suponía que estabas al corriente.

Hasta que vio a Elisa en medio de la cocina, desconcertada y sin parar de temblar, Eloy no entendió la farsa en la que estaba participando. De haberlo sabido a tiempo, se habría adelantado a Rosalía y a Sabela para desmontarla.

Sospechaba que algo sucedía desde hacía un par de meses. Elisa no era la misma y los rumores sobre ella y el minero también habían llegado a sus oídos. No obstante, prefirió cerrar los ojos y esperar acontecimientos. No podía enfrentarse abiertamente a un rival que, a ciencia cierta, tenía todas las de ganar. No cometería ese error. Si ponía a Elisa en la disyuntiva de elegir, la perdería para siempre. Su única baza era demostrarle su cariño, confiar en ella y esperar. Tragarse las murmuraciones, procurar no perder la perspectiva y disimular, consciente de que el otro jugaba con los cuatro ases de la baraja en la manga. Había peleado contra ese sapo desde la primera vez que vio al minero en la puerta.

Las malas lenguas le atribuían decenas de aventuras con las mozas de los alrededores. Se decía que jugaba a encapricharlas y luego, cuando habían caído rendidas, perdía el interés y las abandonaba, a sabiendas de que las estaba condenando a que ningún mozo las volviera a tocar. Incluso decían que una de ellas se había quedado embarazada y él se había negado a aceptar la paternidad de la criatura. Nadie pudo confirmar los rumores que circulaban sobre el minero, pero, ciertos o no, él no podía consentir que Elisa se viera en la misma situación, embarazada y abandonada a su suerte. Si llegaba ese momento, él estaría allí para arroparla, repararía su honra adelantando la boda y le demostraría que aún se podría cumplir su promesa.

Sin embargo, cuando ella le preguntó si sería capaz de perdonarla, comprendió su equivocación. Era innegable que Martín se había ganado a pulso su fama, pero con Elisa fue diferente, se había enamorado. Eloy no le culpaba por ello, cualquier hombre lo haría. El minero supo jugar y ganó.

Él, en cambio, calculó mal la jugada. No podía sino aceptar la derrota. Así es que liberó a su novia de su compromiso y se marchó a su casa para lamerse la sangre.

Su madre le esperaba con un plato de verduras cocidas y un trozo de queso con miel. No quería preocuparla aún, de manera que se sentó a la mesa, partió el queso e intentó comerse un bocado.

El olor de la col y las berzas recién hechas inundaba la cocina, humeante y ácido, como todas las noches. Eloy identificaba aquel olor con la seguridad de la casa, con la vuelta del colegio de Ferrol, adonde le enviaron sus padres con más esfuerzo del que nadie podía suponer, quitándose más de un trozo de pan de la boca; con las vigiliadas de su madre, mientras su cuerpo luchaba contra la viruela; con el silencio de las noches de invierno y los grillos del verano. Un olor a hogar, a cobijo, a confianza, que en aquel momento le supo a mentira y a incertidumbre.

Antes de que pudiera tragarse el trozo de queso, el estómago se le vino a la boca, y tuvo que salir de la cocina a toda prisa.

El excusado se encontraba junto al gallinero, a dos zancadas de la puerta de la cocina, pero no le dio tiempo a rebasar el umbral. Nada más cruzarlo, dobló la cintura y expulsó hasta la última gota de bilis.

Las lágrimas se le escaparon por los ojos y por la nariz. Había empezado a sudar. Su cuerpo se vació sin ofrecer resistencia, sin una sola arcada, como si le sobrasen todos los líquidos y tuviera que expulsarlos. La náusea le resultaba insoportable. Se le habían dormido las manos y le temblaban las piernas.

—¿Qué pasó, rapaz? —le preguntó su madre mientras le sujetaba la frente.

Pero a la tía Juanita no le hacía ninguna falta su respuesta, sabía tanto o más que él. Los rumores también se habían oído en la pescadería.

Los perros de la finca habían empezado a ladrar, inquietos, soliviantados, como cuando alertaban de la presencia de un zorro que se acercaba a las gallinas.

Cuando llegó a casa, su padre ya estaba dormido. Solía acostarse pronto, ya que se levantaba antes de que abriesen la lonja para elegir el pescado directamente en las barcas. Tenía el sueño muy profundo. No se habría despertado sin el alboroto de los perros, cuyos ladridos habían contagiado a los de las fincas colindantes.

—Mañana mismo te vas a Ferrol —dijo el tío Mauricio mientras ayudaba a su mujer a meterlo en la cocina y sentarlo en una silla—. Ya nos encargaremos nosotros de poner en su sitio a esa mosquita muerta.

Nunca habían hablado del asunto. Desde que empezaron los primeros rumores se comportaron como si el silencio pudiera eliminarlos. Escondían la cabeza procurando que el minero no saliera en ninguna conversación, y obviaban su existencia.

Para ellos, la mejor defensa siempre había sido hacerse invisible ante el enemigo. Que las armas no distingan el blanco donde apuntar y las balas se pierdan. Que la vida siga sin que se sepa que la casa está ardiendo por los cuatro costados. Que el humo se quede entre las paredes y el olor no trascienda. Impedir que se desborde, para que no se asome a las ventanas y nadie lo vea.

Pero ya no era posible. A la mañana siguiente toda la vecindad se levantaría envuelta en la humareda. No habría nadie, desde el alto de La Bailadora hasta el cabo Prior, que pudiera sustraerse al olor a quemado. Elisa sería pasto del fuego y él no lo había sabido evitar.

Aquella noche no pudo conciliar el sueño. Cuando cerraba los ojos, la veía en la cancela acariciándose la tripa, desconcertada porque él la había amenazado con que se arrepentiría, el único daño que se permitió a sí mismo infligirle.

Quizá estuviera equivocado, el tiempo le daría o le quitaría la razón, pero sólo creándole esa duda podía descargarse él de su propia responsabilidad.

Se habría tragado su orgullo para lavar su honra; le habría perdonado la traición, sin reproches y sin condiciones, y habría querido a ese niño como si fuera suyo. Mas no era ése el motivo por el que quiso castigarla. Él también era culpable, lo había consentido. Se equivocó al no hacer nada, y tendría que vivir con ese error. El único sapo que no pudo tragarse, porque ella no se lo había permitido.

Aún seguía con los ojos abiertos cuando sintió unos pasos que se acercaban a su casa y, sin saber muy bien por qué, se vistió, se puso el abrigo y el sombrero y salió a la puerta. Algo le decía que la partida no había terminado aún.

La niebla impidió que distinguiese a Sabela hasta que la tuvo a dos palmos. Venía con el tío Manuel y con una propuesta que no podía rechazar.

—Mi madre está hablando con Elisa ahora mismo —le dijo sin más preámbulos, como si los dos supieran a qué se refería—. Todo se arreglará.

Eloy la miró extrañado. La consideraba una adolescente esquiva y huraña, enfadada con el mundo. La conocía desde que era pequeña, pero hacía un tiempo que bajaba la cabeza y escondía la cara siempre que se cruzaba con él.

Nadie sabía por qué había dejado de hablar, aunque tampoco les sorprendió ni echaron de menos sus monosílabos, que escupía como si lanzase un mal de ojo. En el pueblo la temían. Su aspecto desgarrado, su mirada aviesa y su piel, oscurecida por el vello, fomentaban la fama que la acompañaba desde que nació, pese a que nadie pudo achacarle nunca una desgracia.

La recordaba la tarde en que la ayudó a recoger los golfos del suelo.

Él no la había visto de cerca hasta entonces. La única imagen que tenía de ella era la que le habían transmitido los demás: la de un ser de otro mundo que se había equivocado al nacer en el nuestro. Alguien de quien huir. Él conocía esa sensación. La había sufrido cuando la viruela se cebó con su cuerpo y le aislaron en el sobrado para evitar el contagio.

Cuando la sujetó para que no se cayese, se encontró con una niña retraída, marcada por el miedo de los otros, igual que él.

Tenía las cejas muy espesas, y el vello le ensombrecía el labio superior y las patillas, pero no más que a otras jóvenes de su edad. Aún no podía decirse que fuese guapa, sus facciones eran duras, pero se apreciaba la belleza que estaba pugnando por salir. Una crisálida a punto de convertirse en mariposa. Al verla se dio cuenta de que se había dejado contagiar por las reticencias de los demás, y le asaltó el deseo de reparar el error, consolarla de algún modo, aunque sólo fuese diciéndole que sabía cómo debía de sentirse. Pero su hermana se acercó antes de que se atreviese, y le pudo la vergüenza.

Desde aquella tarde, cada vez que la veía procuraba transmitirle el consuelo que no había sabido darle, y ella le devolvía la mirada como si le entendiese.

Las cosas cambiaron de pronto, cuando se quedó sola en medio de la verbena. En el pueblo no se habló de otra cosa durante días. Una rareza propia de aquella jovencita que desafió a la tormenta como si la quisiera dominar, y decidió quedarse muda para todos menos para su tío sordo. Un contrasentido más para acrecentar su fama de extraña.

A partir de aquella verbena se volvió aún más arisca, más metida hacia dentro, como si rumiara una ofensa y la forma de vengarla.

Era la última persona que pensaba encontrar cuando bajó a la puerta de la calle. El tío Manuel asentía con la cabeza a cada frase que decía. Parecía una mujer hecha y derecha. Sus facciones se habían dulcificado y el vello le había desaparecido casi por completo. Se cubría la cabeza y los hombros con un mantón negro que le enmarcaba la cara y la hacía parecer mayor.

—No te preocupes, nadie tiene por qué saber lo que pasó. Tú eres el único que lo puede arreglar.

Su voz le sonó como la de una madre consolando a su hijo. Era como si le estuviese devolviendo el apoyo que él había querido darle en otro tiempo.

—Mi madre habló con el señor párroco. Os casará mañana a las siete de la mañana. —Y añadió para que entendiera que él tenía la última palabra—: Si a ti te parece bien.

Unos minutos más tarde se encontraban esperando a Elisa en la cocina de su casa. Eloy sólo tuvo que mirarla para saber que nada había cambiado con respecto a lo que hablaron en la cancela.

Cuando hizo el ademán de marcharse, Rosalía se levantó de su silla y trató de detenerle.

—Yo sabré convencerla. Haré que la trampa se lleve al minero lo más lejos posible.

Elisa continuaba de pie, empapada, incapaz de reaccionar, como si fuera la única que no tenía derecho a intervenir. Le flaqueaban las piernas y no había dejado de temblar.

Habían transcurrido unos pocos minutos desde que llegó, pero, si le hubieran preguntado, aseguraría que llevaba una vida entera en medio de la cocina.

Por un instante creyó que la chimenea se había apagado. Una corriente de aire frío se coló desde no sabía dónde, la rodeó como un torbellino y la zarandeó. Las piernas ya no la sujetaban. Las paredes se balanceaban entre las sombras y el suelo se movía debajo de sus pies.

En el momento en que cerró los ojos para dejarse caer sintió cómo alguien la cogía en volandas y se la llevaba de allí, mientras su madre le prometía que no volvería a pisar aquella casa.

Elisa salió inconsciente de la casa de Covarradeiras, en brazos de Martín, quien no había esperado a la mañana siguiente para encontrarse con ella en el respiradero, como le había pedido al despedirse.

El minero había visto a Rosalía demasiado furiosa, no podía dejar que se enfrentase sola a lo que le tuvieran preparado. Así es que, antes de llegar al barracón, se dio la vuelta y se encaminó hacia la casa de Covarradeiras.

Al llegar a la cancela se encontró con Eloy, que acababa de salir del zaguán y, sin darle tiempo a reaccionar, le lanzó dos puñetazos. Luego le cogió de las solapas y le habló como si le estuviera dando una orden que no admitía discusión:

—Sácala de aquí. Mañana la llevas a la parroquia a las siete de la mañana. El párroco os estará esperando para casaros. —Y añadió zarandeándole—: Yo estaré en la sacristía, viendo cómo recompones lo que rompiste.

Antes de marcharse Eloy le propinó otro puñetazo directo al estómago, se sacudió el abrigo y recogió el sombrero.

—Te estaré vigilando. Si no cumples con ella, me encargaré de que tu vida sea un infierno.

Martín no se detuvo a pensar, abrió de golpe la puerta de la cocina y obedeció a Eloy punto por punto. Elisa estaba al borde del desmayo. Sabela y su madre le miraron atónitos, tan mudos como el tío Manuel, que sujetó los puños para no golpearle.

—¿Adónde vas? —dijo el tío Manuel con una voz aspirada que parecía salir a duras penas de su boca mientras le seguía hasta el zaguán.

Él ni siquiera giró la cabeza para contestarle, hizo oídos sordos y cargó con Elisa hasta la casa de las cocheras. No podía llevarla a ningún otro lugar, pero, si llegaba a saberse que habían pasado la noche juntos, el escándalo sería tan grande que no habría manera de acallararlo, ni con la boda, ni demostrando a todo el que quisiera entenderlo que ninguna circunstancia le estaba forzando a celebrarla, porque se habría casado con ella con embarazo o sin él.

Rosalía, Sabela y el tío Manuel los habían seguido hasta la puerta y, cuando vieron a Eloy junto al pozo, mirándolos como si quisiera controlar lo que parecía incontrolable, la *leiteira* se le encaró:

—¿Vas a consentir que te la quite?

Él adoptó una actitud firme y contundente que Rosalía no le conocía, la miró a los ojos y le respondió como si en ese instante hubiera descubierto que, durante más de dos años, había alimentado un espejismo, un imposible que los demás le habían ayudado a perseguir:

—Nunca fue mía, no se engañe usted más.

Sabela se colocó a su lado, le puso la mano en el hombro y le habló en el mismo tono de consuelo que utilizó cuando fue a buscarle, dulce y conciliador:

—¿Qué harás ahora? El párroco os espera mañana. ¿Quieres que te acompañe?

No parecía la persona que había actuado momentos antes con Elisa con una dureza que rayaba en la humillación. Eloy no sabía qué pensar, la miró intentando averiguar qué se escondía detrás de su aparente dulzura y dio un paso atrás para deshacerse de su mano.

—El párroco espera a tu hermana. Ahora toca decirle que el novio será otro.

—¿De qué hablas? —preguntó Rosalía casi en un grito—. ¿Aún te volviste loco?

Pero ni el semblante ni el tono tajante de Eloy indicaban que hubiera perdido la razón.

—Si no quieren más escándalos de los que les esperan, acompañarán a la novia en el día más feliz de su vida y celebrarán aquí el convite.

La *leiteira* le miró indignada. Su cuñado se había quedado detrás de ella, no podía leerle los labios y, en la oscuridad, tampoco veía los de Eloy, pero podía sentir la tensión.

—Mi hija no volverá a pisar esta casa jamás.

—Usted verá, doña Rosalía, pero ni a usted ni a ella les conviene que se case en secreto. —Tras una pausa, modeló la voz para suavizarla y añadió—: Y a mí tampoco, si he de serle franco. Prefiero que hablen de mí como del que estuvo dispuesto a salvar a su prometida de un desastre hasta el último momento que como de un inútil al que se le vino todo encima de repente.

Después le hizo un gesto con la cabeza para preguntarle si le había comprendido y se colocó frente al tío Manuel para que pudiera leerle los labios.

—Sólo tenemos que crear un poco de confusión. Nadie sabe de qué hablábamos Elisa y yo en nuestros paseos. Quizá yo supe convencerla de que no diera ningún paso en falso y que podría contar conmigo si el minero le fallaba a última hora. Me quedaré en la sacristía hasta la misa de nueve, así todos sabrán de qué hablar. ¿Entendido?

Rosalía miró a su cuñado y a Sabela, que acababan de asentir con la cabeza, en respuesta a la pregunta de Eloy.

La *leiteira* no salía de su asombro. Siempre le había visto como un chico apocado e indeciso, listo, isí!, que para algo era el primer bachiller del lugar y llevaba las cuentas de los negocios de su padre, pero falto de iniciativa y sin una gota de estrategia. Sin embargo, el rapaz sabía darles vueltas a las cosas como los zorros; tenía que darle la razón, había que conseguir que la boda de Elisa y Martín se convirtiera en un acontecimiento del que se hablase en voz alta. Por supuesto, el pueblo no comulgaría con ruedas de molino, esa misma tarde habían visto juntos a Elisa y a Eloy, pero existía la posibilidad de que la celebración de la boda sembrara una duda sobre el momento de la ruptura de la pareja. Al fin y al cabo, la relación de Elisa con el minero era de dominio público. Todos conocían la fama de Martín, de manera que tenía sentido hacer creer que se habían cubierto las espaldas manteniendo en secreto los preparativos del enlace, por si el minero dejaba a la novia compuesta en el altar.

—¿Me estás diciendo lo que pienso que me estás diciendo?

—¿Se le ocurre una idea mejor? Mi reputación también está en juego, y tengo que protegerla.

—¡Es una locura! ¡Nadie nos creerá!

—Tampoco nos habrían creído si hubiera sido yo el novio. Usted mejor que nadie debería saber que a las habladoras no les importa la verdad.

—¿Te das cuenta de en qué lugar quedarás tú?

—En el único que me permitirá seguir viviendo en Cobas.

Eloy miró al tío Manuel y a Rosalía, y luego le pidió a Sabela que le trajese un vaso de agua de la cocina. Había llegado la hora de darle a la *leiteira* el último argumento. Un golpe bajo que hubiera preferido no usar, pero que acabaría por convencerla. Cuando Sabela

desapareció del patio, se acercó al oído de Rosalía para que su cuñado no pudiera leerle los labios y le preguntó:

—¿O acaso cree que no sé por qué se marchó su marido?

Rosalía quiso contestarle que su caso fue diferente, pero el chico tenía razón: Mateo no quiso enfrentarse a los rumores. Huyó cuando debería haberla defendido, y su huida no hizo sino alimentar a la bestia, servirle en bandeja a la víctima para que le hincase a gusto los colmillos y se cebase.

El ardid de Eloy no conseguiría más que desviar la atención. No le devolvería a Elisa la honra, pero podría alejar de su casa el qué dirán, al menos en lo que se refería al casamiento.

El resto se lo sabía de memoria. Su hija se había metido de cabeza en una pesadilla que tendría que vivir sin contar con nadie. Por mucho que intentasen darle a la boda una oficialidad difícil de creer, en cuanto se le notase el embarazo las vecinas empezarían a echar cuentas y le darían la espalda.

—¡Está bien! —le dijo a Eloy colocándose de modo que su cuñado pudiera entenderla—. Me ocuparé del banquete, tú ve a hablar con el cura.

Sabela acababa de volver al patio con el vaso de agua. El tío Manuel se lo quitó de la mano, miró a Eloy con cara de no estar de acuerdo y se lo ofreció mientras le decía con su voz aspirada y entrecortada:

—No me gusta.

Y el joven le respondió pronunciando exageradamente cada palabra, para que no se le escapase ninguna:

—¿Le gustaba cuando vino usted a buscarme a mi casa, no hace ni una hora?

Luego miró a Sabela, que se sujetaba el mantón a la altura del cuello con las dos manos, y se sorprendió de nuevo con su belleza. Morena, racial, extraña, con un brillo en los ojos que oscilaba entre la ingenuidad de una niña y el aplomo de una mujer.

—¿Y a ti? ¿Te gusta?

La joven le devolvió la mirada sin pestañear, esbozó una media sonrisa que a Eloy le pareció melancólica y volvió a sorprenderle:

—Mi tío no tuvo nada que ver. Lo hice por ti. Igual que tú ahora lo haces por ella.

La temperatura no debía de alcanzar los diez grados, pero si el termómetro hubiera marcado cuarenta, Eloy habría sentido el mismo frío. Sabela continuaba con sus ojos fijos en él. Tan hermosa y tan perturbadora... Tan fría y, al mismo tiempo, con un fuego en la mirada capaz de quemar lo incombustible. Había programado hasta el último detalle. Calculó sus reacciones con una precisión casi matemática, como si le conociese mejor que él mismo. Y él había cumplido una por una todas sus previsiones.

Probablemente hacía tiempo que había puesto a rodar el engranaje. Debería admirarla, pero había algo en ella que provocaba escalofríos. Los vecinos tenían razón, no podía ser de este mundo.

Elisa se incorporó en la cama y miró a su alrededor. No reconocía la habitación ni sabía cuánto tiempo llevaba semiinconsciente. Había abierto los ojos varias veces y los había vuelto a cerrar. Estaba tan cansada... La fuerza de la tierra la atraía hacia abajo, el cuerpo le pesaba como si no fuera suyo y la cabeza no paraba de darle vueltas. Recordaba la salida de su casa, abrazada al cuello de Martín, las últimas palabras de su madre y las miradas del tío Manuel y de Sabela. Sin embargo, no conseguía recordar dónde estaba Eloy cuando se abrió la puerta de repente y entró el frío de la calle en la cocina.

—¿Dónde estamos? ¿Qué pasó?

Martín tenía un ojo amoratado y una herida en el labio. Le arregló el embozo de la sábana y le pidió que se callase con un chisteo. Pero la joven continuó preguntando:

—¿Qué le pasó en la cara?

—Nada que no tenga arreglo.

—¿Por qué volvió? Le dije que me esperara mañana en el respiradero.

—Tienes que descansar, *miña vida*. No te preocupes. Todo se arregló.

Estaba ardiendo. Martín le tocó la frente y le reemplazó el paño mojado que le puso nada más llegar a la casa de las cocheras y meterla en la cama. Desde que supo que se había quedado encinta no soñaba con otra cosa que con llevarla al altar. Cuando le dio el ultimátum que escuchó Sabela, ya había programado la boda para el domingo de la semana siguiente. La ley que regulaba el descanso dominical excluía a los trabajadores de la mina, al igual que a otras profesiones consideradas como no susceptibles de interrupción, pero él había conseguido que el capataz le concediese una licencia y le prometiese que le acompañaría a la ceremonia con sus compañeros.

Se había encargado un traje gris oscuro en una de las mejores sastrerías de Ferrol, y ella se estaba cosiendo su vestido de novia a escondidas, en la trastienda de La Quincalla. La boda sería un acontecimiento. Los mineros lanzarían petardos que resonarían en todo el pueblo y, como regalo de bodas, nada más salir de la iglesia él le entregaría a su mujer la llave del pazo de imitación que había alquilado para ella.

Sin embargo, cabía la posibilidad de que la familia de Elisa reaccionara echándola de su casa. Si sucedía así, tendrían que adelantar la boda de un día para otro, y el capataz debía cubrirle. Ya lo tenía hablado con él. Se lo debía. Desde que se incorporó al trabajo de la mina se habían sucedido varias protestas en demanda de mejoras laborales que él no había secundado. Cuando viera que no se presentaba a trabajar, sabría que había llegado el momento de devolverle el favor. Hoy por ti, mañana por mí.

Las cosas se habían precipitado aquella misma noche. Se casarían sin invitados y sin fiesta, pero él conseguiría que ese día se convirtiera en el más feliz de la vida de Elisa.

Su madre debió de volverse loca al saber que quien debería ser el novio había exigido actuar como testigo del enlace.

—Tenemos que irnos. Hay que salir de aquí antes de que nos vean. ¿Podrás levantarte?

Nos casamos dentro de dos horas.

Elisa se incorporó y se miró la blusa.

—¡No puedo casarme así! ¡Mi vestido!

—Esperaremos en la quincallería a que abran la iglesia. Te dará tiempo a arreglarte.

Él ya se había puesto su traje de chaqueta nuevo, una camisa blanca de cuello almidonado y una corbata estrecha de nudo, de un tono más claro que el traje.

Dos horas después la joven se colgó de su brazo para salir de la iglesia convertida en su esposa. El desconcierto y la fiebre se reflejaban en su rostro, pero no podía ser más feliz.

Se había tenido que ajustar el vestido, negro como mandaba la tradición, pero aliviado en el peto con un encaje blanco que le arrancaba en la cintura y terminaba rodeándole el cuello. Para enmarcar la puntilla y adornar los puños de las mangas, utilizó un entredós negro con detalles blancos. Llevaba en la mano un pañuelo de hilo de Holanda, a juego con la pechera, que usó para secarse el sudor de la fiebre mientras duró la ceremonia.

Martín se había echado gomina en el pelo y recogido el flequillo a un lado de la frente. Sobre el chaleco se distinguía la leontina de un reloj de oro que no había dejado de mirar desde que llegaron a La Quincalla hasta que el párroco les abrió la puerta de la parroquia.

Antes de empezar el enlace, el cura los había amonestado por su comportamiento y los conminó a confesarse.

—Has pecado ante Dios y ante los hombres —le recriminó a la joven como si sólo ella fuera responsable de la ofensa, mientras le señalaba con el dedo índice el final de la nave lateral—. Espérame en el último confesionario y vete pensando en qué penitencia debería ponerte.

Luego se dirigió a Martín y le pidió que le acompañase a la sacristía con la excusa de que debía firmar unos documentos antes de confesarle.

Unos minutos después el novio se encontraba arrodillado delante del altar, expiando su culpa, y la novia con la frente pegada a la rejilla que la separaba del sacerdote, quien le dio la absolución en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo sin necesidad de preguntarle si estaba arrepentida, si tenía propósito de la enmienda o qué penitencia había pensado que debería cumplir. El párroco ya lo sabía. No era la primera vez que la escuchaba en confesión y ella le aseguraba que sí, que se arrepentía de sus pecados y no volvería a cometerlos.

Y no le mentía. Porque cada noche, cuando volvía de la cabaña con el alma tan sucia como sus zapatos, se prometía a sí misma que no volvería a caer, le pedía perdón a Nuestro Señor y rezaba para que la ayudase a resistir la tentación de la carne.

Pero cuando llegaba la noche siguiente y Martín la rozaba, le fallaba la voluntad y se olvidaba de sus propósitos de enmienda.

Sí, había pecado contra lo divino y lo humano. No podía negarlo. Cumpliría la penitencia que le impusiera el sacerdote igual que había hecho docenas de veces. Lo único que le pedía al Todopoderoso era que le diese fuerzas para cumplir la que le impondrían los hombres.

La capilla estaba a oscuras cuando empezó a confesarse; sin embargo, para su sorpresa, al salir se encontró con las velas encendidas. Martín la esperaba de pie en el altar mayor, junto a dos reclinatorios que antes estaban desnudos y ahora, adornados con guirnaldas de flores.

Las campanas habían comenzado a repicar pese a lo intempestivo de la hora. Las puertas de la iglesia estaban abiertas y, sentados en el primer banco vestidos de domingo, se encontraban su madre, su hermana y su tío Manuel.

Ninguno la miró cuando pasó a su lado hacia el altar mayor, ni tampoco cuando se colgó del brazo de su marido y recorrió con él la nave central para salir de la iglesia. Pero los tres caminaron detrás de ellos como si realmente estuvieran celebrando la boda.

Martín no reconoció a la jovencita de la playa de la Media Luna. En aquel encuentro Sabela había permanecido con la cabeza inclinada hacia abajo y la cara medio escondida por su mata de rizos. No obstante, al verla en la iglesia tuvo la sensación de que se había cruzado con aquellos ojos en más de una ocasión. Negros y penetrantes, desconfiados, heridos, entre furiosos y tristes.

Fuera del templo los esperaban algunos mineros encabezados por el capataz, quien, después de guiñarle un ojo a Martín, ordenó a sus compañeros que comenzasen a lanzar los petardos y vitorearan a los recién casados.

Mientras sonaban los explosivos, para brindarle al acontecimiento la naturalidad que no tenía, el párroco le dio la enhorabuena a la pareja. Luego miró a Rosalía, le hizo un gesto para que ella también los felicitase y se dirigió a todos los presentes:

—La madre de la novia ha preparado un buen banquete.

Los novios se miraron sin saber cómo reaccionar. Rosalía, Sabela y el tío Manuel le estrecharon la mano a Martín y le dieron un beso a Elisa. Pero estaba claro que actuaban forzados por el sacerdote, que animó a todos a seguirle.

Aún no había amanecido. La niebla continuaba envolviendo la aldea en un velo blanco y denso que atravesó el cortejo nupcial encabezado por el sacerdote y alumbrado por las linternas de los mineros.

Al paso de la comitiva, entre el ruido de los petardos y los vivas a los novios, las ventanas de los vecinos se iban llenando de ojos curiosos que se preguntaban cuándo se había preparado aquella boda.

Elisa caminaba del brazo de Martín enferma y feliz. Su hermana, su madre y su tío la seguían, rumiando cada cual sus pensamientos. Rosalía y su cuñado, resignados a continuar con la farsa y deseando que terminase lo más pronto posible, y Sabela, pensando en el camino que se le abría por delante.

Mientras tanto, oculto en la sacristía, esperando a que el cortejo se alejara de la parroquia, Eloy procuraba tragarse el último sapo que él mismo había ayudado a engordar.

CAPÍTULO TRES

EL PAZO DE LAS COCHERAS

El agua se aprende por la sed;
la tierra, por los océanos atravesados;
el éxtasis, por la agonía.

El viento comenzó a mecer la hierba
EMILY DICKINSON

Cuando Sabela besó la concha que colocó sobre la tumba, Rosalía salió del recinto sagrado, cerró su paraguas y se paró a contemplar el paisaje que se divisaba desde la cima del monte.

El cielo se estaba abriendo, pero el mar aún no se había calmado. La *leiteira* no había visto jamás olas tan grandes. Las que no se estrellaban contra las rocas rompían antes de llegar a la orilla y cubrían de espuma la superficie del agua. Algunas se asomaban por detrás de la isla de Santa Comba y la coronaban de blanco, en un estallido atronador que llegaba hasta los oídos de Rosalía como si se hubiera producido contra la colina del cementerio.

La lluvia había avivado los colores de los montes, en otros tiempos plagados de pinos, helechos y matorrales de flores silvestres. Los helechos continuaban creciendo junto a los árboles, mudando del verde al ocre según las estaciones, pero, a raíz de una sucesión de incendios que asolaron la zona hacía unos años, las autoridades habían sustituido los pinos por eucaliptos. Una especie procedente de Australia que generó en la aldea una controversia, aún no resuelta, que dividió a los vecinos entre las ventajas y las desventajas de aquel árbol. De una parte, reseca el terreno e impedía el crecimiento de otras especies a su alrededor, y de otra, gracias a la productividad de su madera y a las propiedades medicinales de sus hojas, generaba más empleo del que nunca se había conocido en el lugar, ni siquiera en los tiempos de la mina.

La *leiteira* no se había decantado por ninguno de los dos bandos; cualquiera de los argumentos que utilizaban la convencía por igual. Fuera del tipo que fueran los árboles, aquellos bosques formaban parte de ella desde que empezó a atravesarlos con sus cántaras de leche cuando era una cría.

El viento soplaba con tanta fuerza que conseguía cimbrar hasta los troncos más gruesos, rodeados de brotes que crecían desde sus raíces componiendo un macizo cuyas ramas se alzaban a decenas de metros de altura, hasta formar una copa común con los macizos contiguos, majestuosa y rugiente.

Frente a la cima del cementerio, en un claro del monte de Covarradeiras, se encontraba su casa, y en la falda, muy cerca de las cocheras, la que alquilaron Elisa y Martín después de casarse, junto a un regato que nacía en el alto de La Bailadora y llegaba a la aldea convertido en arroyo.

Desde donde se encontraba, Rosalía podía ver las dos viviendas. La de Elisa y Martín llevaba cerrada casi diez años, y la suya había cambiado tanto que a veces dudaba si alguna vez había sido la casa de labor donde ella creció.

Ya no tenía animales. Cuando transformaron la quincallería, el tío Manuel construyó dos dormitorios en la cuadra, en uno de los muros de la cocina abrió una puerta que daba a un retrete que habilitó en el patio de atrás y adecentó el sobrado para que durmiera Sabela.

En el gallinero montó un taller de carpintería donde se pasaba las horas que le dejaba libre la tienda. Al poco de organizarlo, en los rincones del techo del taller anidaron varias

parejas de golondrinas que cuidaban de sus polluelos hasta que extendían las alas y abandonaban el nido. La leyenda decía que traían buena suerte porque intentaron quitarle a Jesucristo la corona de espinas. Pero a Manuel le molestaba que revoloteasen sobre su cabeza. Estaba perdiendo la capacidad de detectar los movimientos, no podía sentirlos cuando echaban a volar y campaban a sus anchas por el interior del taller, ensuciando las maderas.

En una ocasión, años atrás, Rosalía le encontró intentando coger un nido con una azada —con la intención de trasladarlo a un alero del muro que daba al patio— y se la quitó de las manos.

—¡Ni se te ocurra! ¿No tuvimos ya suficientes desgracias como para que aún provoques tú a estas criaturas de Dios?

Desde entonces no había día que no fuese a comprobar que los nidos estaban en sus rincones, y miraba a Manuel como si volviera a reñirle por haber querido librarse de ellos.

Aún hoy, que Manuel ya no estaba, continuaba entrando todas las mañanas en el taller para comprobar que seguían ahí. Después de todo, la leyenda también decía que las *anduriñas* eran las almas de los difuntos, que volvían a los lugares donde habían sido felices. Quién sabe si era verdad y los suyos habían anidado allí para acompañarla en sus últimos años.

El olor de las hojas de los eucaliptos se mezclaba con los de la tierra mojada y el mar, con esa capacidad, a veces bendita y otras no tanto, de activar lo vivido y traerlo de vuelta.

Su hija Elisa había regresado a Cobas después de muchos años, enfrentada todavía con Sabela por el hombre al que acababan de dar sepultura, y en los rostros de sus nietos se reflejaba una tristeza que parecían arrastrar desde mucho antes de que la muerte los hubiera traído hasta Cobas por primera vez.

A Rosalía se le había encorvado la espalda, le dolían los huesos y le pesaban las piernas y la vida.

El Señor se la debería haber llevado hacía tiempo, como hizo con el tío Manuel, pero ella había cometido más pecados que su cuñado, y el Todopoderoso la estaba obligando a purgarlos en este mundo antes de llamarla.

De todos debería arrepentirse, principalmente de los que afectaron a sus hijas y a sus nietos, porque sus actos terminaron por dispersar a una familia que debería haberse mantenido unida, como los eucaliptos que lograban que sus brotes crecieran a su alrededor hasta alcanzar su altura imponente y formar un único tronco.

Su intención siempre fue proteger a los suyos, procurar que el destino no se les torciese y enderezarlo cuando no quedaba otro remedio.

Pero el hecho de que las golondrinas pongan los huevos no implica que algún día no se abrirá el cascarón para que salgan las crías. Y a veces resulta tan doloroso presenciar cómo les crecen las alas...

El primer paso en falso fue pensar que los planes de Sabela podrían salir bien. Si hubiera sido por su gusto, la misma noche en que su hija decidió hablarle sin utilizar la libreta y el lápiz —convertida de repente en una mujer que parecía estar segura de todo— habría encerrado a Elisa en la cuadra y no la habría dejado salir hasta que consintiera en casarse con Eloy. Pero se encontró con que el tío Manuel apoyaba a Sabela y se dejó llevar, confiada en que su cuñado no actuaría nunca a la desesperada. Siempre se había fiado de su criterio, era un hombre cabal, pero Sabela le había asegurado que el factor sorpresa era el punto fuerte de sus planes, y entre los dos consiguieron convencerla.

—Elisa es incapaz de enfrentarse a usted, madre —le dijo Sabela aquella noche—. Pero el minero la está poniendo en un brete. Si quiere usted que se case con Eloy, no puede darle

tiempo a pensar.

El tío Manuel asentía a cada palabra con un movimiento de cabeza. Sabela le tocó el hombro, miró a Rosalía y añadió como si compartiera con ellos un secreto que debían proteger:

—Hay mucho en juego. Lo de ustedes también.

Rosalía nunca había comentado con su hija las habladurías sobre su cuñado; no obstante, no le extrañó que Sabela estuviera al cabo de todo lo que se murmuraba en los lavaderos del río.

—¿No creerás en esas patrañas de viejas? —protestó como si tuviera que defenderse ante ella.

—¿Y qué más da si las creo? ¡Haberlas, haylas!

Y le contó la encerrona con la que evitarían que la deshonra de Elisa se extendiera al resto de la familia.

—Ha de sorprenderla y demostrarle que está al corriente de todo y que ha tomado medidas para solucionarlo. Yo hablaré con Eloy y con don Cosme para arreglar la boda.

Su cuñado parecía tan convencido de que era el único camino que podían tomar que Rosalía cometió el error de aceptarlo.

Sin embargo, no tardaría más que unas horas en descubrir que el objetivo de Sabela no era el que les hizo creer.

El día de la boda, mientras Elisa y Martín cruzaban el patio detrás del sacerdote vitoreados por los mineros, Sabela se detuvo en la cancela y le susurró a su madre:

—He de volver a la iglesia.

En sus ojos había un brillo que Rosalía no había visto antes. Los tenía más abiertos, más oscuros y profundos. Su voz sonaba como si ese «he de volver» fuera en verdad una obligación, como si la frase guardara el principio de algo que Sabela estuviera esperando y supiese que ya había llegado.

A Rosalía no le dio tiempo a reaccionar. La joven se dio la vuelta y se alejó con pasos largos y decididos, sujetándose la toquilla alrededor de la cara.

Cuando desapareció envuelta en el velo de niebla, Rosalía recordó las palabras de Eloy: «Me quedaré en la sacristía hasta la misa de nueve». En ese mismo instante advirtió que el tío Manuel estaba junto al pozo, observando a Sabela, y descubrió en él un gesto de alivio y una media sonrisa mal disimulada.

Sólo entonces vislumbró las razones de su hija para actuar con tanta precipitación, y cayó en la cuenta de que todas arrancaban de lo sucedido en los últimos años: el rencor de Sabela hacia ella, que siempre había atribuido a las diferencias que marcó con Elisa tras la desaparición de Mateo; su negativa a estar en presencia de Eloy desde que se comprometió con su hermana; la frustración que la llevó a dejarse empapar por la lluvia cuando los vio bailar; su testarudez en no querer asistir a la comida donde se fijó la fecha de la boda; su silencio, que sólo rompía con el tío Manuel, tan sordo como cuando llegó a Cobas, pero siempre atento hasta el último detalle de lo que pasaba a su alrededor.

Rosalía se acercó al pozo y se colocó frente a su cuñado. Era la única persona en la que confiaba Sabela, la única con la que podía haber compartido sus sentimientos y él debía haber evitado que se empeñase en una maniobra que no le traería sino una nueva frustración.

—¿Por qué no me lo contaste?

Manuel se encogió de hombros y le dio a entender que no sabía de qué le hablaba. Pero lo sabía de sobra, Rosalía era capaz de leerle los ojos igual que él le leía los labios.

—¿En qué pensaste, hombre de Dios?

Acababa de amanecer. La luz del sol se adivinaba detrás del manto de niebla, que continuaba tan abrazada a la tierra que la *leiteira* pensó que no llegaría a despejarse nunca, tan espesa como los malos pensamientos que empezaron a agolparse en su mente.

Se había dejado engañar, no sólo por Manuel y Sabela, también por Eloy, que debía de estar esperando a su hija en la parroquia, tal vez cómplice de la estratagema que le había dejado el camino libre a Martín. Porque Sabela no podía haberlo planeado todo sola. Quién sabía si Eloy había descubierto en su mirada el brillo que su propia madre no había visto antes, y quién sabía cuándo y cómo le había deslumbrado. Quizá tampoco él se atrevió a romper el compromiso con Elisa y utilizó su aventura con el minero para no enfrentarse a sus

padres. Y aún más, quién sabía si la propia Elisa había participado en el engaño para que estallase la tormenta y no hubiera otro modo de amainarla.

Pero las cosas no se iban a quedar tal cual. Se habían reído de ella a carcajadas, y la suya retumbaría en la aldea como el aullido de un animal que se revuelve atrapado en su cepo.

Rosalía apretó la mandíbula sin darse cuenta y presionó la lengua con los dientes. El tío Manuel la miraba como si quisiera averiguar qué estaba tramando; no había dicho ni una sola palabra, pero cuando vio cómo se le tensaba la cara, la sujetó por un brazo y le dijo sin trastabillar:

—¡Te equivocaste de nena, Rosiña!

Rosalía le miró con los ojos abiertos como platos. Nunca la había llamado con el diminutivo que utilizaba Mateo, ni había pronunciado una frase que contuviera más de tres palabras. A lo sumo, podía recitar de corrido una parte de las oraciones que aprendió de pequeño.

—¡Repítele eso! —le ordenó sin poder creer lo que acababa de escuchar.

Pero Manuel volvió a quedarse mudo.

Por la mente de la *leiteira* pasaron en un instante todos los años que habían compartido. Habría puesto la mano en el fuego por él si hubiera sido necesario, pero ahora ya no estaba segura de nada.

—¡Vamos! ¡Repítelo! ¿O aún me engañaste también con la sordera?

Manuel negó con la cabeza y trató de repetir la frase, tan sorprendido como ella de que su garganta atrofiada hubiera funcionado, pero sólo pudo aspirar las palabras, deteniéndose en cada sílaba con su torpeza de siempre:

—Pensé en Elisa. —Y añadió tratando de abrazar a su cuñada—: Y en Sabela.

Rosalía rechazó el abrazo. Su furia aumentaba por momentos, también ella había pensado en sus hijas. Cada paso que dio desde la desaparición de su marido estuvo dirigido a mejorar su suerte, porque no sólo Elisa salía ganando con el arreglo que organizó, también Sabela, que, a fin de cuentas, heredaría la casa, las tierras, los animales y una profesión tan digna como la que ella misma heredó de su madre.

—¡Me engañaste, Manuel! —le dijo señalándole con el dedo a modo de acusación.

En ese momento se oyó la voz del sacerdote, que la llamaba desde la cocina para bendecir el banquete.

Rosalía le dio la espalda a su cuñado y se dirigió hacia la casa. Mientras caminaba, en su mente se estaba fraguando el segundo error del que se arrepentiría años más tarde.

Aún no se le había encorvado la espalda, pero ya se adivinaba que empezaba a pesarle la vida. Cuando atravesó el zaguán, el sol había logrado penetrar en la niebla y la estaba obligando a levantarse.

El tío Manuel la miró con el corazón encogido. Era cierto que la había engañado. Participó en el plan de Sabela a sabiendas de que Elisa no se casaría con Eloy y que Rosalía no habría aceptado más boda que ésa.

Sin embargo, también él se sentía engañado. Sabela había medido cada movimiento de la noche anterior con una precisión asombrosa. Organizó los destinos de todos haciéndoles creer que cada cual tiraba de sus propios hilos. Pero ella los manejó a su antojo desde la noche en que le levantó de la cama y le contó lo que él ya sabía. Pues era verdad que las fiebres le dejaron sordo cuando era un niño, pero también que su sexto sentido le permitía escuchar lo que otros no alcanzaban a oír, como el llanto de Sabela de los últimos años, mudo y reconcentrado, pero igual de desgarrador que si supiera llorar como los demás, o el de Elisa,

desconsolado al principio y, luego, poco a poco, resignado a aceptar un noviazgo al que trató de acostumbrarse.

¡Sí! Había escuchado el llanto de sus sobrinas muchas veces. Vibraba en el aire con tanta fuerza que podía sentirlo.

Sin embargo, tan pronto como apareció el minero en la quincallería, el aire empezó a sonar de otra manera. El corazón de Elisa se disparaba y sus latidos retumbaban descontrolados en el local, desbocados y locos.

A Manuel no le hizo falta prestar atención para sentir cada paso que dieron el uno hacia el otro: los nervios de Martín cuando se metía la mano en el bolsillo, su impaciencia al esconder las rosas detrás de la puerta, la de Elisa al bajar a hurtadillas las escaleras del sobrado, el olor que desprendía su cuerpo a la vuelta, diferente al que la obligaba a reunirse con él, más callado, más difícil de identificar, porque se mezclaba con los olores punzantes de la culpa y del miedo a confesarla.

La *leiteira* estaba en lo cierto, Manuel la había engañado, le había hecho creer que Sabela se proponía casar a Elisa con Eloy, pero él sabía que esa boda no podía celebrarse, y no sólo porque se lo hubiera dicho su sexto sentido, sino porque vio a la pareja en la cancela mientras se daban la mano y les había leído los labios.

Y había algo más. Cuando acompañó a Sabela a casa de Eloy, él le advirtió a su sobrina que no había nada que hacer.

—Elisa no aceptará —le dijo en su media lengua.

Y ella se colgó de su brazo, le apretó como si le estuviera pidiendo que se alegrase con ella y se detuvo para colocarse de frente.

—Lo sé. Usted sólo ha de fingir que está de acuerdo con todo. El resto será cosa mía.

Las agujas del reloj de la torre marcaban las nueve de la mañana cuando Sabela llegó a la parroquia. El sol había despejado la niebla y brillaba en un cielo limpio y azul.

Por lo general, a esa hora solían asistir a misa algunas personas mayores y las pocas mujeres que no tenían que ir a vender al mercado los productos de sus huertas o de sus granjas. Sin embargo, en contra de lo acostumbrado, aquella mañana había en la iglesia más feligreses que cualquier domingo en la misa de doce o en el día de la Patrona.

Algunos esperaban al sacerdote en la entrada, y otros, sentados en los bancos, cuchicheando sobre la noticia con la que se había despertado la aldea. En el primer banco de los hombres se encontraba Eloy, en actitud de rezar, arrodillado y con la frente apoyada en las manos. Sabela se acercó hasta él, le dijo algo al oído y, cuando el joven se puso en pie y salió al pasillo central, ella se colgó de su brazo ante el asombro de todos y esperó a que guardasen silencio para dirigirse a ellos con una naturalidad que nadie le conocía:

—¡Buenos días nos dé Dios! Como saben ustedes, mi hermana Elisa se casó esta mañana y don Cosme está en el convite. Hoy no habrá misa de nueve.

Después miró a Eloy como si fuese a hablar también en su nombre y les dio a sus paisanos una nueva sorpresa:

—Están todos invitados.

Los vecinos se miraron entre sí, asombrados y confusos, sin moverse de sus asientos, tal y como Sabela había previsto, sin atreverse a romper el silencio que reinaba en la iglesia y sin perderse un solo movimiento del cuerpo de la joven. Sabela soltó el brazo de Eloy, se acomodó la toquilla alrededor de la cara y luego volvió a colgarse del que debería haber sido el novio de la boda.

En su vida había sentido una emoción parecida. Todos los parroquianos estaban pendientes de ella, la miraban igual que las gallinas del corral cuando la veían aparecer con el cubo de los desperdicios, tan sumisas que daba hasta lástima, y tan agradecidas.

Sabela le apretó el brazo a Eloy y le indicó con un gesto que le tocaba tomar la palabra.

—La madre de la novia lamenta no haberles avisado con más tiempo. Ustedes la sabrán perdonar.

Y echaron a andar con la mirada fija en la puerta de salida, marcando el ritmo ceremonial que debería haber marcado Eloy con Elisa hacía apenas dos horas, y que Sabela supo acompañar como si lo hubiera ensayado mil veces. Su pie derecho se adelantaba al tiempo que el de él, y esperaba a posarse en el suelo hasta que el izquierdo se apoyaba en la punta para iniciar el siguiente movimiento. Despacio, controlando la distancia entre los pies para darle uniformidad a la marcha. Sin prisa por salir de la iglesia y sin soltarse del brazo de Eloy, recreándose en aquel paseillo que la convertía en el centro de atención de la parroquia, triunfal, feliz, contenida, como una recién casada, entregada a las miradas que se posaban en ella.

Los feligreses se fueron levantando a su paso y comenzaron a seguirlos, ansiosos por conocer cómo terminaría aquella mañana que había empezado de forma tan extraña. Entre ellos estaban los padres de Eloy, que buscaron la mirada de su hijo con idéntica ansiedad que el resto del pueblo, intrigados por lo que iba a suceder y por lo que le había precedido.

Eloy no los miró, continuó fingiendo ser el testigo feliz de la boda y apretó el ritmo al pasar junto a su banco.

Una vez en el exterior, se inclinó para acercar su boca a la oreja de Sabela y decirle en un susurro:

—Ya les dimos suficiente que hablar. A partir de aquí, yo me retiro.

Pero lejos de dejarle marchar, Sabela le sujetó el brazo con las dos manos y, mientras le empujaba a continuar andando, urgió a sus vecinos a seguirlos:

—¡Vamos! ¡El chocolate se enfría!

El segundo cortejo de la mañana atravesó la aldea igual que el anterior, pero en lugar de envuelto en la bruma, bajo un sol de diciembre que no paraba de sonreír, igual que Sabela.

Cuando llegaron a la casa de la *leiteira*, Eloy reparó en que sus padres se habían marchado y que la comitiva había ido perdiendo feligreses conforme se alejaban de la parroquia.

—No voy a entrar ahí —le dijo a Sabela mientras tiraba del brazo para liberarse.

La joven le miró entonces como la noche anterior, con sus ojos inquietantes y oscuros. Ojos que guardan mucho más de lo que dejan ver. Ojos al acecho, que acarician el momento de lanzarse sobre una presa distraída, o ya la han marcado con las garras.

—Yo no me habría conformado con dejarme querer.

Eloy dio un paso atrás, como si de repente comprendiera los malentendidos que había sufrido la joven desde que la ayudó a recoger los golfos cuando era una niña.

—Sabela, yo...

Pero ella no le dejó terminar. Volvió a mirarle con sus ojos de animal satisfecho tras su rapiña y le dijo en un tono que sonaba a desagravio:

—No te inquietes. Me curé de ti hace mucho. Ahora te toca curarte a ti de la novia que está festejando su boda.

Y se marchó hacia la casa dejándole solo en la cancela, abandonado por segunda vez, desnudo, desprotegido, a la deriva, sin más asideros que los hilos de la tela de araña en la que se había enredado.

Antes de cruzar el umbral del zaguán, Sabela se giró para mirarle de nuevo, con el mismo aire de venganza, enmarcándose la cara con su toquilla negra, majestuosa, sonriente, hermosa y solemne, diciéndole con todo su cuerpo que ya estaban en paz.

Después entró en la cocina y esperó el final de la función. Su papel ya había terminado, pero aún faltaba la verdadera interpretación de su madre. Rosalía había aceptado participar en la farsa a regañadientes, Sabela no esperaba otra cosa de ella, pero ya debía de haberse dado cuenta de que fue una víctima más de la artimaña; no tardaría en terminar de servir aquel plato que ella había estado enfriando pacientemente.

Y no se equivocó. Rosalía invitó a chocolate con dulces a los vecinos que había traído Sabela de la parroquia, sirvió después un cocido y unas chuletas de cordero, simulando estar feliz con el enlace, y esperó a que todos se marchasen para dar rienda suelta a su ira.

El banquete se prolongó hasta el mediodía, en una mesa que improvisó el tío Manuel con dos caballetes y un tablero, para que cupieran los invitados. Martín ocupó la cabecera donde debería haberse sentado Eloy, y Elisa compartió la presidencia al otro lado, con la mirada fija en su marido.

El sacerdote bendijo el chocolate con dulces que había preparado Rosalía por la noche, conforme a los planes urdidos entre todos. No podrían evitar las habladurías que provocaría la boda, pero al menos simularían que se había preparado de antemano con el beneplácito de la familia.

La buena predisposición del capataz de la mina supuso una baza fundamental. Una idea de última hora de Sabela, que parecía manejar más claves de las que daba a entender. Por otro lado, el hecho de que Eloy hubiera participado en aquella componenda ayudó a que el arreglo consiguiera desconcertar a la parroquia.

Elisa no había dejado de mirar a su madre desde que se sentó a la mesa. La mañana había transcurrido como un día de fiesta en el que todos se mostraban alegres. No obstante, también la recién casada sabía que la boda tenía que torcerse tarde o temprano, y estaba esperando el momento en que su madre estallase.

La fiebre le había estado subiendo y bajando, le dolía la cabeza y no había conseguido entrar en calor. Cuando los últimos invitados abandonaron la casa, la joven le hizo un gesto a su marido para que se levantase y le pidió que la esperase en el zaguán mientras ella recogía sus cosas.

Cuando se disponía a subir las escaleras del sobrado, su madre se colocó en el primer escalón y le cortó el paso.

—¿Adónde crees que vas? Ésta ya no es tu casa.

La *leiteira* miró luego a Martín, apretó la lengua entre los dientes y, sin dejar de mirarle, empujó a su hija hacia la puerta para decirles a los dos:

—¡Fuera! ¡Ya podéis olvidaros del camino de esta casa!

Hasta ese momento no se había dirigido a su yerno ni una sola vez. Martín había participado en el convite con la vista y el oído muy atentos a lo que les depararía aquella situación, que ni Elisa ni él habían buscado y que él hubiese preferido evitar. En el fondo, agradecía que la boda se hubiera precipitado, pero, al igual que Elisa, sabía que la jornada no podía acabar bien. Así es que aguantó el chaparrón y decidió dejar que su suegra se desahogara, para adoptar después un tono de fingida caballerosidad.

—No se preocupe, señora, le agradezco el banquete. Será un placer volver si nos invita otra vez.

Elisa seguía temblando por la fiebre, no tenía fuerzas para enfrentarse a nada ni a nadie, y menos a Rosalía, que se mostró aún más enfadada con las fórmulas de agradecimiento que exageraba Martín.

—¡Has traído la deshonra a esta casa, pero me lo vas a pagar! —Y añadió sin mirar a la novia—: Dile a tu mujer que se olvide también del camino de la tienda.

Martín conservaba el pelo engominado, pero aun así, en un gesto instintivo, se llevó la mano a la frente para retirarse el mechón que se le solía caer y contestó exagerando aún más el tono de voz:

—Desde luego. No pierda cuidado. Yo puedo mantenerla sin necesidad de que trabaje.

—¡Fuera! —repitió Rosalía cada vez más indignada.

Elisa seguía tiritando y sin poder hablar. Martín la sujetó por un codo y la ayudó a cruzar el umbral para salir al patio. Tenía los ojos medio cerrados, irritados por la fiebre y acostumbrados a la penumbra de la cocina, de manera que el sol la deslumbró y tuvo que refugiarse en el hombro de su marido. Rosalía tampoco le había hablado a su hija durante el banquete. De hecho, las últimas palabras que le había dirigido fueron las de la noche anterior, cuando le dijo que no volvería a poner los pies en su casa. Estaba claro que don Cosme la

había obligado a organizarlo, pero el sacerdote sólo había conseguido posponer el estallido de su ira, una ira que se había ido acrecentando mientras fingía sonreír.

Elisa no la culpaba, sabía que el daño estaba hecho y que la herida sangraba por todas partes, por mucho que su madre intentase disimularla. Pero no podía marcharse así. Entre todos habían conseguido que aquel día, aunque extraño y desconcertante, fuese el más feliz de su vida. Su madre también había contribuido. Daba igual los motivos que la hubieran llevado a tragarse su orgullo durante toda la mañana, lo importante era que había logrado guardárselo dentro. Y ahora tenía todo el derecho a escupirlo, por cruel que resultara.

La joven se protegió los ojos con la mano, a modo de visera, y buscó la mirada de su madre. Le dolía cada músculo del cuerpo y se sentía tan débil que dudaba si podría mantenerse en pie. Pero sacó fuerzas de donde no las tenía para atreverse a decirle:

—Mi casa siempre estará abierta para cuando usted quiera ir.

Quizá debería haberle pedido perdón. Si lo hubiera hecho, tal vez Rosalía no le habría dado la espalda sin contestar, y no habría cerrado el portón con un golpe que retumbó en su cabeza mientras el sol le quemaba los ojos.

En ese momento Martín volvió a cogerla en volandas y, bajo un sol que parecía escapado de una tarde de verano, se dirigió monte abajo, hacia la casa de las cocheras.

Desde la ventana de la cocina Rosalía los vio alejarse, con la lengua entre los dientes y murmurando:

—El zorro muda de pelo, pero no de costumbres.

En la cocina ya no quedaban más que Sabela, el tío Manuel y el párroco, que la miró con un gesto de desaprobación.

—¿Dónde está tu caridad, mujer?

—¿No le pareció bastante con la que gasté hoy? ¿O aún he de agachar la cabeza para que me den la puntilla?

Justo entonces Martín se giró para mirarla y se tocó el sombrero, arrogante y triunfador. Y ella le devolvió la mirada jurándose que viviría para hacérselas pagar. No tenía que ser en ese instante ni al día siguiente. Cuanto más fría, mejor.

La paciencia es un don, y ella lo había cultivado desde siempre.

La noche de bodas no se pareció en nada a la que cualquier jovencita hubiera imaginado, ni en lo bueno ni en lo malo. En lo bueno, porque la fiebre de la novia no remitía, y desde que llegaron a su nueva casa, Martín no paró de correr del dormitorio a la cocina para humedecer los paños con los que trató de bajársela. En cuanto a lo malo, hubiera sido imposible que aquella noche pareciera de bodas, entre otras cosas porque Elisa ya la había vivido y, en contra de las consejas que en alguna ocasión había escuchado en los corros del lavadero del río, ella no necesitó hacer nada para evitar el dolor, o el miedo, o el recelo del esposo al exceso de pasión de la recién casada, o la vergüenza de la desnudez, o la pasividad que demostraban algunos después de descargarse, echándose a dormir como si lo único que importara fuera haber cumplido con la obligación. No. Ella no había sentido jamás nada parecido. Había vivido su noche de bodas con Martín cada vez que se encontraban en la cabaña, siempre por primera vez, entregados el uno al otro, con la misma emoción y la misma curiosidad, como dos principiantes, y luego, cuando se dejaron arrastrar, con idéntico descaro. Entre ellos no existía el pudor, ni los remilgos de viejas ni el disimulo. Porque mientras más se entregaba ella a las caricias de su amante, más ardor provocaba en él. No había centímetro de su piel que sus dedos no hubieran acariciado, ni misterio que no hubiera descubierto. Ni siquiera le hacía falta rozarla para que ella también se inflamara. Bastaba con que se acercase por detrás y le susurrara algo al oído, «Tu boca es mi locura y mi salvación», y su cuerpo reaccionaba como si fuera una lámpara de aceite frente a un fósforo, «mi veneno y mi medicina», la mecha se encendía y la llama empezaba a palpar, «mi cielo, mi infierno y mi purgatorio», el aceite empapaba la mecha cada vez más deprisa, «mi luz y mi sombra», y ella se consumía hasta que él la sujetaba por la cintura y la atraía hacia sí, «ven aquí». Él estrechaba su pecho contra su espalda, su deseo contra el suyo, sus ansias, su respiración y su alma. Entonces ella cerraba los ojos para que no hubiera otra cosa en el mundo que no fuera él. Y desaparecía la noche, los sonidos del monte, la cabaña, el suelo bajo la alfombra, el mar, el aire y su propia vida. Nada quedaba sobre la tierra más que él. Sólo él. Su aliento, su olor, su peso sobre su cuerpo, sus embestidas, su fuego, sus gemidos, la facilidad con que conseguía que también ella gimiera. Espasmos contra espasmos. Sudor contra sudor.

No. Elisa no necesitaba una noche de bodas. Había vivido tantas como citas con Martín. Sin embargo, mientras tiritaba por la fiebre, no dejaba de lamentarse y llorar.

—Lo siento.

—No hay nada que sentir, *miña vida*. Sólo has de curarte pronto.

—A lo mejor es un castigo de Dios. Hemos pecado mucho, Martín.

El minero cogió el pañuelo de encaje que su mujer había llevado a la boda e intentó bromear mientras le secaba las lágrimas:

—¡Qué vamos a pecar! ¿No sabes que el pecado lo tiñe todo de negro? Pues tú estás más blanca que las sábanas.

—Pero el cura dijo...

—El cura dijo lo que le tocaba decir. Además, ya nos confesó. ¡Anda, duerme! ¿Quieres que me eche contigo?

Ella le tendió la mano y tiró de él para que se tumbase a su lado. Y cuando sintió su cuerpo contra su espalda, se olvidó de la fiebre, de la tiritona y del mundo.

Tres días después la joven continuaba en la cama. Había empezado a delirar y, a pesar de que don Lorenzo, el médico de la mina, la había visitado varias veces, no presentaba ninguna mejoría e insistía en que Dios le estaba mandando un castigo.

—Hay que llamar a la *curandeira* —le decía a su esposo—, esto no es cosa de médicos.

—¡Qué *curandeira*, mujer! El doctor dijo que es un enfriamiento. En dos días estarás como una rosa.

—Una rosa marchita, Martín. Hay que ir a por la tía Carmuña. Vive en lo alto del monte, en el cabo Prior.

El minero se resistió a complacerla y la fiebre desapareció. Unos días más tarde celebraron juntos su primera Nochebuena. Nadie de la familia de Elisa se acercó a desearles felices fiestas, ni a preguntar por el estado de la embarazada ni a invitarlos a cenar, de manera que Elisa preparó cordero asado y unas berzas con tocino, invitaron a un grupo de mineros y cenaron todos juntos al calor de la lumbre de la casa de las cocheras.

Los compañeros de Martín comieron, cantaron, bebieron y brindaron por los anfitriones, por sus familias, por que en el año que iba a empezar se arreglasen los problemas de los trabajadores, y hasta por los ingenieros franceses, para que el oro que les aseguraba el trabajo a todos no faltase en las galerías.

Elisa sabía que al día siguiente no se hablaría de otra cosa en el pueblo; no sólo se había casado con un minero, había convertido su casa en su lugar de reunión, los había sacado de sus barracones y de las cantinas y los había llevado al mismo corazón de la aldea.

La fiesta se alargó hasta poco antes de la misa del gallo. Los mineros se retiraron, y Elisa y Martín se dirigieron a la parroquia cogidos del brazo, en lo que suponía la primera aparición pública de la pareja. Por supuesto, todas las miradas se centraron en ellos. Rosalía y Sabela ocupaban, como siempre, su lugar entre las mujeres, y el tío Manuel estaba sentado en el ala derecha del templo.

No se veían desde que Rosalía los echó después del banquete. Nada había cambiado, sin embargo; cuando pasaron junto a ella, la *leiteira* inclinó la cabeza y le indicó con un gesto a su yerno que se sentase en el banco que ocupaba el tío Manuel, al tiempo que le hacía un hueco a su hija en su fila. Había que cubrir las apariencias.

Al día siguiente Elisa volvió a levantarse con fiebre y de nuevo la atribuyó a un castigo divino.

—Ayer debimos sentarnos aparte de ellos. No está bien mentir dentro de la iglesia.

—Tú no mentiste, pequeña. Ellos sí. ¿Dónde está su castigo?

—Lo tendrán, ino le quepa duda!

No había dejado de tratarle de usted; él le había pedido que le tuteara, pero ella se sentía cómoda con el tratamiento que les había dado a los adultos desde que empezó a hablar. Martín era para ella un adulto más al que se le debe respeto, un hombre hecho y derecho que se jugaba la vida todos los días cada vez que cruzaba la boca de la mina y que, al salir, se transformaba en un caballero, con sus trajes impecables, sus sombreros y su bastón.

Al minero le hacía gracia la forma reverencial con que la joven se dirigía a él, y a veces protestaba como si no le agradase.

—¿También llamabas de usted a Eloy?

—¿Por qué iba a hacerlo? No me saca ni tres años.

—Y yo no llego a diez.

—¡Por un mes! ¿Le parece poco? Casi los mismos que se lleva con mi madre.

Él se reía a carcajadas, la abrazaba por la espalda y le decía que le llamase de cualquier modo, «Me volverías loco aunque sólo movieses los labios». Y ella sentía el calor de su boca en la nuca, en el cuello, detrás de la oreja, «Ven aquí», y le metía las manos por debajo de las faldas, «Vamos, vuélveme loco», y desaparecía la fiebre y la tiritona, «Eres mi pecado y mi absolución», sus manos se entretenían entre sus piernas, «mi hambre y mi sed», sus dedos se empapaban de su humedad, «mi sueño y mi despertar, mi sol y mi luna», y ella se volvía loca con él.

Las dos semanas siguientes transcurrieron en un ir y venir del doctor a visitar la casa de las cocheras. El vientre de Elisa se abultaba poco a poco, pero ella no había sentido aún la alegría de las patadas del niño que, según el médico, luchaba en el seno materno por sobrevivir a las fiebres intermitentes de la madre.

La joven apenas salía. Las pocas veces que lo hacía, al pasar junto a sus vecinos, escuchaba sus cuchicheos sobre su relación con los mineros, que habían tomado la costumbre de reunirse una tarde a la semana en su casa para jugar a las cartas.

Pero no era sólo la traición con los mineros lo que provocaba las iras del pueblo sobre ella. La aldea no había tenido que echar cuentas para saber el motivo de la precipitación de su boda. Cada vez que ponía un pie en la calle, las miradas le cosían la espalda, resentidas y acusadoras, como si el pecado que había cometido hubiese manchado el alma de todos y tuviera que repararles el daño.

El único que la miraba sin acusarla era Eloy.

Uno de los pocos negocios que había prosperado, al margen de la extracción del mineral, era el de las pescaderías de su padre. La calidad de su género había alcanzado tal fama en la zona que los clientes llegaban desde varios puntos del concejo. Incluso ya tenían una segunda pescadería en Ferrol, además de una casa de comidas especializada en mariscos que se había convertido en una de las más concurridas de la provincia.

Eloy se desplazaba a diario a la ciudad para realizar sus gestiones. Al terminar la misa de nueve, a la que Elisa asistía cuando se lo permitía la fiebre, como parte de la penitencia que le había puesto don Cosme, el hijo del pescadero esperaba en su banco a que ella saliera de la parroquia y luego la seguía a distancia, en dirección a las cocheras, donde él tomaba el transporte de línea. Era su forma de cuidarla, o al menos de comprobar que se encontraba bien y parecía feliz. Había estado muy enferma después de la boda, y él necesitaba confirmar que no se había equivocado al tirar la toalla sin haber luchado por ella. No obstante, durante la ceremonia, cuando se ponía en pie para la lectura del Evangelio, ladeaba ligeramente la cabeza hacia la zona de las mujeres, y ella sentía que con ese movimiento le estaba preguntando si se encontraba bien.

Las primeras semanas de recién casada fueron las más preocupantes. El embarazo se había complicado y el doctor no paraba de entrar y salir del pazo de las Cocheras. Eloy respiraba tranquilo cuando la veía aparecer en la misa de nueve, pero la mayor parte de los días la fiebre no la dejaba asistir. Y cada vez que faltaba al oficio religioso, él llegaba a Ferrol y se acercaba a la plaza de abastos en busca de la *leiteira* para preguntarle por el estado de su hija.

—Ésa no es hija mía. ¿Aún no te enteraste?

—Me enteré de tantas cosas que no sé a cuál atender.

—¿A poco, te enterarías de que te dejó plantado? No sé a qué viene tanto preguntar. ¿No le preguntaste a Sabela? Parece que hacéis buenas migas ahora.

—Las migas de un pan que estaba mohoso antes de meterlo en el horno.

—¡Ah, qué pan ni qué pan! Lo que pasa es que sigues convencido de que el minero la dejará tarde o temprano. Pero no te hagas ilusiones, ya es una mujer casada.

—Debería ir a verla. No está bien.

—Y tú deberías buscarte una buena moza. En el pueblo ya han empezado a hablar. Dicen que la sigues como perro abandonado. ¿Te olvidaste de lo que dijiste de tu dignidad?

—Debería ir usted a verla. No le baja la fiebre.

—¿Y qué haces tú aquí preguntando y preguntando si ya todo lo sabes?

—Quiero que lo sepa usted.

—Yo ya sé lo que tengo que saber.

Rosalía no había dejado de despachar la leche mientras hablaba, echando un litro tras otro desde el cántaro de zinc al medidor, y del medidor a los recipientes que traían sus clientas.

Por supuesto, ella sabía que a Elisa le estaba costando retener al niño en el vientre. ¡Cómo no lo iba a saber! En la aldea no había secretos de nadie. Pero aunque el pueblo hubiera sido tan mudo como su cuñado, ella lo habría sabido, porque habría sentido en su propio cuerpo la enfermedad de su hija.

La había echado de casa sin contemplaciones y volvería a hacerlo de nuevo en las mismas circunstancias. Elisa tenía que aprender que los compromisos hay que cumplirlos. La palabra es sagrada; cuando se da, se da para siempre. El que rompe su palabra rompe también su alma. Y el alma sólo se puede romper una vez, no hay manera de recomponerla. Detrás viene la ira de Dios, la vergüenza y la deshonra.

La mujer que mancilla su honra deshonra a toda su casa, eso también tenía que aprenderlo Elisa. Los había deshonrado a todos y había vuelto a atraer las habladurías a su casa, como moscas deseosas de miel. Nadie habría entendido que ella se quedase de brazos cruzados. Ella tampoco, de haber sido otra la que estuviera en su lugar. Así es que echó a su hija. Lo hizo en su propio nombre, en el de su esposo desaparecido, en el de Sabela y en el del tío Manuel, pero también en nombre de toda la aldea. No podía hacer otra cosa.

Aun así, no hacía falta que nadie le dijese que su hija tenía fiebre, porque ella misma sentía en su cuerpo los escalofríos, el temblor y las palpitaciones. El miedo y la desesperación.

Por eso, cuando Eloy se presentaba en la plaza de abastos para darle noticias, ella se mordía la lengua y se mantenía en su sitio. Nadie podría decir que en la casa de Covarradeiras no se castigaban el deshonor y las promesas rotas, en la misma medida que se hubieran castigado en cualquier casa decente del pueblo.

Ella no daría muestras de perdonarla hasta que no cumpliera lo que le correspondía. Pero su cuerpo le decía que no tentase a la suerte, porque el de Elisa no estaba preparado para terminar lo que había empezado. ¡Santa Comba le dé fuerzas y san Cosme Nonato la ayude!

El médico de la mina no paraba de ir y venir del pazo de las Cocheras. Rosalía le había visto muchas veces. Desde su gallinero se divisaba el lateral de la casa y los dos patios —el que daba al río y el de la puerta principal—, y no había tarde ni mañana que la *leiteira* no se asomase para ver los movimientos de entrada y salida. Y lo que ella no veía cualquiera se encargaba de contárselo a la menor oportunidad. Así es que, ya fuese con sus propios ojos o a través de los de otros, había visto a los mineros entrar en el pazo de las Cocheras la primera Nochebuena que Elisa faltó de casa; a Eloy, a la salida de misa, siguiéndola hasta la parada del

coche de línea; a Martín, cuando se iba y volvía del trabajo; al médico de la mina entrando y saliendo, la mayoría de las veces con una cara de preocupación que no podía disimular.

¿Qué iba a contarle Eloy que ella no supiera? ¿Qué podía decirle nadie sobre la enfermedad de su hija que su cuerpo no hubiera sentido?

Pero ella se mantuvo firme, sin demostrárselo a nadie, porque por mucho que su cuerpo se aliara con el de su hija, la palabra es más sagrada que la propia sangre.

Sin embargo, no podía negar que, desde que se enteró de las fiebres, la piel no había vuelto a abrigoarla.

Unos días después de la fiesta de Reyes, Elisa vio a Eloy hablando en la puerta de la parroquia con su hermana Sabela y le asaltó la impresión de haber vivido ya ese momento, como si los recuerdos se adelantasen a lo vivido o lo vivido insistiera en volver. Una sensación bastante desagradable que trató de sacudirse intentando encontrar en su memoria algún momento similar.

Estaba segura de que los había visto antes juntos, pero ¿cuándo? ¿En qué circunstancias? ¿Dónde?

No podía haber sido en su casa porque, a excepción de la noche en que Martín la sacó en brazos de la cocina, Eloy no había pasado nunca de la cancela del patio, donde Sabela no había coincidido con él, al menos no en su presencia.

Tampoco podía haber sido en la quincallería, que Sabela se había negado a pisar; ni en los paseos por la playa o por el pueblo, porque ella estaba ocupada en sus tareas del campo.

Quizá los había visto en algún baile de la Patrona, antes de que Eloy le prometiera que algún día llegaría a quererle. Sí, quizá fuese antes de su compromiso con él. Antes de que el tío Manuel rescatase a Sabela de la tormenta y la llevase a casa empapada y muda, con la mirada perdida en quién sabe qué pensamientos.

Debió de ser antes de aquella verbena que acabó en estampida. Pero ¿cuándo? ¡Recuerda, Elisa, recuerda! Tuvo que ser mucho antes de que Sabela se quedase sola bajo la lluvia. ¿Cuándo? ¿En qué lugar?

¡Maldita memoria! ¡Puede ser tan torpe...! Cuántas veces se empeña en llevarnos allí donde nunca estuvimos, o se apropia de recuerdos de otros y los almacena como si fuesen nuestros. Traicionera memoria, que se resiste a dar la cara cuando la esperamos y nos asalta cuando estamos desprevenidos.

¡Busca, Elisa! ¡Busca! En algún rincón de tu mente está el momento en que los viste juntos, cómplices, con las cabezas muy juntas, como en la puerta de la iglesia.

Parecían discutir. Estaba lloviznando y Eloy llevaba el paraguas abierto, pero sólo se cubría él, mientras su hermana se protegía de la lluvia con su mantón negro. Antes de separarse, él la cubrió con el paraguas, acercó su cabeza a la de ella y le dijo algo casi al oído.

Elisa no pudo escucharlos; sin embargo, dos días más tarde supo que la discusión tenía que ver con ella. Martín se había ido a la mina muy temprano, como era habitual, y ella acababa de volver a casa después de misa.

Se estaba quitando el velo cuando se sobresaltó al oír tres golpes de la aldaba. Era la primera vez que alguien llamaba a su puerta estando sola. Su reacción instintiva fue quedarse inmóvil y esperar a que se marchase quien fuera que hubiese tocado el llamador. Por su mente pasaron decenas de posibilidades, desde una visita inesperada de don Lorenzo, que solía ir a verla siempre con Martín cuando terminaba su turno, hasta que los vecinos hubieran decidido reprocharle abiertamente su comportamiento y quisieran echarla del

pueblo, o que los conflictos en la mina se hubieran recrudecido y los patronos le enviaban a la Guardia Civil, advertida de que los mineros se reunían a veces en su casa.

En ningún momento se le pasó por la mente que su hermana estuviera al otro lado de la puerta.

—¡Abre! —le dijo Sabela al tiempo que volvía a tocar con el puño—. Sé que estás ahí.

Al oírla sintió una especie de alivio, como si aquella voz la devolviese de alguna manera a su hogar, a sus años de infancia, a los pucheros compartidos en la *lareira*.

En ese instante reparó en lo mucho que la había echado de menos durante el año y medio que había permanecido muda, aislada, alejada de todos menos de su tío.

—¡Abre! —repitió Sabela desde el umbral.

Y de pronto, como si la voz de su hermana fuese una brújula con la que orientarse, encontró en sus recuerdos la tarde que se le había perdido. Y la noche. Y otra noche más, en la que ella se dio la vuelta en la cama, sin concederle importancia a las confidencias de Sabela.

Debería haberse dado cuenta. Debería haberle preguntado más. Haber estado más atenta. Intuir lo que estaba viviendo. Intentar entenderla. Si lo hubiera hecho, todo habría sucedido de otra forma, porque también ella le habría contado que no era feliz, que no le quedaba más remedio que dejarse arrastrar río abajo, y que estaba segura de que el destino estaba jugando con ella y se estaba equivocando.

Sabela llevaba una maleta de cartón atada con una soga que dejó en el suelo cuando Elisa se decidió a abrir.

—Son tus cosas.

—Gracias.

—No me las des a mí. Eloy se empeñó. Dice que vas siempre con la misma ropa. Madre no sabe que te las traje.

A Elisa le hubiera gustado invitarla a un café y pedirle perdón, pero Sabela cogió la maleta del suelo, la colocó delante de ella y se dio media vuelta sin darle la oportunidad de hablar.

Entre las cosas que contenía la maleta se encontraba la falda verde que llevaba el día en que le regaló el rizo a Eloy. Se le había quedado estrecha, pero se la ajustó sacándole unos centímetros de las costuras laterales y se la puso al día siguiente para ir a misa. Cuando pasó junto al banco del hijo del pescadero, se la atusó para que supiera que le estaba dando las gracias. Él sonrió con disimulo y después, al ponerse de pie para escuchar el Evangelio, la miró de reojo y volvió a sonreír.

La tarde en que se cumplían dos meses de la celebración de la boda, mientras la estaba visitando el doctor, Elisa empezó a delirar y a convulsionar por la fiebre.

Mientras el médico intentaba calmarla con los paños húmedos, Martín salió de la casa de las cocheras y corrió en busca de la tía Carmuña. Hacía frío y estaba empezando a anochecer, pero no pensó en ponerse algo de abrigo o en coger un candil. Atravesó el pueblo, cruzó los prados con el paso más apretado que pudo y no dejó de correr hasta que llegó al cabo Prior.

Antes de llegar a la cima, la curandera le salió al encuentro como si hubiera estado esperándole, tapada con un mantón negro que le llegaba a los pies y con un cesto colgado del brazo.

—Mucho tardaste, rapaz —le dijo forzándole a darse la vuelta y caminar a su ritmo—. Pero cada uno tiene su propio tiempo, ¿verdad?

El minero no supo qué responder. Al principio pensó que se refería al tiempo que había tardado en llegar desde la casa de las cocheras, pero le extrañaba que alguien pudiera cubrir la distancia entre su casa y el cabo Prior más rápido. Sin embargo, enseguida comprendió que la curandera se refería a sus dudas sobre ir a buscarla.

—Esperemos que el tuyo no se fuera de largo. Debiste hacerle caso la primera vez que te lo pidió.

Era la mujer más alta que había visto nunca, le sacaba al menos una cuarta, y también una de las más delgadas. Vista de lejos, entre los árboles, cubierta con su manto de los pies a la cabeza, podría confundirse con la sombra de un ciprés. El joven agradeció no habérsela encontrado en su camino. Parecía la representación de la misma muerte. Cualquiera diría que, en el cesto que le colgaba del brazo, en lugar de sus ungüentos y sus plantas sanadoras, llevaba escondida la guadaña con la que segaría la vida de Elisa.

No corría, no le hacía falta, cada una de sus zancadas era tan grande como dos del minero, que la seguía a la carrera deseando llegar y, al mismo tiempo, temiendo que aquella sombra entrase en su casa.

En lugar de atravesar el pueblo como había hecho Martín, la curandera lo bordeó siguiendo el curso del río, hasta llegar al regato que corría junto a la casa del minero, en el prado al que daba su patio de atrás.

Cuando llegaron a la valla, la tía Carmuña se detuvo delante del *pasadoiro* —una abertura estrecha que impedía que los animales entrasen o saliesen de la finca— y se quedó quieta mirándole, como si estuviese esperando su permiso para acceder al patio.

Por un instante Martín se planteó si cerrarle el paso y olvidarse de que había ido a buscarla, pero la mujer le miró con un gesto de urgencia y afirmó:

—El de ella se acaba. —Y añadió ante la evidente incompreensión del joven—: El tiempo.

Antes de que el minero pudiera reaccionar, se abrió la puerta trasera de la vivienda y apareció el doctor.

—¡Vamos, entren! ¿Les ha visto alguien?

Había caído la noche, la luna estaba alta y brillante, y el cielo despejado y cuajado de estrellas. No se habían cruzado con nadie, pero, si continuaban parados allí, se les podría ver desde cualquier ladera de los montes vecinos.

—¿Qué hacen? ¡Vamos! ¡Entren! —insistió don Lorenzo.

La tía Carmuña volvió a pedirle permiso a Martín con los ojos, parada frente a la abertura de la valla. Hasta que él no le hizo un gesto para que le siguiese, no traspasó el *pasadoiro* y cruzó el patio.

Al entrar en la habitación, encontraron a Elisa inmóvil, empapada en sudor, con los ojos cerrados y los brazos extendidos por encima de las sábanas. Don Lorenzo y la tía Carmuña se miraron como si los dos supieran lo que ocurría y estuvieran de acuerdo en cómo podía solucionarse.

Mientras el minero se abrazaba a su mujer y le pedía que abriese los ojos, la curandera dejó su cesto en el suelo, se desprendió del manto y metió la mano debajo de las sábanas para palpar a la enferma.

—Déjame a mí, rapaz —le dijo luego al marido, retirándole para ocupar su lugar junto a la cabecera—. Tranquilo, todavía puedo curarla.

Elisa abrió los ojos y trató de decir algo, pero enseguida volvió a cerrarlos, semiinconsciente y sin fuerzas.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Qué tiene mi mujer? —preguntó Martín cada vez más aterrado.

—No es tu mujer —le contestó la curandera bajando el tono de voz—, es la criatura que lleva dentro. Se muere. Si no la sacamos, se la lleva a ella detrás. Tú decides.

El minero miró al doctor en busca de consejo, pero éste negó con la cabeza al tiempo que se ponía su capa y se alejaba de la cama, en dirección a la puerta.

—Lo siento, Martín, no puedo ayudarte, ni siquiera puedo estar aquí cuando tomes la decisión. Esperaré en la cantina de las cocheras. Avísame después.

—¿Después?

—Cuando ella se vaya.

—Pero... no lo entiendo, doctor..., usted...

—Mi obligación es elegir la vida del niño, Martín.

—Pero la tía Carmuña dice...

—Y tiene razón. El niño no está bien. Pero aún vive. Yo no puedo hacer otra cosa que esperar. Dentro de dos meses podría intentar provocar el parto. Pero tal vez sea demasiado tarde.

En ese momento Elisa emitió un quejido. La curandera le estaba limpiando la frente con un trapo. Había dejado la cesta abierta al pie de la cama, de donde salía un fuerte olor a hierbas, entre agresivo y calmante. Martín aspiró aquel olor y suspiró mirando al médico. Don Lorenzo le hizo un gesto a la curandera y se marchó tras intentar tranquilizar a Martín:

—No te preocupes, ella sabe lo que hace.

Antes de comenzar con sus emplastes, la tía Carmuña empujó al marido hacia la misma puerta por la que acababa de salir don Lorenzo.

—Quédate cerca. Te llamaré si llega el caso.

El resto de la noche Martín lo pasó yendo de la *lareira* al dormitorio, calentando agua mientras escuchaba cómo su mujer le pedía a Dios Todopoderoso que le perdonara todos sus pecados antes de llevársela.

Unas horas antes de que amaneciese, cuando la curandera salió por la cancela del patio trasero, sonó la aldaba de la puerta principal. Martín abrió sin preguntar, creyendo que sería

el doctor, preocupado porque no había ido a buscarle a la cantina. En su lugar, con la cara demudada, apareció Rosalía, que le puso en las manos una olla con sopa caliente y se metió hasta el fondo de la casa sin esperar a que su yerno saliera de su sorpresa.

—*Miña cativa*, ¡todo pasó! —le dijo a su hija acariciándole el pelo y cogiéndole la mano.

Elisa no sabía decir otra cosa que «*meu neno, meu neno*», y que Dios la había castigado.

—¡Hemos vuelto a pecar, Martín!

Martín empezó a secarle la frente y le dijo de nuevo que el pecado tiñe de negro lo que toca y que ella estaba muy blanca, pero su suegra le empujó hacia la cocina y le ordenó que le trajese a la enferma un cacito de caldo.

—¡Qué negro ni qué tizne! ¡Anda y déjame a mí! ¡Esto es cosa de mujeres!

A partir de entonces, todos los días para el almuerzo, Rosalía llevaba a la casa de las cocheras una parte del puchero que había hecho para la suya.

Nadie habló nunca de lo que había sucedido en la visita de la tía Carmuña. A veces Elisa se encerraba en el dormitorio y, cuando volvía a la cocina con los ojos hinchados y húmedos, miraba a Martín como si quisiera preguntarle por el niño, pero él le tapaba los labios con el dedo índice y cortaba la conversación antes de que empezara:

—Lo que pasó pasó. ¿A qué hablar de lo que no tiene remedio?

Elisa aún no había dejado de sangrar cuando los mineros se declararon en huelga para demandar mejoras laborales, entre las que destacaban la reducción de jornada a nueve horas diarias, un aumento de veinticinco céntimos en el salario de los peones y la dimisión del director y del capataz, a los que acusaban de utilizar prácticas vejatorias y dictatoriales con sus empleados.

El cabecilla de la revuelta era uno de los asiduos a las timbas que se organizaban en casa de Martín. Un barrenero asturiano que había emigrado a varios países de Sudamérica, donde había pertenecido a algunas organizaciones libertarias. Se llamaba Guzmán, aunque le apodaban por el toponímico de su región. Aspiraba a organizar a los operarios de la mina en un sindicato anarquista, como los que estaban surgiendo en el este de la Península y se estaban haciendo fuertes en las revueltas de las fábricas textiles catalanas.

Como había sucedido en ocasiones anteriores, Martín no secundó la protesta. El primer día acudió a su puesto de trabajo y, cuando llegó a la bocamina, se encontró con un piquete que le impedía el paso. Al frente se hallaba Guzmán.

—¿Qué pretendes? —le preguntó el Asturiano cuando quiso burlar el piquete.

—Ejercer mi derecho a trabajar, igual que tú pretendes ejercer el tuyo. ¿Me lo vas a impedir?

—A ti y a cualquiera que lo intente. Eres mi amigo, no me obligues a llamarte esquírol.

—Me llames lo que me llames, tengo una casa que mantener.

—¿Y principios? ¿Tienes que mantener alguno?

—¿Aún me vas a dar tú una lección?

—Lo que voy a darte no se llama lección.

Guzmán apretó los puños y se acercó a su amigo, que levantó los suyos como si fuera un boxeador dispuesto a medirse con su adversario en un combate.

En los alrededores de la mina se estaba concentrando la caballería de la Guardia Civil, alertada por el director desde que comenzaron las primeras protestas. Medio centenar de números armados con fusiles de asalto que se lanzarían a galope contra los mineros insurrectos en cuanto les dieran la orden.

Las calderas de vapor del lavadero, impulsando las ruedas de molino que trituraban las rocas para separar las vetas de oro de las impurezas, resonaban en la bocamina donde se habían concentrado los huelguistas. Cada golpe de caldera parecía una orden militar que los mineros obedecían colocándose en filas paralelas, como un batallón preparado para el contraataque.

Había empezado a chispear. Martín y Guzmán estaban a punto de enzarzarse en su pelea cuando comenzaron a oírse los cascos de los caballos. Al principio despacio, al paso, acompasados al ritmo de las calderas, y después, poco a poco, en un trote lento que se

transformó en galope cuando sonaron los primeros disparos al aire y los mineros empezaron a huir.

Los dos amigos continuaron en el mismo lugar donde habían estado a punto de medirse: el Asturiano, intentando reagrupar a los que no habían echado a correr, y Martín, seguro de que su negativa a unirse a la huelga le protegía de todo peligro. Pero las balas no tienen nombre cuando silban en el aire, y menos aún cuando se disparan contra una masa sin forma, sin rostro, sin más identidad que la de una amenaza contra el orden y el miedo de unos pocos a perder sus privilegios. Y para desgracia de Martín, él estaba en el centro de aquella amalgama. Delante de la bocamina.

La bala sólo le rozó la frente y la palma de la mano. Se estaba retirando el mechón del flequillo cuando sintió una quemazón en la frente y el calor de la sangre sobre un párpado.

El resto fue confusión y despropósito. El Asturiano le preguntó si era grave. Él dijo que no, sin quitarse la mano de la cabeza, una herida contra otra. Guzmán le sujetó por el hombro y cargó con él monte arriba.

El galope de los caballos. La sangre que no dejaba de manar, no sabía si de su ojo, de su mano o de su cabeza. El resonar de los cascos. Guzmán diciéndole «Aguanta, chavea». Mareo. Náuseas. Los civiles gritando: «Allí van dos». Ganas de tumbarse. Más sangre. Las calderas de vapor a lo lejos. El suelo resbaladizo. «¡Aguanta!» Lluvia fina, calabobos. El resoplar de los caballos. Gritos. Más gritos. Más. «¡Alto!» Y unas manos que le agarran y le suben a una grupa, boca abajo, como un bulto sin nombre.

Se despertó dolorido en una celda del Palacio de Justicia de la capital del concejo, tumbado en un somier sin colchón. Junto a él, tendido en otro somier, estaba Guzmán, semidesnudo y ensangrentado. Los labios rotos, la nariz deformada y los ojos tan hinchados que apenas podía mantenerlos abiertos.

—Cuando te interroguen, no admitas que estabas con el piquete. No te creerán, pero ya se han cebado conmigo y no me han sacado otra cosa.

—¿Les dijiste que yo quería entrar al tajo?

—Sí.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque es la verdad. También les he dicho que llamen al capataz, él testificará a tu favor, no te preocupes, saldrás pronto de aquí.

—¿Y tú?

—Me pasará a la sombra algún tiempo. Luego saldré. —Y trató de sonreír con sus labios partidos—. Y te buscaré para que me devuelvas el favor.

El capataz se presentó cuatro días después en el Palacio de Justicia, no sólo para liberar a Martín, también para interceder por el Asturiano.

Los mineros seguían en huelga y, como condición para volver a las galerías, exigían la libertad de los dos detenidos. A ninguno de ellos se le podía imputar un delito, por lo que no fue difícil utilizarlos como moneda de cambio.

A Guzmán le dejaron libre con la condición de que se marchase lejos de la provincia, sin pasar por su barracón para recoger sus pertenencias, y a Martín le llevó el capataz directamente a su casa, donde Elisa le esperaba con el corazón encogido.

Al igual que su detención, la noticia de su puesta en libertad había corrido por Cobas como la pólvora y, en contra de lo que cabía esperar, le valió la fama de un valiente que había ayudado al agitador de la huelga a librarse de la cárcel. A todos los efectos, la versión oficial decía que Guzmán había caído herido en el monte, que Martín se golpeó en la frente y en la

mano al intentar ayudarle y que después había utilizado su amistad con el capataz para que le exculparan.

Nada más verle entrar en casa, Elisa se echó en sus brazos.

—He pasado mucho miedo, Martín.

Elisa le curó las heridas mientras le contaba la versión oficial de los hechos, y él se dejó curar escuchando el relato sin sacar a su mujer del error.

El día siguiente era domingo. Martín se puso su mejor traje, se caló uno de sus sombreros de importación y acompañó a Elisa a la misa de doce. El pueblo entero había caído rendido a sus pies. Todos le saludaban al pasar, quitándose la boina y asintiendo con un movimiento de cabeza, orgullosos de él.

Y él se movía entre ellos como lo había hecho siempre, saboreando la sensación de ser admirado por todos y lamentándose de que sus hermanos no estuvieran allí para verlo.

El gallo en el gallinero, más elegante que nadie. El que toda mujer desearía y del que seguían corriendo historias que alimentaban su fama de conquistador, el único patrimonio que había conseguido atesorar.

Aquella noche, cuando se metió en la cama, se acopló a la espalda de Elisa y empezó a besarle la nuca.

—No dejé de sangrar todavía. No puede ser —le dijo ella tratando de apartarse.

Él le besó detrás de la oreja, el hombro, la base del cuello, la nuca otra vez. Y ella, a pesar de sus reticencias, acabó por darse la vuelta.

Dos meses después, tras un recrudecimiento de los conflictos laborales en la mina, los franceses decidieron abandonar la explotación.

La mayoría de los mineros se marchó en cuanto cerraron las galerías; el resto se quedó hasta que los obligaron a abandonar los barracones. Los que supieron ahorrar se marcharon con algunas pesetas con las que empezar en algún otro sitio. Los demás, con las manos vacías, como habían llegado.

Atrás dejaron las bocaminas, los molinos, las calderas de vapor y el lavadero de los minerales. Y también a Martín, con sus bastones de puño de plata, su armario lleno de trajes y su mujer embarazada otra vez.

El esplendor económico que alcanzó el municipio con la presencia de los mineros se apagó a medida que éstos se fueron marchando. El dinero ya no cambiaba de manos con la alegría de los años de la mina, que pasaron a formar parte del pasado y se convirtieron en una expresión que representaba la idea de prosperidad. «Los años de la mina» se quedaron en la memoria de la aldea como los tiempos de la abundancia: cuando se construyó la carretera que unía Cobas con Ferrol; cuando la diligencia aumentó la frecuencia de los viajes y prolongó su trayecto hasta la capital de la provincia; cuando florecieron aquí y allá diferentes tipos de comercios para abastecer las necesidades del personal de la compañía explotadora; cuando se construyeron casas con agua corriente, electricidad y jardines en lugar de patios, con grandes hórreos de piedra que, al igual que en las casas de los indios, más que para almacenar cereales servían como elementos decorativos que añadían valor a la propiedad, pues cuanto más grande era el hórreo, más importante era el pazo; cuando se asfaltaron algunas calles y la acometida de aguas se convirtió en un sueño que podrían cumplir todas las viviendas.

Los años de la mina se recordaban como los años del progreso. Un periodo que acabaría convertido en leyenda y que, de una u otra manera, la aldea siempre echaría de menos.

Algunas tardes, desde que Elisa dejó La Quincalla, Sabela ayudaba al tío Manuel en el almacén de la tienda. Cuando terminaba con las gallinas, sacaba agua del pozo para asearse con una palangana, sustituía las ropas de labor por una falda de paño, se ponía un delantal y una blusa blancos y se dirigía al local, donde se encargaba de colocar la mercancía que acababan de recibir.

En alguna que otra ocasión el tío Manuel le pidió que atendiese en el mostrador, pero la joven se negaba sistemáticamente, no le agradaban las clientas. Su relación con el mundo no había cambiado. El que ella conocía se le antojaba hostil, injusto desde cualquier punto que lo mirase, reducido y oprimente. Y el que no conocía, aquel al que hubiera querido huir con Eloy, lo sabía fuera de su alcance.

Por otro lado, ella también seguía sin gustarle a nadie. A los vecinos no les había parecido correcto que el día de la boda de su hermana se colgara del brazo de Eloy para salir de la iglesia como si fuera una novia, representando un papel que sabía que nadie podía creer. Peor aún, convencida de que nadie creería el que estaba obligando a representar al hijo del pescadero. Porque si el pueblo tenía cien ojos para Elisa, también los tenía para Sabela, y no le habían pasado desapercibidas sus miradas en la procesión de la Patrona, ni en la misa de los domingos, ni en el baile que interrumpió la torva de agua que cayó sobre la verbena hacía un par de años.

A partir del simulacro de boda la miraban con más recelo que nunca, y atribuyeron las fiebres de su hermana a una maldición, un mal de ojo con el que vengarse de ella, igual que se había vengado de Eloy con su pantomima de recién casados cogidos del brazo.

La relación entre ellos había virado hacia una especie de acuerdo cordial. Eloy respetaba los secretos que los habían unido, y Sabela le daba noticias de Elisa sin que ella se enterase.

Desde que su madre le llevó la sopa caliente, tras la pérdida del niño, Sabela solía visitarla con el tío Manuel cuando cerraban la quincallería, más por el gusto de su tío que por el suyo, pues ella hubiera preferido mantener las distancias.

Sin embargo, aunque se negaba a reconocerlo, lo cierto era que le gustaba el ambiente que se respiraba en el pazo de las Cocheras: las visitas del médico, los ruidos de la calle —por la que transitaba la gente camino de la parada del coche de línea—, la cara de Elisa al oír la sirena que avisaba de que en pocos minutos llegaría Martín, las partidas de cartas, las risotadas de los jugadores. Pero, sobre todo, le gustaba la sensación de que allí el aire era distinto, más limpio, más fresco, un aire que nunca había respirado en su casa. Para empezar, en casa de Elisa no había cuadras, ni gallinas, ni sobrado. La cama estaba en un dormitorio, se comía en un comedor y se guisaba en una *lareira*, pero no en el fuego de la chimenea, sino en una cocina de hierro que funcionaba a base de carbón y que tenía varios hornillos para preparar distintos platos a la vez.

También había un cuarto aparte, donde se jugaban las partidas de cartas. Cuando esa habitación se llenaba de risas, de muecas, de órdago a la grande, de paso y de envido, Elisa se dedicaba a coser en una salita que tenía sólo para ella, con una camilla pequeña con brasero y una ventana que daba a la calle, por donde podía mirar quién iba y venía.

Martín la trataba como si fuese de cristal y pudiera romperse con cualquier movimiento. A Sabela le chocaba que ella siguiera llamándole de usted, como su madre le había enseñado a tratar a los mayores. Él, sin embargo, la tuteaba, pero resultaba difícil distinguir cuál de los dos reverenciaba más al otro, quién admiraba más a quién, cuál debía controlar más su deseo cuando estaban cerca.

Sabela aún no le había dicho a su cuñado que se conocieron en la playa de la Media Luna, aunque en varias ocasiones le había tentado la posibilidad de sacar la conversación. Le molestaba que no la reconociera o que la hubiera olvidado como si hubiera sido un elemento más del paisaje, como la piedra donde se había sentado para ponerse los botines, la cima del monte o la arena donde había dejado sus huellas.

Sin embargo, en el fondo se alegraba de tener un secreto al que quizá podría sacarle algún provecho y utilizar algún día a su antojo.

A veces le observaba sin que él se diera cuenta y, cuando la descubría, le mantenía la mirada para cerciorarse de que el recuerdo de aquella tarde le pertenecía sólo a ella.

El minero seguía considerándola como una cría, la llamaba «chiquilla» y de vez en cuando le pellizcaba un carrillo como una gracia. Ni él ni su hermana sabían nada sobre sus manejos para llevarlos al altar. Martín no había presenciado las acusaciones que le dirigió a Elisa en la cocina. Es más, cuando abrió la puerta para cogerla y llevársela en volandas, ni siquiera reparó en su presencia.

Por supuesto, él también conocía los rumores que circulaban sobre las rarezas de su cuñada, que, por otro lado, ella continuaba fomentando con sus monosílabos y sus silencios, tanto en la quincallería como en su casa o en la de Elisa.

De modo que, para Martín, Sabela sólo era la hermana pequeña de su mujer, la rara que casi no hablaba. Y así debía continuar siendo, hasta que a ella le conviniese. No obstante, de vez en cuando le descubría mirándola como si buscase en ella algo más y, si Elisa le sorprendía, desviaba la mirada o les guiñaba un ojo, entre divertido y provocador, y les decía que no había en el pueblo dos mujeres más seductoras que ellas, diferentes como la noche y el día, pero igual de atractivas.

—Si pudiera, me casaría con las dos. —Y le daba a Elisa un beso en la frente y a Sabela la pellizcaba en la mejilla.

A Elisa se le notaba que le disgustaban aquellas bromas, y Sabela las recibía como si no les diera importancia, esperando devolvérselas cuando menos lo esperase.

Durante el tiempo en que estuvo preso, Rosalía había liberado a Sabela de todas sus obligaciones para que acompañase a Elisa de día y de noche. Cuatro días en los que ocupó el sitio de Martín en la mesa, y cuatro noches en las que durmió en su lado de la cama.

Antes de irse a dormir, Elisa caldeaba las sábanas con un calentador de cobre y perfumaba el embozo con esencia de lavanda. La primera noche Sabela se metió en la cama con la sensación de que le estaba usurpando algo al minero. La segunda pensó que se lo estaba quitando a su hermana, y la tercera y la cuarta se acostó convencida de que ella también se merecía la tibieza de esas sábanas, el olor del embozo, el dormitorio que no necesitaba un pesebre debajo para calentarse y las caricias que recibía Elisa como si el mundo la hubiera elegido para regalarle hasta el último sueño que a ella le negaba.

Poco tiempo después de que Martín saliera del calabozo, al saber que había dejado a Elisa encinta, Sabela dejó de ir al pazo de las Cocheras sin dar ninguna explicación. La mina ya se había clausurado, y los mineros se habían ido marchando poco a poco. Se acabaron las timbas, las risas en el cuarto de estar y las visitas del médico, que abandonó la aldea con los directivos y los capataces.

A partir de entonces sólo veía a su hermana en la misa de los domingos. Feliz con su nuevo embarazo, felicitada por unos y por otros y siempre colgada del brazo de Martín, que la acompañaba hasta el banco que ocupaba de toda la vida, entre Sabela y su madre.

Uno de esos domingos, mientras estaban escuchando el sermón, Elisa sintió las primeras patadas del embarazo y giró la cabeza hacia el lateral de los hombres para buscar la mirada de su esposo. Martín debió presentirlo, porque también la estaba mirando. Entonces ella, en un gesto instintivo, cogió la mano de su hermana para ponérsela en el vientre y sonrió.

A Martín le brillaron los ojos, era su mano la que había cogido Elisa para que sintiese las primeras patadas de su hijo, su mano en la mano de Sabela, el palpito de la vida en el movimiento de unos pies que aún se estaban formando.

Sabela también sonrió, pero cuando cruzó su mirada con la de Martín, observó cómo a él se le congelaba la sonrisa, se levantaba de golpe del banco y se abalanzaba hacia ellas.

Fue cuestión de un instante, una fracción de segundo, un relámpago en el que todo se enciende para apagarse antes de que hayamos podido distinguir lo que hay a nuestro alrededor.

Eloy también se levantó y corrió hacia las mujeres. Rosalía dejó su sitio para que lo ocupase Martín. El cura bajó del púlpito a toda prisa, apartando a los vecinos que se habían arremolinado en el pasillo central y levantaban las cabezas para mirar en dirección al banco de Elisa.

—Llamad a la partera —gritó alguien mientras Martín cogía en brazos a su mujer y la sacaba corriendo de la parroquia con las piernas manchadas de sangre.

Sabela se quedó sentada en su banco, sin mover un músculo, recibiendo las miradas de unos y de otros, sin entender lo que acababa de pasar.

Elisa se tocó el vientre dolorido, vacío por segunda vez, huérfano de dos hijos para los que ya había soñado una cara, unas manos, unos pies, una piel sonrosada y sedosa, y un nombre. Si era niño, Jaime, como su abuelo paterno, que llevaba el nombre de un santo que venció a un dragón, y si era niña, Jovita, como su abuela materna. A ninguno los había conocido, pero los quería a través de las historias que les contaba su madre a Sabela y a ella cuando se iban a la cama.

—No debemos hacerlo en la cuarentena. La sangre siempre trae más sangre —le dijo a Martín con los ojos vidriosos, en un tono de voz que resultaba difícil de identificar, entre el lamento y la provocación, como si se sintiera agraviada y necesitase demostrarlo.

Martín simuló no haber percibido el matiz de su mujer e intentó consolarla con frases hechas:

—Eso son cosas de viejas.

—Dios nos castigó otra vez —continuó en su rabia contenida—. ¡No nos dará hijos, Martín!

—Pues claro que sí, ya lo verás, por lo menos cuatro tendremos. Ya sabes el dicho: mujer abortada, mujer preñada.

Lejos de animarla, Elisa recibió el refrán como un mazazo. Miró a su marido con una dureza que ni ella misma se conocía, y por primera vez le gritó.

—¿Y qué dice el dicho del segundo aborto?

Martín evitó responderle en el mismo tono de reproche. Sin embargo, no podía permitir que Elisa le acusara abiertamente de ser el causante de la fatalidad que habían vivido los dos.

—También eran mis hijos, no se te olvide.

—¿Cómo lo iba a olvidar? —Elisa continuó levantando cada vez más el tono—. Y tampoco olvido los otros que dejó usted por el camino. ¡No crea que no lo sé! Yo también tengo oídos. Hijos vivos de otras, no como los que me hizo a mí.

El minero la miró entonces con su misma dureza y, sin contestarle, se levantó de la silla, cogió su abrigo, su sombrero y su bastón, y se dirigió a la puerta. Conocía las habladurías que corrían sobre él, pero jamás habría pensado que Elisa las creyera ni que pudiera utilizarlas como un dardo lleno de veneno.

—¿Adónde va? —volvió a gritarle su mujer—. ¡No he terminado! ¿Sabe cómo me llaman algunos?

Entonces él se giró hacia ella, se acercó hasta que tuvo su cara a un palmo de la de él, se retiró el flequillo de la frente y le dijo con mucha calma:

—No quiero saber cómo te llaman. Que sea la última vez que me acusas y que me levantas la voz.

Lo dijo sin modificar el gesto de la cara, sin el menor signo de agresividad, más bien al contrario, con una frialdad que podría helar la finísima capa de aire que los separaba. No

había violencia en su tono, pero la amenaza era tan palpable que Elisa no sabía si disculparse o defenderse. Era la primera vez que discutían. Podría decirse que era la primera vez que ella discutía con alguien. Al margen de las pequeñas peleas con su hermana, que casi siempre ganaba Sabela, jamás se había enfrentado a nadie. La situación más violenta que había vivido fue cuando llegó a su casa, después de que su madre la interceptara en el camino del respiradero, pero tampoco ahí abrió ella la boca, sólo se limitó a escuchar, como solía hacer su madre cuando dejaba que su padre se desahogase al volver de la taberna.

Pero Martín no parecía tener necesidad de desahogarse. Continuó mirándola con sus ojos de hielo, controlando cada músculo mientras esperaba una disculpa que interrumpió cuando ella se decidió a dársela:

—Lo siento, yo...

—No quiero que me pidas perdón. —Y añadió en el mismo tono que utilizaba cuando la abrazaba por la espalda—: Quiero que me digas que no se volverá a repetir.

Elisa le miró desconcertada. Él se acercó entonces a su oreja y le susurró:

—¡Vamos! ¡Dilo!

La joven sintió una punzada en el estómago. El minero le había puesto la mano en la cintura y había empezado a bajarla por encima del vestido.

—¡Vamos, pequeña! ¡Es muy fácil!

Elisa intentó separarse de él, pero Martín la obligó a girarse, la abrazó por la espalda y comenzó a levantarle las faldas mientras le susurraba al oído:

—¡Vamos! Es muy fácil. Repite conmigo: no volverá a repetirse.

La mano del marido ya estaba debajo de las enaguas, acariciándole los muslos. No quería temblar, pero temblaba. La sangre siempre trae sangre. Tenía que separarse de él, pero Martín la sujetó y la besó en la nuca mientras insistía en un susurro y le acariciaba la entrepierna:

—¡Vamos! ¡Dilo!

Y Elisa obedeció en un hilo de voz.

—No volverá a repetirse.

—¡Buena chica! —le dijo besándole el cuello. Luego retiró la mano y, sin abandonar los susurros, como si se tratase de un suspiro de enamorado, añadió—: Esta noche no vendré para la cena.

Y la soltó para dirigirse a la puerta que daba al zaguán. Elisa no sabía si dejarle marchar o intentar evitarlo, pero no le hizo falta tomar una decisión, porque él se acercó otra vez, le dio un beso en la frente como si nada hubiera ocurrido y le pellizcó la mejilla igual que solía hacerle a su hermana.

—No me esperes despierta, tesoro.

Había empezado a lloviznar. Elisa le vio caminar hacia la cantina de las cocheras, golpeando el suelo con su bastón con la misma agresividad contenida que había utilizado con ella. No era la primera vez que se quedaba hasta tarde jugando a las cartas, pero sí la primera que le decía que no le esperase.

A partir del cierre de la mina, Martín pasaba la mayor parte de su tiempo de taberna en taberna. A Elisa le recordaba a su padre. De vez en cuando volvía con unos cuantos billetes que se gastaba en un traje nuevo o en algún sombrero de moda. Y Elisa le recibía con el ceño fruncido. A veces traía en la ropa un perfume de malvas reconcentradas y alguna mancha de carmín que Elisa fingía no ver.

En aquella ocasión regresó a las ocho de la mañana, con los ojos enrojecidos y la boca rezumando a tabaco y alcohol.

—Cierra los ojos —le pidió mientras se metía la mano en el bolsillo para sacar algo.

Pero Elisa le dio la espalda y se encerró en su cuartito de estar, del que sólo salió para preparar la comida y la cena, sin mirarle y sin hablar.

Esa noche sacó unas mantas y una almohada al comedor, las echó en el suelo y cerró por dentro su dormitorio.

Durante los dos días siguientes continuó muda y sin mirarle. Martín buscaba su mirada con ojos burlones y trataba de sacarle una sonrisa.

—¡Vamos, pequeña! ¿A qué viene tanto enfado? La partida se alargó y no quise despertarte.

Pero ella seguía sin hablarle y dejándole por la noche las mantas y la almohada en el suelo.

Al tercer día, mientras preparaba el desayuno, la abrazó por la espalda y le pidió perdón.

—¿Cuántas noches más me tendrás castigado?

—¿Cuántas cree que se merece?

—Todas. ¿Y tú? ¿Cuándo crees que me levantarás el castigo?

—Mañana, quizá.

—¿Se te pasó ya la sangre?

—Aún no.

—Entonces, no me perdones aún. No lo resistiría.

Elisa se volvió hacia él y le besó en la boca.

—¿Dónde está mi regalo?

Martín le retiró el pelo hacia atrás, sacó un colgante de su bolsillo y se lo colocó sobre el pecho, sin abrochárselo.

—¿Te gusta?

Se trataba de una *figa*, una pequeña figura en forma de mano cerrada, con el dedo pulgar cruzado entre el índice y el corazón. El amuleto servía para ahuyentar los maleficios de las meigas, y no había casa en la región que no tuviera uno de madera tallada colgado de sus paredes, ni moza que no se hubiera colgado alguna vez uno de cerámica o de barro en el cuello. Aquélla, sin embargo, era de azabache, con cadena y engarce de oro. Una joya que estaba al alcance de muy pocos.

—¿De dónde la sacó?

—De una azabachería de Santiago, que es donde se suelen comprar.

Elisa nunca supo si era cierto o si la había ganado en una partida de póquer, pero cuando Martín le puso el colgante y le abrochó la cadena de oro, se preguntó si alguien más llevaría al cuello un colgante como el suyo.

Los chismes sobre sus correrías no habían cesado. A veces, cuando ella se acercaba a la fuente o al lavadero del río, las vecinas se callaban o bajaban la voz.

No era la primera mujer de Cobas que soportaba los devaneos de su marido, pero todas lavaban en silencio sus ropas para que las manchas no salieran de casa. Elisa, sin embargo, cometió la torpeza de gritarle junto a la ventana que daba a la calle, y de perdonarle después, junto a la misma ventana.

Y la palabra que Martín no quiso escuchar empezó a perseguirla en voz alta, desde los lavaderos del río hasta el último rincón de la aldea.

CAPÍTULO CUATRO

EL VIAJE

No me quejaré de la ola que entró violentamente, sino de la playa que resultó demasiado acogedora.

«Esplendor», *La novela de Genji*
MURASAKI SHIKIBU

Los vecinos habían acudido en bloque al cementerio para acompañar a la familia, saltándose la costumbre de que sólo los hombres asistían al entierro. Uno a uno pasaron ante la viuda y los hijos inclinando la cabeza en señal de duelo, primero los hombres, después las mujeres, cubiertas todavía con el velo que habían llevado en el funeral de cuerpo presente. Elisa recibió sus condolencias sin detenerse en ninguna mirada, parecía tan lejos de ellos que su reacción podría equipararse a la que hubiera tenido ante cualquier desconocido.

Nadie lloraba. Nadie depositó una flor sobre la tierra removida.

A lo lejos, el mar continuaba lanzando su oleaje contra las rocas, obstinado, imponiendo su presencia, enfurecido, violento, acusador, prestándoles su voz a aquellas gentes que se entregaron sin reparo a las murmuraciones en otro tiempo, y ahora pasaban en silencio por delante de la tumba, como si le debieran respeto al difunto sólo por el hecho de estar muerto.

Hacía demasiado tiempo que Elisa había abandonado la aldea, la mayor parte de los que inclinaban la cabeza ante ella no había entendido su manera de vivir, la forma en la que había amado a aquel hombre que ahora dormía bajo el manto de conchas. El resto quizá lo hubiera querido entender, aunque no se lo demostró. El amor tiene más caras de las que se muestran a simple vista, es capaz de mirar de muchas formas y desde distintas perspectivas. A Elisa la había mirado desde dos ángulos opuestos y ella no se había resistido a ninguno de los dos. El amor también tiene esas cosas, puede sembrar la duda donde creemos que sólo hay certeza. Y a los ojos del pueblo, Elisa no había sabido distinguir. Demasiados claroscuros en una historia que habían vivido con ella desde que empezó. Una parte de la aldea le reprochaba las sombras; la otra, la luz que debería haberla iluminado.

Debería haberse abierto más a ellos, haber dejado que vieran la contradicción en la que se había debatido en los últimos años. Pero nunca les dio la oportunidad de entenderla. Se había encerrado en una concha que no abrió para nadie, y ninguno de los presentes pudo ponerse nunca en su piel.

Los había despreciado tantas veces que incluso dudaban de si debían acompañarla. Es más, hubieran preferido no hacerlo, pero el párroco había colgado en la cantina y en la puerta de la parroquia las esquelas que informaban de la hora del funeral y del entierro, y se sintieron en la obligación.

Para bien o para mal, todos habían sido testigos de su vida desde que empezó a respirar, pero muchos se preguntaban por qué enterraba al marido en la aldea después de tantos años sin pisarla.

La vida da para muchos errores y componendas. Elisa había vivido los suyos encerrada en su caparazón, intentando ocultar sus sentimientos. Sin embargo, los hechos eran los hechos, y el pueblo los había presenciado; a veces dividido, y otras con la convicción unánime de que se estaba equivocando. El primer error fue romper su compromiso con Eloy por un hombre que la puso en boca de todos, al que consentía y perdonaba más de lo que debía. Y el

segundo, permitir que el hijo del pescadero siguiese demostrándole su amor después de la boda.

A nadie se le escapó el excesivo interés con que continuaba pendiente de cada cosa que ocurría en el pazo de las Cocheras. Todo el pueblo sabía que, un día sí y otro también, el hijo del pescadero le preguntaba a Rosalía por su hija, que miraba de reojo a la recién casada en la parroquia y que, a la menor oportunidad, se hacía el encontradizo con ella.

En cierta ocasión, unas semanas después del segundo aborto, se colocó en su camino y estuvieron charlando. Nadie escuchó de qué hablaron, pero dicen que alguien vio cómo él intentaba darle algo que Elisa rechazó, y que antes de despedirse ella se secó unas lágrimas, quién sabe si de arrepentimiento o de pena. Porque lo que nadie podía negar era que cada vez que se encontraban parecía que saltaban chispas entre ellos, y muchos aseguraban que terminarían quemándose.

Tantos años después, la aldea continuaba dividida entre los que pensaban que el tiempo les había dado la razón y los que preferían no creerlo.

De modo que, en cierta forma, más que como una obligación, los vecinos vivieron la asistencia a las exequias como un derecho. El punto final de una historia que también era la de ellos.

Sabela los miró de reojo, como siempre. Rosalía estaba tan mal de salud que en cualquier momento se la podría llevar un mal aire, como le había sucedido a su cuñado hacía unos años.

¡Pobre hombre! Dicen que se lo encontró su sobrina una noche en la quincallería, con el cierre a medio echar, un pie dentro y otro fuera de la tienda. ¡Lo dicen, aunque nadie vio a Sabela, ni pudo asegurar que estuvo allí! ¡Y aun dicen que se volvió como loca y que quiso resucitarle!

Hacía tiempo que la tienda se había transformado en una gran mercería con diferentes secciones y productos, desde paños de todo tipo hasta alfileres con cabezas de color. El primer almacén de tejidos del concejo, una condición de la que una parte del pueblo solía presumir — pues atraía la clientela desde varios kilómetros a la redonda—, mientras la otra parte lo sufría como un agravio, ino era justo que la suerte mimase así a la *leiteira* y a ellos les hubiera soltado de la mano!

El cierre de la mina se llevó por delante la mitad de los negocios de frutas y verduras, asfixiados de tanto como hubo que tirar. Pero Rosalía tuvo más vista que nadie y transformó el suyo en un establecimiento moderno, donde no se vendía ni un solo producto perecedero. Quitó los animales del establo, se deshizo de las cubas de leche y se quedó al cargo del almacén. Lo rebautizaron El Buen Gusto, pero en el pueblo se le siguió conociendo como La Quincalla de siempre. ¡Qué bonita les quedó! ¡No parecía la misma!

¡A Sabela le vino Dios a ver! ¡Parecía otra! ¡Qué cosas! ¡Tan fea que fue...! ¡Tan desaliñada...! ¡Tan deslucida...! El carácter, en cambio, no le mudó demasiado. Siguió igual de seca y de agria. Ya lo dice el refrán: no se puede privar al perro de ladrar ni al agua de correr.

¿Y guapa?, icasí tanto como la hermana! Hay quien dice que el cambio se produjo cuando empezó a ayudar a su tío en la quincallería, todavía sin reformar. ¡Y aun hubo quien la vio como una real moza el día de la boda de la otra!

Pero lo cierto era que, para la mayor parte de los vecinos, Sabela siempre fue alguien de quien huir. ¡Hasta su propia madre debía de pensarlo! ¿Por qué, si no, ese empeño en que no atendiera en el mostrador, ni en la quincallería vieja ni en la nueva? ¿Porque sabía que espantaría a las clientas, o para no tenerla demasiado cerca?

El caso es que se volvió como loca la noche que murió su tío Manuel. Parece ser que aquella misma tarde discutieron por algo, y ella le miró muy fijamente y le señaló con el dedo, como si le estuviera echando el mal de ojo. Dos horas después, le encontró tirado en el suelo e intentó meterle aire en los pulmones con su propia boca. ¡Eso dicen! Aunque nadie vio lo uno ni lo otro.

En la aldea no se hablaba de otra cosa.

La fama de Sabela le venía de largo, podría decirse que desde que nació, pero, sobre todo, desde el segundo aborto de su hermana. Hasta entonces nadie se atrevió a asegurar que la hubiera visto utilizar los poderes que le suponían, y no había prueba alguna de que los hubiera ejercido contra nadie. Pero aquel domingo en la misa de doce, cuando el minero se levantó de su banco y corrió hacia el de su mujer, el pueblo entero vio la mano de Sabela en el vientre que se estaba malogrando. ¡Qué más prueba se podía pedir!

Cuando el minero cogió en brazos a Elisa, Sabela metió la mano en la faltriquera y no la volvió a sacar. Desde entonces siempre anduvo con la mano escondida y la cabeza gacha, sin mirar a nadie, como si temiera el daño que podía provocar.

Dicen que su cuñado la defendía cuando alguien se iba de la lengua.

—Eso son cuentos de viejas —solía responder ante cualquier intento de acusarla—, *tontaes y bobaes*, como dice mi amigo el Asturiano.

Pero también dicen que, al poco del aborto, en una de sus partidas de póquer un jugador le enseñó una *figa* de azabache y, en cuanto la vio, se apostó su mejor bastón y se la ganó. ¡Por algo querría un remedio contra todas las meigas!

A partir de ese día a Elisa no se la vio nunca sin su colgante al cuello y, en cierto sentido, el pueblo empezó a mirar a Martín con otros ojos.

Se había ganado bastantes simpatías cuando le llevaron preso durante la huelga minera e intercedió para que soltaran a su amigo el Asturiano, pero aún no había conseguido despejar los celos que despertó la primera vez que apareció en el baile de la Patrona, con su aspecto de galán y su fama de seductor. Y mucho menos había conseguido que la aldea olvidase la afrenta contra el hijo de la tía Juanita y el tío Mauricio, o sus escarceos en casas de mala reputación. Porque aunque muchos no se atreverían a tirar la primera piedra contra el minero, a ninguno más que a él se le podía acusar de su falta de discreción.

Por otro lado, el comportamiento de Eloy comenzó a entenderse como fuera de la norma. Elisa ya estaba casada, no debía mirarla. No era decente. No era oportuno. No era digno. Como tampoco era decente, ni oportuno ni digno, que insistiera en seguir dando que hablar.

Unas semanas después del segundo aborto Eloy abordó a Elisa a la salida de la parroquia y quiso entregarle la caja de latón donde había guardado el rizo.

—No pude cumplir mi promesa, así es que no creo que deba tenerlo yo. Haz lo que quieras con él.

—No digas eso. La cumpliste de sobra —dijo Elisa rechazando la caja con un gesto de la mano—. Llegué a quererte.

—Ésa no fue mi promesa.

—¿Estás seguro? ¿Recuerdas bien lo que dijiste?

Ya no se vestía con las faldas de campesina que utilizaba habitualmente, sino con vestidos enterizos —elegantes pero sobrios y algo pasados de moda, abultados en la parte trasera por un polisón— que su marido le regalaba cada vez que él se compraba un traje con las ganancias de alguna partida.

En lugar del velo de la iglesia o de la toquilla con que solían cubrirse las mujeres, llevaba una capota a juego con el vestido, del mismo estilo que la que se había quitado para Eloy en la quincallería, adornada con un encaje de gasa que le cubría los ojos.

El joven la recordó levantando los brazos y depositando en la mesa los prendedores que le sujetaban el moño, muy erguida, muy despacio, concentrada en sus movimientos, como si con cada alfiler y con cada horquilla se estuviese desprendiendo de uno de sus recelos para con él, en una especie de danza ceremonial que terminó con su pelo rojizo desmarañado y libre.

No podía haber mujer más hermosa.

Hacía calor. Faltaba una quincena para el comienzo del verano, pero durante unos días había estado soplando el viento de tierra y, al marcharse, dejó una calima pegajosa y pesada.

Elisa reconoció la mirada de Eloy y se ruborizó. El sudor le empapaba la frente. Unas gotas pequeñas le estaban resbalando bajo el escote del vestido, que llevaba tapado con un pañuelo cruzado sobre el pecho, sujeto con uno de los alfileres que se había quitado para Eloy.

Los dos miraron el alfiler al mismo tiempo. Por un instante parecían haber vuelto a la trastienda. Sólo por un instante, porque al siguiente Elisa abrazó el alfiler con las dos manos, en un intento fallido de que él no percibiese su temblor.

—Me encanta cuando te pones colorada.

—Es el bochorno.

—Lo sé.

Se le había posado una avispa en el hombro que Eloy ahuyentó con un pañuelo sin dejar de mirarla a los ojos.

Entonces fue cuando Elisa se llevó la mano a la mejilla y se secó lo que los vecinos confundieron con lágrimas cuando sólo era sudor. Sólo sudor. Pegajoso como la calima,

insistente, invasivo. Un sudor que le corría por el pecho, por la espalda, por las piernas, por cada uno de sus poros abiertos sin control, sedientos y húmedos al mismo tiempo. Un sudor que no había segregado jamás en presencia de aquel hombre.

—He de irme.

Y se marchó a su casa a toda prisa, sin poder entender lo que acababa de ocurrir, sin querer saberlo, ni atreverse a pensarlo, sin permitirse admitirlo.

Aquella noche, cuando Martín llegó de la taberna, fue ella la que le abrazó por la espalda, le arrastró hasta el dormitorio y le susurró al oído que no había en el mundo otro hombre más tierno, más dulce y más adorable que él.

—¿Te volviste loca, corazón? —le preguntó su marido cuando se quedaron exhaustos.

—¿Le pareció mal?

Y él se acercó a su oreja y le susurró que se volviese loca otra vez.

Al día siguiente, antes de la celebración de la misa le pidió al párroco que la escuchase en confesión y le perdonase sus pecados. No le habló de Eloy, porque no hubiera podido explicarle cómo su cuerpo y su mente se habían desdoblado de pronto y se habían traicionado entre sí.

Antes de pronunciar el *Ego te absolvo*, don Cosme acercó su cara a la rejilla del confesionario y la amonestó:

—¡Si quieres que vuelva a darte la absolución, tendrás que reprimir ese fuego pecaminoso!

—Padre, yo...

—Lo intentas, ya me lo has dicho muchas veces. Pero con intentarlo no es bastante. El matrimonio no se hizo para eso. ¿No te das cuenta de que Dios Nuestro Señor te vigila a todas horas? ¿No ves que le ofendes con tus desvergüenzas? ¿De qué vale tu arrepentimiento si al día siguiente estamos como el anterior?

—¿Y qué puedo hacer, padre? Mi marido...

—Lo de tu marido es distinto, ¡mujer!, está en su naturaleza.

—Pero entonces...

—Entonces ¡nada!, le dejas que se desahogue y en paz. ¡Y dile que venga a confesarse, que hace mucho que no le veo por la parroquia!

Ese día no fue a comulgar, y tampoco los que siguieron. Había rezado cada padrenuestro y cada avemaría de la penitencia, cada *salve* y cada *mea culpa*, pero había una sombra que sobrevolaba sobre ella y la advertía de que la confesión había sido incompleta.

Desde el banco de los hombres Eloy continuaba mirándola de reojo cada vez que se ponía en pie.

Al cabo de una semana el párroco se acercó a la joven cuando terminó de officiar la misa, le pidió que le siguiera al confesionario y volvió a amonestarla.

—Has de dejar de provocarle.

—¿De qué me habla, padre?

—Que dejes de provocar al muchacho.

—No lo entiendo, yo no...

—¡Tú, sí! ¡Le provocas! ¡Claro que le provocas! Y lo peor es que lo haces en lugar sagrado. Y que incitas a mis feligreses al pecado de la maledicencia. No quiero verte en misa a estas horas ni un día más. A partir de mañana, te vienes cuando él se haya ido a Ferrol.

Eloy continuó asistiendo cada mañana a la misa de nueve, aunque sabía que ya no se encontraría con Elisa. Desde que ésta cambió su horario, no volvió a preguntarle a la *leiteira* por ella, procuró no hacerse el encontradizo y simuló que había dejado de interesarle.

Aunque no fue por propia voluntad, don Cosme también le había llamado a confesar y le hizo prometer que mantendría las distancias, so pena de negarle la absolución, igual que había hecho con Elisa unos días antes.

Eloy inclinó la cabeza y, después de las fórmulas de la liturgia, escuchó sin rechistar las recomendaciones de don Cosme, como un colegial cumpliendo un trámite que quisiera terminar cuanto antes.

—Dedícate a tus negocios y búscate una moza que te merezca y te quiera de verdad.

—Sí, padre.

—¡No sé a qué estás esperando! Hay mucha flor donde elegir en estos jardines de Nuestro Señor. —Y comenzó a mover el dedo índice de arriba abajo, en señal de reprimenda—. ¿Me entendiste?

—Sí, padre.

Don Cosme le había citado al finalizar el último oficio del día, de modo que estaban solos en la parroquia, nadie podía oírlos, pero mantenían las cabezas inclinadas y juntas, como si no hubiese otro modo de guardar en secreto la confesión.

—Deja ya de ponerte en evidencia, que vas a romper dos cántaros de una sola pedrada. El suyo, el primero —continuó el sacerdote sin dejar de acusarle con el dedo—. ¿O te crees que no te vieron el otro día cuando le tocaste el hombro?

—Yo no la toqué, padre.

—¡Te vieron tocarla, que es lo mismo! ¡Cómo se te ocurre, hombre de Dios!

—No la toqué —protestó de nuevo Eloy, que hubiera echado a correr desde que empezó a reñirle el sacerdote, pero prefirió guardar la compostura y le dejó hablar para que acabase lo antes posible.

Don Cosme hizo oídos sordos y continuó moviendo el dedo arriba y abajo.

—¡Está casada! ¡Tú mismo lo arreglaste! ¿A qué viene ahora ponerlos a los dos en el disparadero?

—¡No la toqué, don Cosme, se lo juro! —repitió el joven levantando la cabeza y separando cada palabra, en un tono que, de no haber estado solos, cualquiera podría haber oído desde el fondo de la iglesia.

—No uses el nombre de Dios en vano —continuó el sacerdote mientras levantaba asimismo la cabeza y daba un golpe en el quicio de la ventanilla del confesionario, alzando también el tono de voz—. El orgullo y la soberbia se cobran caro su precio. Nos hacen ciegos y sordos. ¿Es que no te das cuenta de lo que pasa?

—¡No la toqué!

—¿Y crees que eso importa? Abre los ojos, ¡por todos los santos! ¡No hay más ciego que el que no quiere ver!

Y tenía razón, había estado ciego y sordo. No había reparado en que se estaban convirtiendo en la comidilla de la aldea. De haberse dado cuenta, no lo habría permitido; no por él, que se veía capaz de echarse a los hombros cualquier peso con tal de sentirse cerca de Elisa, sino por ella, que no se merecía estar expuesta otra vez a las habladurías, y mucho menos por su causa.

Y el caso era que no acudía a la iglesia sólo por verla, su intención iba más allá: la quería proteger, porque continuaba en la creencia de que su matrimonio había sido un error y que tarde o temprano se arrepentiría de haberlo cometido. Él quería estar allí cuando lo comprendiese. Que sufriera lo menos posible, que no se encontrase sola cuando la tierra se abriese bajo sus pies.

Si tenía que ser sincero, no sabía si lo hacía por amor o por empecinamiento. La amaba, de eso no le cabía duda alguna, no se puede dejar de querer de la noche a la mañana, y sólo habían pasado seis meses desde que ella se decidió por el otro.

Podía haberse dado por vencido y aceptar que la partida había terminado; no obstante, sabía que aún quedaban varias manos por jugar. De eso tampoco tenía ninguna duda. Y aunque la hubiera tenido, la reacción de Elisa, cuando se le posó la avispa en el hombro y él la rozó con el pañuelo para espantarla, se la había despejado.

La forma en que se secó el sudor. Su turbación. La fuerza con que se agarró al alfiler que llevaba sobre el pecho, como si fuese el candado de una puerta que debería estar cerrada y se había entornado de repente. El temblor de sus manos. Su huida acelerada.

Si el minero no hubiera aparecido en sus vidas, en poco más de dos meses la estaría esperando en el altar de la parroquia para convertirla en su mujer.

Antes de meterse en la cama, él miraba todas las noches el dibujo de la caja de latón, lo acariciaba sin atreverse a levantar la tapa y se acostaba recordando la tarde en que Elisa se había cortado el rizo. El tablero de la mesa llenándose de horquillas, el moño que cedía, sus ojos de un verde inconstante, unas veces de mar y otras de monte. Su olor a camino sin pisar y a tierra recién arada.

Y cada mañana se despertaba deseando haber vuelto de una pesadilla: que todo hubiera sido un mal sueño; que se hubiera impuesto la cordura; que todavía pudiera contratar el automóvil en que Elisa llegaría a la iglesia vestida de novia.

En más de una ocasión sus padres también le aconsejaron que se buscara una buena moza que le hiciera olvidar. En Ferrol se organizaban muchos bailes y él tenía allí una posición que le permitiría elegir. Muchas familias estarían encantadas de emparentarse con la suya, una de las más prósperas de Cobas, por no decir la que más.

—Un clavo saca otro clavo —le decía su madre cada vez que le veía taciturno.

Pero no era verdad, en su caso no. Llevaba demasiado tiempo con Elisa clavada en lo más profundo. Otro clavo no conseguiría sino empujarla aún más hacia dentro.

—¿Por qué no vas a algún baile de Ferrol? —insistía la *cesteira*—. Nunca conocí mancha de mora que no la quitase otra.

Pero él sabía que jamás encontraría la solución en los refranes de su madre ni en las recomendaciones del cura. Ni clavos sobre clavos, ni manchas sobre manchas, ni flores para elegir.

Él sólo veía una forma de superar el dolor: seguir amándola.

Daba igual que ya no pudiera mirarla desde su banco de la iglesia, que no pudiese preguntar por ella, que no la pudiera rozar.

La luna no se llega a tocar nunca, pero no dejamos de levantar la vista para buscarla cada noche, y sabemos que influye en cómo suben y bajan las mareas. Por muy lejos que parezca de nosotros, nos pertenece cada vez que la miramos.

—Estás muy rara de un tiempo a esta parte, ¿te ocurre algo?

—¿Qué me iba a ocurrir?

—Ayer te acostaste muy pronto.

—¿A qué hora vino usted?

—¿Por qué siempre me respondes con una pregunta?

—¿No lo hace usted también?

—¿Estás segura de que no te pasa algo? Llevas varios días sin dejar que me acerque. ¿Me estás castigando? ¿Cuál es mi pecado? ¡Vamos...! ¡Dímelo! ¿Qué hice?

—¿Encontró ya trabajo?

—¿Y dónde lo voy a encontrar?, ¿de marinero o de pescador? ¡Soy minero, mujer!

—Dicen que en la carretera de Ferrol les hacen falta manos para un tramo nuevo. No se precisará saber mucho para extender el cemento y apisonarlo...

—Ayer me ofreció tu novio ayudar en la pescadería. ¡Tiene reales el chaval!

—No es un chaval, y tampoco es mi novio.

—Es cierto, es un señorito educado en un colegio. ¿Te fijaste cómo va últimamente?

¿Dónde se comprará esas chaquetas de verano?

—Sólo quiere ayudarle, sabe que llevamos tres meses sin poder pagar el alquiler.

—¿Ayudarme a mí? ¿No será que te anda rondando? Aunque he de decir que hace mucho que no se le ve por aquí. ¿Ya no coge la diligencia en las cocheras?

—No lo sé, no me fijo en esas cosas.

—¿Y qué me dices de la cesta que trajo tu tío ayer?

—Una cesta como la de casi todos los días.

—¡Ya! Berzas, tocino, cachelos y... ¡un trozo de bonito con toda su sangre! ¿De dónde sacaría el pescado? Tú debes de saberlo, porque te lo comiste muy a gusto.

—El hambre no le pregunta al pescado de qué mar salió. Si no fuera por mi madre y mi tío, no comeríamos desde hace semanas.

—Pues díles que no lo necesitamos, que yo me basto y me sobro para cuidar de mi casa.

—¿Le llama cuidar a llenar el ropero de trajes?

—No me estarás acusando, ¿verdad? Porque todavía no te he oído protestar por los vestidos que te regalo.

—El último traía manchas de vino en la falda y en los bajos. Los demás estaban pasables, teniendo en cuenta que no eran nuevos. Pero todos los quemé ya.

—¿Qué insinúas? ¿Que yo le compro mis trajes al sastre y los tuyos los cojo de cualquier sitio?

—No quiero saber de dónde salieron ni los suyos ni los míos, pero una cosa le digo, no volverá a verme con un vestido que sea de otra.

Lo dijo mirándole a los ojos, sin levantar el tono de voz, pero con tal dureza y tal seguridad que Martín dudó cómo responderle.

El minero se quitó el flequillo de la frente y trató de buscar una justificación que fuese aceptable, pero ella se le adelantó:

—Escúcheme bien, porque no pienso repetírselo: mañana le dice usted a esa que le regala mi ropa que yo sé coser perfectamente, y que de ahora en adelante se ponga otro perfume que no apeste a malva.

Martín se dio la media vuelta para que Elisa no le viera la cara de sorpresa. No podía entender cómo se había enterado. Había ganado los vestidos en una timba y había sido muy cuidadoso al envolverlos con papeles elegantes.

En los últimos meses había ampliado la zona de actuación para sus partidas, ya que en los alrededores había ganado fama de tener demasiada suerte con las manos, las repartiera él o no.

El jugador que le había propuesto esa forma de pago no era de la provincia, ni siquiera de la región. Se encontraba de paso y perdió hasta el último real. En la última mano, cuando ya no le quedaba más que el equipaje, se jugó el baúl de su esposa, que él guardó para ir sacando los vestidos uno a uno.

Martín se acercó a su mujer y la abrazó por detrás. No le quedaba más remedio que confesar y disculparse.

—Los gané en una partida de póquer. Pensé que te gustarían. Acepto tu reprimenda. ¿Aceptas tú mis disculpas?

Y le acarició la base del cuello con los labios.

—¡Vamos! ¡Dime que sí, corazón! ¡Tesoro escondido! *Miña vida!* ¡Remedio para mis males!

—No.

—¡Vamos...! Perdóname y vuélvete loca.

Elisa se giró hacia él, le puso las manos en el pecho y comenzó a empujarle.

—No.

—¡Vamos...!

—No quiero —le dijo bajando la voz y desdiciendo su negativa con un gesto fingido de enfado—. A propósito, me ha dicho el cura que vaya a confesarse, que hace mucho que no le ve.

—Yo ya vi al cura todo lo que me hacía falta. No necesito confesarme. El único perdón que me sirve es el de tu boca.

—Pues no lo va a tener. Habrá de ganárselo. Y no en una partida de póquer.

Él le cogió la cara con las manos, las deslizó hacia la nuca y le deshizo el moño. Después hundió los dedos en su melena rojiza y le sujetó la cabeza por el cuello, como si fuese un sacerdote levantando un cáliz sagrado.

—¿Cómo dices que he de ganar mi perdón?

—Dejando de ir adonde no debe.

—Prometido. ¿Alguna penitencia más?

—Dejando de jugar. O por lo menos, dejando de aceptar apuestas extrañas.

Elisa se tocó el colgante para demostrarle que también conocía su procedencia.

—¿Y tú por qué eres tan lista, chiquilla?

—Sé sumar dos y dos. No es tan difícil.

Entonces la cogió en brazos y se la llevó al dormitorio.

Unos días más tarde apareció con una cesta con huevos, leche, verduras y un buen trozo de lechazo que colocó sobre la mesa de la cocina.

—¿Ha vuelto a las andadas? —le reprochó Elisa empujando la cesta a un rincón de la mesa.

—Esta vez lo gané en la lotería.

Después de comer cogieron el coche de línea a Ferrol y la llevó a una modista, donde le tomaron medidas para dos vestidos sin polisón y dos sombreros a juego.

—¿Por qué no ahorra para cuando no tengamos? —le dijo ella a la salida del taller.

—Porque quiero verte feliz.

—Ya soy feliz. Además, es posible que tengan que ajustarme esos vestidos muy pronto.

Hasta las fiestas de Santa Comba, dos meses y medio después de que Eloy quisiera devolverle su rizo, Elisa no volvió a verle ni a saber nada de él.

A raíz de las advertencias de don Cosme, la joven había calculado sus salidas para que sus horarios no coincidieran. Sabía que él acompañaba a su padre a la lonja para elegir el pescado todos los días a primera hora de la mañana, y después, antes de asistir a misa, le ayudaba a distribuir el que se quedaría en la pescadería de Cobas y el que iría para las de Ferrol en un carro repleto de hielo. Tras el oficio se marchaba a la capital del concejo en el transporte de línea y no regresaba hasta pasadas las siete de la tarde.

Había montado una oficina cerca de la puerta del Astillero, en el barrio de Esteiro, donde se encontraban las dos pescaderías y la casa de comidas propiedad de su familia. Esta última, situada en los bajos de un edificio de tres alturas, se había convertido en el negocio más importante de los pescaderos. Al principio sólo compraron la planta del comedor, donde ofrecían mariscos de temporada; más tarde adquirieron el edificio completo y lo reformaron para transformarlo en una fonda con entrada desde la calle. El primer piso lo dedicaron a las habitaciones para los huéspedes, y en el último pusieron las oficinas de Eloy, desde donde administraba los negocios con la ayuda de un contable.

La fonda se hallaba en las inmediaciones de un inmueble de piedra de cuatro plantas muy conocido en la ciudad, que fue objeto de un largo proceso judicial en los tiempos de su construcción, hacía más de ciento cincuenta años. El edificio disponía de una escalera exterior, de piedra también, por la que se accedía a una puerta que daba a las viviendas del primer piso. Este tipo de escaleras se conocía en la zona como «patín». Los inquilinos del primer propietario estuvieron a punto de obligarle a derribarla, aduciendo que suponía una invitación al robo, pero el dueño ganó el pleito y conservó la escalera, por lo que la casa se hizo famosa como «la casa del patín».

Dada su cercanía, sin pretenderlo, el establecimiento de Eloy acabó conociéndose en toda la comarca con el nombre de una de las casas más famosas de Ferrol.

La posada del Patín se convirtió enseguida en lugar de referencia de todos los ferrolanos, ya vivieran en la capital o en los municipios que conformaban el concejo. Elisa no la conocía, pero no le hacía falta haber estado allí para saber que en todas las mesas había manteles de cuadros blancos y azules, una palmatoria con una vela siempre encendida y un pequeño jarrón con flores frescas que reponía cada mañana la mujer del empleado que había contratado Eloy para atender a los huéspedes, además de encargarse de mantener reluciente la posada.

Unos días antes de la fiesta de la Patrona, mientras Elisa estaba lavando su ropa en el lavadero del río, escuchó a unas vecinas hablar del hijo del pescadero.

Ella estaba extendiendo las sábanas en el prado para que el sol las blanqueara, y las vecinas hablaban a gritos desde el pilón, con el claro propósito de hacerse oír.

—Dicen que por fin se echó novia el rapaz.

—Eso dicen, pero yo lo creeré cuando la tenga delante.

—Por lo visto, es una hermosura de moza.

—¡También lo dicen! Y que es muy mayor para seguir soltera.

—¡Y que aporta buenos reales al casamiento!

—¡No tanto! Tengo oído que es la sobrina del que le ayuda con los números. Un militar retirado y arruinado.

—Pues yo oí que es la hija de un cliente de la posada, un comerciante viudo y rico del barrio de La Magdalena.

—¡Qué va a ser! A mí me dijeron que es una marquesa y que la conoció en un baile.

Ninguna estaba en lo cierto, pero todas tenían parte de razón. Eloy se había comprometido con la hija de don Guillermo, que así se llamaba el contable, viudo de la nieta de un conde afincado en Ferrol, procedente de La Coruña. Don Guillermo era alférez de navío del Cuerpo de Infantería de Marina, retirado del servicio activo por una lesión que se produjo en unas maniobras y le dejó una leve cojera.

La familia de su mujer se había arruinado durante la guerra de Cuba, y don Guillermo, aficionado a los números, empezó a llevarles la contabilidad para preservar el patrimonio que les quedaba, unas pocas fincas de labor diseminadas por varios concejos, arrendadas por colonos que a duras penas podían pagarles la aparcería, y un par de viviendas en la ciudad.

El contable y su hija vivían en el barrio de La Magdalena, en una de las casas que heredó su mujer a la muerte de sus padres, y que heredaría su hija cuando él faltase. Entre su pensión y las rentas de la herencia no le llegaba para mantener el nivel de vida que se merecía su hija, de ahí que aceptase el puesto que le ofreció Eloy, a quien había conocido a través de un consertero emparentado con su difunta esposa.

Su hija se llamaba Maruja, tenía veintidós años, uno más que Eloy, y a su padre le preocupaba que nadie hubiese conseguido llevarla al altar. Se había dedicado a cuidarle desde que su madre falleció, y ningún pretendiente había logrado interesarle tanto como para dejarle solo, porque, según decía, de cuentas sabía mucho, pero sería incapaz de saber dónde estaba cada cosa en aquella casa tan enorme.

Eloy y Maruja se conocieron una tarde de finales de junio de 1914, y ella pronto se convertiría en un bálsamo para las heridas de Eloy. La hija del contable fue a buscar a su padre a la fonda. Eloy iba a salir del edificio en el momento en el que Maruja se disponía a entrar y se detuvo para cederle el paso. Había visto su retrato muchas veces en la oficina de don Guillermo, así es que la reconoció enseguida.

—Buenas tardes, señorita Maruja.

Ella no le contestó, levantó las cejas, le miró con un gesto que a Eloy le resultó altivo y esperó a que el joven se excusara por el atrevimiento.

—Perdóneme, he oído hablar tanto de usted que no caí en la cuenta de que no nos presentaron. —Y se llevó la mano al sombrero mientras daba un paso hacia atrás para volver al zaguán—. Eloy Peixeiro, para servirle.

—¿Peixeiro? —preguntó ella levantando la barbilla con la misma actitud, entre altanera y disgustada.

—Familia de pescaderos, de ahí el apellido.

—¡Ya! —Y añadió como si acabase de reparar en un error—: ¿Don Eloy?

—Así me llaman aquí. En mi pueblo soy el hijo del pescadero o de la *cesteira*.

—¡Ya! —repitió Maruja sin saber muy bien cómo comportarse, si como ante el jefe de su padre o frente al joven que no parecía tener claro si deseaba entrar o salir.

—¿Me permite que la acompañe arriba? —le dijo mientras sujetaba la puerta.

—No hace falta, gracias —contestó la joven señalando hacia el interior para mostrarle que don Guillermo ya bajaba las escaleras.

La tarde estaba bochornosa, a Maruja se le habían quedado unas gotas de sudor en la frente y en el cuello que se secaba con un pañuelo de encaje. No era la primera vez que recogía a su padre en el portal de la oficina para regresar a casa dando un paseo. Le agradaba ir colgada de su brazo, saludando a los conocidos que se cruzaban en el camino, algunos de ellos antiguos pretendientes a los que había rechazado, acompañados por sus parejas.

Aquella tarde, en lugar de volver al barrio de La Magdalena por el centro, don Guillermo le propuso a Eloy acompañarle hasta la parada del coche de línea, y así comentarle algunos asuntos contables que habían quedado pendientes.

Maruja apenas pronunció unas palabras durante el recorrido, se le habían formado unos pequeños cercos de sudor en las axilas y no dejaba de abanicarse. Apenas sobrepasaba el metro y medio de estatura, de manera que para no quedarse atrás tenía que dar dos pasos por cada uno de sus acompañantes. Parecía tan incómoda que Eloy pensó que había sido un error aceptar la propuesta de don Guillermo.

Al llegar a la puerta del Astillero, Eloy le extendió el brazo para despedirse con un besamanos y la joven le sonrió.

—Un paseo muy agradable.

—Lamento haberla aburrido con nuestra charla, señorita Maruja —contestó Eloy—. ¿Podrá perdonarnos?

—Con una condición —dijo ella sin dejar de sonreír, mirando a don Guillermo y a Eloy alternativamente—, que la próxima vez se ajusten a mi paso, me han llevado ustedes a la carrera. —Y soltó una carcajada que les contagió a los dos.

Desde entonces Maruja y don Guillermo acompañaron a Eloy cada tarde a la parada del coche de línea y, poco a poco, la hija del contable fue despertando en Eloy un sentimiento que él pensaba dormido para siempre.

Maruja era jovial, optimista y dicharachera. Cualquier cosa le hacía reír y, frente a la primera impresión que le causó, su forma de levantar la barbilla no se debía a la altivez, sino a la necesidad de mirar a los demás desde su escasa estatura.

Don Guillermo no podía estar más feliz. Unas semanas después del primer paseo Eloy le pidió permiso para cortejar a su hija, y él se lo concedió con la plena seguridad de que la joven lo aceptaría.

Unas semanas más tarde Eloy los invitó a pasar las fiestas de la Patrona en su casa para que las familias se conocieran. Irían al día siguiente, festividad de Santa Comba, el mismo en que Elisa cumpliría diecinueve años y debería haberse casado con Eloy.

Habían pasado dos meses y medio desde que el párroco los amonestó, cuatro meses desde que los franceses cerraron la mina y ocho desde la boda de Elisa con Martín.

Cuando Elisa vio a Eloy cruzar la plaza con Maruja colgada de su brazo, sintió un vacío en el estómago. El mismo brazo del que ella se había colgado para dar sus paseos por la playa, para cruzar el pueblo de abajo arriba y para protegerse de la lluvia con un paraguas que se inclinaba sólo para ella.

No podía creerlo. ¡Pero allí estaban! Pisando las mismas piedras, respirando la misma humedad, encaminándose hacia la misma casa donde se había fijado la fecha de su boda, hacía justo un año, para ese mismo día.

Él no la vio, caminaba con paso elegante, parándose cada cierto tiempo para saludar a unos y otros y recibir la enhorabuena por el gusto que había tenido al elegir a la joven. Sí que

era hermosa. Pequeñita como una muñeca, pero llena de encanto. El pelo moreno, la piel clara y los ojos castaños, y el cuerpo de formas redondas y saludables. Respondía a los cánones de belleza de los tiempos de escasez. Se peinaba con un moño alto que la hacía parecer algo mayor, aunque la delicadeza de sus movimientos y la dulzura con que recibía los halagos le daban el aspecto de un ángel recién caído del cielo al que todos admiraron.

Elisa había ido a la procesión de la Virgen con su marido, pero después de ver a Eloy se sintió indispuesta y decidió no asistir a la verbena.

—Vaya usted —le dijo a Martín, arreglado ya para salir—. Yo prefiero quedarme y guardar reposo. Estoy muy cansada.

—Trabajas demasiado, corazón. Prométeme que no volverás al río. Las sábanas pesan mucho. Y en tu estado... Además, es tu cumpleaños.

—Ya lo celebraremos cuando vuelva. Ande, vaya. Diviértase por los dos.

—Me debes un baile.

—¿Un baile?

—Tienes mala memoria.

—¿Sabes que eres una descarada?

—¿Por reclamarte mi baile? ¿O porque no te llamo de usted como mi hermana?

—Por las dos cosas.

—El baile me lo debes. Y mi hermana debería dejarse de tanta reverencia. Eres su marido.

Al ver a Martín entrar en la pista, Sabela se había levantado de la silla que ocupaba junto a las mozas y se había colocado frente a él. Llevaba un vestido blanco con un escote fruncido a la altura de los hombros que debería haberse abrochado con unas cintas que había dejado sueltas, de modo que, desde la posición en que se encontraba, Martín podía verle el nacimiento del pecho.

Se había peinado con una sola trenza que le caía sobre el hombro derecho, casi desnudo, y se había puesto un poco de carmín en los labios, lo suficiente como para que le avivase el color cetrino de su piel sin que apenas se notase que los llevaba pintados.

—¿No vas a la verbena? Si te decides a ir, resérvame el primer baile —dijo intentando imitar la voz de su cuñado.

Martín se quitó el sombrero, se llevó la mano a su flequillo indómito para colocárselo y soltó una carcajada.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? Eres una chiquilla muy extraña.

—No soy una chiquilla. Nunca lo fui.

—¿De veras?

—¡Nunca!

—¿Y extraña?

—¡Puede!

—Hay mucho más en ese «puede» de lo que das a entender.

—¿Me tienes miedo?

—Los demás te lo tienen, ¿no te basta?

—Y tú también, por eso le regalaste a Elisa una *figa*. ¡No soy tonta!

—Esa *figa* te protege más a ti que a ella.

—O sea, ¿que lo hiciste por mí?

—¡Qué más da! ¡Hecho está!

Martín volvió a colocarse el sombrero, extendió los brazos a la altura del talle y abrió las manos con las palmas hacia arriba, como si estuviese esperando las de ella.

—¿No querías que te pagase tu baile?

La banda municipal había empezado a tocar un pasodoble. Desde el fondo de la pista Eloy los observó bailar intentando no recordar. Procurando no mirar a su alrededor en busca

de Elisa, y sin dejar de recibir felicitaciones.

Cuando terminó el pasodoble y comenzaron los compases del siguiente, Maruja se colgó de su brazo y le empujó hacia el centro de la pista.

—¿Estás buscando a alguien?

—¿A quién iba a buscar si ya estoy con lo mejor del baile?

—¿Y lo mejor del baile no vino aquí precisamente para eso, para bailar?

La noche estaba templada. La mañana había amanecido cubierta de bruma, pero se había ido despejando a medida que entraba la tarde. Eloy se dejó llevar por la música y por su prometida, pero se mantuvo ausente hasta que ella le sacó de sus pensamientos.

—Pareces distraído, don Eloy —le dijo en son de broma, remarcando el «don», que usaba cuando quería recordarle la primera vez que se encontraron.

—Cansado, nada más.

—Te concederé un descanso mientras bailo con mi padre.

Eloy no había vuelto a ver a Sabela, que había ido a la fiesta más atractiva que nunca. Racial. Insinuante. Con un vestido escotado cuya falda no le llegaba a los tobillos.

Jamás olvidaría la noche que la vio en la cocina de su casa, cuando urdió la trampa para casar a Elisa con el minero y así vengarse de él y de todos. Ni cuando fue con su tío Manuel a buscarle, tapada con su mantón negro, hermosa, inquietante, perversa.

Había bailado con Martín con una familiaridad que superaba a la que le correspondía como cuñada. Protegida por ese halo de misterio que le permitía mantenerse al margen de todos, como si hubiese ganado una bula con la que jugaba a ser diferente a los demás, porque nadie se planteaba que podría no serlo.

A Elisa, sin embargo, no había conseguido distinguirla en medio del gentío. Pero debía de estar cerca si su esposo se había atrevido a bailar así con su hermana.

—¿Me escuchaste, querido? Voy a bailar con mi padre.

—Sí, sí, claro.

Don Guillermo se hallaba junto a los carromatos de los turrone, charlando con los padres de Eloy, que los habían recibido con los brazos abiertos. Maruja se acercó a él y le pidió un baile. Después bailó con su futuro suegro y, al terminar la pieza, echó de menos a Eloy.

—Debió de marcharse a dar una vuelta —comentó buscándole con la mirada.

Le esperaron durante casi una hora charlando entre ellos, intentando que los demás no advirtieran que ninguno dejaba de mirar las agujas del reloj de la parroquia. Cuando apareció Eloy, estaba visiblemente alterado.

—Será mejor que nos marchemos, mañana hemos de madrugar todos.

—¿Te encuentras bien? Estás temblando.

—No es nada. Creo que tengo un poco de fiebre —mintió para no preocuparla.

Su madre le miró con gesto inquieto. Aunque se alegraba de que el pueblo hubiera conocido a Maruja y sus planes de boda, habría preferido que Eloy se mantuviera lejos de la aldea hasta que se produjera el enlace.

—Es cierto —dijo tocándole la frente—. Será mejor que nos marchemos.

Y se encaminaron todos hacia las cocheras.

La luz del dormitorio de Elisa se encontraba encendida, los visillos descorridos y la contraventana a medio abrir. Eloy distinguió su figura al contraluz y se preguntó por qué no habría ido a la verbena.

—Querido —insistió Maruja—, ¿te encuentras bien?

La tía Juanita le cogió del otro brazo y le obligó a caminar más deprisa, hasta que bajaron la cuesta y llegaron a las cocheras.

En el borde del camino se oyó el ulular de una lechuza, hiriente, amenazador, augurando un mal presagio, y al momento, el grito lastimero de una cría de animal.

La *cesteira* no había soltado el brazo de su hijo en todo el recorrido.

—¡No lo vayas a estropear! —le dijo cuando el contable y su hija se subieron a la diligencia—. Deberíais casaros cuanto antes y quedaros a vivir en Ferrol. ¡Ya basta de pensamientos negros!

—No se preocupe usted, madre.

—¡Y haz el favor de no mirar más!

Pero no pudo resistirse. De regreso a casa, una vez se marcharon los invitados, Eloy volvió a mirar los visillos de la ventana del pazo de las Cocheras, medio abiertos y traslúcidos, y distinguió la figura de Elisa con la frente apoyada en el cristal.

Dos meses después de las fiestas de la Patrona Elisa hubo de guardar cama de nuevo. No acababa de encontrarse bien, y la partera le había aconsejado reposo si quería evitar que el embarazo se malograra como los dos anteriores.

Por las mañanas, antes de marcharse a Ferrol con sus lecheras sobre la cabeza, su madre le llevaba leche de sus vacas y se la dejaba hervida varias veces. Y por la tarde, tras cerrar la quincallería, el tío Manuel le llevaba unos huevos y una olla de berzas con unto que apartaba del caldero que había preparado Rosalía para su casa.

Faltaban unos meses para que La Quincalla de Cobas se transformase en El Buen Gusto. La clientela se había reducido a una tercera parte de la de los tiempos de la mina, y lo poco que ganaban apenas llegaba para pagar los pedidos. Así es que la familia se alimentaba prácticamente de lo que producía su huerta, de las gallinas del corral y de la leche que continuaba acarreado Rosalía.

Sabela había retomado sus rutinas. Ya no hacía falta que ayudase a su tío en la trastienda, él se bastaba para lo poco que había que hacer, así es que la joven volvió a sus golfos, a su huerta y a sus animales.

Llevaba cuatro meses sin ver a su hermana. Desde que supo que estaba de nuevo encinta no había aparecido por la casa de las cocheras. No quería tentar a la suerte, y mucho menos que la suerte la buscara a ella como en el anterior embarazo.

Tampoco había vuelto a ver a Eloy desde el baile. Ni en la iglesia, ni en la lonja, ni en la pescadería. En el pueblo decían que había alquilado una habitación en su propio hostel y que se quedaría allí hasta que se mudase a casa de su novia, cuando contrajesen matrimonio, aunque aún no habían fijado la fecha.

Por otro lado, Martín continuaba entrando y saliendo sin horarios y provocando habladurías de faldas, sin ingresos regulares con los que poder asegurar el pan de su mesa y sin hablar jamás de la procedencia de la comida que Elisa y él se llevaban a la boca.

No se lo había dicho a Elisa, pero se estaba carteando con sus hermanos desde hacía un par de meses. En Europa se había declarado una guerra en la que España no había tomado parte hasta el momento, pero la postura oficial sobre la neutralidad en la contienda estaba siendo muy contestada por algunos sectores.

A medida que se recrudecía el conflicto, las simpatías de los españoles por unos y por otros acabaron dividiendo el país en dos corrientes antagónicas, los germanófilos y los anglófilos: unos a favor de los alemanes, como representantes del orden y la autoridad, y los otros a favor de los aliados, que representaban la libertad y la razón frente a las imposiciones.

A las tabernas de Cobas llegaban los ecos de los debates que se mantenían en todas las tertulias políticas del país, donde se barajaban el sí y el no a la intervención dependiendo del curso que iba tomando la guerra.

Los hermanos de Martín le habían escrito nada más enterarse de la inseguridad que reinaba en el Viejo Continente, y le habían pedido que se reuniese con ellos. Por primera vez desde hacía años él les había contestado que intentaría ahorrar para comprar dos pasajes, uno para él y otro para su mujer.

En respuesta a su última carta, además de manifestarle la alegría de saberle casado, Román y Abel le anunciaban un giro postal que cubriría los billetes y los preparativos del viaje.

—Yo no puedo —le dijo Elisa cuando el minero le habló de las cartas.

—Aquí no hay trabajo. América es la tierra de las oportunidades. Mis hermanos nos ayudarán a instalarnos.

—Sería una locura.

—La locura sería quedarnos. ¿Y si entramos en guerra?

—¿Es que los hombres no saben hablar de otra cosa? La guerra está muy lejos de aquí.

—De momento.

—Pues, de momento, nosotros nos quedamos.

Martín se llevó la mano al flequillo, en un acto reflejo que no le hacía falta, pues el mechón que solía caérsele sobre la frente no se había movido de su sitio.

—¿Nosotros? —preguntó alzando la voz—. ¿Desde cuándo decides tú lo que hacemos nosotros?

Elisa también levantó el tono. Se había incorporado en la cama y se había echado una toquilla sobre los hombros.

—No puede obligarme a viajar en mi estado.

—¡Naturalmente que puedo obligarte! ¡Eres mi mujer! ¿Es que no conoces las leyes?

—Yo sólo conozco una ley —dijo tocándose el vientre con las dos manos—, la de las mujeres que han de velar por lo suyo.

—¿Y yo? ¿No cuento?

—Usted debería velar por nosotros —y comenzó a gritar sin dejar de tocarse el vientre—, aunque se le olvida con demasiada facilidad. ¿Cuánto hace que no gana decentemente unos reales?

Las últimas palabras de Elisa actuaron como una maza contra el orgullo del minero; ella se arrepintió nada más pronunciarlas, pero Martín ya se había sentado al borde de la cama y se había tapado la cara con las manos. Hacía tiempo que no le aceptaban en las timbas, y ya no podía soportar que los mantuviera la familia de su mujer. Tenía veintinueve años, no podía llegar a los treinta sin haber solucionado el futuro de los suyos.

Elisa le acarició la cabeza, le atrajo hacia sí y le abrazó como a un niño que necesita el consuelo de su madre antes de romper a llorar.

—Lo siento, no quise decir eso. —Y abrió el embozo de las sábanas para que se tendiese junto a ella—. Estoy nerviosa por el *нено*, no me haga caso.

—Necesito irme. He de probar suerte, Elisa. Mis hermanos...

—¡Si supiera las veces que dijo eso mi padre!

—No es lo mismo. Yo allí tengo donde agarrarme. No empezaré de la nada.

La conversación se alargó hasta que el sueño los venció, pero se repitió al día siguiente y volvió a repetirse hasta que Elisa comprendió que no había nada que hacer, Martín estaba decidido a marcharse.

—Sólo le pido una cosa —le dijo una noche mientras le cogía la mano para ponérsela sobre la tripa—, que vuelva para cuando nazca la criatura.

—Claro que sí, tesoro. Quiero ser el primero que vea la carita del rapaz.

Elisa se acurrucó bajo su hombro y pensó en su madre y en su abuela. Nada había cambiado desde que vieron cómo se marchaban sus hombres por primera vez. Viudas de vivos que nunca sabían cuándo terminaría su duelo.

Ahora le tocaban a ella las noches en vela, los días interminables, la mirada perdida en el mar, esa presencia constante que la separaría de Martín, quién sabía hasta cuándo y cuántas veces, la cama fría, la incertidumbre, el correr del tiempo, que ya no contaría en semanas, ni en meses ni en años, sino en las idas y venidas del marido.

La historia repetida.

—Será nena —le dijo conteniendo las lágrimas—, y se llamará Jovita, como mi abuela.

—¿Por qué nena?

—Porque hacen falta mujeres para esta tierra sin hombres.

Martín se marchó a Cuba el 22 de noviembre de 1914. Unos días más tarde, después de haber firmado un acuerdo secreto con Alemania, Turquía se incorporaba al conflicto bélico, preocupada por el avance de las tropas rusas en el frente oriental. La guerra se extendía. Desde el mar del Norte hasta la frontera suiza con Francia, Europa se estaba convirtiendo en un laberinto de trincheras donde se peleaba cuerpo a cuerpo.

Los hermanos de Martín le habían vuelto a escribir, asustados con las noticias que llegaban a América desde Europa. No había tiempo que perder, debía salir cuanto antes de aquella caldera a presión.

Y el minero compró su pasaje.

—Prométeme que no llorarás —le rogó a su mujer cuando le dijo la fecha del embarque.

—No me pida eso.

—Prométemelo, tienes que ser fuerte.

Y ella se lo prometió, pese a que ambos sabían que no lo podría cumplir.

Hay promesas que se hacen para liberar al otro de una culpa. Para quitarle un peso de la espalda y permitir que siga caminando. Para que no piense, para que no sufra, para que pueda taparse los ojos, para que vea, para que viva, para que duerma.

Y también hay promesas que se piden a sabiendas de que acabarán por romperse. Promesas imposibles como la de Elisa, que había empezado a incumplir antes de haber terminado de formularla.

—Lo siento.

—¡Qué vas a sentir, *miña xoia!* Olvídalo. Yo también lloraría si me hubieran enseñado.

—¿Nunca lloró?

—¡Nunca!

—¿Ni cuando era un *nenos*?

—Yo nunca fui un *nenos*.

—Todos hemos sido *nenos*.

—Menos los que no tuvimos madre. Ésos no pudimos.

Elisa le miró con una mezcla de compasión y de tristeza, y por primera vez pensó que su marido era mucho más débil de lo que quería aparentar. Había crecido sin el abrazo de una madre, sin las manos protectoras de un padre, sin la seguridad de cuatro paredes a las que llamar hogar. Nadie le había querido ni le había enseñado a querer.

En ese mismo momento dejó de llorar y se prometió a sí misma que no volvería a derramar una sola lágrima por el viaje; al menos, no en su presencia.

La mañana de su marcha Cobas se había despertado cubierta de nubarrones espesos y oscuros procedentes del océano, que se estaban agrupando lentamente en una clara amenaza de que terminarían descargando. Olía a tormenta y a frío.

El día anterior Rosalía le había ofrecido a Elisa su casa para que esperase allí el regreso de su marido.

—Tú sola no podrás seguir con el reposo. Además, ¿de qué vas a vivir? Podrías echarnos una mano en el comercio, pero tú no estás en condiciones y la tienda menos aún.

Le debían al casero los dos últimos meses de alquiler, que Martín abonó con una parte del giro postal de sus hermanos, pero ella no podía seguir manteniéndolo. Rosalía tenía razón: ni el comercio daba para más de lo que daba, ni ella se sentía con fuerzas para trabajar; así es que aceptó su ofrecimiento.

Sólo serían unos meses, Martín le había prometido que volvería con capital suficiente para comprarle el pazo al casero y montar un negocio en Ferrol.

—¿Qué te parece un bar al lado del puerto? ¡No hay negocio más seguro que ése! ¡Los marineros siempre tienen sed!

A Elisa se le venían a la memoria la voz de su padre y las fabulaciones con que las embelesaba a su hermana y a ella cuando eran niñas.

—Pero yo no quiero vivir en Ferrol —contestaba igual que Rosalía le contestaba a Mateo, haciéndole creer que compartían un sueño que a ella se le antojaba imposible.

—No hará falta. Tú vivirás en el pazo de las Cocheras, con la nena. Y yo me encargaré del bar.

—¿Me escribirá?

—En cuanto pise tierra. En mucho menos de lo que piensas estaré de vuelta y compraremos el pazo.

Sin embargo, aquella mañana del 22 de noviembre, cuando Elisa le estaba dando la primera vuelta a la llave del portón, sabía que la casa que estaba cerrando no volvería a ser nunca su casa.

No había pasado un año desde que Martín la llevó allí en brazos desde Covarradeiras y la metió en la cama, más enferma de lo que nadie podía suponer, con aquellas fiebres que truncaron su primera oportunidad de ser madre.

Once meses nada más.

Atrás quedaba una vida que había sido sólo suya, en la que se enfrentó al destino que otros quisieron para ella. Con sus altos y sus bajos, sus errores, sus aciertos, sus sueños, sus engaños y su vuelta a empezar.

Una vida entera en once meses que se acababa sin remedio con la última vuelta de la llave.

La familia al completo los esperaba en las cocheras para despedirse. El tío Manuel se encargó de subir el equipaje a la baca del coche —tres baúles comprados para la ocasión, repletos de trajes, sombreros y bastones— y lo ató con unas correas de cuero. Rosalía le deseó la suerte que Mateo no había encontrado nunca al otro lado del mundo, y Sabela evitó mirarle a los ojos, de la misma manera que él evitó mirarla a ella.

Para viajar se había puesto su mejor traje de invierno y, en lugar de abrigo, una capa española hecha a medida, de paño negro de lana, ribeteada con bandas de terciopelo rojo en la parte delantera y, como era de rigor, una fíbula de plata para abrocharse el cuello. Llevaba botines bicolors, en negro y marrón, y se cubría la cabeza con un sombrero de media copa. Parecía un caballero de fortuna, camino de un viaje de placer o de negocios. El hombre que había soñado que sus hermanos verían desembarcar algún día.

Sabela le siguió con la mirada mientras se subía al vehículo, elegante hasta en la huida, y por primera vez en muchos años, se compadeció de su hermana.

Martín la quería, desde luego, y probablemente consiguiera volver de América con el capital que le había prometido, pero Elisa se había casado con el hombre equivocado, jamás le daría la vida tranquila y segura que su madre había imaginado para ella.

Las primeras gotas de lluvia empezaron a caer cuando el coche echó a andar, gotas grandes y espaciadas que se estrellaban contra el suelo levantando unas motas de polvo y anunciaban que el cielo se caería sobre Cobas.

Elisa sacó su pañuelo de encaje y lo enarboló sin soltar una lágrima, con la mirada fija en la ventanilla desde donde la miraba Martín, que ocupó un asiento de primera clase, en las filas delanteras.

Cuando el coche empezó a subir la cuesta de Covarradeiras, ya se había formado el diluvio. La familia continuó observando cómo se alejaba monte arriba, callados, cada uno bajo su paraguas, esperando a que Elisa parpadeara. Hasta que el vehículo desapareció en el cruce de caminos y Rosalía cerró su paraguas para cobijarse en el de su hija.

—¡Vamos, cativa, ahora no puedes caer enferma!

Los primeros días en Covarradeiras fueron para Elisa más felices de lo que había imaginado. Volver a su casa supuso recuperar, en cierto modo, los tiempos de su infancia, cuando todo parecía sencillo y no importaba que un día fuera exacto al siguiente. Tiempos de certezas, de ingenuidad, de confidencias infantiles con Sabela, de familia en la que cada uno ocupaba un puesto bien definido, cuando los puntales en los que se asentaba la vida parecían firmes y consistentes.

Le agradaba dormir de nuevo en su catre, junto al de su hermana, con quien la relación se había suavizado desde que empezó a visitarla a raíz del primer aborto. Entre ellas había un sentimiento que Elisa no era capaz de identificar; no sabía si la quería o si echaba de menos el cariño que las unía cuando compartían el catre. La vida las había separado contra su voluntad. Hasta la desaparición de su padre podría decirse que habían sido amigas, las únicas amigas que habían conocido, pero después empezaron a darse la espalda, a vivir sin mirarse apenas y a no cruzar una conversación.

En alguna ocasión Elisa había reflexionado sobre el hecho de que ningún miembro de su familia tuviera amistad con nadie y que pareciera no importarles.

Su madre conocía a otras *leiteiras* que compartían con ella el camino a Ferrol, pero con ninguna había entablado una relación más estrecha que la de una compañera de trabajo.

Su tío se había ganado el respeto de todos con esa bondad que derrochaba como si le sobrase, con su mirada intensa y su sonrisa infantil, pero no había encontrado a un hombre con el que tomar una taza de vino en la taberna o echar una partida de cartas.

Y Sabela y ella, tal vez por su carácter —huraño el de una y tímido el de la otra—, o porque le dedicaban todo su tiempo al trabajo, tampoco habían desarrollado ninguna relación con otras niñas de la aldea. Salvo en el baile de las fiestas de la Patrona, apenas se relacionaban con nadie.

Por otro lado, la familia había sido objeto de tantas habladurías a lo largo de su vida que quizá se había encerrado en sí misma para protegerse y se había transformado en una isla de donde apenas se salía para trabajar.

Y así era como se sentía Elisa desde que volvió, protegida en su isla, dedicada a guardar reposo, a dejarse cuidar y a esperar el regreso de Martín.

No se había dado cuenta hasta entonces, pero, mientras estuvo fuera, había echado de menos aquella casa. El sonido de los pasos del tío Manuel al subir las escaleras por la noche, el trastear de su madre en la cocina, el burbujeo de la olla sobre el fuego de la chimenea, los silencios de Sabela.

El patio, el hórreo, el pozo, el camino visto desde la ventana del sobrado, el gallinero.

Y el olor.

Aquel olor caliente que subía desde las cuadras, tan familiar, tan suyo, tan relacionado con los acontecimientos importantes de su vida.

Era como si el tiempo no hubiera pasado, como si hubiera dado un salto atrás y los últimos once meses hubieran desaparecido. Y no sólo los últimos meses, también los últimos años. En cualquier momento oiría la voz de su padre, recién llegado de América en el buque *Valbanera*, con sus peinecillos de carey, sus collares de cuentas de colores y sus aventuras asombrosas.

Echaba de menos a Martín, sobre todo por las noches, cuando se metía sola en la cama y reprimía el llanto para cumplir la promesa de ser fuerte. Pero Rosalía ya estaba pensando en cambiar el negocio, y los días se convirtieron en un debatir continuo e ilusionante sobre en qué debería transformarse La Quincalla de Cobas.

La joven se levantaba cuando los demás habían salido de la casa, cada cual a sus quehaceres, y pasaba la mayor parte del día en una mecedora que el tío Manuel le construyó para que mantuviera su reposo. A mediodía les preparaba a Sabela y a su tío un almuerzo, y por la tarde, cuando su madre llegaba de Ferrol, se reunían todos para cenar y empezaban a soñar con la nueva tienda.

El tío Manuel se inclinaba por una carpintería o una ferretería, Sabela por una zapatería donde se vendiesen botines como los de Martín, y Elisa y su madre por el almacén de telas que finalmente fue.

—Lo primero será vender las vacas y las gallinas —decía Rosalía entusiasmada—. Con ese dinero arreglaremos el local y compraremos los primeros géneros. El tío Manuel se encargará del mostrador, que ya está hecho a ese trabajo.

—¿Y yo, madre? —preguntó Elisa entusiasmada también.

—Tú sólo tienes que pensar en tu *nenó*, y cuando vuelva tu marido, ya veremos si te da permiso. Si todo va bien, hasta él tendrá que echar una mano.

—¿Y yo? —preguntó Sabela expectante.

—Tú me ayudarás en la trastienda, que es donde hay que organizarse de verdad.

A Sabela se le iluminaron los ojos, como si acabasen de liberarla de una maldición.

—¡Adiós a los golfos y a los pesebres! —gritaba entre carcajadas mirando al tío Manuel, que asentía aplaudiendo.

Elisa no había visto nunca a su hermana tan expresiva. Aún no había cumplido diecisiete años; sin embargo, parecía una mujer hecha y derecha, más madura, más serena, más sensible.

Una noche, cuando subieron al dormitorio, le preguntó qué sintió la primera vez que descubrió que llevaba una criatura en su vientre. Y Elisa le contestó que había sentido lo mismo en sus tres embarazos.

—Es una emoción tan grande que no se puede explicar, has de vivirlo.

Sabela se quedó pensativa, como si quisiera seguir hablando y no se atreviese, y Elisa le dedicó una sonrisa.

—¡Ya te llegará!

Las hermanas nunca hablaron de lo que sucedió en la cocina el día en que su madre abordó a Elisa en el camino del respiradero. Sabela no sacó el tema y Elisa lo recordaba envuelto en una nebulosa que prefería no despejar, y menos ahora, que parecían haber recuperado el cariño y la confianza de cuando compartían el catre.

De vez en cuando, si Sabela la veía triste o ensimismada, se acercaba y le decía:

—El tiempo pasa en un vuelo. No te preocupes.

Y en efecto, las primeras semanas pasaron sin darse cuenta. Vendieron los animales, arreglaron el local, encargaron los primeros paños y se prepararon para empezar una nueva vida.

Sabela estaba resplandeciente, había engordado un poco, los ojos le brillaban como nunca y la piel se le había aclarado.

Sin embargo, de un día para otro, sin que nadie supiera por qué, volvió a sus monosílabos, a su andar taciturno y a sus desplantes, sobre todo hacia Rosalía, con quien mantenía una tensión que Elisa no acertaba a comprender.

—¿Qué te pasa? —le preguntó una noche tras meterse en la cama.

—Nada que tenga que ver contigo —contestó en un tono con el que parecía reprocharle su pregunta.

Después se dio la vuelta en su catre para darle la espalda y recuperó su mutismo de antaño.

Durante unos días Sabela permaneció como ausente, sin participar en ninguna conversación y sin opinar sobre los asuntos del almacén que estaban a punto de inaugurar. Con la única que cruzó algunas palabras fue con Rosalía, pero siempre lo hacía para intentar que su madre dejase de preguntarle.

La tensión entre la madre y la hija pequeña aumentaba por momentos, y la casa comenzó a resentirse. Ya no había risas, ni muestras de entusiasmo por los cambios que se iban a producir, ni aplausos, ni planes para el futuro. Más bien al contrario, al tío Manuel se le veía inquieto, a Sabela irritable, y Rosalía andaba de un lado para otro, tan nerviosa que cualquier ruido la alteraba.

Faltaban unos días para la Navidad y Rosalía quería abrir el almacén antes de la fiesta de Reyes, para aprovechar los tiempos de regalos. Los preparativos finales los mantenían a todos fuera de casa hasta última hora de la tarde, cuando regresaban en una especie de estado de alerta que Elisa no entendía.

—¿Por qué están tan serios? —le preguntó a su madre el día después de Navidad, tras una Nochebuena en la que reinó el silencio, a dos días de la apertura de El Buen Gusto—. ¿Pasó algo?

—¿Te parece poco que vayamos a abrir pasado mañana? Estamos todos nerviosos. Es natural.

Sin embargo, a Elisa no le parecía natural que se hubiera pasado del entusiasmo a aquellos nervios que se traducían en una tensión palpable. Algo estaba sucediendo, y era evidente que ella era la única que no estaba al tanto.

—¿Llegó todo el género?

—Todo.

—Y las obras, ¿quedaron bien?

—Más que bien.

—¿Entonces? ¿Qué ocurre?

—¿Qué va a ocurrir? Todo está como tiene que estar. No te preocupes. Las preocupaciones y el embarazo no son buenos compañeros.

Pero Elisa ya estaba preocupada, no lo podía evitar. Si en la tienda todo estaba correcto, el problema debía de estar relacionado con su marido.

—¿Le pasó algo a Martín? ¿Hay noticias de él que no me quieren dar?

—¿Qué va a pasar, cativa? ¿Nunca oíste hablar de los nervios de última hora? ¡Anda, vete a dormir!

Aquella noche soñó con olas enormes. Se abatían sobre un barco de papel que no tenía velas y se deshacía poco a poco en el agua. A babor llevaba grabado el nombre de Martín, y a estribor, un ancla que se fue separando lentamente del casco para unirse a otra embarcación, más grande, más nítida, más fuerte, con la vela del palo mayor desplegada.

En su sueño ella tenía la cara del tío Manuel e intentaba aferrarse al barquito semideshecho, que quedó reducido a una carta, la que le había dejado Martín en la caja de rosas. Cuanto más quería aferrarse, más grandes eran las olas. Ella intentó gritar pidiendo socorro, pero su garganta atrofiada no consiguió emitir su llamada de auxilio. Se hundía. Y aunque sabía que estaba soñando, no conseguía despertarse. Gritaba y se hundía.

Poco antes del amanecer, mientras intentaba salir de un sueño que contenía otro sueño, la despertó una discusión procedente de la cocina.

—¡Nadie puede saberlo! ¿Entendiste? ¡Nadie! ¡Hoy mismo vas a ver a la tía Carmuña!

—No voy a ir, madre, no me puede obligar.

—¿Y qué dirás, eh?

—¡No tengo que dar explicaciones!

—¡Ni falta que harán! Todo el pueblo os vio bailando en la verbena.

—No fue él.

—¿Y quién si no? ¡Virgen de Santa Comba, ¿no nos libraremos nunca de ser un nido de habladoras?! ¿Cómo pudiste?

—No fue él —insistió Sabela.

El tío Manuel había seguido la discusión sentado a la mesa, moviendo la cabeza hacia una y otra para leerles los labios. Rosalía le dio una palmada en la espalda y se colocó frente a sus ojos.

—¡Díselo tú! ¡A ti siempre te hizo más caso que a mí!

—No fue él —consiguió balbucear el cuñado alineándose con Sabela, para sorpresa de Rosalía.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Ella lo sabe.

—¡Por Dios bendito, ¿aún nos volvimos locos?! ¿Cómo no iba a saberlo? ¡Fue él! ¡Lo sabe ella y lo sabrá todo Cobas! —exclamó Rosalía sin reparar en que Elisa estaba bajando las escaleras del sobrado—. ¡Qué digo lo sabrá! ¡Ya lo saben todos! ¡Los vieron bailando! ¡Y luego los vieron volver juntos de la playa!

En ese instante Rosalía miró hacia las escaleras. Elisa se había quedado paralizada en el rellano, sin querer entender.

—No fue él —repitió Sabela con los ojos más negros que nunca, clavados en los de su hermana—. No les creas.

—¿Qué es lo que no tengo que creer?

Sabela se dirigió hacia las escaleras y subió un peldaño, pero su hermana dio un paso hacia arriba, buscó los ojos de su tío y de su madre y les hizo a ambos la misma pregunta:

—¿Qué es lo que no tengo que creer?

Ni Rosalía ni el tío Manuel se atrevieron a responder, agacharon la cabeza y luego miraron a Sabela, que se tocaba el vientre como si tuviera que protegerlo e intentó de nuevo acercarse a Elisa diciéndole que no les creyera.

Elisa recordó las preguntas sobre el embarazo e identificó el cambio que se había producido en Sabela.

—Dime tú, entonces, qué debo creer.

A Sabela se le habían humedecido los ojos. Esos ojos, a los que tanto les costaba soltar una lágrima, admitían la culpa que sus labios insistían en negar.

—No fue él.

—¿Y qué hacíais en la playa?

—Nada.

—Te vi mirarle muchas veces, Sabela. ¿Qué es esto? ¿Otra de tus venganzas?

—No fue él.

—¿Quién fue, entonces?

—A nadie le importa.

—¿No escuchaste a madre? Parece que a mí sí me ha de importar.

Elisa miró a Rosalía buscando un apoyo, y luego a su tío, pero ambos continuaban con la cabeza baja, sin atreverse a mirar hacia las escaleras, manteniendo un silencio que acusaba a su hermana tanto como sus ojos llorosos.

Sabela se los secó con la manga de la blusa y quiso acercarse, pero Elisa subió otro peldaño de espaldas, apoyó una mano en la barandilla y se tocó con la otra su embarazo de seis meses.

—¿Quién fue? Por favor... Te juro por el hijo que llevo en el vientre que no lo diré. —Y añadió ante el silencio de Sabela—: ¡Por el amor de Dios! ¡Es el padre de mi hijo! ¿Dejarás que arrastren su nombre por el fango?

—Yo ya dije lo que tenía que decir.

En ese momento Elisa la vio otra vez en la cocina, con los ojos brillantes de un lobo, dirigiendo un tribunal que la había sentenciado sin escucharla.

—Aléjate de mí. Eres puro veneno, Sabela. No sabía que me odiases tanto.

Y se giró para terminar de subir las escaleras hacia el sobrado.

Unos minutos después abandonó la casa de su madre con una maleta en cada mano y los ojos hinchados y rojos. Rosalía y el tío Manuel la siguieron hasta las cocheras para intentar detenerla, pero la joven compró un billete de tercera clase para el primer coche de línea sin atender a sus súplicas.

—¿Adónde irás tú sola, criatura? Has de pensar en el *nenó*.

—No pensaré en otra cosa, madre.

—¿Y el reposo?

—Se acabó el reposo. Tendrá que hacerse fuerte conmigo.

Cuando arrancó la diligencia, miró hacia delante y mantuvo la cabeza levantada y la mirada fija en el camino que la separaría de Cobas para siempre.

Rosalía la vio alejarse con las mandíbulas apretadas. Nada había salido como ella había planeado tras la desaparición de su esposo. ¡Nada! Había querido burlar al destino, ocultarse de él para no tener que participar en su juego, pero él había marcado su casa con una cruz negra y se había ensañado con todos los suyos.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO CINCO

LA POSADA DEL PATÍN

Ya lo sé, amor;
ya sé que te preocupa que el mar
un día despierte seco.

En un triángulo de ausencias
HILARIO JIMÉNEZ GÓMEZ

Al finalizar el entierro, los miembros de la familia se dirigieron a la casa de Covarradeiras para desayunar en una gran mesa que había construido el tío Manuel cuando reformó la vivienda.

Elisa y Sabela presidieron desde las cabeceras, y Rosalía se empeñó en quedarse levantada, apoyada en su bastón, para servir el chocolate y los dulces que había preparado antes del funeral.

Era la primera vez que las hermanas compartían mesa y mantel desde hacía casi una década. Sabela no había querido ir al velatorio ni a la misa de cuerpo presente, no sabía si su hermana le hubiera dejado acompañarla, ni si era su lugar, dadas las circunstancias, pero nadie podía negarle el derecho a presidir aquella reunión igual que Elisa, como nadie le había quitado el de asistir al entierro.

Elisa no le dirigió la palabra en toda la mañana, ni en el cementerio ni en el desayuno. No se miraron ni siguieron las conversaciones que Rosalía intentó entablar con sus nietos para rebajar la tensión. No obstante, nada más levantarse todos de la mesa, Sabela se acercó a su hermana y quiso entregarle un paquete que Elisa rechazó con un movimiento negativo de las manos.

Se trataba de unas docenas de sobres amarillentos y sin abrir, sujetos por un cordón negro. Sabela alargó el brazo e insistió en que Elisa cogiera las cartas:

—Son tuyas. Madre no las quemó.

—No las quise entonces, ¿por qué iba a quererlas hoy?

—Porque ya es hora de que olvidemos.

Su aspecto era muy diferente al que ella recordaba. Ya no llevaba su mata de pelo rizado, sino una trenza enrollada en la nuca. No había engordado más que cuatro o cinco kilos, pero sus formas se habían redondeado bastante, sobre todo en la cintura y en la cadera, y había perdido la dureza de las facciones, donde la intemperie ya había empezado a dejarle las huellas que marcaban a su madre. Conservaba la misma viveza en los ojos, tan negros como siempre; no obstante, su mirada había adquirido un poso de serenidad que contrastaba con la actitud de su cuerpo, erguido y rígido, como a la defensiva.

Mientras se dirigía a la aldea, en los planes de Elisa no figuraba el de hablar con su hermana, no había nada que añadir al silencio que guardaban desde que se marchó de Cobas, pero don Cosme se había acercado a ella después de la misa funeral y le había hecho prometer que escucharía a Sabela.

—Ese rencor que te empeñas en mantener no es de buen cristiano, hija mía. Prométeme que arreglarás las cosas con tu hermana hoy mismo.

—No hay nada que arreglar, padre.

—En ese caso, no tendrás inconveniente en hablar con ella.

—Tampoco hay nada de qué hablar.

—A eso se le llama soberbia, Elisa, ¡arderás en el infierno por esto! ¿Desde cuándo no te confiesas?

Don Cosme había envejecido tanto que casi no se le reconocía. Lo único que conservaba del hombre fuerte de antaño era el poder que continuaba ejerciendo sobre sus feligreses. Al mudarse a Ferrol, Elisa había dejado de ser una de ellos, y aunque mantenía su fe, hacía mucho tiempo que se había alejado de las prácticas religiosas y de la influencia de cualquier sacerdote.

—¿Cómo sabe que no me confieso?

—Se te nota en la cara, hija mía. La hiel no se puede disimular. El pecado siempre deja su rastro.

—Martín decía que el pecado lo tiñe todo de negro —dijo como si estuviera pensando en voz alta, sin mirar al párroco— y que yo siempre estuve tan blanca como las sábanas de hilo. ¿Sabe una cosa, padre? —continuó como si don Cosme no estuviera presente, mirando hacia el techo de la parroquia—. No pude confesarme en todos estos años porque usted tenía razón: nunca tuve propósito de enmienda. El amor no depende de la voluntad. Yo no lo busqué, pero no me arrepiento de haberlo aceptado cuando se me puso delante.

—Y el amor de Dios, ¿dónde lo dejas? —exclamó el párroco indignado—. ¡Cómo pudiste alejarte tanto de él!

Elisa le miró igual que a un niño que acaba de descubrir que a las rosas se llega por el tallo, y que éste está lleno de espinas.

—¡No se enfade usted conmigo, don Cosme! Hoy sí puedo confesarme. Me pondré a bien con la Iglesia y con todos los mandamientos, para que se quede tranquilo.

—¿Con propósito de enmienda?

Y entonces fue cuando le prometió que hablaría con su hermana. No sabía si quería solucionar sus problemas con ella, ni siquiera si le hacía falta. El tiempo se había encargado de cicatrizar las heridas y le había demostrado que hay culpas que se pagan sin necesidad de haberlas confesado. Sabela había pagado las suyas, no cabía duda alguna, aunque quizá se las había confesado a don Cosme, y de ahí su insistencia en que tenía que escucharla.

Su madre y sus hijos se habían marchado al patio del pozo en cuanto ellas se levantaron de la mesa y empezaron a hablar. Había dejado de llover. Las voces de los niños llegaban desde el exterior, entre gritos y carcajadas, mientras chapoteaban con sus botas de goma en los charcos que había dejado el aguacero.

Ante la negativa de Elisa a coger las cartas, Sabela las había dejado encima de la mesa y había cruzado los brazos manteniendo la actitud defensiva con la que había iniciado la conversación.

—¿No crees que ya es hora de olvidar?

—No se puede olvidar lo que no se sabe. Aún no me contaste la verdad.

—Sí lo hice. No fue él.

—¿Y por qué dejaste que todos lo creyesen?

—Te dije que tú no les creyeras.

—¡Ah, Sabela, no tienes remedio ni lo tendrás! ¿Ni en cien años que vivieras podrías contarme lo que pasó?

—¡Ni en cien vidas tampoco!

—Al menos podrías decirme por qué decidiste que yo no tenía derecho a saberlo.

—¡Por lo que más quieras, y por la memoria del hombre que acabamos de dejar en el cementerio, coge las cartas y léelas! —Y añadió descruzando los brazos para extenderlos en un gesto de súplica—: ¡Por favor!

Elisa dirigió la mirada hacia la mesa y distinguió de un golpe de vista la letra de Martín.

—¡Por favor! —volvió a suplicarle Sabela mientras cogía las cartas y se las ponía en las manos.

Su madre le había llevado esas cartas a Ferrol una por una. La primera llegó dos meses después de la marcha de Martín y las restantes cada semana o cada dos o tres días. Hasta que se fueron espaciando y dejaron de llegar.

Todas las esperaba, todas hubiera querido leerlas con la misma ansiedad, y todas las rechazó ordenándole a su madre que las quemara en la chimenea.

La primera hija de Elisa nació en la posada del Patín a media mañana del 16 de febrero de 1915, un día después de que Sabela cumpliera diecisiete años. Había transcurrido un mes y medio desde que Elisa llegó a Ferrol.

El embarazo aún no había llegado a término, pero la niña tenía prisa por nacer. Rosalía se encontraba en la fonda cuando empezaron las primeras contracciones, tan seguidas e intensas que, más que dilatando, la parturienta parecía estar en la fase de expulsión, así es que la examinó y, tras comprobar que la cabeza del bebé ya asomaba por el canal del parto, bajó al restaurante y le pidió a la mujer del encargado que le subiera una sera con agua caliente.

—Después te vas corriendo a por la partera y le dices que no pierda un segundo.

Elisa recordó a su madre cuando tuvo a Sabela. Ella tampoco quería quejarse. Sentía la presión del niño empujando por salir y no soltó un solo ay, pero lejos de colaborar, rompió a llorar y se negó a aceptar que había llegado el momento.

—¿No será otro aborto, madre? —le preguntó a Rosalía resistiéndose a empujar.

—¡Qué va a ser!

—Aún le falta más de un mes.

—¡Ya está aquí! ¡Vamos! ¡Empuja!

—No, madre, no es el parto.

—¡Vamos! ¡Empuja!

Pero cuando le venían las ganas de apretar, la joven respiraba hondo y retenía el aire, en un esfuerzo vano para que la niña permaneciera en su vientre.

—¡No puede nacer todavía!

Jamás había imaginado que un hijo suyo nacería de aquella manera, en la habitación de una fonda, sin un padre que estuviera esperando al otro lado de la puerta, caminando nervioso de un lado a otro, deseando oír el llanto del recién nacido.

—¡Vamos, cativa, empuja!

—¡No puede ser, no está hecho!

Elisa contuvo otra vez el aire en los pulmones, cerró las piernas y las estiró a lo largo.

—¡No quiero otro hijo muerto! ¡No quiero!

—¿Te volviste loca? —le dijo Rosalía forcejeando con ella para que flexionara las rodillas—. ¡Eres tú la que le va a matar!

—No puede ser, madre, todavía no.

El vientre se le endurecía y el peso le presionaba la pelvis, pero ella se liberó de los brazos de su madre y volvió a estirar las piernas llorando desconsolada.

—¡No está hecho!

Rosalía le separó las piernas y colocó los brazos contra las rodillas de forma que no pudiera cerrarlas.

—¡Vas a asfixiar a la criatura! ¡Empuja! ¡La cabeza ya está medio fuera!

Y de pronto, sin que le diera tiempo a volver a tomar aire, Elisa sintió cómo la cabeza de la niña se abría camino sin su ayuda y su cuerpecito blando y húmedo se le deslizaba entre las piernas.

Cuando llegó la matrona, la abuela ya le había cortado el cordón umbilical, y la madre se lo había arrimado al pecho después de repasar cada palmo de su cuerpo, cada dedo de los pies y de las manos, cada uñita, cada arruga de la piel.

Unos minutos después, muy cerca de la fonda, en la iglesia de San Julián, Eloy se casaba con la señorita Maruja, y muy lejos de allí, en el frente ruso de la Gran Guerra, el ejército alemán se disponía a romper la línea defensiva de las tropas del zar, que al día siguiente emprenderían la retirada de sus posiciones.

Desde la otra orilla del océano, a resguardo de los efectos de la guerra y de los rumores que corrían sobre él, Martín ya había enviado las primeras cartas a la casa de Covarradeiras. Para cuando su primogénita llegó al mundo, Rosalía le había llevado a Elisa una por semana.

—¿Quemaste la otra? —le preguntaba la joven a su madre cada vez que se negaba a cogerlas.

—A la chimenea fue.

—¿Estaba encendida?

—¿Alguna vez la viste apagada?

Y no mentía, pero la *leiteira* era incapaz de entregar a las llamas un sobre cerrado, igual que sería incapaz de pasar por debajo de una escalera o de plantar el pie izquierdo antes que el derecho cuando se levantaba de la cama. No. Rosalía ya había tentado a la suerte más de lo debido. Martín no era santo de su devoción, nunca lo sería, por más años que viviera ella y por muy lejos que estuviera él. Habría echado con gusto las cartas al fuego y habría disfrutado de verlas arder, pero, para que su hija no pudiera pillarle en una mentira, las dejaba sobre la chimenea, una encima de la otra.

El día en que Elisa dio a luz a Jovita, cuando la niña se quedó dormida después de tomar los calostros, la *leiteira* le entregó un nuevo sobre.

—¿Ésta tampoco la abres?

—¿Para leer sus mentiras?

—¿Y si Sabela dijo la verdad?

—¿Una verdad que no puede explicarse?

En ese momento las campanas de San Julián empezaron a sonar para celebrar la boda de Eloy. Rosalía miró hacia arriba para prestar atención al repique y dijo para sí:

—¿Y cuántas no tienen explicación?

Hacía una hora que Eloy había llamado al cuarto de Elisa vestido de chaqué y le había pedido a la *leiteira* que los dejase un momento a solas.

—¿O puedes explicarme tú lo que está pasando aquí? —continuó preguntando Rosalía.

—Se portó muy bien conmigo. Le bordé un pañuelo con sus iniciales para agradecerse.

—¡Claro! ¡Y se lo tenías que dar justo antes de salir para ir a casarse! ¡Es natural!

Elisa estaba cansada, cerró los ojos y optó por no responder. Ni ella ni nadie podían reprocharle nada a Eloy. Desde que la vio aparecer en la fonda cargada con las dos maletas, no había hecho otra cosa que cuidarla, a riesgo de poner en peligro su compromiso.

La señorita Maruja tampoco podía haber sido más generosa. La visitaba todas las tardes y trataba de entretenerla contándole viejas crónicas de la ciudad: la salida del Batallón de Gallegos Voluntarios hacia la guerra de Cuba, el escándalo que supuso la negativa de un concejal de soportar el gasto debido a la falta de recursos del Ayuntamiento y la suscripción

pública que abrieron los párrocos del municipio para que las tropas ferrolanas pudiesen embarcar. Las fiestas para recibir al *Nautilus* después de su vuelta al mundo; su entrada en el puerto, con las lanchas de los gaiteros y los tamboriles navegando junto a las amuras de la nave. Y un montón de historias relacionadas con el arsenal y los astilleros, de los que dependía la vida de los ferrolanos, su industria y su comercio.

—¿Sabes que Alfonso XII estuvo aquí de recién casado con la reina Cristina? ¡Le hicimos un recibimiento...! ¿Has visto el templete que hay delante de la puerta del Dique? Se construyó para darles la bienvenida.

Elisa agradecía cada visita de la hija del contable del mismo modo que temía las de su prometido. Nunca había habido nada indecoroso entre ellos; no obstante, desde que intentó devolverle la caja de latón donde guardaba su rizo, no podía evitar ruborizarse cuando la miraba.

Amaba a Martín, no podía evitarlo. No soportaba su traición, le odiaba por lo que había hecho; sin embargo, por más que lo intentaba, no conseguía dejar de echarle de menos. Los sentimientos no pueden desaparecer a voluntad. Cada vez que llegaba una carta, le asaltaba una emoción contradictoria, mezcla de ansiedad, rabia, dudas y compasión. Porque, pensándolo bien, le estaba castigando sin haberle explicado el motivo y sin dejarle defenderse, y porque, en cierta manera, ella también le había traicionado.

Y es que ya no podía negarse a reconocer que el sentimiento que la unía a Eloy era más fuerte cada día y mucho más peligroso. Más sereno, más dulce, más confiado que el que sentía por Martín, pero demasiado intenso como para no tenerle miedo.

Eloy había cerrado la puerta después de que Rosalía saliera de su cuarto, y cuando ella le entregó el pañuelo que le había bordado, le retuvo la mano y le dijo con la voz entrecortada:

—No puedo casarme.

En ese momento Elisa sufrió la primera contracción y, disimulando el dolor, le empujó hacia la puerta y le hizo prometer que haría feliz a su esposa.

Hasta que contrajo matrimonio y se trasladó a casa de su suegro, Eloy vivió en la posada, al otro lado del pasillo en que se situaba el cuarto donde alojó a Elisa cuando llegó embarazada y exhausta.

No había vuelto a verla desde que la divisó apoyada en el cristal de la ventana en las últimas fiestas de la Patrona.

—Lo siento, no sabía adónde ir. ¿Puedo quedarme unos días? —le preguntó al borde de las lágrimas nada más abrir él la puerta del zaguán, sin dejar las maletas en el suelo.

Eloy conocía por sus padres la marcha de Martín y los rumores que circulaban en el pueblo sobre que había estado con Sabela en la playa, así es que no le sorprendió ver a la joven en el umbral del portón; no obstante, le preocupó su aspecto.

En lugar de los vestidos vistosos con que la había visto las últimas veces, llevaba faldas oscuras de aldeana, que le sobresalían bajo un abrigo tres cuartos completamente empapado.

Las ojeras le llegaban hasta los pómulos, tenía los ojos y los labios hinchados, la respiración fatigosa —probablemente por el esfuerzo de cargar el equipaje desde la puerta del Astillero, donde tenía su última parada el coche de línea— y un rictus de dolor que se suavizó cuando él le dijo que se podía quedar el tiempo que necesitase.

—Sólo serán unos días —aseguró ella todavía sin haber soltado el equipaje—, hasta que encuentre trabajo.

—¿Trabajo? ¡Anda! ¡Ven!

El joven le cogió las maletas, le cedió el paso para invitarla a cruzar el zaguán y le pidió que subiese las escaleras delante de él.

Tenía diecinueve años, pero parecía una anciana a la que el tiempo se le había echado encima de repente. Se apoyaba en la barandilla con la mano derecha y se sujetaba la tripa con la izquierda, como si quisiera aliviarle al niño el esfuerzo de la subida.

Cada dos o tres escalones se detenía para coger aire y cargaba el peso del cuerpo sobre el brazo que apoyaba en el pasamano y sobre el pie derecho, mientras subía el izquierdo en una especie de balanceo inestable similar a una cojera.

Se la veía tan cansada que Eloy pensó que no llegaría a remontar los dos tramos de peldaños que conducían al primer piso, donde se encontraban las habitaciones de los huéspedes.

Al llegar al pasillo, Eloy le pidió disculpas por colocarse delante y la guio hasta el cuarto donde daría a luz a Jovita mes y medio después. Una alcoba sobria, pero amplia y soleada, amueblada con una cama de matrimonio, una mesilla a cada lado del cabecero y un armario de dos cuerpos con lunas en ambas puertas. Al lado de la ventana había una butaca con un escabel.

Eloy la ayudó a quitarse el abrigo y le señaló el sillón.

—Has de descansar. Pareces agotada. ¿Desayunaste algo?

Pero Elisa no se sentó, se acercó hasta él y apoyó la cabeza en su hombro como si por fin hubiera encontrado un punto donde mantener el equilibrio.

Traía el olor a Cobas en el pelo y en las ropas. El mar, las brasas de la chimenea, la resina de los pinos, los paseos, los cantos rodados contra las olas provocando *conachitas*, esos círculos concéntricos que forman las piedras al saltar sobre el agua y que tanto le gustaban a Elisa. Las despedidas en el patio delantero de su casa, la tormenta de verano que los obligó a refugiarse en la trastienda de la quincallería después del primer baile. Las castañas asadas que le metía su madre en el bolsillo para calentarse las manos.

El corazón de Elisa latía tan fuerte que Eloy podía sentirlo, roto y decepcionado, mientras ella intentaba regular el ritmo de la respiración y se deshacía en un llanto sin lágrimas.

Eloy sabía que aquel momento tenía que llegar, lo supo desde que el minero entró en sus vidas para arrasarlo todo. Sin embargo, mientras abrazaba a Elisa y la ayudaba a calmarse, se odió a sí mismo por no haberse equivocado.

—¡Mira! —le dijo apartándola y sujetándole los hombros para colocarla frente al ventanal—. ¡Un lagartijero! Ha venido a darte la bienvenida. Dicen que traen buena suerte cuando se paran así.

Se trataba de un cernícalo de pequeño tamaño que se había detenido en vuelo delante de la ventana, al modo de los colibríes. Elisa había visto muchos en el monte, e incluso en la aldea, donde a veces nidificaban entre las piedras de la fachada de la parroquia. Pero nunca hubiera supuesto que podrían encontrarse también entre los edificios de la ciudad.

—Se paran para cazar —dijo la joven en tono escéptico—, no creo que eso dé buena suerte.

—Si no eres tú la presa, sí.

Y los dos sonrieron mientras intentaban seguir con la vista el vuelo del pájaro.

Desde aquel día Eloy intentó engañarla en muchas ocasiones para que mirase por el ventanal en busca del lagartijero. Aunque no volvió a aparecer, las bromas se convirtieron en una constante entre ambos, y siempre conseguían hacerla reír.

Unos días después de llegar a la posada, Eloy fue a visitarla acompañado por la señorita Maruja y se la presentó como su futura esposa. Hasta entonces Elisa subía y bajaba al comedor tres veces diarias, pero al comprobar su estado, la hija del contable le prohibió moverse de su habitación y le ordenó a la mujer del encargado que le subiese las comidas en una bandeja.

—¡Ya verá cómo se pone buenapronto! No hay mejor cocinero que el nuestro —dijo como si ya se sintiera parte de la fonda.

Elisa quiso protestar, pero la señorita Maruja no consintió que se moviera de la butaca más que para acostarse.

De cuando en cuando Eloy aparecía por la tarde en la habitación con una tarta a base de hojaldre, bizcocho y crema de castañas que se convirtió en el dulce preferido de Elisa nada más probarla.

—Me harás engordar —le dijo un día que la camarera se retrasó en subir la cena.

Él la miró con los mismos ojos que cuando se despedía de ella en la cancela de su patio y le retenía la mano para preguntarle si le quería.

—¿No es ésa mi obligación?

Ella le mantuvo la mirada durante unos instantes, pero enseguida se ruborizó y la desvió hacia el ventanal.

—Debería buscar trabajo, ya me encuentro bien. —Y añadió procurando darle a su voz un tono neutro, sin intenciones pero tajante, para que Eloy la entendiera—: Me gusta tu novia,

serás feliz con ella, te lo mereces.

Había empezado a llover. Eloy se colocó de cara a la ventana y se mantuvo en silencio durante un rato, perdido en las gotas de lluvia que iluminaban los faroles de la calle, hasta que, en el mismo tono que había utilizado la joven, le dijo mirándola a través del reflejo del cristal:

—Pídeme que no me case.

Ella se levantó entonces del butacón, le devolvió la mirada a través del cristal y cortó de raíz cualquier idea que hubiera podido cruzar por la mente de Eloy.

—Estoy esperando un hijo de Martín. Le exigiré explicaciones cuando le tenga cara a cara, pero no puedo dejar de quererle.

—También me quieres a mí, lo sé.

—¿Y quién podría no quererte?

—Eso me lo dijiste ya muchas veces. Ahora es distinto. No puedes negarlo.

—¿Te conformarías si te lo negase?

—¿Y tú?

Eloy olía a tabaco de pipa. Hacía un tiempo que había adoptado la costumbre de fumar, y solía llevar la petaca en el bolsillo superior de la chaqueta. A Elisa le agradaba aquel aroma dulce y tranquilo, evocador, pausado. Un olor en el que podría refugiarse, pero también del que tenía que huir.

—Prométeme que no volveremos a hablar de esto.

Eloy no estaba dispuesto a prometérselo, pero no le dio tiempo a negarse. La señorita Maruja llamó a la puerta con los nudillos y, sin esperar respuesta, abrió ella misma y entró en la habitación seguida de la mujer del encargado con la bandeja de la cena.

Hasta el día de su boda Eloy no volvió a mencionarle a Elisa el asunto; es más, procuró no mirarla a los ojos y buscar en los de Maruja el bálsamo que debía curarle las heridas. Pero cada noche, mientras se metía en la cama sabiendo que Elisa dormía al otro lado del corredor, se maldecía por no haber sabido cumplir a tiempo la promesa que le había hecho a cambio de un rizo.

Para su luna de miel, los recién casados recorrieron la cornisa cantábrica en automóvil. Desde La Coruña, donde pasaron su noche de bodas, hasta recalar en San Sebastián para alojarse en uno de los mejores hoteles del país, a orillas del río Urumea, inaugurado un par de años antes por la reina María Cristina, de quien llevaba su nombre.

En las últimas décadas la ciudad donostiarra se había convertido en una de las más cosmopolitas de Europa, destino de vacaciones de la realeza y la aristocracia. Maruja había oído decir que en el Gran Casino se daban cita importantes personalidades del momento, tanto nacionales como internacionales. Toreros, artistas, políticos e incluso espías que, desde los inicios de la guerra, buscaban la neutralidad española para intercambiar sus informaciones aprovechando la cercanía de San Sebastián con la frontera francesa.

La luna de miel debería haberse prolongado hasta finales de marzo, pero Eloy decidió interrumpirla a los ocho días, so pretexto de que el clima no los acompañaba, con las consiguientes protestas de Maruja, que había planeado el viaje hasta el último detalle.

—Además, no puedo dejar los negocios en manos del encargado tanto tiempo. Lo siento, Maruja, no lo pensé bien. Estamos demasiado lejos de casa.

A su vuelta se instalaron en el barrio de La Magdalena y, pese a que su mujer insistió en que esperase a que al menos se cumplieran los quince días de la boda, Eloy se incorporó a su trabajo en la oficina de la pensión a la mañana siguiente de su llegada.

El día del enlace, en un aparte durante el banquete su padre le había expresado su disgusto por la dilatada estancia de Elisa en el hostel. Desde que supo que la joven había buscado refugio en su hijo cuando se marchó de la aldea, no había dejado de quejarse y de exigirle a Eloy que pusiera fin a aquella fuente de nuevas habladurías.

—¿Hasta cuándo vas a consentir que se quede?

—Hasta que haga falta, padre. Necesita reposo.

—Y tú no necesitas que se hable más de ti. Ya tuvimos bastante. ¡Ahora estás casado!

—¡Exactamente! ¡Ahora estoy casado! —repitió Eloy como si su nuevo estado civil le colocase en una posición superior frente a la que ocupaba con respecto a su padre antes de entrar en la iglesia—. Y mi esposa no consentiría que dejase de ayudar a una amiga embarazada por culpa de los chismes del pueblo.

—Tu mujer es una santa, pero no te equivoques, tonta no es. Y esa mosquita muerta a la que llamas amiga es una...

El tío Mauricio no pudo terminar la frase, su hijo conocía muy bien el concepto que tenía de Elisa, así es que le interrumpió antes de que pronunciase la palabra que ya le había escuchado en más de una ocasión:

—Ya dijo suficiente. ¡No quiero oír más!

Pero Mauricio Peixeiro no tenía ninguna intención de callarse. El hostel era de su propiedad, lo que pasaba allí empezaba a comentarse entre los clientes, algunos de los cuales

habían optado por buscar otro alojamiento, amén de que las ventas de las pescaderías también habían comenzado a resentirse.

—¿No quieres oír más? ¡Muy bien! Pero yo tengo que proteger la reputación de mi negocio. Ten por seguro que ella sí me oirá. A su madre no le va mal con la nueva quincallería, ¡que le pague una pensión y dejen de perjudicarnos! ¡Ver para creer! ¡A nosotros se nos va la clientela, y a ella parece que la buscan! ¡Es de locos, *carallo!*

—¡Su madre ya paga una pensión, no tiene por qué buscar otra!

El pescadero miró incrédulo a Eloy. No sabía que la *leiteira* se había hecho cargo de los gastos de su hija desde que le empezó a funcionar la tienda nueva. Al principio las ventas se dispararon por la variedad de los productos que ofrecía y por la curiosidad malsana de averiguar si era cierto el embarazo de Sabela, y después por la comodidad de no tener que desplazarse a Ferrol para comprar lo que se podía encontrar en Cobas, cosas sencillas pero útiles para cualquiera que necesitase tejer un tapete de ganchillo, zurcir unos calcetines o bordar un corpiño en pedrería para las fiestas patronales.

—Pues aún más a mi favor. No comprendo qué hace aquí si se lo puede pagar en cualquier sitio —continuó Mauricio—. ¡Ya me encargaré yo de ponerla donde tiene que estar!

—Se lo advierto —le dijo Eloy en un tono imperativo que dejaba clara su amenaza—, si se acerca usted por la fonda, dejaré de administrar sus negocios.

La conversación entre el padre y el hijo se interrumpió cuando empezó a sonar un vals y Maruja se acercó para reclamarle a su esposo el primer baile de casados. Llevaba un vestido en tonos crudos, de tul bordado sobre gasa de seda, adornado con encajes de algodón en el escote y en las mangas. Lo había diseñado ella misma siguiendo la última moda, por encima de los tobillos, sin cortes en la cintura ni debajo del pecho, para estilizarle la figura, y sin corsé que le oprimiese las costillas. Se la veía radiante, envuelta en un halo de felicidad contagiosa que arrastró a Eloy hacia el centro del local para empezar a cumplir la promesa que le había hecho a Elisa antes de salir hacia la iglesia. Maruja se merecía ser feliz. No había vuelta atrás, él haría lo que estuviera en su mano para conseguirlo. Bailó, brindó, se rio con ella y procuró complacerla en todo lo que se le antojó en su breve luna de miel. Un paseo bajo la lluvia por la playa de La Concha; apostar en el Gran Casino a la ruleta después de ver una actuación de la afamada Mata Hari, una exótica bailarina a la que habían visto también en los salones del hotel; brindar con champán en el desayuno o comer sardinas en el puerto de los pescadores.

Maruja tenía la capacidad de entusiasmarse con cualquier cosa, ya fuese grande o pequeña, y de transmitir su entusiasmo como algo natural. Eloy la admiraba por ello. Se dejó llevar por San Sebastián igual que si fuera un adolescente que aún no había tenido ocasión de disfrutar de las bondades de la vida. Sin embargo, no se podía quitar del pensamiento las últimas palabras de su padre. Tenía que regresar.

Aún no sabía que Elisa había dado a luz y que el pescadero no necesitó obligarla a dejar su posada, porque la misma tarde en que tuvo a su niña, mientras los novios bailaban el vals, Rosalía la había ayudado a cargar con sus maletas y se habían trasladado.

—¿A qué tanta prisa? ¿Por qué ha de ser hoy? —le preguntó la madre a la recién parida—. Espera a que se te asiente el cuerpo y te suba la leche.

Pero Elisa no podía esperar, tenía un presentimiento, una especie de alarma que la avisaba de que debía protegerse. Era como si hubiese escuchado la conversación de Eloy con su padre, como si supiera que se habían enfrentado por ella y que el tío Mauricio estaba a punto de llegar.

Y había algo más, algo más intenso que la forzaba a marcharse sin que le hubiera subido la leche, porque no le hacía falta haber visto el baile de recién casados, ni la cara radiante de la novia, ni el esfuerzo del novio en aparentar que era feliz, para saber que si ella continuaba en la fonda y echaba de menos su presencia, aunque sólo fuera por una noche más, el lazo que la unía a Eloy acabaría por estrecharse de tal modo que ninguno de los dos sería capaz de deshacerlo.

—¿Dejó alguna dirección? —le preguntó Eloy al encargado nada más llegar a la oficina, procurando aparentar que sólo le movía la curiosidad.

—Sólo me encargó que le diera las gracias a usted y a su señora.

—¿Estuvo aquí mi padre ese día? ¿Habló con ella?

—Estuvo. Sí, señor. Pero la señorita Elisa se marchó antes, no la vio.

—¿Y vosotros? ¿La veis? Ya debió de bautizarse la niña. ¿No iba a ser tu mujer la madrina?

—En la iglesia la vimos para el bautizo.

—¿Y luego? ¿No lo celebraron?

—Nosotros nos vinimos para la posada.

—¿No volvisteis a verla?

—Aquí hay mucho trabajo, don Eloy.

El encargado se llamaba Rodolfo y llevaba una boina en las manos que no había dejado de retorcer como un trapo. Su esposa, Amelia, había desarrollado una relación muy estrecha con Elisa durante su estancia en la fonda. Eloy estaba seguro de que su empleado le estaba ocultando la verdad, era muy probable que Elisa los obligara a prometer que no desvelarían a nadie su paradero. Pero el joven no quería convertir la conversación en un interrogatorio, de modo que decidió cambiar de estrategia.

—¿Cómo fueron las cosas por aquí en mi ausencia?

Rodolfo continuaba manteniendo alta la guardia, retorciendo la boina y esquivando las preguntas de su jefe.

—Todo en orden, don Eloy.

—¿Y Amelia? ¿Está bien?

—Por abajo anda, poniendo flores en los jarrones del comedor.

Amelia y Rodolfo llevaban casados más de quince años, desde que ella cumplió los dieciséis. No habían tenido descendencia y, aunque alimentaron la esperanza durante los primeros años, hacía tiempo que se habían dado por vencidos.

Vivían a unas manzanas, en una casita de una sola planta, al fondo de una travesía sin salida cuya entrada podía verse desde las ventanas de la fachada principal de la posada.

El matrimonio comenzaba su jornada de trabajo al punto de la mañana, un par de horas antes que Eloy. Además de limpiar el establecimiento, Amelia ayudaba a su marido a servir los desayunos y las comidas. Después de recoger las mesas se marchaba a su casa, para volver a la hora del servicio de las cenas. Sin embargo, desde que llegó Elisa a la posada del Patín, la camarera aprovechaba sus horas libres para atender a la embarazada. Aparte de llevarle las bandejas, le lavaba y le planchaba la ropa, le hacía la cama para que ella no se inclinase, le arreglaba el cuarto, le preparaba infusiones y proyectaba en ella el instinto de madre que nunca había podido desarrollar.

Eloy estaba presente cuando Elisa le propuso que amadrinara a su hijo, y a Amelia se le cayeron las lágrimas y se las limpió con el pico del delantal, sin saber qué decir.

—Pero, señorita, yo... no soy la más...

Elisa le pidió que se callase llevándose el dedo índice a la boca, luego le cogió la mano, se la puso abierta en el vientre y esperó a sentir una patada.

—¿Te diste cuenta? ¿Viste cómo el *nenito* también te lo pidió? No puedes negarte.

Amelia miró entonces a Eloy, dubitativa y desconcertada, esperando a que él dijera algo, como si tuviera que darle permiso para aceptar, y luego se echó a llorar y a reír, mientras acariciaba la tripa de Elisa y no dejaba de preguntar:

—¿Yo la madrina? ¿Yo?

A Eloy le resultaba increíble que no hubiera vuelto a ver a su ahijada después del bautizo. El joven miró a su encargado y le hizo un gesto para indicarle que podía abandonar el despacho, pero, antes de que llegase a la puerta, le pidió sin abandonar el tono cordial que había procurado darle a la conversación:

—Dígale a Amelia que suba al despacho cuando tenga un momento, por favor.

Eloy la esperó caminando de un lado a otro como un animal en su jaula. Mas cuando vio la cara de preocupación de Amelia, decidió no hacer más preguntas y actuar por su cuenta.

Aquella tarde entró en la habitación de Elisa, se asomó a la ventana y esperó a que saliera su empleada para vigilar sus pasos. Probablemente aprovecharía sus horas libres para visitar a la recién nacida. Si pasaba de largo por la bocacalle de su casa, al día siguiente la seguiría a una distancia prudente y, una vez conociese el paradero de la madre y de la niña, decidiría qué hacer.

Elisa se había marchado igual que llegó, por sorpresa y sin explicaciones. Sin embargo, aunque se hubiese despedido, sus palabras no habrían sido tan elocuentes como el vacío que dejó tras de sí. En la alcoba no quedaba ningún rastro de ella, ningún pañuelo olvidado en un cajón, ni una arruga en la colcha de la cama, ni una marca de los dedos en el cristal desde donde se habían asomado juntos tantas veces. Ni siquiera su olor en el armario. Aquel olor a Cobas y a paseos por la playa, cuando el futuro todavía se basaba en una promesa que estaba seguro de cumplir.

Era como si nunca hubiese estado en el hostal. Como si con aquel vacío le estuviera diciendo que no intentase buscarla, que la olvidase, que él tenía esposa y ella marido, y que, hubiera hecho lo que hubiera hecho Martín, el minero seguía estando presente en su vida. Y él tenía que vivir la suya con su mujer.

Sabía que debía olvidarse de Elisa y lo intentaría, pero no podría hacerlo si no conseguía librarse de la sensación de abandono que volvía a embargarle. Tenía que verla, hablar con ella aunque fuese por última vez y decirle que podía seguir contando con su ayuda siempre que la necesitase, que respetaría a Maruja por encima de todo y que aceptaría las normas que le estaba imponiendo. Sí, lo haría, estaría dispuesto a comprometer su palabra de nuevo si era necesario. Desde luego que lo haría, pero no así, no desde el silencio de un cuarto vacío.

Esa misma tarde, tal y como él había sospechado, desde la ventana de Elisa vio a Amelia pasar de largo por la bocacalle de la travesía de su casa y, sin esperar al día siguiente, bajó a toda prisa las escaleras y la siguió. Llevaba un cántaro sujeto en la cadera. A Eloy le extrañó porque, si bien ella iba a la fuente cuando hacía falta, del suministro de agua potable para la fonda se encargaban unas aguadoras que los abastecían dos veces al día, y él las había visto salir del zaguán hacía un buen rato.

Había estado lloviendo toda la mañana. El empedrado de la calle brillaba por el agua retenida y devolvía la silueta de la camarera como una sombra.

Eloy la siguió a media distancia mirando hacia abajo, cubierto con un sombrero de media copa. Se había puesto una capa española y caminaba embozado, como si se protegiese del frío.

Las pisadas de Amelia resonaban deprisa, encaminándose hacia la salida del barrio, hasta llegar a una de las plazas gemelas de La Magdalena, conocida como la plaza de Armas. En el centro había un monumento compuesto por dos pilares superpuestos; sobre el pilar superior, más estrecho, descansaba un obelisco dedicado a uno de los héroes de la batalla de Trafalgar, el general Churruca, formado en la Academia Naval de Ferrol. El monumento estaba rodeado en su base por una fuente de cuatro arquetas que se conocía por el nombre del marino homenajeado, la fuente de Churruca, que abastecía al barrio más elegante de la ciudad. La plaza también había tenido diferentes denominaciones a lo largo de los años, desde la inicial plaza de Armas a la de Churruca o la del Carmen, pero muchos ferrolanos continuaban llamándola por el nombre con el que nació hacía más de un siglo.

Amelia podía haber ido a una de las fuentes de Esteiro. La de San Amaro, la plazuela que limitaba el barrio por el norte, no estaba tan concurrida como la de Churruca, donde las aguadoras podían permanecer varias horas esperando su turno.

Pero la camarera no se dirigió a la fuente, atravesó la plaza hasta la esquina de enfrente y se detuvo junto a un grupo de árboles donde Eloy distinguió a Elisa con la niña en brazos. Al llegar a su altura, Amelia dejó el cántaro en el suelo y cogió a su ahijada.

Eloy sintió una punzada en el estómago. Elisa había reparado en su presencia y se encaminaba hacia él con una mirada en la que se mezclaban la sorpresa, la ilusión y la ira a partes iguales. Él continuaba embozado, se le había dibujado una sonrisa que muy pronto se le helaría.

Mientras ella se acercaba sin dejar de mirarle, el estómago se le iba contrayendo cada vez más.

Sólo faltaban unos metros para estar frente a frente cuando comenzó a quitarse el embozo y, conforme se fue descubriendo la cara, la sorpresa, la ilusión y la ira de Elisa dieron paso a unos ojos llorosos y decepcionados, y a una mirada de rechazo que Eloy no podría olvidar.

La plaza de Armas se encontraba repleta de mujeres que charlaban entre ellas, niños que corrían de un lado para otro pisando los charcos, perros que ladraban a su paso, llantos de niños de pecho. El bullicio de una tarde de labor como otra cualquiera. Sin embargo, cuando Elisa vio la capa española, los ruidos de la plaza desaparecieron y la envolvió el silencio.

¡Cuántas cosas tenía que decirle! ¡Cuánto dolor debía reparar! ¡Cuánta traición! ¡Cuánto desengaño!

El rojo de los bordes delanteros de la capa resaltaba entre las ropas oscuras de las aguadoras. ¿Por qué se tapaba la cara? ¿Por qué no mostrarse abiertamente ante ella? ¿Cuánto tenía que esconder y hasta dónde llegaba el miedo a que fuese imperdonable?

Dicen que el camino entre el amor y el odio se recorre en muy pocos pasos, y es cierto, el uno se puede convertir en el otro en cuestión de segundos, ella misma lo había comprobado. Pero ¿existe la posibilidad de un camino de vuelta?, ¿los separará la misma distancia cuando es el odio el que debe revertirse?, ¿será cierto que pueden surgir las llamas donde sólo quedan rescoldos?

Elisa miró al caballero embozado, cubierto con su sombrero de media copa, y deseó dar marcha atrás en el tiempo. Regresar a la playa de la Media Luna, a la cabaña donde jamás pensó que tendría que plantearse si también el odio se puede evaporar en un instante y hacer que el corazón palpite sin control. Desear volverse loca para sentir su respiración en la nuca y escuchar los susurros que le excitaban los cinco sentidos y le hacían temblar mientras se le abría cada poro, cada hueco, cada impulso de abrazarle y cobijarse en él.

Sí, el odio también puede transformarse en amor en una fracción de segundo, sin causa aparente, con la misma facilidad con la que surgió. El amor, lo lleva grabado en su razón de existir, es capaz de volver, transformado en lo que fue en un principio, intenso y desbordado, y avivar los rescoldos con la sola visión de una capa española en la esquina de una plaza.

—¡Santa Comba bendita! —exclamó mientras le daba la niña a su madrina y empezaba a caminar hacia él sin creerse lo que veían sus ojos, sin querer correr, cruzándose la pañoleta contra el pecho y aferrándose a ella igual que se aferraría al último hilo de vida si fuera su hora, aterida de frío.

Pero a medida que se acercaba a la esquina de enfrente, se iba abriendo en el suelo una grieta ancha y profunda, que dividía en dos la plaza para dejarlos a cada uno en un lado.

La duda la asaltó antes de reconocerle. No obstante, siguió caminando y conservó la esperanza hasta que el enmascarado empezó a bajarse el embozo y el último centímetro de tela dejó al descubierto la sonrisa congelada de Eloy.

Habría preferido contener las lágrimas, pero le brotaron sin querer. Los ojos fijos en los suyos, sin un parpadeo, en medio de un completo silencio. Él procuró mantener la sonrisa, se tocó el ala del sombrero en señal de saludo e intentó cruzar el abismo, pero ella dio un paso

atrás, se limpió las lágrimas con la pañoleta y se dio media vuelta con la intención de regresar por donde había venido.

Después de dar unos pasos, se detuvo, volvió a girarse hacia Eloy y, como si estuviese hablando para sí, le miró con los mismos ojos decepcionados que antes.

—El amor y el odio se parecen tanto... No sé... A veces el hielo quema... y el fuego da escalofríos...

Luego le dio la espalda otra vez y se dirigió hacia los árboles donde la esperaba Amelia acunando a la niña en los brazos. La pequeña no había dejado de llorar y de mover las piernas, inquieta y desconsolada, como si hubiera sentido la misma desazón que su madre.

Segundos después Elisa desaparecía por una de las calles que desembocaban en la plaza, con su hija atada a la espalda y el cántaro sujeto en la cadera. Eloy y Amelia la observaron marcharse sin cambiar la posición en que los había dejado, paralizados y atónitos.

Aquella noche la joven volvió a soñar con el barquito de papel que llevaba grabado a babor el nombre de Martín, y a estribor, un ancla que se iba desprendiendo poco a poco del fuselaje. Ella se encontraba sentada en la popa, en medio de un mar de llamas, aterida de frío, mientras el fuego quemaba las letras una por una y fundía el ancla hasta dejarla sin consistencia y sin forma.

A la mañana siguiente su madre le llevó una de las cartas que debería haber echado a la chimenea.

—Al menos déjame que la abra yo y sepamos qué noticias manda.

—La única noticia que espero es que vuelva y me dé explicaciones. Después, Dios dirá.

—¡Qué va a decir Dios! ¡Si hablara, ya te habría obligado a leerlas! Por lo menos, cógela y la tiras tú al fuego.

Rosalía alargó el brazo y movió la mano de un lado a otro blandiendo el sobre.

—Para mí que te da miedo leerlas, y si me apuras, aun tocarlas.

Su madre tenía razón, ella misma podría haberlas echado al fuego, pero no quería ver la letra de Martín y tener que superar la tentación de darle una oportunidad.

—Por favor, madre, no insista —le dijo en un tono que, más que un ruego, era una orden de que guardase la carta.

Le estaba dando de mamar al bebé, se había colocado un pañuelo blanco para taparse el pecho, de modo que sólo se veía la boquita de la niña succionando el pezón. Se le habían quedado algunas gotas de leche en la comisura de los labios. Elisa se las limpió con una mano mientras con la otra se desabrochaba la blusa para cambiarla de pecho, aunque el otro no se le había vaciado.

Al ver la cantidad de leche que le sobraba, Rosalía cambió la conversación hacia un tema del que habían hablado anteriormente. La nueva tienda iba bien y la *leiteira* podía permitirse mantener a su hija y a su nieta, al menos de momento, hasta que regresara Martín y se aclarasen las cosas entre ellos, pero Elisa no quería suponer una carga para nadie y en más de una ocasión le había dicho a Rosalía que en cuanto tuviera a su hijo buscaría empleo, y Rosalía se había ofrecido para ir preguntando.

—Una antigua clienta del mercado tiene gemelos. Me encontré a su cocinera no hace ni una semana. Me dijo que se le ha ido la nodriza. Son gente de posibles, de La Magdalena. Los niños tienen casi tres meses. ¿Qué te parece? Eso sí que sería cosa del cielo, ¡yo, *leiteira*, y tú, ama de cría! —Y se echó a reír para que Elisa captase la broma.

—¿Qué cosa del cielo?

—¡Ay, cativa! ¿No dijiste que Dios dirá? Pues ya lo dijo, me puso en el camino de una madre que no tiene leche bastante para dos *nenos*.

—Pero... pedirán recomendaciones..., informes... No sé..., no creo que sea fácil...

—¿Y qué mejor recomendación que seas mi hija? Llevé la leche a esa casa más de veinte años. La misma con la que tú te criaste, tan sana y tan fuerte que ahora te sobra la tuya a chorros.

—¿Tendría que vivir con ellos?

—¿Y qué si has de vivir en una casa con chimeneas por todas las habitaciones?

—¿Me dejarán tener a la nena?

—Ésa será la única condición que les ponga. Eso sí, será alojamiento y comida a cambio de tus servicios, pero dormiréis en caliente todas las noches.

Elisa miró por la ventana, no recordaba haber vivido un invierno tan duro como el de aquel año. Había empezado a llover y hacía tanto viento que la gente tenía que protegerse con el paraguas y evitar al mismo tiempo que las varillas no se combasen y se dieran la vuelta.

Para caldear su cuarto utilizaba una estufa de hierro que se alimentaba de picón. El hostel adonde se había mudado disponía de una gran carbonera en el sótano, pero los huéspedes tenían dosificados los sacos, medio diario por cada inquilino, cuyo importe se añadía a la cuenta que pagaban semanalmente. En las casi dos semanas que Elisa llevaba alojada allí, su madre le había tenido que comprar varios sacos adicionales, pues más de una vez la había encontrado envuelta en una manta, calentando a su hija con su propio cuerpo.

—¿Qué me dices, cativa? ¿Hablo con ella?

Unos días después Elisa se trasladó a las dependencias para el servicio de una casa grande, en la calle principal del mejor barrio de Ferrol, alimentando al mismo tiempo a su hija y a los gemelos, cuyas tomas alternaba con las de la madre.

Aún no sabía que, quizá también como cosa del cielo, o tal vez del infierno, la familia de los niños que se convertirían en hermanos de leche de su hija tenía otros lazos de sangre que pronto descubriría.

Desde que empezó a trabajar en casa de doña Josefa, la madre de los gemelos, Elisa sólo disponía de un par de horas libres los jueves por la tarde, que aprovechaba para dar un paseo con Jovita y encontrarse en la plaza de Armas con su madre o con la madrina de la niña.

Su señora le había regalado un coche de capota con sus correspondientes juegos de cuna que preparó cuando desconocía que su embarazo era gemelar y los niños necesitarían más espacio. La joven madre tenía la intención de comprar un segundo coche, pero el marido, un conservero que estaba multiplicando su fortuna abasteciendo de latas de reserva al ejército del káiser, consiguió que el ingeniero de una factoría de automóviles, propiedad de uno de sus mejores contactos alemanes, le diseñara un carrito doble para sus gemelos.

Don Norberto Rodríguez-Sánchez y Piñeyro encargó en secreto juegos de cuna para el coche doble y sorprendió a doña Josefa con su regalo poco antes de dar a luz, facilitando así que Elisa dispusiera de un lujo que no habría podido permitirse de ningún modo.

No había nada que le hiciera más feliz que empujar su cochecito y contemplar a su hija entre aquellas sábanas de hilo con los embozos bordados de florecitas blancas. Sobre las sábanas, una manta suave de pura lana y una colcha de piqué adornada de encajes y, si el frío arreciaba, una segunda manta que Elisa prefería reservar para no acostumbrar mal a la pequeña.

Los primeros paseos, sin embargo, resultaron una ilusión que se frustró nada más empezar. El día no parecía tener horas suficientes para atender a los recién nacidos. Primero le daba el pecho al gemelo que había amamantado su madre en la toma anterior y luego a su hija Jovita. Entre toma y toma apenas le quedaba tiempo para limpiarse los pezones, cambiarles los pañales a los niños y procurar que expulsaran los gases. De manera que los primeros jueves que pasó en La Magdalena sólo pisó la calle durante unos minutos. Antes de llegar a la plaza de Armas ya había enviado doña Josefa a una de sus criadas para decirle que debía regresar, pues uno de los nenes parecía tener hambre.

Resultaba agotador, pero Elisa se sentía feliz. Cada vez que se arrimaba al pecho a uno de los niños, ya fuese su hija o los de su señora, y el pequeño empezaba a mamar, experimentaba una excitación que le recordaba a la que le provocaba su marido cuando le hablaba en susurros y se abrazaba a su espalda. Conforme sus pechos se vaciaban, la embargaba una especie de plenitud que casi llegaba a dolerle. Era como si su cuerpo no le perteneciera, como si se hubiera integrado en la madre tierra y el olor de los recién nacidos, unido al de su leche, se expandiera por toda la casa, por las calles, por los caminos, por la lluvia y por el mar, hasta fundirse con todos los olores. Ella era la marea, la raíz de los árboles, los brotes verdes, el silbido que se colaba por las ventanas en su casa de Covarradeiras, la humedad, los golfos en los cestos, las piedras contra la superficie del agua, el sabor de las manzanas recubiertas de azúcar, el del pote caliente en la lumbre y el de los besos de Martín.

En su cara se reflejaba la vida, la avidez de los niños cuando tragaban su leche y la placidez con que se quedaban dormidos después de haberla dejado vacía y llena a la vez.

Doña Josefa, por el contrario, se mostraba exhausta después de las tomas, malhumorada y dolorida, y protestaba como si le pesara la obligación y estuviera deseando desprenderse de esa carga. Los pezones se le habían agrietado, y los pechos se le endurecían tanto con la subida de la leche que no paraba de lamentarse, pues cualquier roce la molestaba.

Por otro lado, uno de los gemelos sufría con frecuencia cólicos del lactante, que la madre atribuía a la mezcla de su leche con la de Elisa. Tantas eran sus quejas que el marido decidió contratar a una segunda nodriza y que cada una se ocupara siempre del mismo crío.

Recién entrada la primavera, una tarde en que se encontraban las dos en el cuarto de los gemelos, nada más darles de mamar, se oyó la campanilla de la puerta principal y los pasos de una de las criadas dirigiéndose a abrir. Pocos minutos después la primera doncella apareció en la habitación.

—Doña Josefa tiene una visita.

Y les pidió que la siguieran con los niños hasta el gabinete, donde esperaban los recién llegados.

Si Elisa hubiera imaginado de quiénes se trataba, le habría pedido a la doncella que avisase a una de las niñeras, con la excusa de que a su hija le tocaba su toma y se pondría a llorar de un momento a otro.

Pero no lo imaginó.

Como tampoco ellos hubieran podido imaginar que sería Elisa quien entraría en el gabinete con uno de los niños en brazos.

Iban vestidos de fiesta, él de esmoquin y ella con un traje de flecos color granate que sólo le llegaba a las pantorrillas, un mantón de Manila y un casquete de lentejuelas doradas que se ajustaba a la forma de la cabeza, desde media frente a la base del cuello. Debajo del tocado le sobresalía el pelo muy corto, una moda que se estaba imponiendo entre las señoritas de la alta sociedad.

A Elisa no debería haberle sorprendido que visitasen la casa. Es más, había previsto que tarde o temprano sucedería y se había mentalizado para el encuentro; al fin y al cabo, Ferrol era una ciudad pequeña, todas las familias importantes se relacionaban entre sí, muchas de ellas a través de lazos de sangre, y la de la señorita Maruja era una de las de más abolengo: era lógico que ella y su esposo cumplieren con la obligación de ir a conocer a los niños. No obstante, habían pasado cuatro meses desde su nacimiento y uno desde que Elisa llegó a la casa, y Eloy y Maruja no habían aparecido por allí, de modo que la nodriza se relajó. Quién sabía si entre las dos familias existía alguna rencilla que el matrimonio se estuviese cobrando sin visitar a los recién nacidos. Pero fuese el que fuese el motivo de su retraso, allí estaban, en el gabinete de doña Josefa. Elisa sintió una punzada en el corazón.

La señorita Maruja, sin mirar a otro sitio que a los pequeños, extendió los brazos hacia la segunda nodriza para que le entregase al suyo para cogerlo, y empezó a hacerle arrumacos mientras la madre cogía al de Elisa y se lo mostraba a la visita para que comprobase el parecido.

Eloy se había quedado paralizado, mirando a Elisa y preguntándose qué hacía allí, desde cuándo, por qué.

—¡Virgen Santa de las Angustias! ¿Cómo puedes saber quién es quién? —dijo su mujer sin haber mirado todavía a la nodriza a la cara—. ¡Son exactos!

—Norbertito tiene un lunar en la ceja —le contestó la madre señalando la frente del que llevaba Maruja en brazos—, ¿lo ves? Y Juan Ignacio tiene las orejas más puntiagudas y la

carita más alargada. Si te fijas, son bastante diferentes.

Maruja observó a los niños durante unos instantes y luego negó con la cabeza.

—¿Diferentes? —Y le preguntó a su esposo, que continuaba paralizado mirando a Elisa con cara de asombro—: ¿Qué dices tú, querido? ¿No te parecen dos gotas de agua?

Entonces fue cuando Maruja reparó en la identidad de la nodriza y la saludó por su nombre.

Las dos amas de cría llevaban uniformes similares a los de las doncellas, negros, con delantales y cofias blancos, pero en lugar de ser enterizos se componían de faldas y blusas con grandes chorreras, cerradas con broches para facilitar la lactancia.

Elisa respondió al saludo flexionando ligeramente una rodilla, con la misma reverencia que debía hacerle a su señora cada vez que aparecía en la habitación de sus hijos.

—¡De modo que es aquí donde te escondes de nosotros! ¡Nos tenías preocupados! —exclamó Maruja en son de broma después de mirar a su esposo para hacer ver que hablaba en nombre de los dos—. ¡Mal lugar elegiste, querida! ¿No sabías que la señorita Josefa y yo somos medio primas?

—Pero ¿cómo? ¿Os conocéis? Es la hija de la aldeana que me trajo la leche hasta hace poco —dijo la señora de Rodríguez-Sánchez y Piñeyro, comportándose igual que si Elisa no estuviera presente—. La acogí hace cosa de un mes con su nena recién nacida, y la verdad es que estoy encantada, no prescindiría de ella por nada del mundo. —Y añadió en tono de ofrecimiento—: Pero cuando tengas un nene, con gusto te la pasaré si yo he destetado a los míos. ¡No te imaginas qué calidad! ¡Y qué abundancia!

La señorita Maruja obvió el comentario y miró a Eloy, que sin duda se estaba mordiendo la lengua ante la impertinencia de su prima. El joven seguía mirando a Elisa, inmóvil, sin saber si debía o no intervenir.

Conocía desde hacía tiempo al marido de doña Josefa, pues ambos pertenecían a la Cámara de Comercio, pero nunca había coincidido con su esposa hasta que decidió recibirlos aquella tarde, después de haberle enviado a Maruja una excusa tras otra para anular una visita que concertaron decenas de veces. Cuando entraron en el gabinete, había besado a Maruja sin rozarle la cara y a él le ofreció la mano de soslayo, como si no le agradase su presencia.

La nodriza mantenía la cabeza alta y las distancias exigidas al servicio, mirando al frente y sin cambiar de expresión, como si no le afectase el trato que le daba la dueña de la casa, quien continuó la charla con su prima ignorando la presencia en el gabinete de todos los demás.

—¡Ah, claro! ¡Si es de la misma aldea que tu esposo! Cobas, ¿verdad? Un lugar encantador. Por cierto, querida, lamento no haber podido ir a tu boda. No sabes cómo me dolía la cabeza...

Hasta esa tarde Eloy no había sentido rechazo por pertenecer a una clase social inferior a la de su mujer. El dinero le había proporcionado cierta posición, incluso le había abierto las puertas del casino: el propio don Norberto, en su calidad de hijo de socio fundador, le había avalado para que le aceptasen como socio de cuota, pero estaba claro que su mujer no le abriría las puertas de su casa sin recordarle cuál era su sitio.

—Llegaremos tarde al teatro —dijo Eloy antes de que los comentarios de doña Josefa le enervasen hasta el punto de hacerle estallar—, debemos irnos.

En ningún momento se dirigió a Elisa, que continuó en la misma posición hasta que su señora le devolvió al bebé.

Maruja sonrió a la joven como si le pidiera disculpas en nombre de su prima, quien le entregó al otro gemelo a su nodriza y les ordenó con un movimiento de la mano que abandonasen el gabinete.

Después la señora de Rodríguez-Sánchez y Piñeyro acompañó al matrimonio a la puerta para despedirlos y le dijo a su prima:

—Siento no haberte recibido antes, desde que nacieron los gemelos mi vida ha sido una locura. A partir de ahora recibo los martes, antes era los jueves, pero las nodrizas tienen libre un rato a estas horas y..., bueno..., me pongo nerviosa si ellas no están y los niños empiezan a quejarse de hambre. —Y añadió sin dedicarle a Eloy una sola mirada—: Visítame cuando quieras.

Eloy y Maruja salieron del zaguán cogidos del brazo. Tan incómodos que no se atrevieron a mirarse ni a comentar lo sucedido. Hasta que volvieron a casa después del teatro apenas se dijeron un par de frases vacías relacionadas con la representación, pero nada que hiciera referencia a doña Josefa ni a Elisa.

Nunca habían hablado del compromiso roto de Eloy, ni de la boda frustrada, ni de Rosalía, ni de Sabela, ni de Martín. El joven siempre había evitado hablar de su vida en la aldea, pero su padre estaba en lo cierto cuando le advirtió sobre la inteligencia de la hija del contable. Maruja sabía mucho más de lo que daba a entender, y él debía andar con cuidado si no quería que sacase conclusiones que podrían hacerle daño.

Maruja conocía la existencia de una rival desde que estuvo en Cobas para las fiestas de agosto y Eloy no dejó de mirar a su alrededor mientras bailaba con ella, buscando a alguien que no llegó a aparecer. Es más, estaba segura de que finalmente se habían encontrado. Ella le había pedido a su padre un pasodoble y después bailó con el que sería su suegro. De modo que perdió de vista a Eloy durante casi una hora. Y no pudo volver más nervioso.

Unos meses después, cuando vio a Elisa en la posada del Patín, supo por quién debía preocuparse y permanecer vigilante. Eloy la miraba como nunca la había mirado a ella, la trataba como si fuera una reliquia sagrada que no podía tocar y que tenía que proteger. Y Elisa intentaba disimular que sus atenciones le agradaban más allá de lo que debía una mujer casada.

No había más que mirarlos cuando estaban juntos para percibir el esfuerzo de ambos en esconder lo que saltaba a la vista. La atmósfera se cargaba de una tensión contenida que emanaba de sus propios cuerpos, tensos también, alterados, negados a la evidencia de que entre ellos había una mecha que sólo esperaba una pequeña chispa para encenderse.

A Maruja no se le había pasado por alto que, desde que Elisa llegó a Ferrol, Eloy había permanecido en la fonda de día y de noche. Por eso decidió visitar cada tarde a la joven embarazada y tratarla como a una amiga, y por eso le pidió a Amelia que le subiera las bandejas en lugar de que bajase ella al comedor, una forma de ayudarla a guardar su reposo, pero también de evitar que se sintiera en la confianza de moverse por el establecimiento libremente.

La hija del contable sabía que su boda pendía de una hebra deshilachada que corría el peligro de romperse sólo con rozarla. Y ella se cuidó muy bien de que el hilo no se tensase más de la cuenta.

Hasta que Eloy le dio el «sí, quiero» y la llevó después del banquete al mejor hotel de La Coruña para consumir el matrimonio, no estuvo segura de que el novio cumpliría con su compromiso. Ni siquiera hubiera podido jurar que, mientras bailaban el primer vals, no estaba pensando en huir, como después ocurrió en la luna de miel.

Maruja tenía la certeza de que su marido la amaba, sobre eso estaba tranquila, y de que hacía verdaderos esfuerzos por aparentar ser feliz, pero a veces le sentía tan lejos de ella, tan ausente, que cuando se metía en la cama con él, muchas veces habría preferido ser una de tantas mujeres que tenían a sus hombres en la otra orilla del mundo. Echarle de menos sabiendo que los separaba un océano, vivir esperando su vuelta y desear que el tiempo no se alargase.

Ninguna de esas mujeres podía sentir la ausencia de su esposo con la intensidad con que ella sentía la de Eloy.

Y aquella tarde en casa de su prima Josefa, cuando vio la tristeza con que miraba a una de las amas de cría y descubrió de quién se trataba, Maruja temió que Eloy se hubiera marchado para siempre.

Sin embargo, no estaba dispuesta a darlo todo por perdido sin seguir presentando batalla. Es más, tenía una noticia para él que supondría un antes y un después y le colocaría en el lugar donde debería haber estado desde el principio.

De haber respetado los plazos de rigor, habría esperado al menos un par de semanas, pero tenía que arriesgarse, tenía que desviar su atención lo más pronto posible. De manera que esa misma noche, antes de meterse en la cama, se acercó a él y le dijo sonriendo y tocándose el vientre por encima del camisón:

—¿No me notaste nada? ¡Mira que eres despistado!

Eloy se acarició la barba y se quedó pensativo, visiblemente descompuesto, sin contestar a su mujer y sin mirarla.

Maruja intentó sonreír, pero estaba claro que se había equivocado.

—¿No te hace feliz la noticia?

El marido se sentó en el borde de su cama —unida a la de su esposa por un gran cabecero de raíz de nogal—, se tapó la cara con las manos y se echó a llorar como un niño.

Maruja permaneció de pie unos instantes, desconcertada e incapaz de reaccionar, aunque luego se sentó a su lado, le pasó el brazo por encima del hombro y le pidió por favor que se calmase.

—Por lo que más quieras, Eloy, dime que son lágrimas de felicidad.

Pero él no podía hablar. Estaba viviendo de nuevo la náusea, la misma que había vivido cuando supo que el minero le había robado su vida, la insostenible seguridad de que cometió un error en cada decisión que tomó.

La pareja utilizaba la alcoba principal, vacía desde que murió la madre de Maruja y su padre se trasladó al ala opuesta de la galería. Desde allí era imposible que don Guillermo hubiera oído el llanto de Eloy, pero el contable apareció de pronto en la puerta, abierta de par en par, descalzo, con su camisola blanca y su gorro de dormir.

Solía tener un sueño bastante profundo, aunque a veces se levantaba sonámbulo a media noche y deambulaba por la casa. De ahí que su hija dejase abierta la puerta de su cuarto, para vigilar que no bajase las escaleras y devolverle a su cama.

Por un instante a Maruja le dio la impresión de que estaba despierto y se dispuso a inventarse una explicación, pero él continuó andando como un autómatas, se dirigió hacia el tocador que había sido de su difunta, sobre el que continuaban sus cepillos, su vaporizador, su espejo de mano y sus peines con mangos de plata, y se sentó frente al espejo donde se miraba su mujer para cepillarse el pelo antes de irse a dormir.

Maruja observó a su padre, absorto frente al espejo del tocador, después a su marido —que continuaba con la cara entre las manos, también en camisola, ajeno a la presencia de su suegro—, y soltó una carcajada que provocó que tanto el uno como el otro volvieran en sí.

Tras la carcajada vino un llanto desconsolado que ni don Guillermo ni Eloy fueron capaces de aplacar.

—¡Fuera! —les gritó sin permitirles acercarse a ella—. ¡Los dos! ¡Fuera de aquí!

Aquella noche durmió sola en su cama y, al despertar a la mañana siguiente, encontró sobre la almohada de su marido una rosa roja y una nota escrita a mano.

Lo siento, mi amor. Ayer fui tan insensible que no sé cómo ofrecerte mis disculpas. Entendería que no las aceptases. Tenías razón, las lágrimas eran de alegría, ojalá hubiera sabido demostrártelo.

¿Podrás perdonarme?

Siempre tuyo, Eloy

Un par de horas después Maruja se presentó en la oficina de su marido y le ofreció los labios para que la besara.

Era tan baja de estatura que debía ponerse de puntillas y levantar el cuello para que su marido no tuviera que agacharse. Eloy le cogió la cara con las manos, la besó en los labios y la abrazó.

—Entonces, ¿me doy por perdonado?

—No creas que voy a ponértelo tan fácil, amor. Tendrás que compensarme.

—Por supuesto. Dime qué debo hacer y lo haré.

—Has de empezar desde el principio.

—No te entiendo.

—Espera y verás.

Y salió del despacho para volver a los pocos segundos, como si no hubiera estado allí antes.

—Querido —le dijo señalándose la tripa—, ¿no me notaste nada? ¡Mira que eres despistado!

Entonces él se hizo el sorprendido, la cogió en brazos y empezó a besarla y a decirle que la noticia no podía hacerle más feliz.

La oficina de Eloy tenía las paredes cubiertas de estanterías de roble; junto a la puerta, una mesa de reuniones con cuatro sillas y, de espaldas a la ventana, el escritorio con su sillón y su silla de confidente, de la misma madera noble. Contra la pared de enfrente de su escritorio había un bargueño de madera labrada que el joven había comprado en un anticuario, en cuyo cajón secreto escondía la caja de latón.

El día de la boda, antes de salir del hostel había guardado en la caja el pañuelo que le bordó Elisa, junto a su rizo, y desde entonces no había vuelto a abrirla. Le había tentado el deseo en numerosas ocasiones, sobre todo desde el episodio junto a la fuente de Churruca, pero superó el impulso a base de repetirse que le haría más daño que bien.

No obstante, la mañana después de ver a Elisa convertida en ama de cría en casa de doña Josefa, unos momentos antes de que llegase Maruja al despacho para reconducir el desastre de la noche anterior, se dejó llevar por la tentación, abrió el bargueño y cogió la caja.

No debería haberla abierto, menos aún después de escribirle la nota a Maruja pidiéndole que le perdonase, pero la abrió y se la acercó a la nariz. Sólo fue un minuto, el tiempo suficiente para borrarse la imagen de la joven con el uniforme de nodriza y volver a sentirla un poco suya. Pero aunque hubiera sido un segundo, no debería haberla abierto.

Su olor le impregnó las fosas nasales de tal manera que, al llegar su mujer y ofrecerle un beso, tuvo que controlarse para no pensar que besaba otros labios.

Aún no había cerrado el bargueño cuando Maruja abrió la puerta del despacho por segunda vez para empezar desde el principio.

—¡Tú y tus tesoros escondidos!

El mueble, donde Eloy también guardaba documentos relacionados con sus negocios, permanecía cerrado bajo una única llave que el joven siempre llevaba en el bolsillo superior de su chaleco y que palpaba de tanto en tanto, como para comprobar que continuaba en su sitio, pero que podría decirse que se había convertido en un gesto involuntario.

Maruja se reía a veces de él cuando le sorprendía tocándose el lado izquierdo del pecho, o cuando, al desnudarse, guardaba la llave en el cajón de su mesita de noche.

—¿Me dejarás algún día esta llave que llevas al lado del corazón? Me gustaría conocer esos secretos que tanto proteges —le dijo tocándole el bolsillo cuando aún estaba en sus brazos, después de que él fingiera sorprenderse con la noticia de que iba a ser padre.

—Te aburrirías, querida. Sólo son papelotes.

Hacía tiempo que a Maruja se le había despertado la curiosidad —ese animal que permanece dormido y no necesita más que una provocación para abandonar su letargo—, y la joven no parecía dispuesta a dejar que se echase otra vez a dormir.

—¿Nada que yo no pueda ver?

—Nada —mintió Eloy bajándola de sus brazos para dejarla de pie en el suelo.

—¿Estás seguro?

—Completamente seguro —volvió a mentir el marido, olvidando que para ella cualquier «no» significaba una invitación a luchar para transformarlo en un «sí», una barrera que derribar, un reto que no podía dejar de lado.

—En ese caso... —le dijo sonriendo como si hubiera cometido una travesura, mostrándole la llave y haciéndola girar sobre su dedo índice—, no tendrás inconveniente...

Eloy se llevó la mano al chaleco y se quedó mudo, se la había quitado del bolsillo mientras se besaban. No podía consentir que su mujer abriese el bargueño, pero no podía quitarle la llave a la fuerza.

Maruja se la cambió de mano, escondió los brazos detrás de la espalda y, retrocediendo unos pasos, le retó a que fuese a por ella para quitársela.

—¡Vamos! ¡Ven aquí!

—Así que quieres jugar, ¿eh?

Él se acercó a paso lento, encorvándose como si fuese a cazar un pajarillo acorralado en el suelo, y empezó a caminar en círculos a su alrededor.

—No me la vas a quitar —dijo la joven riéndose a carcajadas mientras giraba sobre sí misma al ritmo de los pasos de él—. No me la quitarás. ¡Esto es la guerra! —repitió Maruja mostrándole otra vez su botín.

—¿Ah, no?

—¡Jamás!

Eloy se detuvo un momento junto a la puerta del despacho, echó la llave, la sacó de la cerradura para guardársela en el bolsillo donde había estado la del mueble cajonero y luego le preguntó palpándose el chaleco:

—¿Y cómo piensas salir de aquí?

Maruja fingió quedarse muy seria, sopesando la respuesta, y se tocó la barbilla como si tuviese barba, imitando un gesto de su marido.

—¿Llave por llave?

Eloy movió la cabeza y negó con un sonido gutural:

—Hum... hum...

Después añadió una advertencia cariñosa que no llegaba a ser una amenaza, sino la constatación de la inferioridad de condiciones en que jugaba su mujer.

—¡No hay trato, querida! Tú declaraste la guerra. Tendrás que ofrecerme algo más. —Y se llevó las manos al cinturón para desabrochárselo lentamente, mirándola de arriba abajo y acercándose más y más, obligándola a retroceder hasta que su espalda chocó con la estantería.

Maruja empezó a jadear como si su marido ya la hubiese rozado. Él respiraba al mismo ritmo que ella. Se pegó a su cuerpo, le levantó el vestido y le bajó las medias y las bragas de encaje.

—¡Te obligaré a sacar la bandera blanca!

—¡Inténtalo!

Sus manos se movían por sus muslos calientes y su boca se entretenía en su cuello.

—No te resistas.

—Soy más fuerte de lo que parece.

—¿No piensas rendirte?

Y mientras ella le contestaba que no, la colmó con los dedos hasta que admitió entre gemidos que se daba por vencida.

—Sigue, amor mío, sigue.

Y así, contra las estanterías de la pared, por primera vez desde que se convirtieron en marido y mujer, dejaron correr una pasión que ninguno de ellos había experimentado hasta entonces.

—¿Recuerdas algo de lo que pasó anoche, papá?

—Otra vez fui dormido a tu dormitorio. Lo siento, corazón, sé lo mucho que te asustas.

—Lo lamento tanto... Perdí los nervios. No debí gritarte, podría haberte pasado cualquier cosa.

—No sufras. Te desahogaste, eso está bien. Hay que hacerlo de vez en cuando. —Y añadió sonriendo—: ¡Mejor de día que de noche, pero qué le vamos a hacer, no escogiste tú la hora!

—Espero que no te importe que a partir de ahora cierre la puerta de mi cuarto. Mi marido y yo...

—¡Por supuesto! Debiste cerrarla desde el primer día.

—¿Nos oíste?

—Estaba dormido, tesoro.

—Me refiero a hace un rato. ¿Nos oíste?

—Los tabiques del hostel son como muros de carga. Sólidos y discretos. Se construyeron así para que ningún huésped tuviera una queja. Nadie os oyó.

Maruja se tapó la cara con las dos manos, separó los dedos y miró a su padre por los huecos, entre divertida y preocupada.

—O sea, que sí nos oíste. ¡Qué vergüenza, papá!

Don Guillermo no había dejado de escribir números en el cuaderno de cuentas que tenía sobre la mesa. Su despacho y el de Eloy se encontraban pared con pared; por muy sólidos que fuesen los muros, habría resultado imposible no oír los gemidos de su hija y los golpes acompasados contra la estantería.

—¡Por favor, papá, dime que no nos oíste!

—No preguntes lo que no quieras saber.

—Si mamá viviera, me obligaría a confesarme, ¿verdad que me obligaría?

El padre continuó con lo que estaba haciendo y contestó con una media sonrisa, como si le hubiera venido a la memoria algo que ya tenía olvidado.

—¡No te quepa duda!

La joven había adoptado un papel de niña mimada que en absoluto se correspondía con la realidad, pero su padre le siguió el juego sin dejar de trabajar, sin darle importancia a lo que decía y utilizando frases hechas para no tener que responder abiertamente.

—Ya sabes cómo era tu madre...

—¿Y tú? ¿Qué me dices? ¿Crees que pequé? ¿He de ir a ver a mi confesor?

Maruja había entrado en el despacho del contable después de abandonar el de Eloy. Se había lavado en el baño del pasillo. Se arregló el peinado, se atusó los bajos de la falda y se dio brillo en los labios. Pero en sus ojos y en sus mejillas aún quedaban restos de excitación. Su padre levantó la vista y la miró condescendiente. Se la veía pletórica, segura de sí misma, más joven que nunca.

—Mamá me habría mandado directa a San Julián, ¿verdad? ¿Y tú?

—Yo no soy tu madre.

—Pero... ¿qué me dices? ¿Es muy grave el pecado? ¿He de ir a ver a don Benito?

—Eso se lo tendrás que preguntar a tu conciencia, no a mí.

—Yo diría que es venial, ¿no te parece? Al fin y al cabo, estamos casados. ¡Ay, papá, qué vergüenza, por Dios!

Maruja tenía más confianza con su padre que con ninguna otra persona, no en vano había actuado también como madre desde que ésta falleció, sin embargo no había hablado antes de esos temas con él. Si no estuviera segura de que había oído cómo Eloy la hacía suya de verdad —no por cumplir sus obligaciones como en la noche de bodas y en la luna de miel—, jamás habría sacado la conversación. Entre padres e hijas no se tocan determinados asuntos, no se ajustan al decoro. Pero le debía respeto y, precisamente por lo escabroso de la situación, pensaba que se lo habría perdido si no hubiera entrado en su oficina y se hubiera sincerado con él.

Ella sabía que había pecado, ¡cómo no iba a saberlo!, cualquier mujer decente lo sabría sin necesidad de preguntar. No hacía falta que su padre se lo confirmase. No obstante, aunque la hubiese enviado directa a la parroquia de San Julián, tal y como habría hecho su madre, habría dado por bien invertida la media hora escasa que acababa de vivir en el despacho de Eloy.

Jamás habría calculado que obtendría más réditos de aquella media hora con su esposo que de su estado de buena esperanza. Lo supo cuando Eloy se separó de su cuerpo y le quitó la llave, que ella no había soltado mientras la besaba por todas partes. Luego le dio la del despacho y le dijo al oído:

—¡Llave por llave! —Y añadió entre seductor y amenazante—: Esta noche te obligaré a sacar la bandera blanca otra vez.

—¿Sin contrapartida? —contestó ella fingiéndose agraviada.

—¡Y sin condiciones!

—Ofreeceré resistencia.

—Lo sé. Pero te rendirás.

—No te creas invencible, tengo más armas...

Él se acercó de nuevo a su boca, a su pecho medio desnudo, a su aliento, a su olor. Y volvió a buscar bajo la falda.

—¡Enséñamelas!

Ella le apartó y empezó a caminar moviendo las caderas hacia la puerta de la oficina, tan despacio como él se había acercado. Luego introdujo la llave en la cerradura y, después de darle dos vueltas, comenzó a abrocharse el vestido y le dijo en un susurro:

—No seas impaciente. Veremos quién obliga a quién a sacar la bandera blanca esta noche.

Y cerró la puerta del despacho con el vestido todavía a medio abrochar.

En ese momento supo que había vencido.

Daba igual lo que guardase Eloy en el bargueño. Tarde o temprano acabaría por darle más importancia a lo que ella podía ofrecerle, fuese pecado o un ajuste de cuentas de la vida, que le brindaba la oportunidad de proteger lo que era suyo y de nadie más.

—Tengo algo que decirte —le dijo a su padre tocándose el vientre como había hecho para Eloy—, aún es pronto para estar completamente segura, sólo se lo dije a Eloy, nadie más debe saberlo hasta que...

Él la interrumpió con el abrazo y la alegría que hubiera deseado en su marido la noche anterior.

—Lo sé, tesoro. Estaba deseando felicitarte. ¿Para cuándo me harás abuelo?

—Para finales de noviembre, si todo va bien.

—Claro que irá bien, corazón. Y serás la mujer más feliz del mundo.

—¡Ay, papá, si tú supieras...!

Pero no había nada que don Guillermo no supiera. A él tampoco se le habían escapado las miradas entre Elisa y Eloy, ni el motivo por el que adelantó la vuelta del viaje de novios, la decepción al no encontrar a la joven en la posada y la ansiedad con que interrogó a Rodolfo, sin reparar en que él estaba al otro lado de la pared.

—¿Qué crees que te diría tu madre?

—No sepas, no veas, no escuches, no digas. Y verás como al final consigues que sólo piense en ti. Pero... ¿y si no lo consigo, papá?

—Entonces habrá que buscar nuevos caminos. Por ahora, céntrate en el que ya encontraste.

CAPÍTULO SEIS

EL MANOJO DE CARTAS

No es mentira que hay alma:
yo te mordí.

Calles para un pez luna
ERNESTO PÉREZ ZÚÑIGA

Elisa y sus hijos habían llegado a Cobas en un coche de alquiler conducido por Rodolfo, en el que subieron tras recibir el pésame de los vecinos, que asistieron al entierro completamente de luto, las mujeres de negro riguroso, los hombres con un brazalete cosido en el antebrazo de la chaqueta. Los hijos de Elisa vestían de alivio: estampados en grises y malvas para la niña, y camisa blanca con pantalones grises oscuros para el varón.

Según la costumbre, deberían haber invitado al desayuno a todos los que los acompañaron al cementerio. Pero Elisa se negó. Ya se habían saltado la norma de que las mujeres se quedaban en casa rezando el rosario, qué más daba si se saltaban también la obligación de responder a las consabidas preguntas y comentarios entrometidos. ¿Cómo fue? ¡Lástima de hombre! ¿Cuánto dijiste que tardó? Y tú, ¿cómo andas? ¡Hace mucho que no se te ve por aquí!

Hacía demasiado tiempo que Elisa había huido del convencionalismo y de las actitudes hipócritas. No los soportaba. Por ese mismo motivo obligó también a sus hijos a romper con otra norma no escrita, la que más hubiera sorprendido en la aldea de haberse quedado allí.

Nada más terminar el desayuno, después de que Sabela se empeñase en que cogiera las cartas de Martín, todos se quitaron el luto que habían llevado en las exequias y subieron al coche de alquiler como si, en lugar de un entierro, volviesen a Ferrol en unas vacaciones familiares.

Amelia viajaba en el asiento de atrás con los niños, y Elisa en el del copiloto. Llevaba el manajo de cartas sobre el regazo, sujetas con las dos manos, apretándolas tan fuerte que parecía que quería exprimir las. Era la primera vez que las tocaba, y como había temido, le dolía la letra puntiaguda del minero. El matasellos de la primera indicaba que tardó en llegar el tiempo que ella había calculado. Un mes para la travesía del barco en que se marchó Martín, y otro para la carta que le escribió nada más pisar tierra, tal y como le prometió.

El automóvil subió a duras penas la cuesta de Covarradeiras, amenazando con detenerse en cualquier momento. La aguja que indicaba la temperatura del aceite se había disparado hasta rozar peligrosamente el color rojo del marcador. Al llegar al alto de La Bailadora, el motor empezó a echar humo y decidió que ya no quería seguir.

Elisa se bajó detrás de Rodolfo, que levantó el capó sin decir una palabra hasta que ella le preguntó:

—¿Tiene arreglo?

—Lo siento, ya me pareció a la venida que el motor hacía un extraño. Me barruntaba que podía pasar esto. Pero volverá a andar en cuanto se enfríe y pueda echarle más agua. Eso sí, habrá que esperar un buen rato.

—No te preocupes, no hay prisa. A los niños les encantará corretear por aquí.

Pero antes de que les diera tiempo a salir del coche, apareció el autobús de línea que había sustituido hacía unos años a la diligencia, y Elisa le hizo una señal para que los

recogiese.

Los niños subieron al autocar detrás de Rodolfo, entusiasmados con aquella aventura inesperada que les permitía viajar por primera vez en un vehículo enorme.

Elisa aún llevaba el paquete de cartas en la mano. El cordón que las sujetaba se había endurecido con el paso del tiempo y había perdido flexibilidad. Más que un cordón, parecía un bramante de los que se utilizaban para restaurar los asientos de tapicería, uno de los géneros con los que trabajaba Rosalía en su almacén.

De tanto como había apretado el fardo, el cordón terminó por romperse y los sobres acabaron desparramados en el suelo. La mayoría tenía las solapas y los pliegues a medio despegar.

Amelia quiso ayudarla a recogerlos, pero Elisa le pidió que subiese al autocar y la dejase sola.

—Yo volveré caminando.

—Pero queda más de la mitad del camino, y está todo embarrado.

—Mi madre lo hacía entero dos veces diarias, con treinta kilos en la cabeza, lloviera o nevase —dijo mientras recogía las cartas—. ¡Anda, ve con los niños! Me vendrá bien pasear.

El cielo se había quedado limpio de nubes, inmenso y azul. El verde de los helechos y de los eucaliptos brillaba bajo la capa de humedad, y los bordes de la carretera estaban plagados de camelias y hortensias. El paseo resultaría agradable. El viento se había calmado y corría una brisa fresca y tranquila procedente del mar.

Cuando terminó de recoger las cartas, las metió en el bolso y se llenó los pulmones para echar a andar monte abajo, en dirección a Ferrol.

El autobús se perdía de vista en cada revuelta y volvía a salir en la siguiente, empequeñecido cada vez más por la distancia, hasta convertirse en un punto en la lejanía.

Mientras lo veía aparecer y desaparecer, los recuerdos de Elisa se le amontonaron en forma de imágenes aisladas y desordenadas: la diligencia en la que ella viajó por primera vez a la capital del concejo; su llegada a la fonda; Martín con su capa española; la sorpresa de Eloy cuando los confundió en la plaza de Armas; la voz de su madre suplicándole que no se marchase; las rosas escondidas en el zaguán de la quincallería; las fiebres; la tía Carmuña; el capataz de la mina; el médico; Guzmán el Asturiano; la primera visita de Eloy a casa de doña Josefa, su desconcierto al verla vestida de nodriza, su porte de caballero español, su mujer.

Las cosas no pueden volver a vivirse y, aunque se pudiera, volverían a suceder de la misma forma. Pero los recuerdos sí pueden modificarse, borrar las partes oscuras y acomodar las que nos hirieron, para que el rompecabezas nos muestre otra historia, más liviana, más dulce, más acorde con la que hubiésemos deseado vivir.

La memoria suele ser caprichosa, le gusta jugar, sobre todo con los que saben beneficiarse del juego. Elisa había jugado muchas veces con ella y, de tanto que la había moldeado a voluntad, a veces dudaba sobre lo vivido y lo inventado.

Eloy la miró atónito la primera vez que la vio en casa de doña Josefa, eso era verdad, a ella también le dolieron los ojos..., pero ahora dudaba si le había sonreído, si adoptó una actitud tajante con la madre de los gemelos que le permitiera salir del gabinete con la cabeza alta. Sin más dolor que el suyo propio.

También era cierto que volvió con su mujer al cabo de una semana, y que la señorita Maruja no podía disimular su contento, pero quizá no lo fuera que Eloy le dijo a ella con la mirada que la sacaría de allí para llevársela otra vez a la pensión.

La señorita Maruja se colocaba las manos debajo del pecho como si le doliera el estómago y le aliviase el calor. Él también parecía feliz. En aquella ocasión iban a un

concierto, los acompañaba su suegro y fue él quien los apremió a marcharse para no llegar tarde. ¿O quizá fuese Eloy?

Durante el tiempo que vivió en casa de doña Josefa volvió a verle en dos o tres ocasiones, aunque nunca se dirigieron la palabra. En la parroquia de San Julián, un domingo que coincidieron en misa, eso lo recordaba bien. La miró con una tristeza... Otra en la plaza de la fuente de Churruca, también estaba segura, porque ella estaba hablando con la madrina de Jovita.

La tercera fue un jueves por la tarde, unos días antes de marcharse de casa de doña Josefa. Ella iba empujando su carrito de capota y él paseando con su mujer. Se cruzaron en la calle y la señorita Maruja la paró para ver a la cría y decirle lo bonita que era, pero no podría jurar si fue llegando o volviendo de la plaza.

¡Dichosa memoria!

Para cuando dejó de vivir en La Magdalena, Martín todavía no había dado señales de vida. Se cansó de escribir cuando se convenció de que sus cartas no obtendrían respuesta. Las últimas se las escribió directamente a Rosalía, preocupado por la falta de noticias, pero Elisa le prohibió a su madre contestarlas.

En el último sobre que había enviado a nombre de Rosalía, cuatro meses después de marcharse, adjuntaba un cheque por una cantidad que le permitió a Elisa alquilarse un pisito en el puerto. Recordaba muy bien la fecha porque llegó el mismo día en que nació la niña de su hermana, el 6 de abril de 1915.

La madre de los gemelos protestó cuando le dijo que sentía dejarla de un día para otro, sin previo aviso. Doña Josefa estaba otra vez encinta y daba por sentado que ella también amamantaría a la criatura.

—¡No puedes dejarme de esta manera! ¡Después de lo que he hecho por ti! —le dijo como si fuese una desagradecida.

—Lo siento, señora, voy a buscar un trabajo con paga.

—¿Y qué crees, que yo no te pago? ¿Cuánto necesitarías para vivir como vives conmigo?

Y de pronto cambió de talante y le pidió por favor que buscaran una solución. Hacía cosa de un mes que había muerto de tisis un sobrino de ella, y era cosa sabida que la mejor defensa que podía darles a sus hijos era la leche materna, por eso debió cambiar el tono y empezó a suplicarle que no se marchara.

Después de un tira y afloja llegaron a un trato que supuso una liberación para Elisa y un sueldo con el que tirar sola para delante. Seguiría amamantando por las mañanas y por las tardes a Juan Ignacio, su gemelo de siempre y, cuando llegase el otro niño, se plantearía si volver a vivir en la casa. Eso también lo recordaba muy bien, se lo dijo para que no montase otra vez en cólera, a sabiendas de que no podría cumplirlo. La vida dio tantas vueltas...

El 6 de abril de 1915 era martes de Pascua. Maruja se levantó más temprano que de costumbre y se fue directa al baño para comprobar si seguía sin manchar. En el último mes lo había hecho una docena de veces a lo largo del día, se bajaba las bragas, comprobaba que estaban limpias de sangre y se tocaba la tripa pidiéndoles a Jesús Nazareno y a la Santísima Virgen de las Angustias que el retraso no se debiera a una falsa alarma.

Aquel 6 de abril era un día especial, se cumplía la segunda falta, la señal que esperaba cualquier mujer para confirmar su embarazo y poder compartir su alegría con los suyos.

Eloy continuaba dormido. La Semana Santa había trabajado sin descanso. El hostel colgó el cartel de completo desde el domingo de Ramos hasta el lunes de Pascua, y los restaurantes no habían parado de servir comidas y cenas. Hasta el domingo de Resurrección ofrecieron en sus cartas menús de vigilia, una idea que se le ocurrió a Maruja y que atrajo la atención entre los visitantes que acudían a la ciudad para ver las Estaciones de Penitencia, que habían alcanzado una importancia notable y empezaban a comentarse incluso fuera de la región.

Cientos de penitentes procesionaban a diario por las calles de Esteiro y La Magdalena, acompañando los tronos engalanados de adornos florales, con sus magníficas tallas de grandes maestros escultores.

Don Guillermo no pertenecía a ninguna cofradía, pero su esposa había sido camarera de Nuestra Señora Virgen de las Angustias, la patrona del barrio de Esteiro, y el contable y su hija la acompañaban siempre a la procesión, detrás de las autoridades eclesiásticas y municipales. La madre y la hija vestidas de mantilla, y él con su uniforme de alférez de navío del Cuerpo de Infantería de Marina, muy vinculado a la Hermandad.

El grupo escultórico estaba compuesto por dos tallas acopladas, una de la Virgen sentada en unas andas, frente a un par de ángeles arrodillados que portaban insignias de cofrades, y la otra de Jesucristo sobre el regazo de su madre, recién bajado de una cruz de caoba con cantoneras de plata que se levantaba hacia el cielo detrás de las figuras, con un sudario de blonda colgado del travesaño.

A la caída de la tarde de cada jueves de Pasión, escoltada por siete gastadores del Tercio Norte de Infantería de Marina, la Virgen salía en su trono del santuario de la plazuela que llevaba su nombre para recorrer las calles de Esteiro con su hijo muerto, acompañada por la banda de tambores y cornetas del mismo tercio que los gastadores, y regresar a su sede bien entrada la noche.

Don Guillermo y Eloy le habían desaconsejado a Maruja salir aquel jueves en procesión, pero ella no quiso escucharlos: no había faltado nunca a su cita con la Virgen de las Angustias, y menos desde que su madre no estaba.

—Sólo estoy embarazada, no enferma. ¿De qué os preocupáis tanto?

—¿Y si pierdes al niño? —protestó Eloy—. Son muchas horas.

—Nuestra Señora me protegerá.

—Nuestra Señora entenderá que no puedes salir este año —intervino su padre aliándose con el marido, sin demasiadas esperanzas de convencer a la joven, que enseguida se defendió.

—Pero si se camina muy lento...

—Cuanto más lento, más pesado se hace —aseguró Eloy con el mismo convencimiento que su suegro de que sus esfuerzos resultarían inútiles—. Acabarás agotada. Deberías pensarlo bien. —Y añadió como último recurso—: Podríamos verla desde el balcón de mi oficina. Pasa justo por debajo.

Pero no hubo forma, Maruja acompañaría a la Virgen de Esteiro dijeran lo que dijeran don Guillermo y Eloy. Y ambos tendrían que acompañarla.

—No os preocupéis, estoy muy bien —les dijo cuando iban a salir del zaguán—. Pero, si os quedáis más tranquilos, os prometo que guardaré cama toda la semana que viene.

Y empezó su Estación de Penitencia en cuanto puso un pie en la calle, en el más absoluto recogimiento.

Cuando era pequeña, los cofrades le infundían una admiración sin límites, tan altos que podrían tocar las nubes. Le hubiera encantado tener su estatura, vestir sus hábitos de lana negros, abotonados desde el cuello a los pies, cubrirse con el capuz y la capa blancos, llevar un velón encendido y calzarse sus zapatos con hebillas de acero.

Le fascinaba el olor de la cera quemada escurriendo por sus guantes inmaculados, el silencio de sus ojos tras las ranuras de los capirotos, el aire que se metía entre sus capas para ahuecarlas y la parsimonia de los pies, que resonaban apagados sobre los adoquines, más que como pisadas, como el arrastre de la penitencia que estaban pagando.

En una ocasión, mientras su madre vestía a la Virgen con sus enaguas, sus túnicas y sus mantos bordados en oro, la había escandalizado con aquella ocurrencia.

—¡No vuelvas a decir eso! ¡Enfadarás a Nuestra Señora!

—¿Por qué?

—Porque las cosas de hombres son de hombres.

—¿Por qué?

—Porque lo son. Por eso y por nada más.

Ni que decir tiene que volvió a preguntar, que obtuvo la misma respuesta y que acabó por entenderlo, pero también que, en cuanto tuvo edad suficiente, se vistió de mantilla y procesionó detrás de las autoridades, con un velón encendido enrollado en un rosario de nácar. Igual que hizo aquel jueves, pese a las protestas de su padre y de su esposo.

Cinco días después supo con certeza que la Virgen la había protegido. Tras comprobarlo en el cuarto de baño, volvió a su dormitorio, se coló en la cama de Eloy y le despertó besándole en la cara.

—Ya podemos decírselo a todo el mundo.

Eloy se restregó los ojos sin entenderla.

—¿Qué quieres decirle a todo el mundo?

—Hoy cumplo los dos meses. Ya no hay duda. Vayamos a Cobas a decírselo a tus padres.

—Prometiste que guardarías reposo una semana.

—¿Y qué cambian cinco días por una semana?

—Cambia que lo prometiste. Las promesas han de cumplirse.

—¿Tú siempre las cumples?

Eloy la echó a un lado y se quedó pensativo.

—Lo procuro.

—Procurar no es cumplir. Se queda a las puertas.

Entonces él se levantó y, sin decir nada, empezó a vestirse para marcharse al trabajo, concentrado en sí mismo.

Maruja le siguió hasta el galán de noche, esperó a que se colocase el chaleco y luego cogió la chaqueta para ayudarle a ponérsela.

—¿Dije algo que te molestó?

Todavía no había hecho ningún comentario sobre los dos meses cumplidos de embarazo. A Maruja le hubiera gustado zarandearle y decirle que ésa no era forma de reaccionar. Pero pensó en lo que le habría dicho su madre: no sepas, no veas, no escuches, no digas. Y le alisó los hombros de la americana.

Cuando estuvo listo, le arregló la pajarita, le siguió hasta la puerta y le deseó un buen día. Sólo entonces él volvió de sus pensamientos y le dio un beso en la frente.

—Pasaré a recogerte esta tarde a las cinco. Iremos a Cobas. Mis padres se alegrarán muchísimo.

Mientras conducía hacia la aldea, Eloy se mantuvo tan callado como al vestirse por la mañana, ensimismado en sus pensamientos, sin prestar atención a su mujer. Aún no había asumido que iba a ser padre, le agobiaba la responsabilidad y la atadura que suponía la vida de casado, en la que no conseguía sentirse cómodo.

Ni siquiera había creído a Maruja cuando le anunció el embarazo. No supo reaccionar. Estaba completamente seguro de que lo fingió para llamar su atención. Había salido demasiado consternado de casa de su prima y no había tenido valor para mirarla con la imagen de Elisa todavía grabada en la retina.

El embarazo no podía ser cierto, había cumplido con ella casi todas las noches, pero nunca había llegado al final.

Hasta que le quitó la llave del bargueño y empezaron con los juegos, ejerció su función de esposo para terminar cuanto antes, sin más objetivo que el de no humillar a Maruja. Pero lo cierto era que la vivía como una obligación que no podía eludir y que la disfrazaba de cariño para hacer feliz a su esposa. Se lo debía a ella y se lo debía a Elisa. Las promesas han de cumplirse. Por eso, cuando aquella mañana le dijo a Maruja que él lo procuraba, se dio cuenta de que, sin haberlo advertido, se habían vuelto las tornas: era ella la que intentaba hacerle feliz a él.

Su esposa tenía razón: procurar es quedarse a las puertas, empeñarse en salvar un escollo sin conseguirlo. Y la felicidad no puede nacer de un empeño, ha de surgir libremente, encontrar la manera de acomodarse en su cauce y fluir.

Eloy no podría explicarlo, pero vivía en un contrasentido permanente. Maruja parecía estar siempre risueña, él no necesitaba esforzarse en conseguirlo, le brotaba la alegría de una forma natural, y lo hacía hasta tal punto que él sentía que la felicidad de su mujer le liberaba a él de la promesa que le hizo a Elisa, porque no era necesaria. Más bien al contrario, porque era él, y no ella, quien necesitaba que le hicieran feliz.

Se equivocó en los términos, como en otras ocasiones, y faltaría a su palabra nuevamente.

Él, que en sus empresas sólo tenía que estrechar la mano del otro para sellar un acuerdo. Un hombre fiable que se había ganado la confianza de todos los que le habían tratado, y cuyo apretón de manos valía tanto como cualquier firma en un documento oficial.

El hijo con estudios de un pescadero, que había logrado que en casi todos los círculos le viesan como al señor de que iba vestido, y que ahora pertenecía a una de las mejores familias de La Magdalena.

El perfecto hombre de negocios, el cumplidor, el honrado del que nadie dudaba, el íntegro, el honorable don Eloy no podía mantener su palabra y le había trasladado la necesidad a la persona con la que debería cumplirla.

De camino a Cobas, Maruja le miraba de vez en cuando; probablemente buscando el momento de romper el silencio, pero sin encontrarlo o sin atreverse.

No quería sentir lástima por ella, sería injusto y mezquino. Demasiados esfuerzos para conseguir nada más que un sentimiento que la dejaría indefensa y expuesta. Había apostado por segunda vez a un número erróneo, pero tenía que ganar. Había cumplido con su trabajo y se merecía el triunfo. Dejaría que Maruja le hiciera feliz.

Era una tarde espléndida, Eloy había descapotado el coche al salir de la ciudad. Maruja llevaba un sombrero ajustado, a la última moda, con una pequeña visera que sólo servía de adorno.

—¿Te molesta el sol? ¿Quieres que suba la capota? —le preguntó rozándole una pierna mientras cambiaba de marcha.

Ella le devolvió la caricia colocándole el pelo alborotado por el aire, como si le estuviera peinando con los dedos.

—No me gusta que me cuiden. ¿No te diste cuenta aún?

Acababan de pasar el cruce de caminos entre la playa de Ponzos y la cuesta de Covarradeiras. Unos pocos metros más y se distinguiría la casa de Elisa. Eloy se mantuvo atento a la carretera y enfiló hacia el cabo Prior. Tampoco miró al pasar por la casa de las cocheras que alquiló el minero, ni hacia la quincallería. No desviaría la mirada ni se detendría hasta atravesar el pueblo y divisar su casa cerca del faro. Sin embargo, al llegar a la altura de la parroquia, se encontró con un corrillo de gente que interrumpía el paso y apagó el motor.

—¡Por santa Comba bendita, dejad que corra el aire! —Escuchó una voz que identificó de inmediato con la de Rosalía—. ¡Aquí no tenéis nada que hacer ni que mirar!

Pero el gentío no se apartaba. Eloy alargó el cuello y distinguió la espalda del poncho del tío Manuel, que se encontraba de rodillas en medio del corro.

—¡La niña no rompe a llorar! —le dijo una aldeana a otra mientras estiraban también el cuello.

—¡Qué va a romper!

—¡Otra que no es de este mundo!

—¿Tú viste cómo la parió la madre?

—¡No había de verlo! ¡Si casi se le cae la criatura!

—¡Qué cosa! ¡Aquí, en el mismo medio de la calle! ¡Sin un aviso ni nada!

—¡Que no son de este mundo! ¿No te lo vengo diciendo desde siempre? ¡Pues ahí lo tienes! ¿Tú viste algún crío que no naciera con los ojos cerrados?

Maruja se había bajado del automóvil y se había abierto paso hasta la primera fila. Conocía a Rosalía de coincidir en la fonda y recordaba haber visto a Sabela bailando en la verbena, aunque nunca habían hablado. La joven estaba medio tumbada en un charco de sangre, con las piernas flexionadas y abiertas, tapadas por las faldas.

—Tenemos el coche aquí mismo —le dijo a la *leiteira* señalando hacia atrás—, súbanla. Hay que llevarla a la casa de socorro de inmediato.

El tío Manuel la recogió del suelo y, a base de codazos, obligó a los curiosos a que le hicieran un pasillo hasta el coche, donde se acomodó en el asiento trasero acurrucando a Sabela.

—¡Vamos! —le dijo a Eloy con su pronunciación gutural cuando su cuñada se sentó a su lado.

—¿A Ferrol? —Se extrañó Eloy todavía sin reponerse.

—¿A... dónde... crees...? ¡Vamos!

Sabela le miró sin reconocerle, ausente y sin fuerzas, preguntando una y otra vez si la niña lloraba. Rosalía, a su lado, intentó tranquilizarla, igual que había hecho con Mateo cuando ella nació.

—Llorará, no sufras, todos lo hacemos tarde o temprano, ¿verdad, cativa?

Sólo entonces reparó Eloy en que la abuela llevaba a su nieta envuelta en una toca.

—¡Vamos! ¿A qué esperas?

Maruja subió la capota del coche y tocó la bocina para que la gente se apartase, mientras Eloy accionaba la manivela que encendía el motor y trataba de maniobrar para cambiar de sentido.

Media hora después Sabela y su hija eran atendidas en la casa de socorro de Esteiro, mientras los demás aguardaban noticias en un pasillo con grandes ventanales que daban a un patio. Frente a las ventanas, contra la pared, se disponían varios bancos corridos de madera, vacíos en aquel momento.

El tío Manuel empezó a dar zancadas de un extremo al otro del corredor, y Rosalía, Maruja y Eloy se sentaron en uno de los bancos, la *leiteira* retorciéndose las manos sin parar, pellizcándose los dedos con las uñas sin darse cuenta de que se estaba haciendo daño, y Maruja con la cabeza apoyada en el hombro de su esposo, que se levantaba cada vez que oía el abrir o cerrar de una puerta.

—Están bien las dos —le informó el doctor a Rosalía al cabo de una hora, después de pedirle que le acompañase a una sala de espera—. No se preocupe. A la madre le hemos tenido que hacer un legrado de urgencia. Lo siento, señora, la placenta se había adherido al útero y hemos tenido que actuar.

—¿La dejaron vacía?

—Me temo que sí.

—¿Y la niña? ¿Lloró?

—No, señora, ni llorará hasta que tenga uso de razón y le hagan un daño que entienda. Ahora no llora porque no sufre. Es el primer caso que veo, a excepción de en los manuales. Su hija y su nieta no sienten el dolor físico. Al menos no como los demás. Su umbral es tan alto que no les sirve de alarma. ¿Su hija no ha sufrido nunca un percance?

—¿Dice usted que tienen un umbral?

El doctor le puso la mano en un hombro y le hizo un gesto para que se mirase las manos. Se había pellizcado tan fuerte que acabó con los dedos llenos de sangre.

—Yo diría que lo han heredado de usted.

Elisa se encontraba en la habitación de los gemelos, dándole la toma de la noche a Juan Ignacio, cuando entró la doncella de doña Josefa y le dijo que su madre estaba en la puerta de servicio.

—¡Anda, ve! Pero que no se entere nadie, ya sabes que a la señora no le gusta que tengamos visita, y menos a estas horas.

Rosalía llevaba un fardo en los brazos que Elisa tardó unos segundos en identificar como un recién nacido.

—¡Madre! ¿Qué pasó? ¿Quién es ese *nenó*?

—Necesita comer y su madre no puede darle. Pensé que tú..., a lo mejor...

La joven le pidió a la *leiteira* que la siguiera a su dormitorio enseguida, si el niño se ponía a llorar despertaría a doña Josefa y montaría un escándalo.

Jovita estaba dormida en su cuna, le tocaba pronto su última toma, pero Elisa a veces se la saltaba y la dejaba dormir. Dicen que el sueño también alimenta, y la niña se estaba criando muy bien.

La nodriza se desabrochó las chorreras de su uniforme y le pidió a su madre que le entregase a la criatura. Cuanto antes terminasen, menos probabilidades de que doña Josefa se enterase e irrumpiera en su habitación hecha una furia.

Tenía los puños cerrados, pero no lloraba. Se parecía tanto a su propia hija que Elisa no tuvo que preguntar quién era la madre.

—Debí imaginarlo en cuanto la vi a usted en la puerta —le dijo a Rosalía mientras se la acercaba al pecho.

La *leiteira* se había sentado en el borde del catre, sorprendida de que la joven no le pidiera explicaciones.

—¿No te importa? —le dijo retorciéndose las manos como en la casa de socorro.

La pequeña se agarró al pezón y empezó a tragar. Parecía un animalillo frágil y asustadizo. Le habían puesto un refajo que le cubría completamente el tronco del cuerpo, apretado como una venda, de modo que sólo podía mover las piernas y un brazo, el otro se lo había acomodado Elisa debajo de su axila. Con las prisas, no había cogido el pañuelo para taparse, y el bebé le estaba dando pellizquitos con los dedos de la mano que le quedaba libre. Tenía el pelo tan rubio que parecía transparente, y los ojos del mismo azul que los de Martín.

Rosalía la miró como si supiese lo que estaba pensando. Había dejado en el aire una pregunta que Elisa no necesitaba responder, ¡cómo no le iba a importar! Nunca hubiera imaginado que tendría a sus pechos a aquella criatura, y no podía negar que le producía sentimientos contradictorios. Por un lado, la ternura infinita de su boca al mamar, el olor, la piel, sus deditos queriendo pellizcarla. Por el otro, los recuerdos que inevitablemente le devolvía la memoria.

Si su madre le hubiera dicho de quién se trataba, no sabía si le habría pedido que pasase y se habría desabrochado la blusa con tanta urgencia.

Pero la criatura no tenía la culpa de cómo la trajeron sus padres al mundo. Jamás le haría pagar el pecado de otros. Y por si fuera poca razón, ella era nodriza, no podía negarle lo que le daba la vida.

Se la había puesto en el mismo pecho en que había terminado de darle a Juan Ignacio, medio vacío cuando se la arrimó, así es que decidió cambiársela al otro.

Le extrañó que tuviera los ojos tan avispados. Jovita había tardado casi diez días en abrirlos, y mucho más en fijar la mirada, pero los suyos parecían hablar, despiertos y curiosos. Tenía la cabecita tan redonda que se diría que no había sufrido al nacer. Aún le quedaban algunos restos de meconio en la fontanela, que Elisa trató de limpiarle mojándose los dedos con saliva.

—Es una nena —le aclaró su madre al verla hacer un gesto que ella misma había hecho con sus hijas.

—¿Dónde está mi hermana? ¿Está bien? ¿No parió en Cobas?

—Rompió aguas cuando iba a entregar unas telas, y no nos dio tiempo de llegar a casa. Pobriña, no sé qué hubiera pasado si no llega a estar cerca Eloy con el coche.

—¿Sabela está con Eloy?

—Su mujer es una santa, tenías razón. Se quedó con ella para que yo pudiera traerte a la niña. Él me trajo en el coche. Abajo se quedó esperándome.

—¿Y mi hermana? ¿Por qué no le dio los calostros a la niña?

—Ni aun quiso arrimársela. Es que..., verás...

Rosalía temía su reacción ante lo que le iba a contar y esperó a que la joven quisiera saber qué estaba pasando, pero, viendo que no preguntaba, se decidió a seguir:

—Verás..., *miña cativa*..., ya te diste cuenta de que la niña no llora. Dice el médico que es una herencia que yo les pasé a su madre y a ella. Y... si lo dice él..., así será..., porque yo casi no tuve dolor en los partos... Pero ¿quién va a creerse eso en el pueblo? En fin..., qué decirte... Tu hermana no quiere que la niña pase lo mismo que ella. Ni en cogerla consiente, para que no le conozca el olor. Y dice que si tú...

La *leiteira* se calló y miró a su hija para que la propia Elisa completase la frase que ella no se atrevía a terminar.

Entonces fue cuando le contó que Martín había mandado un cheque que llegó esa misma mañana, y que ya no tendría que seguir viviendo en casa ajena.

—Por lo menos hay para un año de alquiler, si no más. Podrás vivir sola con Jovita y...

En ese momento la joven sintió una subida de leche en el pecho del que estaba mamando su sobrina. Pero en esta ocasión no sintió que ella era la marea ni la madre tierra, ni el olor de su leche se mezcló con el de la niña.

No podía aceptar. Su madre tenía que entenderlo. Ella no era la solución.

—¿Por qué no lo alquila Sabela con su hija? Ese dinero le vale tanto a ella como a mí.

—¿Y crees que las malas lenguas no la perseguirán? No, *cativa*, cuando cogen una presa ya no la sueltan. Y con esta nena apretarán bien las mandíbulas. Sabela dice que si tú podrías... Aunque fuese sólo al principio... Hasta que se olviden un poco...

—Lo siento, madre, no puede ser. —Y se retiró a la niña para devolvérsela a su abuela—. Yo ya alimento a dos *nenos*, no me dará para uno más.

—¿Y mañana en la mañana? ¿Puedo traértela? Por favor...

—Aquí no. ¿Dónde se quedarán esta noche?

—En la fonda de Eloy.

—Yo iré allí.

A la mañana siguiente, después de darle la primera toma a Juan Ignacio, le pidió a la doncella que la cubriera ante doña Josefa para escaparse durante una hora.

—Volveré antes de que se despierte.

—¿Y si no llegas a tiempo? Me meterás en un lío si pregunta por ti.

—Dile que a la nena le dolían los oídos y la llevé al médico.

La doncella continuó protestando hasta que Elisa salió por la puerta empujando el carrito de Jovita.

En menos de un cuarto de hora ya estaba llamando a la puerta de la posada del Patín.

No habían pasado dos meses desde que se marchó del hostel, pero se le antojó una vida. Y realmente lo era: la vida de su pequeña. Ya no concebía el mundo sin ella. Era como si Jovita hubiera existido siempre, como si la conociera desde mucho antes de que naciese y nada tuviera sentido sino verla crecer: que cogiera peso, que empezase a sonreír, que se mirase las manos, que se durmiese tranquila cuando ella le cantaba una nana.

Mientras esperaba que le abriesen la puerta, como por instinto, levantó la cabeza para mirar hacia la habitación del primer piso, donde había dado a luz, y allí, en la ventana desde donde se había asomado tantas veces, se cruzó con la mirada de Sabela.

Las dos hermanas permanecieron mirándose durante unos segundos; Sabela tenía los ojos hinchados, apagados y tristes, como si hubiera llorado todo lo que su hija no había sabido. Tenía la frente apoyada en el cristal, debía de llevar un rato así, porque a Elisa le dio la impresión de que la estaba esperando, apurando las fuerzas que le quedaban.

Sabela miró el cochecito donde se adivinaba la hija de su hermana, dormidita y tranquila, luego se tapó la cara con las manos y se dejó caer.

Amelia acababa de abrir la puerta de la posada. Elisa le pidió que se encargase de su ahijada y subió las escaleras en dirección a su antiguo cuarto. Tenía que hablar con Sabela, preguntarle por qué había decidido que no podría proteger a su hija. Sabía de sobra a qué tendría que enfrentarse, y a lo conocido se le puede vencer. Los tiempos estaban cambiando, no podía separarse de la niña por miedo a los dimes y diretes del pueblo.

Pero antes de que pudiese tocar la puerta con los nudillos, su madre salió de la habitación contigua con la pequeña en brazos.

—¿Adónde vas? Es aquí.

—Tengo que hablar con Sabela, madre.

—Tu hermana no quiere hablar más de lo que habló. ¡Déjala! Ya sufrió bastante.

—Pero... esto es una locura.

—Locura o no, ella no cambiará de parecer, y no quiere que nadie intente convencerla.

¿Acaso crees que no lo intenté yo?

—A mí me escuchará.

—No quiere ver a nadie.

—No lo entiendo. A Sabela no la trataron bien, pero...

—¿Sabes lo que dijeron algunas de este angelito cuando la vieron nacer? Que por sus venas corre el Maligno, que le invocó Sabela en el bosque, bailando alrededor de una hoguera para que la fecundase.

Elisa la miró espantada.

—Entonces..., lo de Martín...

—Dicen que él también estaba en la ceremonia, y que se mezclaron las semillas del uno y del otro.

Elisa no salía de su estupor, su madre había bajado el tono hasta hacerse casi inaudible, como si creyese en lo que estaba diciendo y no quisiera que nadie más la escuchara.

—¿Y la playa...?

—Lo de la playa vino luego. Los vieron allí y se sacaron la historia del fuego quién sabe por qué. Había luna llena y los perros aullaron aquella noche como asustados, digo yo que será por eso.

—¿Y usted qué cree, madre?

—¿Que qué creo yo?, que nació con los ojos abiertos como platos, que no puede llorar y que nadie creerá lo que nos dijo el doctor. ¡Qué voy a creer, cativa! No te ofendas, pero la nena es igualita que tu Martín. Con los supersticiosos no hay nada que hacer; digamos lo que digamos, a la niña la van a marcar como marcaron a la madre, pero con lo otro... Piénsalo bien, ¿quién diría que tú te harías cargo de ella si sospecharas que es de tu marido?

—Todos, madre. Hace tiempo que me tienen por consentidora. Pero no se preocupe usted, lo que no consentiré es que condenen a la niña a un infierno.

Esa misma mañana se despidió de casa de doña Josefa y alquiló un piso con el dinero que había enviado Martín.

El piso del puerto tenía un pequeño recibidor, dos dormitorios y un cuartito de estar amueblados con lo imprescindible: un par de catres, un armario, una mesa con brasero, un par de sillas y un aparador con hornacinas de celosías. Lo alquiló la *leiteira* mientras Elisa se despedía de la casa de doña Josefa, quien le permitió conservar la cuna de Jovita y el carro de capota. En la primera seguiría durmiendo su hija y en el cochecito instalaría a la recién nacida.

Amelia la ayudó a trasladar sus cosas, y Rosalía esperó en la posada del Patín con la niña de Sabela hasta que le mandaron recado de que ya podía llevarla al puerto.

—¿Pensó Sabela un nombre? —le había preguntado Elisa a su madre cuando le dio de mamar en la fonda.

—Dice que la bauticemos como Manuela, en honor de tu tío.

Sabela se marchó de la fonda antes de que Elisa terminase de darle de mamar a la pequeña, sin haberla rozado ni una sola vez.

Eloy la llevó a Cobas en su coche, en la misma posición que llegó a la casa de socorro, acurrucada en los brazos del tío Manuel.

Elisa no llegó a ver de cerca a ninguno de los dos. A su tío porque no se había separado de Sabela un momento, y a Eloy porque no salió de su oficina hasta que el encargado le avisó para que pusiera el coche en la puerta, pues la recién parida estaba lista para el viaje.

Al oír el motor, la nodriza se acercó al ventanal con la niña en el pecho. Eloy estaba sujetando la puerta abierta del automóvil, y el tío Manuel salió del hostel con Sabela en brazos. Ella se retiró antes de que pudieran levantar la vista hacia la ventana. Pero estaba segura de que lo habían hecho los tres.

La mañana no podía haber sido más triste. Pero había que reaccionar, no fuera a ser que se le agriara la leche. A las dos niñas les tocaba la toma cuando Amelia y ella llegaron al puerto con Jovita. Había comprado una aceitera y un cuartillo de sal y los había puesto en el aparador.

—Lo primero es lo primero. Todo irá suave como el aceite y no me faltará un salario —dijo mirando a su madre, que sonrió por primera vez desde que llegó—, y ahora, nos vamos a tomar una taza de vino, que dicen que es bueno para la crianza, y vamos a brindar por Manuela.

—¡Eso —añadió Amelia sacando las tazas de un cesto—, que no ha llegado al mundo para ver caras tristes!

Elisa había dejado a las dos niñas encima de su cama, Manuela seguía con el refajo, tan tiesa como una vara, pero sin dejar de mover las piernas.

—De momento —dijo Elisa quitándole el vendaje—, ¡esto, fuera!

Después la vistió con un faldón de Jovita que había cosido ella misma en sus ratos libres, y volvió a dejarla junto a su hija. Manuela abultaba casi lo mismo que Jovita y los faldones

eran muy similares.

—¡Míralas! —dijo la camarera al verlas juntas—. ¡Si parecen hermanas!

Rosalía y Elisa se miraron sin saber qué decir, cada una pendiente de la reacción de la otra, pero Elisa levantó su taza de vino y se echó a reír.

—¡No lo parecen, lo son: primas hermanas!

En aquel momento Elisa decidió que no volvería a pensar en quién sería el padre de la pequeña; al fin y al cabo, fuera quien fuese, estaba desaparecido como el de Jovita, por muchas cartas que escribiera.

Ese mismo día bautizaron a Manuela en la parroquia de San Julián, con Amelia como madrina, tan agradecida y tan emocionada como en el bautizo de Jovita. Rosalía y Amelia se marcharon a la salida de la iglesia y Elisa regresó al piso del puerto, sola con las niñas por primera vez.

Si antes no resultaban suficientes las horas del día, ahora volvería a necesitar las de la noche. Otra vez el cansancio y el no dormir, las caminatas de ida y vuelta desde su casa a la de doña Josefa, los cálculos para que no se le vaciaran los pechos y los niños no se quedasen con hambre, más gases, más pañales, más ropita que lavar. Pero también otra vez la sensación de plenitud cada vez que se desabrochase la blusa.

Con el fin de que pudiese cumplir el acuerdo con doña Josefa, Eloy le dio permiso a la mujer de su encargado para dejar la fonda y quedarse con las pequeñas mientras ella le daba las tomas a Juan Ignacio.

La madrina no veía el momento de ir a cuidar a sus ahijadas, ni tampoco de despedirse cuando Elisa regresaba del trabajo.

—Pero yo no puedo pagarte —protestaba la joven cuando veía que se alargaban las horas y Amelia continuaba en su casa, ayudándola con la colada, la plancha, la cocina, el aseo de las niñas y a cargar con los cántaros desde la fuente para llenar las seras, que parecían vaciarse antes de haberse llenado.

—Ya me pagas dejando que quiera a estos dos angelitos. El dinero es lo de menos, viene y va como las sombras en un día de viento. Pero estas brujitas me dan la vida.

A Elisa se le erizó la piel. Amelia sabía el motivo que llevó a Sabela a separarse de su hija. No podía consentir que en su propia casa se pronunciase esa palabra, así es que miró a la madrina con un gesto de reproche.

—No las llares así, son criaturas inocentes y limpias. —Y añadió de inmediato, al advertir su error—: Lo siento, perdóname, precisamente tú...

Y rompió a llorar como si ya no pudiese acumular un solo gramo más de tensión y de cansancio.

—Llora, mujer, suelta todo lo oscuro que llevas. Todo pasará. Nunca llovió que no escampase.

Aquella noche lloró hasta quedarse dormida. Amelia se acostó en la cama de al lado y controló el sueño de las niñas hasta la mañana siguiente, levantándose a cada rato para comprobar que respiraban, como si fuera una madre.

—Rodolfo te echará de casa —le dijo Elisa al ver que había pasado la noche en el piso.

—¿Te crees que no sabe que me encantaría? Hoy mismo le digo que se vaya acostumbrando. No puedes quedarte sola con las dos.

—Claro que sí, me basto y me sobro.

Pero por mucho que insistió en que ella podía con todo, Amelia empezó a quedarse al menos una vez a la semana en la cama de al lado, para que ella pudiera descansar.

Rosalía ya no las visitaba con la misma frecuencia que antes, pero, cuando lo hacía, les llevaba productos del campo y una olla de pote que sólo tenían que calentar.

Aquella primavera fue la más soleada que recordaba haber vivido Elisa. Mientras cupieron las dos niñas en el cochecito, siempre que podía, las metía a las dos y las sacaba a que les diera el aire a la plaza de Armas. Y luego, cuando el espacio se hizo insuficiente, se ataba a Jovita a la espalda con su toca y llevaba a Manuela en el carro.

Si alguna vez le preguntaban si eran hermanas, ella contestaba que sí, mellizas, un caso extraño de la naturaleza, primero nació una y a los casi dos meses la otra. Y continuaba su camino sin importarle los comentarios que provocaba. Es más, riéndose por dentro y fomentando la confusión.

El día 10 de julio, con dos meses de adelanto sobre la fecha prevista, nació el tercer hijo de doña Josefa, Francisco de Borja, y ésta le pidió a la nodriza que cumpliera con lo pactado. Jovita cumpliría pronto cinco meses, Manuela tres y los gemelos siete; ya los podía destetar, de manera que le pidió a la madrina que se quedase una semana con sus ahijadas, para que ella pudiera alimentar al recién nacido de día y de noche, hasta que regulara sus tomas y pudiera volver a casa.

—Puedo venir tres veces al día y dejarle un biberón por si le hace falta entre horas —le dijo a doña Josefa cuando llegó el momento—. Usted dirá. Otra cosa no puede ser.

Y doña Josefa dijo que sí. Protestó como era previsible, no habría sido ella si no hubiese puesto el grito en el cielo, pero el bebé era un bendito que sólo estaba despierto cuando mamaba, y no había otra nodriza en Ferrol como la que ella había tenido la suerte de encontrar.

Los primeros meses del recién nacido fueron los más tranquilos para Elisa desde hacía tiempo. Las niñas empezaron a tomar algunas comidas sólidas que les preparaba Amelia, y las idas y venidas de La Magdalena le servían como un paseo para relajarse y disfrutar después con la lactancia de Francisco. Aunque seguía dándoles una toma a Jovita y a Manuela antes de acostarlas, alimentar a un único niño de pecho era un verdadero regalo. Además, su situación económica empezó a mejorar: Martín le enviaba regularmente dinero a través de Rosalía, que sumado al sueldo de doña Josefa, le daba para vivir y hasta para ahorrar una parte, con vistas a comprar una casa mayor y más cómoda.

A veces, cuando se quedaba sola por las noches y se metía en la cama, con los ruidos del puerto de fondo, pensaba en qué harían los suyos: ¿dónde estaría Martín?, ¿qué sentiría Sabela?, ¿sería feliz Eloy?, ¿y el tío Manuel?, ¿por qué no fue nunca a verla a Ferrol?, ¿por qué su madre no la visitaba cada domingo, como hacía antes? Y así, una noche detrás de otra, hasta que la vencían el cansancio y el sueño.

A mediados del verano, empezó a tener la sensación de que alguien la seguía cuando salía a pasear con las pequeñas, o cuando iba a trabajar a casa de doña Josefa.

Al principio pensó que se trataba de Eloy, que no se atrevía a acercarse, pero en una ocasión, al girar la cabeza para comprobarlo, creyó ver al compañero de la mina de su esposo, Guzmán el Asturiano, y le pareció que se escondía detrás de un soportal. La joven aminoró el ritmo y continuó paseando. Después de unos minutos se giró de repente para no darle tiempo a ocultarse, pero el Asturiano no estaba allí.

Durante varias semanas se mantuvo en alerta cada vez que ponía un pie en la calle y no dejó de tener la sensación de que el minero la observaba. Una especie de cosquilleo en la nuca que se apagaba cuando se giraba para sorprenderle.

Hacia finales de agosto ya no tenía ninguna duda: Guzmán controlaba cada una de sus salidas y entradas de la casa.

—¿Me vigilas por orden de Martín, o es cosa tuya?

—Dice que no contestas sus cartas.

—¿Y qué más dice? ¿Que te dediques a olisquear como una alimaña?, ¿o que seas un cobarde que ha de esconderse de mí como él?

—Sólo me ha dicho que no le contestas.

—¿Y averiguaste ya el porqué? ¿O seguirás olfateando?

—Lo siento, Elisa, me pidió el favor.

—¿Sí? ¡Pues ahora te lo pediré yo: deja de seguirme o llamaré a los civiles! Seguro que alguna cuenta tienes pendiente con ellos.

El Asturiano trabajaba como estibador a destajo, Martín había acudido a él a la desesperada y, casualmente, unos días después de recibir unas letras suyas pidiéndole ayuda, mientras aseguraba las grúas para la descarga de un contenedor, había visto a Elisa salir de un edificio de viviendas en alquiler y, al cabo de una hora, la vio regresar. Al día siguiente empezó a seguirla, pero no en cada paso que daba, como suponía la joven, sino cuando su trabajo en el puerto se lo permitía.

La tarde en que le sorprendió cerca de los soportales fue otra casualidad, pues no la estaba siguiendo, él no se permitía un descuido. Ahora, sin embargo, había querido hacerse el encontradizo.

Elisa había dejado a Jovita y a Manuela en el suelo de la plaza junto a las arquetas de la fuente de Churruca, y él se había ocultado detrás, con la intención de salir de repente para sorprenderla. Pero la mujer del minero era más larga de lo que él recordaba, empezó a rodear las arquetas haciéndose la distraída y, cuando le tuvo junto a las niñas, le abordó sin contemplaciones. Le había descubierto al salir del portal con el cochecito y le llevó hasta la plaza de Armas a propósito. Allí no tenía dónde esconderse más que detrás de los caños.

Hacía calor, un bochorno de finales de agosto que se pegaba a las ropas, agudizado por una corriente de aire procedente del sur que llevaba azotando unos días todo el país y no acababa de disolverse.

Elisa vestía falda oscura y camisa blanca de chorreras, similar al uniforme de nodriza que ya no usaba nunca. Les había puesto a Jovita y Manuela unos faldones parecidos, con los bracitos y las piernas al aire. Ya se sujetaban sentadas y, mientras ellos hablaban, parecían comunicarse entre sí, en un lenguaje de signos y balbuceos.

—Son preciosas —dijo el Asturiano. Y luego añadió para darle a entender a la joven que tenía más información que la que insinuó al principio—: Has hecho muy bien en crear la confusión. Los rumores tienen las patas muy largas. Las mentiras, no tanto.

Elisa le entendió muy bien. No era necesario abundar en lo que debía de saber todo el mundo, pese a sus intentos de distraer la atención. Estaba claro que nadie podría creer su

historia de las mellizas y que, al igual que su aldea, Ferrol tampoco sabía mantener los secretos.

—¿Qué sabe Martín?

—Lo que quería saber.

—¿Y?

—La mayor es suya. La otra, no.

—¡Claro está! ¿Cómo iba a admitirlo?

—Él no fue. Me ha dicho que leas sus cartas.

—¿Y cómo sabe que no las leí?

—Las habrías contestado.

—Fueron todas al fuego.

—Has de creerle, Elisa.

—¿Y por qué no me lo pide de propia voz?

—En cuanto pueda, lo hará.

—Pues dile que se busque una frase que yo no escuchase ya de mi hermana.

La joven metió a su sobrina en el carrito, se colocó a Jovita a la espalda y se marchó de la plaza. Sabía que su marido negaría su aventura con Sabela, los deslices no se confiesan, mejor mantener la mentira que una humillación que no puede recomponerse. Sabía que mentía. Lo sabía. ¡Las mismas palabras de Sabela! ¡Ahora estaba más que segura! ¡Cómo no estarlo! Si alguna vez le cupo una duda, ya no había lugar. Los dos lo habían acordado así. Ni la una ni el otro lo admitirían nunca. ¿Cuántos niños habrían crecido con un padre que no era el suyo? ¿Cuántos no sabrían nunca el apellido que deberían llevar detrás de su nombre? ¿Cuántos vivirían en una mentira toda la vida? ¿Cuántos más que la hija de Sabela y de Martín?

Aquella noche volvió a soñar con el barco de papel que se deshacía envuelto en llamas. ¡Santa Comba bendita, ayúdame a no ver nunca en Manuela a mi marido! ¡Ayúdame a verla siempre como la criatura inocente que es!

—¿Dormiste algo? —le preguntó Amelia en cuanto la vio a la mañana siguiente—. ¿Están bien las niñas?

—Creo que se me cortó la leche. Anoche no pude darles la toma. Durmieron bastante intranquilas.

—Pues ya te volvió —dijo la camarera señalándole la blusa, donde se le habían formado dos cercos blanquecinos y húmedos—. ¡Anda y ve donde doña Josefa! ¡Pero cámbiate la camisa y límpiate esos ojos pitañosos, que vas a asustar al pequeñín!

—Hoy no puedo, madrina. Acércate y dile a la señora que busque a la otra ama de cría.

—¿Y que te despida en un santiamén? ¡Ya lo creo que vas!

—Es que... la leche se me agrió. Lo noto. Y no puedo con mi alma, necesito dormir algo.

Amelia se acercó a ella, le cogió la blusa por el cerco y aspiró.

—Dulce como la miel de romero, ¡anda, cámbiate y ve a hacer tu trabajo! ¡Aquí no se amarga ni la leche ni nadie! ¡Ya te echarás una cabezadita a la vuelta!

Y la miró igual que si supiera que había pasado la noche en medio del oleaje, intentando no hundirse, agarrándose al barco medio deshecho para no irse hacia el fondo.

La pesadilla se repitió varias noches seguidas. Algunas veces, entre las llamas aparecía Guzmán, que intentaba apagar el fuego soplando con la boca, como si se tratase de las velas de una tarta.

Hasta que soñó con el amigo de su marido no se dio cuenta de que se acercaba la fecha en que cumpliría veinte años. O quizá fuese al revés, quizá había pensado en ello antes de dormirse y había mezclado las cosas en sueños.

El cumpleaños anterior lo había pasado en el pazo de las Cocheras, guardando reposo mientras todo el pueblo celebraba las fiestas de la Patrona. Martín quiso quedarse en casa para hacerle compañía, pero ella insistió en que se marchase al baile. Y su insistencia les había cambiado la vida a todos. La que le había tocado a ella tenía sus sombras y sus luces, pero no se atrevería a decir que las sombras contasen más. Sobre todo, si pensaba en las que le habían tocado a su hermana. En el fondo sentía lástima por ella. Rabia y lástima. Decepción y lástima. Porque sólo la compasión podía compensar el dolor.

Ella tenía a las niñas, cada día más bonitas y fuertes; a Amelia, a quien le sobraba corazón para mimarlas a todas, y al pequeño Francisco. Y también a Juan Ignacio, que le seguía echando los brazos cada vez que la veía aparecer, y a su gemelo Norberto, que no dejaba de llorar porque tenía un estómago muy delicado. Pero también el llanto de los niños es una bendición. ¡Pobre Sabela!

—¿Esperabas la visita? —le preguntó la madrina el penúltimo día de agosto, cuando llegó por la mañana temprano.

Elisa se había levantado con la intención de no pensar en la fecha. Era un día como cualquier otro del calendario. Se había puesto su falda y su blusa de siempre, se tomó un café con un picatoste y terminó de sobrehilar unos vestidos que les estaba cosiendo a las niñas para cuando dejasen los faldones.

Sin embargo, en contra de su costumbre, en lugar de la trenza en la que solía recogerse el pelo se había dejado la melena suelta, retirada de la cara con unos prendedores a los lados.

—Como te has arreglado tanto, pensé que esperabas la visita —insistió Amelia.

—¿Visita?

—Así se llama a los que vienen de fuera, ¿no?

—¿Cuándo tuve yo una visita? ¡Y menos a estas horas! A no ser que te refieras a mi madre. Pero hoy no es domingo. Y nunca viene tan de mañana.

—No. Tu madre no es. Pero tienes visita. Abajo se quedó esperándote, con un ramo de rosas que abulta más que yo.

Elisa bajó los peldaños de las escaleras de dos en dos. No podía ser él. Pero, si Guzmán la seguía desde antes de que ella le descubriese en los soportales y le había escrito dándole razón de dónde vivía, los tiempos casaban. Un mes para que la carta llegase a Cuba y otro para la travesía de su barco.

El corazón se le iba a salir por la boca, y el sudor le corría por todas partes. La ola de calor que estaba azotando el país aún no había remitido. La noche había sido un ir y venir de la cama a la sera para humedecer un pañuelo y ponérselo alrededor del cuello. Y la mañana había salido igual de calurosa, sin relente y sin un respiro.

Al llegar al último escalón, se detuvo para recuperar el aliento y colocarse la blusa. Otra vez se le había salido la leche. Se distribuyó las chorreras para que le taparan las manchas, se las sujetó con un alfiler y respiró hondo para atravesar el zaguán y situarse frente a la puerta cerrada.

Sólo quedaba abrir. Acercar la mano al pestillo y correr el cerrojo hacia un lado. Después, tirar de la abrazadera de hierro para batir el portón hacia dentro y decidirse a pisar el umbral.

El brazo se extendió solo hasta el picaporte, ignorando sus latidos, que debían de oírse desde el otro lado de la puerta, y la mano recorrió el pasador. Le temblaban los párpados, las piernas se le doblaban y respiraba tan deprisa que al aire no le daba tiempo a llegar a los pulmones.

El portal, en penumbra, guardaba todo el calor de los últimos días, húmedo y reconcentrado, asfixiante. La madera del portalón tenía unas pequeñas fisuras por donde se insinuaba la luz de la calle, a modo de advertencia sobre la temperatura que esperaba en el exterior, que seguiría subiendo conforme avanzasen las horas.

El sudor le resbalaba de la frente y le escocía en los ojos, la leche le había empapado la blusa y el corazón no quería callarse.

En el momento en que iba a tirar de la puerta hacia ella, sintió un dolor en el pecho que la obligó a detenerse.

¿Qué hacía corriendo hacia él? ¿Dónde estaba su orgullo? ¿Dónde la herida? ¿Qué impulso la había hecho bajar las escaleras con el corazón a lo loco?

No podía salir del portal. No podía ponerse delante de él sin evitar que la viera temblando fuera de sí, deseando echarse en sus brazos. ¿Cómo podría respetarse a sí misma después?

No. No podía. No podía.

Y echó a correr escaleras arriba.

Amelia la estaba esperando en el rellano, acodada en la barandilla. No se había movido de allí desde que Elisa empezó a bajar los escalones a pares.

—¡No quiero verle! —dijo respirando a duras penas mientras empujaba a su amiga hacia el recibidor y cerraba el piso con llave.

Una vez se sintió a salvo, apoyó la espalda contra la puerta e intentó respirar lentamente.

Hacia un rato que Jovita había empezado a quejarse dormida. Amelia la había oído desde el descansillo, debía de tener calor, igual que Manuela. Mientras Elisa intentaba tranquilizarse, la madrina fue al dormitorio de las niñas para refrescarles los brazos y las piernas con un paño húmedo. Manuela tenía los ojos abiertos, como si estuviese atenta a lo que estaba ocurriendo y lo quisiera entender. Amelia la refrescó igual que a su prima, les dio a chupar una especie de bolsa de tela del tamaño de la boca, con la que solía calmarlas — rellena de azúcar y terminada en un nudo grande para evitar el peligro de que se la tragasen— y regresó con Elisa, que continuaba apoyada en la puerta, con los brazos extendidos hacia atrás y las palmas de las manos abiertas contra la madera.

Aún no había conseguido dejar de temblar cuando sonaron unos pasos que subían y, después de un silencio en el que Elisa contuvo la respiración, unos golpes con el picaporte.

En ese momento recordó que no había echado el cerrojo de abajo. Elisa se apartó de la puerta, se llevó el dedo índice a los labios para que la madrina guardase silencio y susurró:

—¡No abras!

Las chorreras de la blusa se habían movido de su sitio y le habían dejado los cercos a la vista otra vez. Amelia se las colocó y, sin decir una palabra, le dio la vuelta a la llave y abrió.

Después la madrina se dirigió al cuarto donde dormían Jovita y Manuela, y dejó a Elisa paralizada, frente al ramo de rosas que abultaba más que ella.

—Son veinte. Más una por cada carta que no contestaste.

Se había quedado en el descansillo, dudando si entrar o esperar a que ella le invitase. Le temblaba la voz y sujetaba las flores rodeándolas con el brazo izquierdo, sin ofrecérselas, como si temiera que pudiese rechazarlas.

En la mano derecha llevaba el sombrero y el bastón, y le brillaba la cara empapada.

La joven le hizo una señal con la mano para que pasase al recibidor y la siguiera a la salita de estar, donde le ofreció una silla que él rechazó dándole las gracias.

Elisa se situó detrás de la mesa y permaneció también de pie, sorprendida por la calma que le producía verle temblar, más nervioso que ella.

Él se mantuvo a distancia de la camilla. Se había cambiado el ramo de posición: ahora lo sujetaba por los tallos, con las flores hacia el suelo como si ya no importasen, y trataba de quitarse el flequillo de la frente con el antebrazo.

Al ver que su mujer guardaba silencio, el minero volvió a mencionar las cartas:

—Te escribí muchas veces.

—Todas sobraron.

—Debiste leerlas antes de echarlas al fuego. Te pedía que no creyeses los rumores.

—No necesité leer ninguna de sus patrañas, y ahora siguen estando de más.

—Sabela no te mintió. Bailamos un par de piezas y luego la vi en la playa, pero no fui yo. Has de creerme.

—Lo mismo que dijo mi hermana, punto por punto.

—No puedo decir nada más.

—Y después de la playa, la acompañó a casa.

—Es cierto, la acompañé porque era muy tarde y ella estaba temblando. No podía dejarla sola en esas condiciones. La llevé a su casa y allí la dejé.

—Cuanto más dice, más empeora.

—No fui yo, Elisa. ¿Qué puedo decirte?

—Dígame algo que no escuchase yo antes mil veces.

Martín llevaba un pantalón blanco y una camisa por fuera del mismo color, adornada con jaretas por delante y con las costuras de los lados terminadas en abierto, una prenda de

verano que Elisa le había visto algunas veces al marido de doña Josefa, cuando acompañaba a la familia en alguna excursión a la playa.

Como era habitual en él, el bastón era de mango de plata, y el sombrero, panamá, de paja tupida, de los que tanto le gustaban para el buen tiempo.

Ninguno de los dos se había movido un centímetro de su posición, con la mesa por frontera, Martín sin dejar de temblar y Elisa tan serena como desde que entraron en la salita.

Las rosas que correspondían a los veinte años que cumplía la nodriza eran rojas; las de las cartas, al menos otras tantas más, blancas. El ramo continuaba boca abajo, Martín extendió el brazo y colocó las flores hacia arriba para mostrárselas.

—Me dijeron en la tienda que las blancas sirven para pedir perdón. Las rojas, ya sabes...

Pero Elisa seguía con la guardia más alta que nunca, sonrió como si le hubiese pillado en un renuncio y le preguntó sarcástica:

—¿Perdón? ¿Por qué, si no hizo nada?

Martín la miró con una dulzura que ella no esperaba. Suponía que acudiría al ataque para defenderse, a la indignación del inocente o al descaro del culpable que mantendría su historia contra todas las evidencias. Pero nunca hubiese imaginado que, como respuesta a sus últimas preguntas, la iba a dejar en una encrucijada de la que no habría forma de salir.

—Lo siento, *miña vida*, no quiero perderte. Si no puedes creerme, tendrás que perdonarme.

Y dejó el ramo de rosas sobre la mesa para marcharse sin añadir nada más y sin haberle pedido conocer a las niñas.

Aquella misma mañana, cuando Elisa salió para darle la toma a Francisco de Borja, se encontró en el zaguán una rosa blanca, escondida en la penumbra del rincón del portal sobre el que se batía la puerta. Martín la había separado del ramo antes de subir previendo que el perdón de su mujer se haría de rogar.

El minero la vio salir del edificio desde el muelle. No tenía intención de seguirla, pero se colocó de tal forma que ella pudiera verle frente a la casa.

Ella no había cogido la rosa, le miró y siguió su camino como si no hubiese nada de qué hablar. Él la observó caminar muy despacio, con sus pasos cortos y suaves, y cuando la vio doblar la primera esquina se marchó.

De haberla seguido habría visto que, al llegar a casa de los gemelos, se encontró con que Eloy la estaba esperando con otro ramo de flores, hortensias blancas y azules, entre helechos recién cortados, y una camelia en el centro. Las flores del camino de Cobas.

—¡Feliz cumpleaños!

Eran las primeras palabras que le dirigía desde que se casó hacía seis meses y medio.

—Un trocito de nuestra tierra —añadió Eloy ofreciéndole el ramo.

Pero ella, en lugar de cogerlo, le miró como si estuviese enfadada con él.

—Pensé que no volverías a hablarme nunca.

—Tú me lo pediste. Sólo estaba cumpliendo mi promesa.

—La promesa fue que hicieses feliz a Maruja y que no volvieras a hablarme de lo que tú y yo no podemos hablar. No que me retirases la palabra.

—Me costó controlarme para no cogerte del brazo y sacarte corriendo de La Magdalena. Doña Josefa de Rodríguez-Sánchez y Piñeyro no te merece. —Y recalcó el nombre y el apellido de casada de la señora, como si quisiera dar a entender que se merecía muy poco de nadie.

—Lo hago por los niños, son un regalo del cielo.

—Y la madre, un demonio con rabo y tridente. Deberías buscar otra casa. Te hiciste muy famosa en Ferrol, cualquier madre querría que criases a sus recién nacidos.

A Elisa le dio la impresión de que había dicho aquellas palabras de carrerilla, como si las llevase ensayadas y tuviera que soltarlas cuanto antes.

—¿Cuánto le queda a tu esposa?

—No llega a tres meses, pero la matrona dice que debió de equivocarse en sus cuentas, porque está muy pequeñín.

—¿Y? ¿Viniste a pedirme algo? ¿Ella está bien?

—Se quedaría más tranquila si supiera que la mejor nodriza del concejo le va a criar al niño. Yo le dije que no era buena idea, pero ella insistió en que viniese a verte.

—¿Y que me trajeses unas flores con la excusa de mi cumpleaños?

Eloy se quedó pensativo. Estaba claro que había tenido un lapsus y no sabía cómo salir del aprieto, pero Elisa se mordió el labio inferior y cambió de conversación:

—Nunca te di las gracias por lo que hiciste por nosotras. Acogerme en la fonda, cuidarme, hacerme reír..., y luego, ayudar a mi hermana..., a su niña..., y por si no fuera bastante, permitiste que Amelia me echase una mano. Puede decirse que te la quité.

El viento caliente le había alborotado la melena. Ella se la retiraba del cuello hacia atrás, pero volvía enseguida a sus hombros, cobriza y desordenada. Eloy volvió a verla otra vez en la quincallería, quitándose los pasadores para él.

Estaba tan hermosa como siempre, si no más. Había recuperado la mirada de los últimos paseos por las playas de Cobas. El brillo de los ojos, más verdes, más claros, más esperanzados que en los últimos meses. La forma de morderse los labios al hablar, mientras buscaba cada palabra. Su voz. Su porte de diosa celta.

—¿Puedo darle alguna esperanza a Maruja? —le preguntó mirándole la blusa.

—Dile que lo pensaré.

Había notado la subida de la leche cuando empezó a caminar desde el puerto, tenía los pechos endurecidos, deseosos de la boca que había de vaciarlos. Se había puesto su camisa blanca recién planchada y unas gasas sobre el pezón, para que se empapasen antes de mancharla.

Eloy la miró de tal modo que no tuvo que comprobar que el remedio de las gasas no había surtido efecto.

Francisco de Borja ya debía de haberse despertado y estaría quejándose de hambre. La joven se cruzó los brazos sobre la humedad blanquecina y se dispuso a entrar en casa del niño, pero Eloy la detuvo antes de pisar el umbral.

—¿No aceptas el ramo?

—Mi esposo ya me regaló uno —contestó para sorpresa del joven—. Llévale ése a tu mujer.

Luego señaló la camelia y se acercó para olerla.

—Son todas preciosas. Gracias, de verdad.

Y se metió en el portal.

Eloy decidió ir caminando a la fonda. Era cierto que llevaba la frase aprendida y que nunca le hubiera pedido a Elisa que amamantase a su hijo, a no ser por la insistencia de su mujer. Pero las flores fueron cosa suya. Se había levantado temprano y había conducido hasta el alto de La Bailadora para recogerlas una por una. No podía llevárselas a Maruja.

Al pasar por la plaza de las Angustias, entró en la ermita, cogió la camelia que había rozado Elisa, se la puso en el ojal de la solapa y depositó el ramo al pie del altar. Después continuó caminando hacia su despacho mientras pensaba en Martín.

Su regreso podría facilitar muchas cosas; entre otras, que Maruja se quedase tranquila y que él volviese a ver a Elisa como a una mujer casada, pero la más importante, sin duda, sería la de aclarar la paternidad de la hija de Sabela.

Si bien era cierto que la mayoría de las sospechas habían recaído sobre el minero, también lo era que, si se descubría lo que él llevaba callando desde las fiestas de la Patrona, las miradas podrían cambiar de dirección, pues él también había estado en la playa de la Media Luna aquella noche.

Cuando Maruja le pidió a don Guillermo un pasodoble, había abandonado la pista de baile con la intención de buscar a Elisa para informarla personalmente de su compromiso. No la había visto en la verbena, de manera que pensó que estaría dando un paseo. Acababa de ver a su marido de espaldas, caminando en dirección a la playa donde se encontraba el lavadero de la antigua mina, y supuso que ella le acompañaba. Las fiestas solían terminar con un

castillo de fuegos artificiales que se tiraban desde el antiguo lavadero, y mucha gente acudía a la playa para disfrutarlos desde la orilla.

Hubiera preferido verla a solas, pero si su esposo estaba presente, evitaría que alguien pudiera sorprenderlos y pensar lo que no debía. De modo que siguió a Martín hacia la playa de As Fontes, creyendo que los seguía a los dos.

Al llegar a la falsa bocamina que servía de respiradero, sintió unos pasos que procedían de detrás de un monte cubierto de matorrales.

Retiró las matas de hierbas y descubrió una vereda repleta de huellas de zapatos. Luego miró a su izquierda, comprobó que la tierra del camino que conducía a los lavaderos no se había pisado aún y se dispuso a seguir las huellas, convencido de que pertenecían a Elisa y a Martín.

Hacia la mitad del sendero, pensó en detenerse y regresar; no parecía sensato seguirlos por aquel camino escondido, pero de pronto, cuando iba a darse la vuelta, oyó un llanto de mujer y decidió darse prisa en alcanzar la cima del monte. Elisa podía necesitar ayuda.

Era una noche cerrada, sin luna. Tan oscura que apenas podía ver a unos pasos de distancia. Sin embargo, enseguida supo que el llanto no era de Elisa, sino de su hermana, que estaba tendida en la arena con la ropa en las manos, tratando de taparse el cuerpo desnudo, cerca de unos matorrales por los que alguien acababa de desaparecer.

Eloy bajó la ladera corriendo e intentó levantarla.

—¿Qué pasó? ¿Qué te hicieron? ¿Quién fue?

Ella dejó de llorar, se levantó rechazando su ayuda y le gritó:

—Tú no viste nada. ¡Nada! ¿Me entendiste?

—Pero...

—Júrame por los tuyos que no dirás ni una palabra, o ahora mismo me meto en el mar y no salgo viva.

Sabela había echado a correr hacia la orilla totalmente desnuda. Se la veía tan decidida a llevar a cabo su amenaza que Eloy no vio otro camino que jurar que mantendría los labios sellados.

No había nadie más en la playa, pero fuese quien fuese el que se había escondido, no se había movido de detrás de los matorrales. Eloy estaba seguro de que los estaba observando y, desde aquella noche, no se le fue del pensamiento que tarde o temprano acabaría por saberse que él también estuvo allí, y que más de uno le achacaría lo que pasó antes de que se encontrase con Sabela y la viera echar a correr.

Después de darle de mamar a Francisco de Borja, Elisa se dirigió hacia el puerto con la esperanza de que Martín continuase en el muelle y quisiera conocer a las niñas, al menos a Jovita. Le imaginaba delante de ellas sin saber cómo actuar, contento de ver a su hija legítima, y confundido ante la de Sabela.

Aquella mañana Francisco le había vaciado los pechos en un abrir y cerrar de ojos, se lo había encontrado hambriento en brazos de su madre, tan enfadada que la joven pensó que la despediría sin darle de mamar al bebé.

Había estado demasiado nerviosa durante la toma. No había experimentado la emoción de ser un ama de cría que le daba la vida al recién nacido, sólo había sentido la prisa; la del niño por saciar el hambre, y la suya por volver al muelle.

No podía dejar de pensar en lo que le dijo su esposo: o me crees, o no tendrás más remedio que perdonarme. El crédito o la indulgencia. La fe ciega o cerrar los ojos para no ver la falta.

La diferencia entre las dos alternativas no podía ser más pequeña. Pero existía una tercera, la suya, la única que podría elegir libremente: pedirle que se marchase a Cuba otra vez, sin creerle y sin perdonarle. Después de todo, cuando le preguntó por Sabela, sólo le había ofrecido evasivas, nada que explicase qué hacía con ella en la playa de la Media Luna, de noche y a solas, y por qué estaban allí.

Necesitaba verle otra vez. Tenían que hablar.

Doña Josefa, en contra de su costumbre, había permanecido en el cuarto del niño mientras comía. Y si la visita de Martín ya la había puesto nerviosa, la presencia de la señora le estaba creando una tensión que no sabía disimular.

—¿Sucede algo? Pareces muy inquieta. A ver si le vas a pasar los nervios a Francisquito.

La nodriza se disculpó sin ganas, pero doña Josefa no se calló, estaba claro que no se encontraba en la habitación para ver comer a su hijo, sino para demostrar que no se le había pasado el enfado por el retraso y que había algo más que la preocupaba.

—Yo creo que el nene se queda con hambre. No estarás atendiendo a otro, ¿verdad?

—¡No, señora!

—¿Y las nenas que tienes en tu casa?

Elisa prefirió no contestar. Doña Josefa conocía la existencia de Manuela, por supuesto, como todo Ferrol, pero nunca habían hablado de la niña, y jamás le había preguntado ni por su propia hija. Además, no era cierto que Francisco de Borja se quedase con hambre. En los casi dos meses que llevaba amamantándolo, en muchas ocasiones le había tenido que despertar y eso significaba que le había saciado la toma anterior.

La joven se quitó al niño del pecho, se lo entregó a su madre y le dijo controlando el tono de voz para que pareciese un ofrecimiento inocente:

—Si prefiere a otra ama de cría, yo se la buscaré.

Doña Josefa empezó a darle golpecitos en la espalda a Francisco de Borja para que echase los gases y le contestó controlándose también:

—Tengo a la mejor nodriza del concejo, ¡cómo iba a querer cambiarla!, ¡cualquier madre la querría para sus hijos! ¡Eso sí, tampoco quiero compartirla! ¿Me entiendes, jovencita?

Elisa recordó la conversación con Eloy. Había utilizado las mismas frases, de carrerilla también, como aprendidas. La nodriza había recibido las palabras de Eloy como un halago, pero en los labios de doña Josefa le resultaron insultantes. Era como si la estuviese colocando a la altura de los animales que su madre ordeñaba para vender su leche en el mercado de abastos, ¡la mejor leche del concejo! Es más, al margen de que la expresión le pareció ofensiva, le extrañaba la coincidencia. La señorita Maruja debía de haber hablado con su prima y, aunque ella misma le ofreció un día prestarle a Elisa como si se tratase de una mercancía, ahora doña Josefa debía de haberse negado.

Asimismo, le extrañó que la señorita Maruja quisiera que ella criase al niño que iba a tener. Había muchas amas de cría en Ferrol a las que acudir. La mayoría de las jóvenes de su clase optaba por retirarse a sus recién nacidos después de los calostros, incluso algunas ni siquiera se los arrimaban para que no les subiera la leche. La mujer de Eloy no tendría ninguna dificultad en encontrar un ama de cría, no tenía sentido que la quisiera precisamente a ella. Algo debía de tramar, y le irritaba pensar que quería utilizarla para conseguirlo. Las últimas veces que se habían visto la había mirado con cierta condescendencia, como si quisiera dejarle bien claro qué lugar ocupaba cada una en la vida de Eloy.

Sin embargo, igual que a la señorita Maruja le sería fácil encontrar a quien se ocupase de su hijo, tampoco a ella le faltaría otra madre del barrio de La Magdalena que quisiera contratarla.

De modo que no lo pensó dos veces, doña Josefa no volvería a creer nunca que ella era de su propiedad.

—No se preocupe, lo entiendo perfectamente. Esta misma tarde le mando una sustituta. —Y añadió para que pareciese que estaba aceptando el despido que doña Josefa no había llegado a plantear—: Tiene usted razón, Francisquito se queda con hambre y yo tengo dos nenitas en casa.

Doña Josefa quiso responder, pero la joven se apresuró a zanjar la cuestión para que entendiese que no había marcha atrás:

—¿Podría pedirle un favor? Si le piden referencias, no diga que también les doy el pecho a mis niñas. Sólo es por la noche, aunque ya digo que la entiendo a usted en no querer compartir. ¿Me hará ese favor la señora?

La señora no respondió, pero su hijo expulsó todos los gases de golpe, como si fuera un adulto, y detrás de los gases devolvió en el hombro de su madre una parte de la toma que acababa de hacer.

—Pobriño —dijo Elisa limpiándole los labios con su pañuelo—. Aunque sea poca, a veces le sobra.

Y se marchó de la casa con la misma sensación de plenitud que hubiera sentido si el niño la hubiera vaciado mientras ella pensaba en encontrarse a Martín.

Durante los nueve meses que había pasado sin verle, se había acostado cada noche pensando en qué le diría cuando le tuviera cara a cara, cómo reaccionaría él ante las frases que había memorizado palabra por palabra, cómo disimularía ella para que no supiese cuánto le había echado de menos, cuántas veces había soñado que la abrazaba por detrás y le decía «*miña xoia*, mi joya, mi diamante rojo».

Aquella mañana, cuando subió a su piso, ni él se había acercado para susurrarle ni ella se acordó de las frases que tenía preparadas. ¡Santa Comba bendita! ¿Cómo va a terminar todo esto?

Al llegar al puerto, la plenitud que sintió al salir de la casa de La Magdalena había desaparecido para dar paso otra vez a la ansiedad.

El minero no la estaba esperando en el muelle. La rosa que dejó en el rincón del portal continuaba en el suelo, marchitándose por el calor reconcentrado. Elisa la recogió y subió las escaleras con la intención de deshacerse de ella, pero cuando Amelia la vio con la rosa, se marchó a la cocina aplaudiendo y volvió con un bote lleno de agua.

—¡Ay, qué alegría me das! ¿Le perdonaste?

A Elisa le extrañó la pregunta, nunca habían hablado abiertamente de Martín. Aunque Amelia conocía su historia, no había sido por ella, y Elisa siempre había supuesto que la madrina jamás perdonaría a su marido si estuviera en su caso.

—¿Le perdonarías tú?

—¿Y si no mintió?

—¿Te estás poniendo de su parte?

—Me pongo de la tuya. ¿Y si...?

Elisa no la dejó continuar. Le rogó que no volviese a mencionar a su marido y se marchó a su cuarto.

El resto del día lo pasó de la camilla a la habitación de las niñas, y acercándose a la puerta cada vez que sentía pasos en el rellano.

A media tarde le contó a Amelia que se había despedido y le escribió una nota a Eloy para pedirle que le agradeciera a su mujer, en su nombre, que hubiera pensado en ella, pero que ya no ejercería de nodriza nunca más.

—¿Te importaría acercarte a la fonda y llevársela a don Eloy? —le preguntó a la madrina después de leérsela.

—¿Qué querrá de ti esa mujer? Te advierto que no da puntada sin hilo, ite lo digo yo! Si supieras la de cosas que oyó mi Rodolfo en la posada... Allí hablan las paredes tan claro como tú y yo ahora mismo.

—¡Calla, no quiero saber nada!

—¡Pues no lo sabrás por mi boca! Pero no te fíes de quien no has de fiarte.

A Elisa no le hacía falta que Amelia le advirtiera sobre la señorita Maruja, sabía que con aquel ofrecimiento no estaba haciendo sino ponerla donde quería verla, en el mismo sitio donde la había colocado la señora de Rodríguez-Sánchez y Piñeyro.

Elisa vio a Martín a la mañana siguiente. Estaba otra vez en el muelle y, al igual que el día anterior, se había situado de manera que ella pudiera verle al salir del zaguán. Había llegado hacía más de una hora, previendo que su mujer podía adelantar su salida para no encontrarse con él. Llevaba una rosa en cada mano, una blanca y una roja, que levantó para ella alternativamente con una media sonrisa, sin moverse del sitio, primero la roja y a continuación la blanca, al estilo de un doble brindis al aire.

Elisa se detuvo en el umbral y sujetó el portalón con un codo para dejarlo entreabierto, en espera de los movimientos que haría el minero después de brindarle las flores.

Había recuperado su aspecto habitual, seguro de sí mismo, presumido como siempre, impecablemente trajeado de blanco, con chaleco y pajarita a juego con un pañuelo de seda en color crema. Al comprobar que ella se detenía, la miró levantando otra vez la rosa roja y lanzándole un beso.

El viento había cambiado de dirección, la temperatura empezó a descender por la noche y la mañana se presentaba suave, fresca y con una ligera brisa.

El minero no dejaba de mirarla.

Ella había bajado las escaleras pensando que habría dejado otra rosa en el zaguán, para reconquistarla igual que la había conquistado hacía un par de años. Estaba segura de que alternaría el color de las flores hasta completar el ramo que le había llevado y, al ver el rincón vacío, la había asaltado un sentimiento agrídulce.

Por un lado, era mejor así, las rosas le daban el control a su marido, no a ella. Elegir entre las alternativas que él le había propuesto limitaba sus propias opciones. Sin embargo, por otro lado, le dolía que Martín no hubiera insistido, porque sabía que podría volver a seducirla, que incluso le hubieran sobrado las rosas, que le bastaría con una sola mirada, con la intención de una caricia o un susurro detrás de la oreja.

Y ahí estaba su mirada. Al otro lado del muelle. Recorriéndola sin disimulos. Sin pudor.

Después de brindarle las flores, dejó la roja en los cabos de un poste de amarre, sujeta por el tallo, y se llevó la mano al sombrero.

Ella se había echado una pañoleta de perlé por encima de los hombros, que pensaba anudarse para cubrirse el pecho cuando se le empapasen los algodones.

Llevaba el pelo recogido en un moño alto, la brisa le refrescaba el cuello desnudo, pero sentía calor en la cara, la respiración se le estaba acelerando y el corazón había empezado a latir por su cuenta.

Amelia se había quedado a dormir aquella noche, después de una tarde en la que Jovita y Manuela no habían parado de llamar la atención, debido al sofocante bochorno que les había impedido salir de paseo, pero también a la tensión que el minero había dejado en la casa.

Elisa aprovechó la presencia de la madrina para salir a la hora de costumbre y dar una vuelta, sin el agobio de la primera toma de Francisco de Borja. Necesitaba pensar, y tenía la

esperanza de que Martín la estuviera esperando como el día anterior.

Se le había salido la leche y había traspasado los algodones. Tenía un pie en el umbral y otro en la acera y él continuaba observándola, descarado y sonriente, sin apartar la vista del cerco de la blusa, más pronunciado que de costumbre.

Antes de salir del portal, se cruzó la toquilla y bajó la cabeza azorada, podía sentir el olor de sus pechos como si se propagase por toda la calle.

Cuando levantó la cabeza, él ya había cruzado el muelle y se había acercado para ofrecerle la rosa blanca y susurrarle al oído:

—Tú eres mi único pecado, *miña vida*. Y te pediré perdón todas las veces que te haga falta.

Luego, sin darle tiempo a reaccionar, la empujó hacia el interior del zaguán y atrancó la puerta echando el cerrojo. Y allí, en la penumbra donde había dejado la rosa blanca la mañana anterior, le metió la mano por debajo de la toquilla y le acarició la humedad de la leche.

—¿Me dejarás que la pruebe? —le preguntó mientras le besaba la nuca y le buscaba la boca—. Me volví loco sin ti.

Ella escuchó sus latidos, como cuando bajaba las escaleras la mañana anterior deseando echarse en sus brazos. Sin pensar en las frases que había ensayado para arrancarle su confesión, noche tras noche.

—No siga —repitió una y otra vez mientras él le desabrochaba la blusa sin dejar de besarla—. No siga.

Pero su cuerpo decía otra cosa. Le había rodeado la cabeza con las manos y había hundido los dedos en su cabellera. La boca abierta para él. Los pezones erectos. La humedad. Las caricias. El interior de los muslos. Los suspiros. El estremecimiento y la locura.

—No siga.

Las manos de él ya le habían remangado las faldas.

—¿Y si baja alguien? No deberíamos...

Pero la voluntad ya los había abandonado a los dos.

—*Miña xoia*, mi mar y mi arena.

Y desaparecieron de pronto las sombras del zaguán, la luz que se colaba por las rendijas de la puerta, los cerrojos echados, las escaleras y el peligro de que alguien pudiera sorprenderlos.

Después, cuando el portal volvió a ser el portal, y las escaleras las escaleras, le rodeó la cara con las palmas de las manos y la besó en la frente.

—He de marcharme. Volveré a buscarte muy pronto —le dijo mientras le colocaba la blusa y le alisaba el pelo hacia atrás para arreglarle el peinado—. Háblales a mis hijas de mí.

Elisa le miró desconcertada. ¡No podía ser! Debía de haberle entendido mal. No podía admitir lo que le había negado hasta ese momento cien veces. ¡No podía confesar ahora! ¡No podía! ¡No, después de haberle hecho perder la razón!

—¿Sus hijas? Entonces...

—Ni yo mismo lo comprendo. Pero si ha de ser así, que sea.

—¿Qué es lo que sabe usted? ¿Qué pasó?

—Pregúntale a tu hermana. Te lo decía en mis cartas. Sólo ella puede aclarar las cosas. Ella sí contestó las cartas que le escribí. Yo tengo los labios sellados.

Y se marchó sin darle más explicaciones, tras haberse acercado de nuevo a su oreja para decirle una vez más «*miña vida*, mi joya, mi mar y mi arena».

—Te quiero más de lo que puedo soportar.

Elisa permaneció en la penumbra del rincón durante unos minutos. Atónita, paralizada, «si ha de ser así, que sea», por fin Martín decía algo que no parecía una excusa ni un discurso aprendido y aceptaba unos hechos que ni siquiera él comprendía. «Pregúntale a tu hermana.» Elisa no sabía qué hacer, si subir las escaleras de nuevo y echarse a llorar o continuar muelle abajo, hacia la puerta del Astillero, y coger el primer coche de línea que saliese hacia Cobas.

¡Martín no mentía! Manuela no era suya, sin embargo le habían adjudicado tantas aventuras que al pueblo no le costó añadir otra. Pero ¿por qué Sabela consentía que todo el mundo creyese lo que no era? ¿Por qué mantuvo el equívoco y permitió que el nombre de su marido se ensuciase de esa forma? ¿Por qué se había carteadado con él? ¿Qué pasó en la playa de la Media Luna para preferir que su hermana dejase de hablarle antes que contar la verdad?

¿Quién era el padre? ¿Quizá Eloy? Sabela había estado enamorada de él en secreto desde muy joven y, a raíz de la ruptura de su compromiso con él, Elisa había notado entre ellos una complicidad que bien podría haber derivado en algo más. Sin embargo, Eloy no hubiera consentido verla sufrir como sufrió y no habría escurrido el bulto para que Martín cargase con él. No, Eloy no podía ser. No habría podido mirarla como la miraba.

CAPÍTULO SIETE

LA FONDA DE ELISA

Viajo por tus venas, eres mi mundo,
atrás quedan los páramos vacíos, ¿verdad?

Animal impuro
ADOLFO GARCÍA ORTEGA

Las cartas que Martín le dirigió a Elisa decían más o menos lo que ella esperaba. En la primera le contaba el viaje a Cuba, la travesía en el barco, las noches en cubierta mirando al infinito, la negrura del mar y un cielo con más estrellas de las que nadie podría imaginar.

Sus hermanos le estaban esperando en el muelle de La Habana, pero no habían triunfado como le habían hecho creer: trabajaban a sueldo para una azucarera, en el refinado de la caña, y aunque los salarios eran mejores que los de España, apenas les llegaban para mantenerse.

El sobre contenía dos cuartillas escritas a lápiz, una fechada en alta mar y la otra el día que el barco tocó puerto. Se despedía diciéndole que le escribiese a vuelta de correo y que los días sin ella eran vacíos como los páramos helados.

Elisa se preguntó de dónde habría sacado esa comparación, ella no había visto nunca un páramo y dudaba que él lo hubiera hecho tampoco, debía de haber leído sobre ellos en la prensa que tanto le gustaba llevar debajo del brazo.

Si hubiera leído la carta en su momento, y las circunstancias hubieran sido otras, le habría dicho que siempre fue un poeta y que sus días sin él también eran páramos vacíos.

Pero las circunstancias fueron las que fueron. Nunca leyó las cartas ni las contestó. Martín le había dado suficientes motivos para desconfiar de su capacidad de serle fiel, y la actitud de Sabela reforzó su desconfianza.

¿Por qué mantenerla en la duda? ¿Por qué empeñarse en ocultarle el nombre del padre de Manuela, aun cuando ella le había jurado, a riesgo de perder un tercer hijo, que le guardaría el secreto? ¿Qué más pruebas necesitaba para creer que mentía?

Pero había algo más, algo en lo que pensó aquella noche de hacía tantos años, cuando se marchó de su casa de Covarradeiras mientras viajaba en la diligencia sin saber todavía dónde dormiría aquella noche: ¿por qué se había marchado su marido dos meses después del baile de la Patrona? ¿Por qué no esperó a que diera a luz, sabiendo como sabía que se le podía malograr la criatura como las otras dos? Ella pensó que tenía deudas de juego y huía de sus acreedores. Aceptó la excusa de la guerra como podía haber aceptado cualquier otra, pero mientras se dirigía a Ferrol en su asiento de tercera, sólo podía pensar que su huida no la justificaba la guerra ni el juego, sino el descubrimiento de una responsabilidad a la que no podía enfrentarse y la única traición que ella no podía consentir.

Le había perdonado los vestidos manchados, las noches fuera de casa, la fresquera vacía y el perfume de otras mujeres en sus trajes, pero lo de Sabela superaba su capacidad de consentimiento.

En más de una ocasión había visto a su hermana buscándole la mirada, y él le respondía con bromas impropias que sabía que ella detestaba. La pellizcaba en la cara, le llamaba chiquilla y le permitía que le tutease con más familiaridad que ella misma.

No podía imaginarlo sobre su cuerpo, diciéndole en susurros «*miña vida*, mi joya, mi arena y mi mar». No podía.

Su madre y el tío Manuel no se atrevieron a mirarla ni a desmentir a Sabela, se quedaron callados, sin ofrecerle un atisbo de duda, un clavo al que agarrarse, aunque estuviese tan caliente que le hubiera quemado las manos.

Elisa se había sentado en un mojón de la carretera para sacar el paquete del bolso, a un par de kilómetros de Ferrol, junto a una caseta de peón caminero en la que se anunciaba la distancia que le faltaba para llegar a la ciudad.

Cuando empezó a caminar, después de que el coche alquilado comenzase a echar humo, no tenía la intención de abrir los sobres, pero la boquilla del bolso había cedido a la presión del paquete deshecho y las pestañas del cierre ya no se ajustaban. Por lo que decidió no resistir más la tentación.

En las cartas siguientes Martín le decía que la vida en La Habana no resultaba tan fácil como había supuesto. El calor era agobiante y los mosquitos se cebaban con los recién llegados como si ya estuvieran hartos del sabor de los que llevaban un tiempo allí, muchos de ellos del propio Ferrol y de otros concejos gallegos.

El precio del azúcar se había disparado con el estallido de la Gran Guerra y el trabajo en la isla sobraba para todo el que lo quisiese. Sus hermanos le habían conseguido un puesto en su azucarera, que aceptó agradecido; sin embargo, él tenía otras miras y se despidió en cuanto vio la ocasión de hacer dinero por su cuenta.

Sus paisanos se reunían en su tiempo libre en lo que habían bautizado como el Centro Gallego, y organizaban romerías y meriendas campestres en las que no faltaban las empanadas, el vino de Ribeiro, las gaitas y las muñeiras. Al principio sólo participaban los hombres de negocios y los propietarios de las haciendas de cultivo, sin sus esposas, pero acabaron convocando a todo tipo de gente, mujeres y niños incluidos. A los importadores y almacenistas de víveres y vinos de su tierra de origen no les importaría que él se buscase también un hueco en esa especie de peña.

Las cartas eran semanales. Hasta que se dio cuenta de que ella no las contestaba continuó hablándole de sus proyectos y de cómo había conseguido convencer a un suboficial de un mercante para asociarse con él. El marino se encargaba de los suministros y él los distribuía por las peñas que habían florecido por todos los lados, a lo largo y ancho de la isla.

Elisa había colocado los sobres por destinatarias. Primero las suyas, en orden cronológico, después las de Rosalía y, por último, las de Sabela, ordenadas asimismo según la fecha del matasellos. Un total de veinticinco cartas escritas a lápiz, descoloridas y medio abiertas, seco el pegamento que debía asegurar el cierre de los sobres.

La fecha del primer matasellos de las de Sabela se veía bastante borrosa, pero podía adivinarse que era marzo de 1915, el mes anterior al nacimiento de Manuela, poco antes de que dejase de escribirle a ella y de mandarle a través de su madre el dinero con el que alquiló el piso del puerto.

A Elisa no le sorprendió ver el nombre de su hermana escrito con el trazo puntiagudo y firme de Martín. Él le dijo que se habían carteados el día que le pidió que les hablase de él a las niñas.

Cuando la dejó en el portal con la promesa de que volvería a por ella muy pronto, estuvo a punto de subir de nuevo las escaleras y olvidarse de su hermana para siempre, sus razones tendría para hacer lo que hizo y seguir guardando silencio.

Si su marido era inocente, tal como apuntaban las cosas, ya no debería importarle nada más. Estaba segura de que no sacaría de Sabela ni una sola palabra distinta a las que había pronunciado hasta entonces. «No fue él. No les creas.»

Sin embargo, tenía que convencerla de que alejara las sospechas de Martín. Así es que aquella mañana del 2 de septiembre de 1915 decidió encaminarse hacia la puerta del Astillero para coger la diligencia, sin poder imaginar hasta qué punto se estaba equivocando y las consecuencias que le acarrearía aquel viaje.

Ya habían dado las doce de la mañana cuando el vehículo pasó por la cuesta de Covarradeiras y Elisa divisó a su madre en el patio delantero de su casa, sacando agua del pozo. Le sorprendió que no estuviese atendiendo en la antigua quincallería, ahora llamada El Buen Gusto, y supuso que se habría repartido los turnos con el tío Manuel, para poder ocuparse de la casa unas horas mientras él se encargaba del mostrador y Sabela de la trastienda.

Sin embargo, cuando la joven nodriza entró en el establecimiento, se encontró a su hermana atendiendo a dos mujeres.

—¿Quién es el padre? —le preguntó a bocajarro, sin mediar un saludo, pero sin levantar el tono de voz.

—Eso a nadie le importa.

—A mí sí. Pusiste a mi marido en boca de todos.

—Te dije que no fue él.

Sabela no mostró ningún signo de preocupación por ver a su hermana, pese a que hacía más de ocho meses que Elisa no pisaba Cobas. La miró como si su presencia en El Buen Gusto fuera de lo más natural y actuó como si supiera que las cosas andaban bien por Ferrol. Podría saberlo por su madre, que continuaba llevándole de vez en cuando las verduras y el pote con unto, pero sin saber muy bien por qué, Elisa sospechó que su marido había ido a ver a su hermana antes que a ella.

—Acabo de estar con él. ¿Sabías que vendría?

—Me lo dijo por carta.

—¿Por qué os escribisteis?

—Tú no le contestabas.

—¿Y qué os decíais?

—¿No te lo contó?

—Me dijo que te lo preguntase a ti. ¿Qué pasó aquella noche? ¿Por qué no me lo puede contar él?

Elisa tendría que haber esperado a que se marchasen las clientas o haber hablado en la trastienda con las puertas cerradas, para evitar otro escándalo; las cosas de familia no se airean en público, han de quedarse entre los cuatro muros de la casa. Pero el pueblo le adjudicó el papel de consentidora desde que se casó con Martín, y había llegado el momento de que todos supieran que ni su marido ni ella seguirían vistiendo ningún sambenito.

—Yo sé que no fue mi marido. Ahora han de saberlo los demás. ¿Quién fue?

—Él no.

—¿Vino ayer a verte?

—No vino.

—¿Y anteayer?

Sabela guardó silencio y se entretuvo en colocar unas cintas bajo el cristal del mostrador, en un hueco que servía de escaparate para exponer el género de pequeño tamaño.

Las temperaturas habían subido nuevamente, el respiro que supuso la brisa de la mañana se había convertido en canícula otra vez, y la calima, cada vez más densa y pesada, encapotaba el cielo y lo teñía de un blanco parduzco que no dejaba correr el aire. Jamás se había conocido en la zona un principio de septiembre como aquél, con un calor arrastrado desde los últimos días de agosto que se había incrustado en la tierra y en las paredes de los edificios.

El trayecto en la diligencia había sido un infierno lento e insufrible. Elisa pensó que, a buen paso, habría llegado antes andando, sin soportar el bochorno que se concentraba en el interior del vehículo y le hacía sudar por todas partes.

Le dolía la cabeza y, a medida que su hermana se encerraba en su hermetismo, su irritación iba en aumento. ¿Qué le pasaría por la mente? ¿Por qué ese empecinamiento?

—¡Qué fácil! Atribuirle lo que no le corresponde al que ya tiene la fama. ¿Eso fue lo que pasó, que mi marido ya cargó con otros embarazos y no importaba uno más?

—Siempre dije que no fue él.

—¿Ah, sí? ¿Con qué boca lo dijiste? ¿Con la de acabar con los chismes o con la de avivarlos?

—Yo sólo tengo una boca.

—Pues deberías haberla abierto más.

Las puertas de El Buen Gusto estaban abiertas de par en par, al igual que la de la trastienda y la que daba al patio trasero, en un vano intento de crear alguna corriente.

Elisa había visto a su tío nada más llegar, desenrollando una pieza de paño sobre la mesa de la trastienda, extendiendo la tela sobre el borde en el que habían grabado unas muescas que se correspondían con los centímetros de la vara de medir.

No llevaba su poncho raído, sino un guardapolvo de rayas blancas y azules que le llegaba por encima de la rodilla. En un principio no se inmutó, siguió concentrado en su trabajo sin reparar en que su sobrina había entrado en la tienda, tan sordo como siempre, pero debió de sentirla cuando alzó el tono de voz, porque levantó la cabeza y, al ver a la recién llegada, soltó el paño y corrió a colocarse detrás del mostrador, cubriendo las espaldas de Sabela como si la tuviese que proteger.

—Por... favor..., aquí... no.

Elisa estaba fuera de sí. La leche le había empapado la camisa, los pechos le dolían, más endurecidos que nunca, la cabeza le iba a estallar y no paraba de sudar.

Cuando su tío intentó volver a abrir la boca para detenerla, lanzó contra él toda la irritación que llevaba acumulada, no sólo contra su hermana, también contra la señora de Rodríguez-Sánchez y Piñeyro, contra cualquier cosa que tramase la mujer de Eloy, contra las medias verdades de Martín, contra la lentitud asfixiante de la diligencia que la había llevado a Cobas y contra el propio bochorno.

—¡Aquí precisamente es donde ha de ser! —le gritó muy despacio para que pudiera leerle los labios—. ¿O aun usted también piensa que fue mi marido?

Después se giró hacia las mujeres que habían presenciado la discusión y les preguntó:

—¿No lo piensan todos aquí? ¿Y qué si fueron a la playa? ¿Y qué si los vieron volver?

En el comercio reinó el silencio más absoluto. El aire no se movía. A Elisa le corría el sudor por la frente y le había dejado el pelo pegado al cráneo. La cara roja, las axilas mojadas, los pechos endurecidos y rebosados. Y en sus ojos, la ira se fue transformando en cansancio e impotencia.

—¡Dinos quién más estuvo contigo! ¡Dinos quién fue, o no volveré a hablarte en lo que me quede de vida!

Pero su hermana no dijo ningún nombre. Repitió la frase de la que no se movía, se volvió hacia su tío y se abrazó a él para esconder la cabeza y que no la vieran llorar.

Las mujeres se miraron entre sí sin decir una palabra, después se volvieron hacia la puerta del local, adonde habían acudido algunos vecinos alertados por las voces, y movieron la cabeza a derecha e izquierda, como si la estuvieran compadeciendo.

En ese mismo instante Elisa se vio a sí misma como debían de mirarla sus paisanos: la mujer traicionada que haría lo que fuera por recomponer su honra; la despechada que, en lugar de arremeter contra el marido, cargaba las balas contra la parte contraria; la que había salido huyendo del pueblo, confirmando lo que todo el mundo sabía: que a Sabela no se la podía creer.

Sin darse cuenta acababa de avivar el fuego que pretendía que apagase su hermana.

Rosalía llegó cuando ella estaba atravesando el pasillo que le abrieron los curiosos entre cuchicheos y gestos de conmiseración.

La *leiteira* le pasó el brazo a su hija por el hombro y gritó mientras Elisa bajaba la cabeza:

—¿Es que nadie tiene nada que hacer hoy en este pueblo?

Después la acompañó hacia la parada de las cocheras, no sin antes girarse hacia la gente que seguía observándolas sin moverse:

—¿Se quedaron a gusto? ¿O quieren ver algo más?

Aquella sería la última vez que Elisa pisaría el suelo de Cobas antes de ir a enterrar a su marido. Nunca más intentaría entender el silencio de su hermana.

Desde entonces esperó la vuelta de Martín tratando de refugiarse en las últimas palabras que había escuchado de él: «*Miña vida*, mi sol y mi arena, te quiero más de lo que puedo soportar».

La espera se prolongó durante más tiempo del que previó Elisa. Al principio, cuando pasaron los dos meses que calculaba para un viaje de ida y vuelta, bajaba al muelle cada mañana con la ilusión de que la estaría esperando con un ramo de rosas que abultaría más que Amelia, todas rojas. Pero los días fueron sumando semanas y meses, y Martín no regresaba. Cada noche, antes de meterse en el catre, le escribía unas letras a la luz de un quinqué.

Ferrol, 3 de junio de 1916

Mi queridísimo Martín, mi amantísimo esposo, *miña vida*:

Espero con toda mi alma que se encuentre usted bien de salud, dondequiera que pare, y que santa Comba bendita le esté protegiendo y le ayude a volver pronto.

Nosotras estamos bien, a Dios gracias, deseando tener alguna noticia de su parte.

No creo que vaya a leer estas líneas, de primeras porque no sabría adónde enviárselas y, de segundas, porque seguro que rompo esta carta después de firmarla, igual que hice con las otras que le escribí para contestarle a todas las suyas que fueron a la lumbre. Ya perdí la cuenta del número. No tengo remedio.

¿Sabe que fui a ver a mi hermana? Se lo decía en la primera carta que rompí. Pero no estuvo por la labor de aclarar nada. Y aún estropeé yo más las cosas. Fue tan grande el escándalo que mi pobre tío Manuel no pudo soportarlo. Dos días después se le paró el corazón. Se lo encontró Sabela tirado en el suelo, con la cancela de la tienda a medio echar. Mi hermana se volvió loca queriendo resucitarle. Yo no fui al entierro, por no enloquecerla más. ¡Dios mío! ¿Por qué nos tocó sufrir tanto? Desde ese día mi madre casi no viene a verme. Creo que me echa las culpas de lo que pasó. Aunque, pensándolo bien, desde que me trajó a la niña sólo volvió una o dos veces.

Perdone si me pongo agorera y le digo que, de últimas, aun he pensado que a lo peor corrió usted la misma suerte que mi padre, y que no podré escribirle nunca una carta de verdad, ino lo quiera la Virgen Santísima!, pero me dijo que volvería pronto y ya pasa de los nueve meses que marchó; para no mentir, nueve meses y un día. Sin unas letras, sin un recado, sin un aviso de la comandancia...

No se figura la de veces que fui al puerto a buscar a su amigo Guzmán, por ver si me daba alguna razón de dónde estaba usted, pero no le encontré. Sólo me queda rezar. Voy a misa todos los días, a pedirle a Nuestra Señora que le cuide allá donde esté.

¡Por cierto! Ya no paramos en el piso que conoció por mi cumpleaños. No me parecía buen sitio para las nenas. Si las viera cómo han crecido. Ahora están dormiditas, como dos ángeles, pero son unos trastos. Yo las llamo «cativas», como mi madre me llamó siempre a mí.

Este verano les daré sus primeros baños de la luna de agosto. Nueve días seguidos, para que se hagan fuertes y crezcan sanitas. ¿Se los dieron a usted alguna vez? En Cobas se hace mucho, pero a nosotras no nos los dieron. Mi madre no tenía tiempo para esas cosas.

Como le decía, las niñas están dormiditas, pero yo no duermo bien, se me abren solos los ojos al poco de cerrarlos y ya no hay manera.

Arrendé una casita en Esteiro, muy cerca de la madrina, Amelia se llama, no se la presenté, pero fue la que le abrió la puerta aquel día cuando me llevó usted las flores. ¡Dios mío, pasaron tantas cosas desde entonces! Debería haber guardado las cartas que le escribí, porque se las expliqué conforme fueron pasando. Pero tiempo habrá cuando vuelva, porque sé que ha de volver. Aunque a veces me desespero pasando las hojas del almanaque.

Hoy he de decirle algo que le pondrá muy contento. No sé por dónde empezar. Por el final no me parece. No podría sentir usted lo que ha de sentir. Y por el principio, se lo escribí tantas veces que no quiero repetirme.

Además, si echa usted cuentas, se lo puede figurar. Mejor será que espere a que esté aquí con nosotros. Por carta no se han de contar estas cosas.

¿No se lo decía antes? No tengo remedio, ahora mismo voy a romper estas cuartillas.

Suya siempre,

Estaba empezando a clarear. Elisa firmó la carta, la rasgó en cuatro trozos, que quemó uno a uno en la llama del quinqué, y se metió en la cama para intentar dormir un par de horas.

Había alquilado la casa de Esteiro en las Navidades anteriores, coincidiendo con el año de su llegada a Ferrol. Hasta que se mudó, trabajó para la mujer de un almirante que no tenía suficiente leche para su hija recién nacida y necesitaba un refuerzo en cada toma. Llegaron a un acuerdo parecido al que hizo con doña Josefa y les fue muy bien. Al cumplir los tres meses la destetaron y la nodriza decidió que cumpliría lo que le había dicho a Eloy cuando se negó a criar a su hijo: ya no amamantaría a más niños que no fueran los suyos.

La madrina le había contado que la posada del Patín no daba para alojar a todos los huéspedes que le llegaban diariamente, y que Rodolfo los derivaba a casas particulares, cuyos dueños se estaban sacando sus buenas pesetas, al albur del éxito de la posada de Eloy.

—Tú podrías hacer igual. En mi calle se arrienda una casa de dos plantas. Tiene cinco habitaciones, un patio con pozo, la cocina y un retrete. Mi marido te mandaría los clientes antes que a nadie. Don Eloy se queda con una comisión, así todos salen ganando. Es poca cosa, él no quería, pero su mujer se empeñó. La cobra él mismo, para que nadie crea que algo se pierde en los bolsillos de mi Rodolfo.

La madrina fue la primera en reparar que el cuerpo de Elisa estaba sufriendo un cambio, no había más que mirarla, pero no quiso comentarle nada hasta que ella misma decidiera darle la buena nueva. Elisa trataba de disimular la tripa con una bata mandilón de cuerpo entero, parecida a las que usaban las aldeanas en las faenas del campo. Se apretaba el delantal con dos vueltas y se echaba una toca por los hombros que le tapaba la espalda y la cintura. Pero, cumplido el mes de noviembre, ya no hubo modo de ocultar lo que era más que evidente.

—Si pones la fonda, no tendrás que moverte de casa para cuidar de las nenas y a lo que está por venir.

Y sonrió ladeando la cabeza, para que terminara con los disimulos porque, con ella, ni hacían falta ni llevaban a ninguna parte.

Elisa soltó una carcajada, se quitó el mandil y dejó a la vista su embarazo de casi tres meses.

—¡Pero si no se me nota!

—¿Te crees que me hizo falta notar algo? Llevas el contento grabado en la frente desde que estuvo aquí tu marido.

Un mes más tarde se mudaron al barrio de Esteiro para abrir la fonda. El mismo día del traslado, cuando estaba a punto de anochecer, la joven se encontró con Eloy. Ella llegaba del piso del puerto con Jovita y Manuela sentadas en el coche de capota, intentando que no se moviesen pues apenas cabían las dos, y Eloy acababa de salir de su hostel, tapándose la boca con el embozo de su capa española.

Hacía mucho viento y caía un orvallo que parecía aguanieve, tan fino que le costaba llegar al suelo. Elisa se había colgado el paraguas a la espalda, sujetando el mango en la parte

trasera del cuello del abrigo, como había visto hacer a sus paisanos cuando necesitaban tener las manos libres, y empujaba el carrito para llegar a casa cuanto antes, pues se estaban empapando las tres.

En los últimos meses los jóvenes habían coincidido en varias oportunidades, a la salida de misa y dando un paseo. Casi siempre se decían adiós sin palabras y continuaban su camino. Sin embargo, pese a la lluvia y a las prisas, aquella noche Elisa se detuvo para saludarle. Eloy había sido padre y ella aún no le había felicitado.

—Enhorabuena, me dijeron que es un *nenó* precioso. Mereció la pena que se hiciera esperar.

La nodriza sabía que el niño había tardado más de la cuenta en nacer. No había coincidido con Maruja en todo el embarazo ni la había visitado mientras guardó reposo, no quería más tensiones entre ellas, y estaba segura de que podrían producirse. Tenía que haberse enterado de que, en contra de lo que le dijo en su nota a Eloy, estaba criando a la niña del almirante, y Maruja lo sentiría como un agravio.

Elisa había visto a la matrona entrar y salir de su casa de día y de noche cuando ella iba al barrio de La Magdalena para darle el pecho a aquella niña. Era la misma matrona que llegó a la posada del Patín cuando ella le estaba dando los calostros a Jovita. Se llamaba Dolores, aunque todos la conocían como «la tía Lolita». Parecía una abuela de las de antes, vestida con sayas, corpiño y un pañuelo negro anudado hacia atrás, y se mostraba siempre nerviosa y esquiva, como si tuviese la culpa de que Maruja no acabase de parir.

Una mañana en que se toparon de bruces la anciana se dirigió a ella como si le tuviera que dar explicaciones.

—No hay de qué preocuparse. O la señora se confundió en las cuentas, o está clarísimo que tiene el embarazo de la burra.

A Elisa le molestó la comparación: ni ella le había preguntado ni la comadrona tenía por qué explicarle nada, y menos con aquella expresión tan poco respetuosa.

Lo cierto es que el niño nació pasados los diez meses de embarazo, tal y como venía anunciando la tía Lolita, unos días antes de que Elisa se encontrase con Eloy.

El padre estaba radiante. Se quitó el embozo de la boca para darle las gracias y le dijo que le pondrían el nombre del abuelo Mauricio, y que podía pasarse a ver a la madre y al niño cuando quisiera. Después añadió:

—¿Para cuándo el tuyo?

Y le sonrió igual que le había sonreído Amelia, como si ya no pudiese esperar más, porque hacía tiempo que él también le había notado lo que llevaba grabado en la frente desde su cumpleaños.

—Por cierto, me alegro mucho por lo de tu hostel. Si te hace falta cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme.

A partir de esa tarde, cada vez que se cruzaban, o cuando iba a pagarle la comisión por los huéspedes que le derivaba Rodolfo, él le preguntaba si se encontraba bien y le repetía que sabía dónde podría encontrarle si le hacía falta.

Cinco meses largos después, unas horas antes de que le escribiera a su esposo la carta que quemaría en el candil, Elisa tendría a su segundo hijo vivo, al que ayudó a nacer sin quejarse, como había visto a su madre parir a Sabela, sin miedo, sin dolor, sin un ay que pudiera asustar a su hija y a su sobrina.

La primera vez que tuvo en brazos a su niño supo que había nacido con un don especial. Su cuerpecito caliente transmitía una especie de calma que contagiaba a cualquiera, como si su sola presencia pudiera poner paz donde había conflicto, y orden donde había confusión.

Se parecía a Martín, pero no quiso ponerle su nombre, no podría mencionarlo sin recordar que el otro faltaba. Aquel *nenó* había llegado al mundo para darle alegrías, no tristezas ni morriñas. Tenía los ojos claros, el pelo rubio y la cara alargada como su padre, pero Elisa haría todo lo que estuviera en su mano para que no tuviera que buscarse la vida lejos de su tierra como él.

¡Santa Comba bendita, ayúdame a criarlo sano y fuerte y haz que mi marido vuelva pronto!

A los tres días de nacer el pequeño se bautizó en la iglesia de San Julián con el nombre que Elisa eligió para su primer hijo, Jaime, como su abuelo y como el santo que se enfrentó a un dragón.

Por supuesto, Amelia volvió a actuar de madrina, tan agradecida y tan emocionada como en las veces anteriores.

El faldón de cristianar lo bordaron entre ambas, mano a mano, con la gasa de seda, el organdí y las puntillas que les trajo la abuela Rosalía de su almacén en una de sus contadas visitas a Ferrol. La ceremonia la ofició don Benito y las campanas bailaron como si anunciaran el bautizo de un príncipe. ¡Bendito sea mi niño! ¡No se puede ser más feliz! ¡Ni siquiera la ausencia de tu padre me quita una pizca de esta alegría que tengo! *Meu nenó pequeniño!* ¡Mi tesoro!

Tenía poco más de tres semanas cuando le sacó de paseo la primera vez en el coche de capota de Jovita, que había conservado sin saber por qué ni para qué, por el gusto de tenerlo aunque no le sirviera de nada, o por la pena de regalarlo. Jovita pasaba de los dieciséis meses y Manuela de los catorce, las dos andaban desde el año y hacía tiempo que no cabían en el coche, ni siquiera por separado.

Las niñas iban agarradas a las varillas de la capota, tan contentas como ella, y Amelia abriendo paso, orgullosa de los tres ahijados que tenía la fortuna de amadrinar.

Era el día del Corpus, algunas calles estaban adornadas con alfombras de flores y toda la ciudad vestía de domingo. Ellas también. Después de la procesión se dirigieron a la fuente de Churruca, les compraron a las niñas unos barquillos y pusieron rumbo a casa tan contentas como habían salido, hablando y riendo mientras empujaban el coche de capota.

Al cruzar la plazuela de las Angustias se encontraron con Eloy y Maruja, que caminaban a paso lento cogidos del brazo, como si les costase andar y tuvieran que apoyarse el uno en el otro.

Elisa se detuvo frente a la pareja con la intención de presentarle a su hijo, pero ninguno se asomó al carrito. Maruja le hizo a Manuela una carantoña sin ganas y a Eloy se le cortó la

voz mientras intentaba decir algo. Después hicieron un gesto de despedida y se alejaron arrastrando los pies. Él, mucho más alto que su esposa, había apoyado su cabeza sobre la de ella.

Elisa los vio marcharse conteniendo las ganas de llorar, no por ella ni por su pequeño, sino porque entendía por qué no habían podido asomarse para conocerlo.

El sábado anterior, en la víspera de Nuestra Señora de las Angustias, se celebraron las fiestas de Esteiro, como era costumbre, en el santuario de la Virgen y se ofreció una misa por todos los cofrades difuntos, en especial por los fallecidos durante el último año. Entre ellos se encontraban el padre y el hijo de Maruja.

Elisa había conocido al pequeño quince días después de nacer, pasadas las fiestas de los Reyes Magos. Parecía un muñeco. Tan gordito y tan hecho que quién se iba a imaginar que sólo viviría dos meses más, rendido ante unas fiebres que se cebaron en varios pequeños de la ciudad. Don Guillermo había muerto de repente, unas semanas después que su nieto. A ambos se les había concedido la dignidad de hermanos cofrades a título póstumo.

La misa fue la más triste a la que había asistido Elisa. Las madres de las criaturas entraron en la iglesia en procesión, con una vela encendida en las manos. Cuando enfermaron sus hijos, todas se habían puesto el hábito de la Hermandad de Jesús Amigo de los Niños —una túnica negra abotonada de blanco, por encima de los tobillos, con un doble cordón blanco de seda anudado a un lado de la cintura—, y aún no se los habían quitado. Sobre los hábitos llevaban el escapulario de la Virgen. Los padres las acompañaban portando un velón que llegaba hasta el suelo.

Maruja y Eloy ocupaban los puestos centrales. A ella se le caían las lágrimas sin parar, y él cargaba con su dolor con una entereza que conmovía tanto como el llanto de su mujer. Ella tenía veinticuatro años, uno más que él, pero se había llenado de canas de la noche a la mañana, como si hubiera cumplido los cuarenta.

El destino juega a veces con las paradojas. Maruja había querido vestirse con la túnica de la cofradía desde que era niña, para acompañar a la Virgen de las Angustias y a su hijo crucificado. Y ahora llevaba un hábito similar, de su hermandad filial, en memoria de su propio hijo, muerto también.

Aquel día del Corpus, 22 de junio de 1916, el niño Mauricio habría cumplido los seis meses.

Amelia no la dejó ir al entierro ni a la misa de cuerpo presente.

—¿Te volviste loca? —le dijo cuando la vio arreglada para salir—. ¿No sabes que una embarazada no puede pasar por delante de un difunto?

—¿De qué hablas tú?

—De que la sombra del niño muerto se le puede pegar al tuyo.

—Yo no creo en esas cosas. *Tontaes* y *bobaes* las llamaba Guzmán el Asturiano.

—Será porque él nunca vio a un asombrado. Yo sí los vi. Aunque tampoco creo. Pero por si acaso, cuando uno me pasa por delante, no dejo de decir para mis adentros que se vaya.

—¿De qué hablas, Amelia?

—¿Nunca oíste decir a nadie el «Solo vayas»?

—Naturalmente que lo oí.

—Pues de suyo es, si ha de ser.

Elisa continuó protestando, había oído aquella expresión demasiadas veces, dirigida a su hermana; no obstante, para que la madrina se quedase tranquila, les envió a Eloy y a Maruja una tarjeta con sus condolencias y se quedó en la fonda.

El día en que se encontraron en la plazuela de las Angustias con Elisa y sus niños, Eloy se fue a acostar más pronto que de costumbre, sin haber probado la cena y sin esperar a Maruja.

Pocos minutos después de que él se pusiera su camisola de dormir, sintió unos tacones acercándose a la puerta y, antes de que ésta se abriese, se acostó sobre el costado derecho, de espaldas a la cama gemela de su esposa, y se hizo el dormido.

Maruja se quitó los zapatos al entrar y atravesó la habitación de puntillas, como si no quisiera despertarle. Pero le conocía demasiado bien, hacía meses que se quedaba en la biblioteca leyendo el periódico y no subía hasta que calculaba que a ella le había rendido el sueño.

Aquella noche se puso un camisón de raso ribeteado de encajes, se cepilló el pelo sentada frente al espejo de su cómoda y destapó el frasco de perfume para darse unos toques detrás de las orejas con el interior del tapón, repitiendo un ritual que había abandonado desde que se vistió de hábito.

Ya no llevaba el pelo cortado a la altura de la nuca, se lo había dejado crecer y se lo recogía en una trenza para dormir.

Después de acicalarse, en vez de meterse en su cama, se metió en la de su esposo y se abrazó a su espalda.

—Quiero otro hijo.

Eloy fingió que continuaba durmiendo y permaneció inmóvil, como si no la hubiera escuchado.

Todavía no habían llorado al mismo tiempo por su hijo, sino que se desahogaban a escondidas del otro sin atreverse a compartir el dolor. Eloy lloraba en el despacho, a solas, y Maruja en casa, mientras rezaba el rosario con las visitas. Pero cuando estaban juntos se hacían los fuertes y permanecían serenos, pues sabían que, si uno se derrumbaba, el otro se hundiría con él.

Maruja le acarició la espalda y le besó en el hombro.

—¿Me lo darás? Dime que sí.

El verano había empezado el día anterior, cálido y con un poco de viento del norte. Las ventanas de la galería a la que daba el cuarto del matrimonio estaban abiertas, y el aire movía los visillos blancos, abombándolos hacia el interior y produciendo un rasgueo de gasas calmado y suave.

La esposa respiraba detrás del marido, procurando que él notase su aliento en la nuca.

—La casa se quedó tan vacía... Y tú pasas todo el día fuera...

Eloy seguía sin moverse. Ella acercó sus piernas a las de él y le acarició los pies con los suyos.

—No sé qué hacer cuando no estás...

Luego se arrimó más a su espalda, hasta acoplarse completamente, y le recorrió el torso con la mano izquierda, por encima de la camisola de dormir.

—Te echo mucho de menos...

Con la otra mano le acarició la cabeza, envolviéndose el dedo anular con pequeños mechones del pelo y tirando de ellos después para dejarlos libres.

—Dame otro hijo, mi amor.

Olía a jazmín. Un perfume que triunfaba entre las señoritas de La Magdalena, intenso y dulzón, que de un tiempo a esa parte invadía las plateas de los teatros y los salones de baile.

—Sé que no duermes.

Maruja retiró las sábanas y el cobertor de la cama y le levantó la camisola.

—¡Anda, date la vuelta!

Había deslizado la mano izquierda desde el torso hacia abajo, y el sexo de su marido empezaba a reaccionar.

—Así te quiero, corazón.

Pero la mente de Eloy no estaba en el dormitorio ni en las manos de su mujer, se había quedado en el coche de capota que empujaba Elisa en la plazuela de las Angustias, y en el cuarto del pequeño Mauricio, en su cuna vacía, en el olor que conservaban aún sus camisitas de hilo y sus faldones guardados en su cómoda, ordenados y blancos, un olor a inocencia y a ternura, muy distinto al que le llegaba desde la piel de Maruja.

—Lo siento, querida, ahora no.

Y saltó de la cama para correr hacia el cuarto de baño, donde llenó la palangana del lavabo, se enjabonó todo el cuerpo y se aclaró lanzándose el agua con las palmas de las manos.

Al oír el ruido, Maruja se levantó, entró en el baño sin llamar y le preguntó al borde del llanto:

—¿Te quitas mi olor?

—¿Por qué dices eso, mujer?

—¿Mujer? ¿Qué mujer? ¿La que ha de soportar que su marido mire a otra más que a ella? ¿La que tiene que arrimarse para que la toques? ¿La que perdió a su niño? ¿O la que quiere ser madre otra vez?

Eloy se tapó con una toalla y se acercó para abrazarla, lamentándose de la situación que había provocado. Maruja se había apoyado contra la puerta y había roto a llorar.

—Lo intentaremos otra vez —le dijo Eloy para que se calmase—. ¡Vamos! No pienses cosas que no son.

—¿Y qué he de pensar, eh?

—Que te equivocaste de día. Que es demasiado pronto. Que no podemos reemplazar a Mauricio.

—Yo no quiero reemplazarle. ¡Quiero otro! Y quiero que tú lo quieras también.

Se le había soltado un mechón de la trenza y le caía sobre la mejilla. Eloy se lo retiró hacia atrás y la besó en la frente.

—¿Y qué más quieres?

—Que no vuelvas a mirar a otra.

Él hizo como que no la había oído. Le deshizo la trenza y le colocó el pelo por delante del cuello.

—¿Sabes que me gustan tus canas?

Los tirantes del camisón se le habían resbalado de los hombros y le dejaban la mitad de los pechos a la vista. Él se los bajó para dejarla desnuda de cintura para arriba, luego se quitó

la toalla y la cogió en brazos.

Maruja se abrazó a su cuello y dejó de llorar. Era tan pequeña, y él tan grande, que se sentía una niña en sus brazos, acunada y mimada por el hombre más bueno que podía encontrarse sobre la tierra.

—No te preocupes, mi amor. Tienes razón. Hoy no es el día.

Pero Eloy la llevó hasta su cama y cumplió con ella como había cumplido cuando jugaron con las llaves de su despacho y del bargueño, amándola como podía amarla, no más, aunque quizá resultase insuficiente, pero tampoco menos.

Las sábanas y los cobertores rodaron al suelo mientras ellos se pasaban de una cama a otra. Maruja no se quedó embarazada, pero entre caricia y caricia, por vez primera, lloraron juntos a su hijo.

Durante un tiempo Elisa continuó escribiéndole cartas a Martín y rompiéndolas en cuatro trozos después de firmarlas, para verlas arder poco a poco. ¡Qué tontería! ¡Para qué firmarlas si sabía que las iba a quemar!

¡No tenía lógica! Pero las quería completas, como las que escribió su marido y ella pensaba que tampoco podría leer nunca, porque su madre le hizo creer que había cumplido sus órdenes y las había echado al fuego de la chimenea.

Mientras ella escribía, noche tras noche sin noticias del minero, los niños crecían sanos y fuertes, y ella se ganaba la vida alquilando las habitaciones a los huéspedes que le enviaba Rodolfo cada vez con más frecuencia.

Había colocado varias mesas en el comedor, que Amelia adornaba con flores todas las mañanas, y un mostrador en la planta baja, con un timbre plateado que sonaba todos los días con nuevos clientes.

Para cuando nació el pequeño Jaime ya tenía un par de ellos fijos, que empezaron a llamar a su casa La Fonda de Elisa y se alojaban allí directamente, sin preguntar si quedaban habitaciones libres en la posada de Eloy, que había aceptado de buen grado la competencia; él se lo podía permitir, pues nunca le faltaban los huéspedes, pero a Maruja se le notaba que le molestaba.

—Me ha dicho mi Rodolfo que ayer le preguntó la señorita Maruja que cuántos clientes te había mandado ya —le dijo Amelia en cierta ocasión— y que, en cuanto pueda, se hará cargo ella de recibir las comisiones.

Ese día nunca llegó, pero a veces, cuando Elisa iba a cerrar sus cuentas con Eloy, se la encontraba en el despacho y la saludaba con bastante desdén.

La Gran Guerra seguía su curso, y en cada tertulia de los cafés de Ferrol, como en las del resto del reino, continuaba el debate entre los afines a cada bando. También los huéspedes de Elisa se dividían entre unos y otros mientras en el campo de batalla caían los combatientes. La batalla de Verdún, una de las más encarnizadas que se habían librado hasta entonces, se terminaría cobrando setecientas mil víctimas, entre muertos y heridos.

El señor Rodríguez-Sánchez y Piñeyro siguió haciendo negocios con el ejército alemán, y los espías de los dos bloques continuaban dándose cita en suelo español, aprovechando la neutralidad del país.

Elisa vivía las discusiones de sus huéspedes con un miedo que crecía conforme se extendía el conflicto, pues de vez en cuando llegaban noticias de barcos con banderas neutrales que se veían envueltos en las escaramuzas de los buques de guerra o alcanzados por las minas.

Maruja y Eloy, por su parte, continuaron intentando ser padres sin lograrlo. El marido lo hacía por complacer a su esposa —que se enfrentaba cada mes a la decepción del vacío de su vientre, de su casa y de las horas del día—, pero, si hubiera sido por él, la tercera vez que

Maruja se echó a llorar al volver del cuarto de baño habría sido más que suficiente. Pero ella insistía:

—Ninguno tenemos un defecto que nos lo impida. Si lo conseguimos una vez, por qué no va a repetirse.

Tras seis meses de decepciones la joven decidió visitar a la *curandeira* de la aldea de su esposo. Su suegra le había comentado que, a base de hierbas y de friegas en el vientre, la tía Carmuña había conseguido que en muchas mozas del lugar se produjese el milagro que la naturaleza le estaba negando a ella, y se había ofrecido a acompañarla a su choza, muy cerca del cabo Prior, donde se situaba la casa de la *cesteira*.

La joven se resistió en un principio:

—No quiero estar en boca de nadie. Si mis amistades se enteran de que recurro a la curandera de Cobas, empezarán a tratarme como a una amargada.

—¡Ay, *pobriña!* ¿Quién va a enterarse? Esas cosas se hacen de noche. Y a ella le conviene ser discreta.

Pero se negó. No quería la compasión de su suegra, ni las historias que le contaba parecidas a la suya, ni las comparaciones que se hacía ella misma con otros miembros de su familia.

Su prima Josefa, por ejemplo, no tenía problemas, había vuelto a tener un doble embarazo que llegó a término sin dificultades y sin haber tenido que guardar un solo día de cama. Por las mismas fechas que Elisa, parió dos niñas preciosas, María Pía y María de los Ángeles. ¡Cinco hijos en menos de cuatro años! Para cuando la tía Juanita convenció a Maruja para visitar a la tía Carmuña, su prima ya iba a por el sexto.

La mujer de Eloy bebió los brebajes que le preparó la curandera y se sometió a sus frotaciones de vientre durante casi un año. Por las mañanas y por las noches se tomaba su dosis de hierbas, y una vez al mes, en las vísperas de luna llena, acudía a medianoche al cabo Prior para dejarse frotar el abdomen como si fuera una masa de harina. Pero el embarazo no llegaba y, finalmente, desistió.

—No estará de Dios —le dijo a Eloy después de la última visita, mientras se subía al coche para regresar a la ciudad—, ni de la Virgen, ni de todos los santos a los que recé, incluido a nuestro pequeñín, que en gloria esté. Yo quería darle un hermanito para hablarle de él cuando tú faltas de casa. Lo siento, corazón, no debí empeñarme. Lo que no puede ser no puede ser.

El marido contuvo la respiración. Había estado dispuesto para su mujer cada noche que ella echaba las cuentas de la tía Carmuña y se metía en su cama, hacia la mitad del ciclo menstrual, pero cada vez le resultaba más forzado, más mecánico, más parecido a un deber que no serviría para nada, a excepción de calmar la desazón de Maruja.

Hacía un viento que imponía respeto y el cielo estaba cubierto de nubes que aún no habían descargado. A Eloy le costó trabajo abrir la portezuela del coche para que subiera su mujer, empujada por la fuerza del aire. Una vez la pareja estuvo dentro del automóvil, el marido le echó una manta a su esposa en el regazo y se la ajustó a las piernas.

La joven se arrellanó en el asiento del copiloto y cerró los ojos. Las refriegas la habían dejado agotada y el viaje le serviría para relajarse e intentar dormir un rato.

—Gracias, querido.

—Dijiste una vez que no te gustaba que te cuidase —bromeó Eloy para arrancarle una sonrisa mientras le subía el cuello del abrigo y se lo cruzaba sobre el pecho como si fuese una niña pequeña.

—Hace mucho tiempo de eso. Ahora me gusta.

Eloy volvió a salir del vehículo para accionar la manivela que arrancaba el motor y, cuando estuvo encendido, divisó la sombra de una mujer arrebujaada en una toca, que remontaba la cuesta inclinando medio cuerpo hacia delante para oponerse a la fuerza del vendaval.

Las nubes impedían que la luna iluminase el camino, que sólo se hacía visible cuando la señal del faro del cabo Prior se dirigía hacia tierra. En el momento en que Eloy encendió las luces del coche, la sombra desapareció detrás de unos árboles.

Supuso que sería otra moza desesperada que acudía a su cita con la tía Carmuña para sus frotaciones y prefería mantener la discreción como su mujer. De modo que, al pasar junto al árbol, continuó con la vista sobre el camino y pasó de largo sin mirar.

Si se hubiera girado, habría visto unos ojos oscuros y rasgados que siguieron las luces del coche hasta la primera curva y permanecieron atentos hasta que iluminaron la siguiente revuelta, y luego la otra y la de más allá, hasta enfiar el camino que conducía a la aldea.

Se trataba de los ojos de Sabela, quien no acudía a la tía Carmuña en busca de un milagro que en ella no se podría producir nunca más, sino de otro que, por un lado, propiciaba el olvido y, por otro, protegería a su hija de la maldición que había heredado.

—¿Trajiste el mechón?

—Me costó reunirlo, pero aquí está.

—¿Son todos de la almohada?

—Todos.

—¿Con la raíz?

—Alguno la tiene.

—¿Y las gotas de sudor?

—El pañuelo de siempre.

—Servirá. ¡Échalo a la cazuela y haz tu parte!

La joven metió el pañuelo en el recipiente que la tía Carmuña había arrimado al fuego, después se arrancó un cabello, lo unió a los que traía sujetos por un hilo y los puso también a hervir. A continuación machacó en un mortero de madera unas nueces de ciprés que había dejado secar desde la luna anterior, mezcló el polvo con unas hierbas que la curandera sacó de un frasco y lo añadió a la pócima.

La curandera pasó las manos sobre el vapor que desprendía la marmita y miró en su interior como si pudiera ver algunas imágenes. Luego llenó un pequeño frasco de vidrio azul con una parte del brebaje y se lo entregó a la joven.

—Todo sigue como ha de seguir. Recuerda que no debe verlo ni tocarlo.

—¿Y mi hija? ¿La viste?

—Sana y crecida.

—¿Habla?

—Mejor que tú y que yo.

—¿Aún no llora?

—Todo lleva su tiempo.

Antes de marcharse, la curandera le entregó otro frasco, de color rojo, que tenía preparado de antemano y añadió:

—Ya sabes lo que hay que hacer.

Sabela regresó a Cobas caminando a favor del viento, empujada con tal fuerza que el mantón se le escapaba hacia delante como si quisiera volar solo.

El faro Prior iluminaba el camino con su secuencia de siempre: dos haces de luz, un segundo en negro y tres haces más. Cuando subía hacia la cabaña, a Sabela le gustaba contarlos y acompañar su ritmo al de la señal luminosa.

Sabía que la mujer de Eloy visitaba a la tía Carmuña desde hacía varios meses, los había visto marcharse en más de una oportunidad, pero ella nunca se dejó ver, su presencia podría haberlos incomodado, de modo que siempre esperaba a que el matrimonio se alejase para subir el último tramo del monte. Al fin y al cabo, se lo debía, era su forma de agradecerles lo que habían hecho por ella cuando nació su hija, y por otro lado, hacía tiempo que sus sentimientos hacia Eloy se habían quedado en un mero recuerdo de la adolescencia.

Se había portado con ella mejor de lo que merecía. El día que la llevó de vuelta a Cobas desde la casa de socorro le dijo a su tío que la dejase un momento a solas con él en la cancela del patio y allí le pidió que revalidara su juramento.

—No vi nada, Sabela. No hizo falta que jurase.

—Viste el matorral.

—Sé que alguien se escondió detrás, pero no le vi.

—Y me viste a mí. Nadie debe saber cómo me encontraste. Lo juraste, Eloy.

—Nunca incumpliría un juramento. Lo sabes muy bien.

Y no lo hizo. Nadie con dos dedos de frente lo haría. Los juramentos son sagrados. Por eso se pone en prenda la vida de quien más se ama. Ella también había tenido que hacerlos y jamás se arriesgaría a tener que pagar por romperlos.

El viento arreciaba. La luz de la luna proyectaba las sombras de los árboles como si fuese de día. No había nubes, pero el cerco lunar indicaba que el tiempo iba a cambiar.

Al llegar a casa, guardó los frascos que le había dado la curandera y esperó al día siguiente para repetir la liturgia que había seguido una vez al mes, desde que empezó a ir a la choza del cabo Prior. Primero volcó el contenido del frasco azul en el pote de la cena, que ella no probó, y luego, cuando su madre cayó en un sueño profundo, aprovechó para arrancarle los cabellos que le llevaría a la curandera en la luna llena siguiente. Un remedio que conseguiría librar a Rosalía del mal que les había traspasado a su hija y a su nieta.

—Se lo dije a tu madre al nacer tú, pero ella no me creyó —le aseguró la tía Carmuña después del nacimiento de Manuela—, tu abuela también lo tuvo.

—¿Qué he de hacer?

—Es muy importante que no se percate de nada, o no habrá manera de quitárselo.

—¿Seguro que le hará efecto a mi nena también?

—Descuida. Hay que arrancar el origen. Después será cosa de poco. Todas podréis quejaros de dolor como cualquier persona. Pero has de creer.

—¿Y lo otro? ¿Hasta cuándo he de seguir?

—Eso nunca se sabe. Las marcas del olvido no son fáciles de distinguir.

—Pero ¿se puede?

—Se intentará.

Tras echar las dos gotas en el almohadón de su madre, se dirigió a la cama que había sido de su tío, esparció las gotas del frasco rojo y recitó un conjuro. Luego se fue a su catre, se echó en las manos el resto de la pócima y lo dispersó sobre las sábanas extendiendo y encogiendo los dedos, como si las estuviera humedeciendo para plancharlas.

Los remedios habían dado resultados. Aunque su hija todavía no lloraba, se expresaba mejor que cualquier otra niña de su edad, incluso había empezado a hablar mucho antes que Jovita. La curandera estaba convencida de que detrás de las palabras vendrían las lágrimas, gracias a sus invocaciones, pero Sabela no lo tenía tan claro.

La otra parte del ritual la venía repitiendo desde la noche siguiente a la de la playa de la Media Luna. Las gotas que derramaba sobre la almohada de Manuel consiguieron que su tío olvidase mientras vivió, al menos así le parecía a ella, porque jamás le habló del asunto. Aunque su mirada había cambiado desde entonces, ya no causaba turbación, sino una tristeza de la que resultaba difícil sustraerse. Quizá fueran esas las marcas de las que hablaba la tía Carmuña, ya no sonreía con la bondad que le caracterizaba, sino con una especie de desconcierto que le duró hasta el día de su muerte. Ese día Sabela debería haber interrumpido las invocaciones, ya no hacía ninguna falta, pero continuó derramando cada noche de luna llena las gotas del olvido en su almohada y recitando el conjuro para que pudiera descansar en paz.

Con respecto a Martín no tuvo ningún problema: había demostrado que era hombre de palabra. Le había escrito en varias ocasiones, sobre todo al principio, y fue a verla a escondidas a su vuelta de Cuba para pedirle lo que le pidió en sus cartas: que le liberase de su juramento, el mismo que le guardaba Eloy por la vida de todos los suyos.

Su secreto estaba a salvo. Ninguno de los dos pondría en peligro a quienes más querían. Guardarían el secreto hasta que ella les diera permiso para romperlo. Pero no podía hacerlo aún.

Sabela no estaba segura de lo que había visto Martín, pues, en contra de lo que se empeñaron en decir en la aldea, había luna nueva aquella noche. Ella no se habría atrevido a meterse desnuda en el agua si hubiera pensado que podrían verla.

Pero el minero huyó hacia los matorrales al sentir los pasos de Eloy, y no pudo haber elegido peor escondite.

Porque allí estaba él, arrepentido y lloroso, intentando quitarse la arena mojada de su poncho gastado, sin parar de decir «Yo... no quise..., yo... no quise...».

Y era cierto, no quiso, y Sabela tampoco, pero sucedió.

Se lo encontró en la orilla cuando salió del agua, mirándola como si estuviese ante una visión, transformado en otra persona, boquiabierto e inmóvil, sin parpadear, como si no la reconociera, tan impresionado que cualquiera diría que nunca había visto desnuda a una mujer.

—Soy yo, tío.

Él no pudo leerle los labios. Negra la noche. Negro el mar. Negro el silencio. Ni viento ni espuma ni batir de olas. Ninguna vibración que le obligase a apartar la vista de aquella piel, de las gotas que resbalaban desde sus hombros, del pelo mojado. Las medidas proporcionadas de sus pechos pequeños y firmes, su manera de salir del agua, suave, acercándose a la orilla, resistiendo la fuerza que se la hubiera querido llevar de nuevo hacia dentro y no dejarla

escapar. El vello rizado del pubis, los brazos levantados hacia la cabeza, sus manos escurriéndose el agua de la cara, las axilas oscuras, la boca, el ombligo, la cadera, los muslos. La miel y el deseo.

—Déjame el poncho.

Él la cubrió con el poncho raído y empezó a secarla. Ella debería haberse negado. Debería haberse apartado y dejarle que volviera a ser él, su tío, su confidente, su amigo, de quien sólo había recibido ternura desde que llegó a su casa. Mas no quiso que su negativa pareciera un desprecio y permitió que le frotase la espalda como si fuese una cría pequeña.

Luego intentó retirarse.

—Gracias, puedo hacerlo sola.

Pero su boca ya se había acercado a la suya, sus manos se habían ajustado a su cintura y su mente se había desbocado.

—¡No, tío, no! ¡Mírame, soy yo, Sabela!

Lo dijo creyendo que él podía escucharla. Sus manos calientes y grandes se pasearon por ella con una dulzura infinita, desde la espalda hacia abajo, suaves y tiernas, solícitas, recogiendo en su tacto todo el amor que les había negado el mundo a los dos. La arena mojada. La noche sin luna. Los cuerpos desnudos. El cielo sembrado de estrellas. La mente nublada. Los ojos perdidos. La piel encendida. Los besos. Los besos. Los besos.

El tío no vio a su sobrina hasta que ella rompió a llorar, arrepentida y temblando, liberándose de su peso. Sólo entonces percibió las vibraciones del agua, un rugido que se extendía por toda la orilla, roto en espuma, confundido con el llanto de Sabela.

—Yo... no quise...

Sabela vio a lo lejos a Martín, que se acercaba hacia ellos alertado por sus sollozos, entonces le dio el poncho a su tío, señaló hacia los matorrales y le cogió la cara entre las manos para que pudiera entenderla.

—¡Escóndete! ¡Esto nunca pasó! ¿Me entiendes, tío? ¡No pasó! ¿Me entiendes? ¡Corre, escóndete!

Lo demás sucedió tan deprisa que Sabela no podía ordenarlo sin caer en algún error. Había dejado la ropa al pie del monte y corrió hacia ella para echársela por encima antes de que Martín la abordara. No hubo tiempo para preguntas ni para explicaciones porque Eloy apareció detrás de él, bajando la ladera.

Al minero no le hizo falta que nadie le dijera que había que esconderse, huyó hacia los matorrales después de jurarle a su cuñada que jamás abriría los labios sobre lo que había visto y sobre nada de lo que pudiera ver aquella noche, y se encontró con la razón por la que Sabela guardó silencio, temblando más que ella, con el poncho en las manos y los ojos espantados.

Tras la última visita a la choza de la tía Carmuña, Maruja empezó a quejarse de una molestia en el abdomen que no había mencionado con anterioridad, similar a las de la menstruación, una especie de punzada interna que se fue agudizando con el paso del tiempo hasta convertirse en un dolor intermitente que la obligaba a doblarse cada vez que se ponía de pie. El médico le había recetado unas inyecciones y le había recomendado que guardase reposo el mayor tiempo posible, pero no mejoraba.

Cuando estaba en presencia de su esposo intentaba disimular la intensidad del dolor apretándose el vientre con las manos. Algunas veces Eloy la descubría haciendo un gesto involuntario e intentaba quedarse en casa para cuidarla.

—Déjame que me quede aunque sólo sea por la tarde.

Pero ella se negó a que la enfermedad cambiara las rutinas de ninguno de los dos. Se levantaba temprano con él, le ayudaba a colocarse la chaqueta y ajustarse el nudo de la corbata, y le obligaba a marcharse al despacho. Y ella se quedaba organizando las cosas de su casa como si no estuviese enferma. Nunca quiso doncellas internas; a lo más, una criada para la limpieza y una cocinera que se marchaban después de la hora de comer.

—No puedes seguir así, Maruja. Te has de cuidar. ¡Vamos! ¡Vuelve a acostarte! Hoy me quedo contigo.

—No puedo. Tengo mucho que hacer. Esta tarde visitaré a la prima Josefa. Ya tuvo al nene.

—¿Otro? ¿No tuvo uno hace nada?

—¡Ay, marido, tú y tus despistes! María de Lourdes fue sietemesina, y éste también. ¡No sé cómo puede con todo la pobre madre! Las muchachas se le van cuando ven tantos críos juntos. Uno por año, cuando no vienen dos.

—¿Y la tienes que visitar precisamente hoy?

—Iré después de la misa. ¿Me acompañarás?

—Ni siquiera deberías ir a la misa. No tienes buena cara. Déjame que me quede hoy.

Era el 22 de diciembre de 1918, el tercer aniversario del pequeño Mauricio. Todos los días 22 se celebraba una misa de difuntos en su memoria, a la que sólo asistían los padres y los abuelos paternos, pero aquella tarde se había anunciado el oficio en la prensa local, y Maruja no podía faltar.

—Estoy bien. No te preocupes.

—¿No puedes ir otro día a ver a Josefa? Acabarás agotada. Además, no creo que te haga bien...

—¿No crees que los niños me servirán de distracción?

—Pero estás peor, se nota, y además, precisamente hoy...

—Es un día como cualquier otro, querido, no deberíamos haber puesto la esquila. Prométeme que, cuando yo falte, no habrá misas de aniversario.

Lo dijo como si supiera que sería en breve, mirando a su marido como si deseara compartir algo de lo que nunca habían hablado y quisiera tranquilizarle. Luego desvió la conversación otra vez a los niños de su prima Josefa. Se la notaba tan cansada que parecía haber pasado la noche en vela. La voz más tenue que nunca, la sonrisa forzada, las manos temblorosas. Eloy sabía que hacía tiempo que administraba sus fuerzas para mostrarse bien delante de él, pero estaba claro que la enfermedad avanzaba deprisa y que estaba dejando sus huellas.

—A éste le llamarán Antonio María Rafael, Antonio y María por los padres de Josefa, y Rafael no sé muy bien por qué. Pronto será el bautizo. Verás como dentro de nada nos sorprende con que habrá un octavo.

El marido la miró sin escuchar las últimas frases, preguntándole sin palabras hasta dónde sabía ella de la gravedad de su dolencia y quién se lo había contado.

Había perdido mucho peso y se le había oscurecido la piel. Sus ojos trataban de disimular el rictus que le producían los dolores y se esforzaban por aparentar la alegría que había ido perdiendo desde que el pequeño Mauricio contrajo las fiebres. Esa alegría capaz de contagiar a cualquiera que Eloy había admirado cuando la conoció.

Maruja le contestó también sin palabras, con aquellos ojos que se estaban apagando, serena, dulce, queriéndole hacer entender. Todo irá bien, amor mío, no sufras por mí. Tranquilo. Has de ser más fuerte que yo.

Él intentó besarla en la frente, repitiéndole que no tenía buen aspecto y que se quedaría en casa y llamaría al doctor, pero Maruja se apartó para evitar que la tocara y descubriera que estaba ardiendo, y le empujó hacia la puerta.

—¡Anda, vete, o conseguirás enfadarme!

Cuando por fin se marchó, se asomó a la galería para decirle adiós con la mano y contuvo las lágrimas. Le temblaban las piernas, que apenas conseguían sujetarla, y le corría entre los muslos un líquido pastoso y tibio.

Eloy hizo un ademán de volver, pero ella sacudió la cabeza y le repitió con la mirada que había llegado la hora de marcharse. No sufras, mi amor. Todo irá bien.

A Eloy se le humedecieron los ojos y volvió a preguntarle hasta dónde sabía de su gravedad y por qué no lo quiso compartir con él. Y ella volvió a decirle, con sus ojos apagados y dulces, que se fuese tranquilo y que tenía que ser más fuerte que ella.

Porque ella lo supo al mismo tiempo que él, cuando el doctor la palpó en la primera consulta y, tras hacerle unas radiografías, le pidió a Eloy que le acompañase a una sala contigua.

Ni siquiera le hubiera hecho falta escucharlos detrás de la puerta, le bastó con verle la cara a su marido cuando regresó y le dijo que no había de qué preocuparse, porque se curaría con las inyecciones, y la palmada que le dio don Gonzalo a Eloy en la espalda al despedirse.

—Un año, a lo sumo. Está muy extendido —le había dicho el médico a Eloy en la sala de al lado tras proponerle que podría enviarla a otro especialista, el mejor de La Coruña, por si quería una segunda opinión—. Si lo prefiere, para no alertar a su esposa, puedo enviarle las placas a mi colega y que me informe a mí directamente.

El colega de La Coruña debió de ratificar el diagnóstico, pues el tratamiento sólo varió en la dosis, un poco más del calmante que se ponía ella misma por las noches, siempre delante de Eloy, y que, aunque no surtía el efecto suficiente, Maruja fingía que la mejoraba y la mantenía de pie, enferma, sí, eso no podía esconderlo, pero con más fuerzas que las que lograba sacar de no sabía dónde, con tal de que él no supiera que el doctor había errado en los cálculos.

Maruja le había visitado a espaldas de su marido y le había pedido que le recetase un calmante más fuerte.

—Por favor, no le diga que lo sé.

Habían transcurrido cinco meses desde aquella primera consulta, y aunque don Gonzalo protestó en un principio y le riñó por no haber guardado suficiente reposo, acabó por ceder y mantuvo la confidencia.

Sin embargo, en las últimas semanas los dolores se extendieron hacia la cintura y los riñones.

—Esto ya no es factible, Maruja. Hay que decírselo a su esposo. A partir de ahora, yo iré a ponerle el tratamiento y usted deberá guardar cama.

—Lo haré, se lo juro, si no se lo dice a Eloy.

—Y si se lo digo, también. Ya no podrá disimular más.

—No me conoce usted, doctor.

—No sea obstinada. Él tiene derecho a saberlo.

—Yo también lo tenía y me lo ocultaron.

—¡Naturalmente, usted es la enferma! Sería un sufrimiento añadido.

—¿Y qué ganamos adelantándoselo a él?

—Esto va muy deprisa. Ha de estar preparado.

—Lo está.

El doctor intentó convencerla de que no podía seguir fingiendo, pero cuantos más argumentos le daba, más se encerraba en su terquedad.

—Muy bien, hagamos una cosa. Usted me promete que me esperará en la cama todos los días y que no se levantará más de lo imprescindible. Y yo le prometo que sólo se lo diré a su esposo cuando ya no quede otro remedio.

Desde entonces, cuando Eloy se marchaba a la oficina, ella volvía a acostarse y esperaba a que el médico le inyectase las dosis. Y cuando su esposo llegaba para comer, se sentaba a la mesa como si tuviera apetito y se servía la misma cantidad que de costumbre.

Unos días antes del aniversario del niño, al limpiarse después de orinar, se encontró unas gotas de sangre clara y limpia, en unos orines cada vez más escasos y oscuros.

Aquella misma mañana, al despertar, había sentido las sábanas húmedas y el camisón empapado. Le pesaban tanto las piernas que no sabía si podría levantarse para ayudar a su marido con el nudo de la corbata. Pero tenía que obligarle a marcharse, tenía que alejarle de la habitación. Así que se levantó muy despacio para no despertarle y se inyectó el doble de calmante en el cuarto de baño. Luego se mudó de camisón, se puso unos paños higiénicos y se echó encima un salto de cama de invierno. Finalmente hizo acopio de fuerzas para conseguir que le saliera la voz y despertó a Eloy para que se marchase al trabajo.

Después de despedirse de él desde la galería, volvió al dormitorio apoyándose en las paredes y se vistió con su hábito de Jesús Amigo de los Niños, se peinó la trenza a duras penas y utilizó sus últimas fuerzas para escribir una nota, que dejó sobre el tocador, y meterse en la cama de Eloy. «Me hiciste feliz.»

Antes de cerrar los ojos sintió los pasos de su marido subiendo las escaleras y, en un instante, su voz, llamándola una y otra vez, que se alejaba poco a poco hasta hacerse inaudible.

Tres días más tarde Eloy encabezó el cortejo que siguió al coche de caballos hasta el santuario de Nuestra Señora de las Angustias y, después de la misa concelebrada por los párrocos de Cobas, San Julián y del propio santuario, hasta el panteón donde Maruja descansaría con sus padres y su hijo.

La familia de Elisa le acompañó en su dolor durante la misa de cuerpo presente, junto a Amelia y Rodolfo. Todos permanecieron de pie al fondo de la iglesia: Elisa, entre la madrina y su marido, y Sabela junto a Rosalía, a quien Elisa no veía desde hacía meses. Las hermanas se habían saludado con un beso antes de entrar en el santuario, para no dar lugar a más habladurías, pero frío y de compromiso, en silencio y sin apenas rozarse.

Al finalizar el oficio, el viudo recibió las condolencias de los asistentes en el atrio del altar mayor, acompañado en todo momento por sus padres y por don Cosme, doña Josefa y su esposo. En primer lugar desfilaron los ocupantes de los bancos delanteros —cofrades de la Hermandad, socios del Casino y del Círculo de Empresarios y clientes importantes de Eloy—; después, las mujeres de éstos, y por último, los que se mantuvieron de pie al fondo de la capilla: la mayoría, paisanos venidos de Cobas a pie o en la furgoneta de línea y empleados de los negocios de Eloy, quien estrechó las manos de cada uno del brazo de su madre, ausente y sin fuerzas, mirando al vacío, agradeciendo su presencia e intentando mantener la compostura.

Sabela y Elisa salieron de la parroquia como casi todos los deudos, con los ojos húmedos, cabizbajos y preocupados por la mirada perdida de Eloy, que les había estrechado las manos como a todos los demás, sin reparar de quién recibía cada pésame. La tía Juanita y el tío Mauricio, en cambio, las miraron como si les desagradase que hubieran asistido al funeral de su nuera. En el pueblo se sabía que Sabela visitaba a la curandera y se rumoreaba que estaba aprendiendo el oficio y la había acompañado más de una vez en sus sanaciones, quizá incluso intervino en las de Maruja. Desde el último escándalo, cuando su hermana fue a verla a El Buen Gusto para defender a su marido y ella se encontró a los dos días con su tío muerto, no había vuelto a atender a las clientas del almacén. Vivía casi escondida, entre la trastienda y las cuatro paredes de un cuarto que habían levantado sobre la cuadra. Sólo se la veía de noche, cuando iba y venía del cabo Prior, envuelta en su mantón negro, creyendo que podría zafarse de los ojos de la parroquia.

Doña Juanita no podía perdonarse haber sido ella misma quien aconsejó a su nuera visitar a la tía Carmuña, sabiendo como sabía que su chozo siempre estaba abierto para aquella mujer que olía a desgracias.

Cuando vio que se acercaba al atrio con su hermana, rezó para que su hijo continuase perdido y no las reconociese. Entendía que Rosalía estuviera en la iglesia; todo Cobas se había desplazado a Ferrol, nadie habría entendido que ella faltase: al fin y al cabo, sin la intervención de Maruja, Sabela se habría desangrado y la niña que nació con los ojos abiertos

podría haberlos cerrado para siempre. Pero las hijas sobraban. La pequeña, por razones obvias, y la mayor también. La opinión de la *cesteira* sobre Elisa coincidía con la que su marido le expuso a Eloy el día de su boda, y no había variado desde entonces. No sólo le había hecho daño a su hijo y humillado a la familia, también a la pobre de su nuera, y quién sabía si ese mismo sufrimiento le causó la enfermedad que la había llevado a la tumba.

Ni ella ni el tío Mauricio esperaban su muerte. Pese a que el deterioro era palpable, vivieron el deceso como algo repentino, una mala jugada del destino, que se empeñaba en golpear a Eloy por segunda vez en poco menos de tres años y que quizá se hubiera podido evitar si las hijas de la *leiteira* no hubieran aparecido en su vida.

De manera que no tuvo ningún reparo en mirarlas con el desprecio que le provocaban, para que entendiesen que habían cumplido de más con su pésame y debían marcharse.

Era el día de Navidad, en el templo olía a flores y a cera derretida. El féretro salió a hombros de la iglesia, seguido por los hombres de la familia y de los bancos delanteros. Cuando la comitiva fúnebre se encaminó hacia el cementerio, la tía Juanita se dirigió a la casa de su hijo con doña Josefa y las mujeres que ocuparon los bancos delanteros.

Había empezado a llover. Las mujeres y los hombres de Cobas regresaron a la parada de la puerta del Astillero en fila de a dos, encabezados por don Cosme, resguardados bajo sus paraguas, en un segundo cortejo que no llegaría al camposanto ni rezaría el rosario en la casa de La Magdalena, pero tan doliente y tan sorprendido por la muerte de Maruja como el que acompañó al féretro.

Sabela y Rosalía cerraban aquella especie de procesión silenciosa, con el desprecio de la *cesteira* todavía en la retina. Elisa se había despedido de ellas con un beso, pero al contrario del que le dio su hermana al saludarse, Sabela le había buscado los ojos y le mantuvo la mirada durante unos segundos. No dijo nada, pero en sus ojos se reflejaban las preguntas que Elisa llevaba esperando desde que se hizo cargo de su hija. ¿Cómo está? ¿Crece bien? ¿Pregunta por mí? ¿Ha llorado alguna vez?

A Elisa le hubiera gustado decirle que crecía feliz, tan alta como Jovita y tan espabilada, y que debería ir a visitarla de vez en cuando para poder llevársela antes de que fuese demasiado tarde. Pero no se lo dijo, no se atrevió, porque también guardaba en la retina la mirada de la tía Juanita, hiriente y cruel, una mirada que evidenciaba que el tiempo no había pasado en Cobas y que las voces no se habían apagado aún.

Sabela continuó su camino hacia la furgoneta de línea sin mirar atrás, bajo el paraguas de su madre, con la vista fija en el suelo e intentando dejar pasar los pensamientos que se le agolpaban en la mente: el deseo de ver a su hija, el odio de la tía Juanita, Elisa, su madre, su tío muerto y la mirada perdida de Eloy.

Mientras ellas llegaban a Cobas, tres horas después de salir, el viudo regresaba agotado a su casa, acompañado por los hombres de los bancos delanteros, sin ánimos para seguir recibiendo las fórmulas repetidas que no habían cesado en toda la mañana, vacías en la mayoría de los casos, y bienintencionadas en los que quisieron darle un consuelo que no era posible.

—Por favor, madre, dígame a Josefa que les agradezco a todos que me hayan acompañado, pero que preferiría que se marchasen ya.

—Tienes razón, hijo, aquí hay demasiada gente.

—Vosotros también, madre.

—¡Ni hablar, en qué cabeza cabe! ¡Cómo vas a pasar solo la Navidad! Hoy nos quedamos contigo, mañana Dios dirá.

—Dios ya dijo bastante. Por favor, madre, quiero estar solo.

La tía Juanita se quejó otra vez antes de aceptar la voluntad de su hijo, que se colocó en la puerta para seguir estrechando las manos de los que fueron saliendo, repitiendo las gracias y deseando que terminara la mañana.

Una vez solo, se dirigió al comedor donde se había velado a su mujer, se sentó en la silla que había sido de ella y se acodó sobre la mesa para taparse la cara y sujetar el dolor.

En el bolsillo de la chaqueta llevaba la nota de Maruja doblada en cuatro trozos, acariciada mil veces desde que la descubrió sobre la cómoda. «Me hiciste feliz.» Una sola frase en que le eximía de toda su culpa, de la torpeza de una vida en la que ella siempre entregó más que él, de una balanza desequilibrada que ya no se podría compensar.

Porque no era cierto, no había conseguido hacerla feliz. Lo intentó, de eso no podía culparse, pero ella misma lo dijo en una ocasión, procurar es quedarse a las puertas, y él no había conseguido abrirlas nunca para atravesarlas de su mano.

Esa misma tarde ordenó quemar los colchones, las sábanas y las mantas de las camas gemelas de su dormitorio y salió de la casa de La Magdalena para instalarse en la posada del Patín.

Durante el viaje de regreso a la aldea Sabela mantuvo los ojos cerrados, sentada junto a su madre en el último asiento de la furgoneta, un banco de madera corrido que podrían haber ocupado otros tres pasajeros, pero que sólo compartieron con don Cosme.

El sacerdote dirigió los misterios del rosario por el alma de la difunta mientras Sabela permanecía en silencio, con la cabeza reclinada hacia atrás. Hacía tiempo que había dejado de ir a la iglesia y al párroco no le extrañó su mutismo; sin embargo, al recitar el padrenuestro se giró hacia ella para que supiera que debería estar rezando también.

Aún llovía cuando llegaron a las cocheras. Los aldeanos fueron saliendo del autocar y se desperdigaron de vuelta a sus casas, bajo sus paraguas negros, cabizbajos y sin ganas de hablar, compadecidos por Eloy y su mala fortuna. Ninguno había mirado a Sabela cuando entró en el vehículo, y ella tampoco quiso mirarlos. La fama que la perseguía desde que nació se había acrecentado, sobre todo después de sus visitas a la choza de la tía Camuña, por lo que evitaba cruzar la mirada con los vecinos.

Sabía que sus subidas y bajadas del cabo Prior no pasaban desapercibidas. No era una ingenua, nunca lo fue, pero seguía ocultándose con su toca cada víspera de luna llena mientras las vecinas continuaban bajando la voz cuando ella pasaba a su lado.

No podría calcular el número de veces que había escuchado el «Sola vayas». Se había acostumbrado tanto a él que acabó por entenderlo como un saludo más que como una invocación para espantar los males que le atribuían.

Y sola iba, sin echar de menos la compañía de nadie, salvo la de su tío Manuel.

El día de su muerte le vio agacharse con la mano en el cierre de la tienda, aferrado al postigo como si pudiera salvarle. La miró igual que cuando volvió en sí en la playa, pidiéndole un perdón que él no podía concederse, recuperando el recuerdo que Sabela había intentado borrar con las gotas que le echaba en la almohada.

La gente decía que se había vuelto loca intentando resucitarlo. Sus gritos debieron de oírse en todo el concejo, llamándole una y otra vez como si sus oídos no estuvieran sordos, arrodillada junto a él, con un dolor insoportable que le apretaba el estómago.

Sin embargo, nadie la oyó cuando se acercó a sus ojos sin vida para que le leyera los labios mientras le rogaba que él también la perdonase.

Debería haberse dado cuenta a tiempo de que, realmente, no era su tío el que la miró salir del agua. No debería haberse acercado, ni pedirle el poncho, ni dejarle que le secase la espalda, ni haberse bañado desnuda. Tal vez, ni haberle condenado al silencio.

Quizá hubiera sido mejor que pagasen su culpa. Si lo hubieran hecho, cuando nació la niña los vecinos no habrían hablado del bosque y de sus bailes a la luz de la luna. Porque era cierto que bailaba entre los árboles cuando los demás lo hacían en la verbena. Sola. Desnuda. Buscando el placer.

Debería haber admitido sus propios pecados y pagarlos sin arrastrar a nadie detrás. Pero hay fuerzas que se conjuran sin haberlas invocado y sin ninguna razón aparente. Don Cosme fue una de ellas.

Cuando empezó el rumor sobre el maligno, fue a confesarse con él y le pidió que aplacara aquellas calumnias.

—¡Ay, pecadora! Desataste muchas iras. ¿Ahora vienes a mí, cuando todo el mundo sabe que eres la aprendiz de la tía Carmuña? Si me hubieras consultado antes, te habría advertido de que un burro sólo puede enseñar a rebuznar.

—No soy aprendiz de nadie, padre.

—¿A qué viene, entonces, lo del chozo del cabo Prior?

—Me da algunas hierbas como medicinas.

—¿Medicinas? ¡Para eso están las boticas! ¿Es que no tienes bastante con lo que tienes, que has de excitar las mentes de todos? El Maligno tiene muchas formas, hija mía. Y a ti te engañó bien.

—Yo no hice nada...

—¿Nada? ¿Y qué pasó en la playa?

—Él apareció de repente. Yo... No sé..., se me fue la cabeza. Mi tío...

—¿Tu tío? ¿Y aún dices que no hiciste nada, alma de Dios? ¿Te parece poco provocar a un bendito que tiene una tara? ¿Sabes qué pasará si lo dices? ¿Qué dirá la gente? ¿Cómo crees que reaccionarán? ¿A quién culparán más, a él o a ti?

—No me importa cargar con la culpa. Pero usted puede hacer algo para que los vecinos dejen de imaginarse lo que no fue. Porque lo que llevo en el vientre...

—Lo que llevas ahí dentro ya está condenado, criatura. Diga yo lo que diga. ¿O crees que la Iglesia consiente las supersticiones? ¡Naturalmente que no! Pero de una cosa no tengo duda ninguna: cuando te metiste en el agua como Dios te trajo al mundo, no ibas precisamente con el Creador. Y en el bosque, tampoco.

—Me está diciendo que...

—Sólo te digo que, hagas lo que hagas y digas lo que digas, a ese niño le llamarán de dos formas: o hijo de una aberración o del mismo demonio.

—Pero usted puede...

—Puedo aconsejarte que calles por el bien de la criatura. Y que te inventes un novio para que los supersticiosos se olviden del bosque y yo pueda intentar que recuperen su sano juicio.

Aquella noche, después de la cena, Rosalía habló de los rumores sobre Martín, dando por hecho que sabía que había sido él, como lo sabía el resto del pueblo.

Nadie podría creerse la historia de un novio; de haber existido, al pueblo tampoco se le habría escapado. Pero Martín cargaba su fama de pendenciero como si no le pesase y había bailado con ella aquella noche.

Así es que calló. Mejor de Martín que del Maligno. Mejor el fruto de una seducción que el de una locura. Mejor de su cuñado que del hermano de su padre. Mejor de un adulterio que de un baile en el bosque. Mejor. Mejor. Mejor.

Hay fuerzas tan poderosas que se convierten en vendavales capaces de zarandear los cimientos más asentados, hasta resquebrajarlos y hacerlos caer.

La huida de Elisa facilitó la verosimilitud de la historia. Si la propia esposa del minero le creía culpable, cómo no iban a creerlo los demás, por mucho que Sabela lo negara.

—No fue él.

Pero sólo si había sido él, el pueblo se olvidaría del bosque y ella podría conservar a su hijo. Bastardo, sí, no sería el primero ni el último de la aldea, pero no maldito desde la cuna.

Y sólo si había sido él, su madre la aceptaría bajo su techo. Rosalía no hubiera consentido que la traición se hubiera cometido contra ella. El tío Manuel era suyo, sólo suyo. Si llegara a enterarse, la acusaría de haberle provocado y la echaría de la vida que ella misma le reservó cuando supo que Mateo no volvería y decidió que su hermana podría aspirar a una buena boda.

La casa, las tierras, la antigua quincallería y el almacén de tejidos en que se había transformado. Todo era suyo. Le habían correspondido en el reparto que les impuso su madre. No Eloy. No un matrimonio. No una vida nueva fuera de la aldea. No un héroe de cuentos que la rescatase.

Elisa, sin embargo, despreció todo lo que ella había soñado y luego se llevó al único hombre que la invitó una vez a bailar. La casa de las cocheras, con su cocina de varios fuegos, los amigos de la mina, las tardes alrededor de la chimenea, los vestidos y los sombreros elegantes, los cuidados de un esposo que la amaba, pese a su empeño por alimentar su fama de conquistador.

—No fue él.

Y mientras más lo negaba, más parecía que sí había sido. Él se marchó huyendo de la guerra y de las deudas del juego, después de jurar que jamás contaría lo que vio en la playa. Cumplió su palabra, aunque a la vuelta de Cuba consiguió hacerle creer a Elisa que no era el padre de la niña.

A ella, en cambio, su hermana no quiso crearla nunca. Se marchó de la aldea de noche, poniendo en peligro un embarazo precedido por dos abortos, y se encerró en su papel de mujer traicionada. ¡Pobre Elisa! Le había abierto la puerta de su dormitorio a Martín después de cada aventura, pero no pudo con la que no sucedió. Si la hubiera creído, se habría ahorrado un sufrimiento inútil, el mismo que desvió la atención de los que hubieran condenado a su hijo a un infierno.

Por primera vez en la vida de Sabela el destino decidió jugar a su favor, las fuerzas que se conjuraron por sí solas le permitirían criar a su pequeño, aunque su hermana dejase de hablarle.

No contó con que, en el reparto de Rosalía, le había tocado también la facilidad de parir sin que su cuerpo la avisara previamente, y que su hija se deslizaría entre sus piernas a la vista de todos, con los ojos abiertos, enormes y vivos, para recordarle a cualquiera que quisiera creerlo que habían visto a su madre bailar en el bosque a la luz de la luna, sola y desnuda.

CAPÍTULO OCHO

EL REGRESO

Y después, sólo el mar.

Poemas perdidos

ALBERTO OSA

Unos días después del nacimiento de su hija, Sabela le escribió a su hermana una carta que nunca llegó a enviar. La había metido en un sobre que colocó al final del manojito que le entregó a Elisa después del entierro, junto a otras cuartillas que había ido escribiendo a lo largo de los años. El sobre estaba sin cerrar y las hojas iban encabezadas con diferentes fechas, al modo de un diario. La última se correspondía con la llegada a Cobas del féretro de Martín, dos días antes del entierro.

La mayor parte de las cosas que decían las primeras cuartillas Elisa las conocía o las había intuido, pero Sabela no se las había contado nunca directamente, sino a través de su madre: su temor a que marginasen a la niña como había ocurrido con ella, su rechazo a cogerla en brazos ni siquiera una vez y su insistencia en apartarla de Cobas por miedo a los comentarios que circulaban sobre su nacimiento. Sin embargo, había detalles que diferían de la historia que le había contado Rosalía y demostraban que, de entre el puñado de cartas que Sabela se empeñó en entregarle, era ésta, y no otra, la que tenía especial interés en que leyese, pues las cartas de Martín, donde explicaba sus andanzas en Cuba, no añadían nada que él no le hubiera contado.

En las primeras cuartillas, fechadas al día siguiente del nacimiento de Manuela, Sabela le agradecía que se hiciera cargo de la pequeña y le explicaba que no habría podido entregársela si hubiera sentido el calor de su cuerpo, su olor de recién nacida, la boca buscando su leche y, por encima de todo, no hubiera soportado que volviera a mirarla igual que al nacer, como si le estuviera pidiendo socorro.

También le contaba que, al romper aguas en medio de la calle, se detuvo muy asustada junto a la casa parroquial y notó de pronto que el peso de la tripa se le bajaba hacia la pelvis. El vientre se le había endurecido varias veces a lo largo del día, acompañado de unas molestias que no la alarmaron, tan soportables que jamás las hubiera identificado con los dolores del parto de los que había oído hablar a otras mujeres.

Sin embargo, cuando se le humedecieron las piernas, la molestia se transformó en un deseo incontrolable de empujar.

Estaba a unos metros de El Buen Gusto, donde Rosalía y el tío Manuel la esperaban de vuelta de entregar un pedido, y al intentar dar un paso para rogarles ayuda, advirtió que la cabeza de la niña estaba a punto de salir. No hubiera llegado al almacén. Así es que se quitó las bragas empapadas, se remangó las faldas, se tumbó con las piernas abiertas y se inclinó hacia delante para sujetar a su hija, que estaba naciendo de cara, mirándola fijamente mientras ella intentaba evitar que rozase el suelo.

En ese momento acudieron su madre y el tío Manuel, alertados por los gritos de unas vecinas que presenciaron el parto. Los dos llegaron a tiempo de ver a la criatura con los ojos clavados en los suyos.

La *leiteira* cogió enseguida a su nieta, le cortó el cordón umbilical con unas tijeras que solía llevar en el cinto y la envolvió en su mantón para que nadie le viera los ojos. Pero la gente ya se había arremolinado alrededor, y los comentarios no se hicieron esperar. Muchos de los presentes habían llegado antes de que la abuela consiguiera ocultar a la pequeña. ¡Aquella mirada no era de este mundo! ¿Qué niño mira a su madre mientras le está pariendo?

Don Cosme, que debió de oír el alboroto desde la casa parroquial, se arrodilló junto a ella y bendijo a la niña dibujando una cruz en el aire, al tiempo que empezaba a rezar las letanías del rosario.

Sabela no podría olvidar nunca esos rezos. A excepción de su tío, quien se agachó para cogerle la mano y quiso tranquilizarla intentando decir algo que no consiguió pronunciar, los demás respondieron al sacerdote con los *Ora pro nobis* que debían servir para rezar por la pequeña, pero que a ella le sonaron como si los rezasen para protegerse a sí mismos.

No hacía frío, pero estaba aterida y no dejaba de tiritar, tan desconcertada y tan débil que fue perdiendo la noción de lo que sucedía y de dónde se encontraba. Expuesta a las miradas de todos y escuchando aquellas plegarias convertidas en una sola voz atemorizada y aterradora.

Algunas vecinas quisieron ayudar. Llevaron mantas y agua caliente e intentaron apartar al grupo de curiosos, que aumentaba por momentos y se sumaba a las rogativas.

Lo demás no lo recordaba, se lo contó su madre en la casa de socorro, después de decirle que no podría volver a engendrar porque la niña la había desgarrado por dentro. Maruja y Eloy aparecieron en su coche, y el tío Manuel la cogió en brazos, temblando como ella, para abrirse camino hasta el automóvil donde la llevaron a Ferrol con el tiempo justo para no desangrarse.

Mientras la atendían en el quirófano, todos esperaron en un corredor, hasta que salió el médico y se llevó a Rosalía a una sala de espera, donde le explicó por qué su hija no había sentido los avisos del parto. Cuando se marchó el doctor, según el relato de Rosalía, apareció don Cosme, que había llegado andando desde la aldea para aconsejarles que la niña no debería volver a Cobas.

—Espero que nadie haya visto esa mirada.

—¿Qué mirada, don Cosme?

—La de una criatura que acusa a su madre de traerla al mundo.

—No creo que sea la primera que nace con los ojos abiertos. Seguro que si preguntamos por ahí...

—Nos dirán que las madres bailaron en el bosque en un rito que todos sabemos que existe.

—Pero... usted no puede creer en eso...

—¿Y qué más da lo que yo crea? El caso es que lo crean quienes pueden hacerle daño. ¿No crees tú que la niña es de tu yerno?

—Sí, aunque Sabela lo niega.

—Porque sabe que así el rumor se hace más fuerte. Dejad que siga corriendo y evitad que la niña pueda mirar a ningún vecino como miró a su madre.

—Usted sabe que es de Martín, ¿verdad?

—No puedo revelar un secreto de confesión. Es más, Sabela no debe saber que he venido a verte, ni que mi consejo es que aleje a la niña de la aldea.

—¿Y qué hacemos con la cría?

—Elisa es la única que puede salvarla. Si se hace cargo de ella, terminarán las sospechas sobre su marido.

—Ninguna de mis hijas se prestará a eso. Parece que no las conoce.

—Las conozco a ellas y te conozco a ti. Seguro que sabes cómo convencerlas.

Don Cosme se marchó a hurtadillas, tras pedirle una vez más que nadie supiera que había ido a la casa de socorro, excepto ella, que no pudo sustraerse a la necesidad de contarle a Sabela la conversación, pues la palabra del párroco valía más que cualquier argumento que ella pudiera esgrimir.

En la mesilla de la habitación había una Biblia, Rosalía se la había puesto a Sabela en las manos unos momentos antes de hablarle de la visita del párroco, y le había arrancado un juramento.

—Has de jurarme ante Dios, por la vida de tu hija, que no le dirás a nadie lo que te voy a contar. Es muy importante que lo sepas, y mucho más que guardes el secreto. ¿Me entendiste? Tiene que ver con el futuro de la niña.

Y su juramento se enredó en el que ella misma les había arrancado a Martín y a Eloy en la playa. Nunca podría hablar con don Cosme de su decepción ante una Iglesia que no podía proteger a su pequeña, y nunca podría levantarles el juramento a Martín y a Eloy sin faltar al que ella acababa de comprometerse ante Dios.

El resto se le echó encima como una avalancha. Porque su madre también le hizo jurar que nunca hablaría con su hermana sobre lo sucedido y que, fuese quien fuese el padre de Manuela, lo mejor que podría pasarles a todos es que el pueblo siguiera creyendo que se trataba de Martín.

Sin embargo, Sabela confiaba en que las aguas volvieran a su curso algún día, y que no tardasen demasiado, para que ella pudiera ir a recoger a Manuela cuanto antes.

Elisa leyó las primeras cuartillas de Sabela con los ojos enrojecidos, echando la vista atrás para calcular el tiempo que se habían tomado las aguas en volver a su cauce. Un tiempo que los había ido encadenando a todos, repleto de candados, que decidió esperar a la muerte de Martín para abrir el último cerrojo.

El minero regresó a Ferrol poco más de cinco años después de que, pasada la guerra, se firmase la paz que obligaba a Alemania a desarmarse e indemnizar a los vencedores, además de asumir su responsabilidad moral y material por desencadenar el conflicto y ceder una parte de su territorio y todo su imperio colonial. Un tratado que alimentaba el resquemor de los vencidos y sus deseos de devolver el golpe.

El 1 de septiembre de 1924, nueve años menos un día después de decirle a Elisa que volvería pronto a por ella, el barco en el que viajaba el minero tocaba puerto en La Coruña y él desembarcaba por la pasarela mirando hacia abajo, cubierto con una boina de fieltro y vestido con pantalón y chaqueta de pana, sin apoyarse en ningún bastón y sin otro equipaje que una maleta de tela sujeta con una cuerda. Tenía treinta y nueve años, pero se diría que se trataba de un hombre que se acercaba al final de sus días. Arrastraba los pies, le temblaba la boca y la fiebre le estaba consumiendo.

Elisa ya no le esperaba, ni le pedía a santa Comba que le cuidase allá donde estuviese. Hacía tiempo que había dejado de escribirle a la luz del candil para contarle cómo crecían los niños, y había interpretado la falta de noticias como una desaparición definitiva. Fue un proceso lento en el que pasó de la ansiedad a la resignación sin una carta, un telegrama o una noticia en el periódico local, que compraba cada mañana para sus huéspedes y ella repasaba en busca de cualquier indicio que pudiera darle luz sobre el paradero de su esposo. Pero los indicios no llegaban y, finalmente, perdió la esperanza. Desde ese momento hasta que le vio aparecer en la fonda, irreconocible y vencido, la vida se convirtió para ella en una rutina tranquila y feliz en la que había encontrado la paz.

Para cuando regresó el minero, la posada de Elisa ocupaba un edificio de tres plantas situado en la plaza de Armas, de la que la posadera obtenía suficientes ingresos para llevar una vida similar a la de las señoras de La Magdalena y darles a los niños la educación que ella no había podido recibir.

Mientras Elisa vivió en casa de doña Josefa, la *leiteira* la visitaba todos los jueves y la acompañaba con el carrito a la plaza de Armas. Después, cuando se trasladó al piso del puerto, empezó a ir en domingos alternos y fiestas de guardar. Llegaba a la hora de comer y se marchaba antes de la puesta del sol, a veces andando y otras en la furgoneta. Pero enseguida empezó a limitar sus visitas a las mañanas de los últimos domingos de cada mes, hasta que prácticamente dejó de ir a Ferrol.

A Sabela no volvió a verla desde el funeral de Maruja. El domingo siguiente al entierro, todavía fresca la mirada que se cruzaron a la salida de la parroquia, Elisa le había mandado

una nota a través de Rosalía, en la que le decía que fuese a la fonda cuando quisiera. Una mano abierta para empezar a olvidar y darle una oportunidad a la pequeña para que conociese a su madre y que ella misma le dijera cuándo iría a buscarla. La niña ya tenía tres años y medio, y aunque nunca había preguntado por ella, Elisa vivía pendiente del momento en que se decidiera a pedir explicaciones.

Pero su hermana le contestó a través de su madre que no podía ser. Nada más. Tres palabras con las que cerraba la puerta que no se abriría de nuevo hasta la muerte de Martín.

—Me dijo que no insistas.

—¿Y no pudo usted convencerla?

—Algunos le echan la culpa de que Maruja enfermase. ¿Cómo la voy a convencer? Ella sabe que no puede ser.

Hacía tiempo que Sabela se había convertido en lo que todos esperaban de ella, la sucesora de la curandera del cabo Prior, y preparaba sus propios unguentos en la trastienda de El Buen Gusto.

Su fama había dado un vuelco unos días después de la muerte de Maruja, cuando el corazón de su antecesora empezó a debilitarse y ella comprendió que se apagaba poco a poco. Había vivido más de lo que le correspondía y sabía que debía traspasar el testigo.

Una noche en que Sabela se encontraba en la choza, la tía Carmuña se sintió sin fuerzas para levantarse de la cama y le pidió a la joven que atendiera a un mozo de una aldea vecina, que llegó acompañado de un niño de cinco o seis años con las manos cuajadas de verrugas.

—Pero yo...

—Sabes mucho más de lo que crees. ¡Anda, ve!

Sabela le contó las verrugas al niño una por una, igual que le había visto hacer a la curandera en casos parecidos. Después le ordenó al zagal que se metiese las manos entre las mangas y se dirigió al padre para decirle que se marchasen.

—No le mires las manos hasta que bajéis del monte. Si todo va como ha de ir, trae mañana un cesto de patatas nuevas, una por cada verruga que desapareció.

El mozo volvió a la mañana siguiente con un saco que dejó a los pies de Sabela, que no se había movido de la cabecera de la tía Carmuña en toda la noche.

—No le contaste las de los brazos. ¿Te lo puedo traer otra vez?

La curandera respiraba cada vez más lentamente, Sabela la miró dudando, no estaba en condiciones de recibir visitas, pero ella se incorporó y contestó por su aprendiz:

—Aquí no. Llévaselo a su tienda. —Y añadió mirando a la joven—: ¿Podrás?

Sabela asintió con la cabeza y despidió al mozo. Unos minutos más tarde le cerraba los ojos a la tía Carmuña y se marchaba hacia el almacén, donde empezaría a ejercer el oficio que la aldea le había adjudicado mucho antes de que conociese los beneficios de las hierbas y las raíces que iría acumulando en botes de cristal, al principio a escondidas de su madre y, al cabo de un tiempo, sin disimular, pero sin hablar jamás entre ellas de lo que ocurría en la trastienda después de echar el cierre.

Desde entonces la opinión de la aldea sobre la joven se repartió entre los que continuaban considerándola como la fuente de cualquier mal, incluida la enfermedad de Maruja, y los que acudían a ella con el convencimiento de que la tía Carmuña le había traspasado sus bondades sanadoras en su lecho de muerte.

De modo que, si en algún momento soñó con recuperar a su hija, ahora, más que nunca, debía olvidarlo. No podía ser.

El día en que regresó el minero, a Jovita le faltaban cinco meses para cumplir diez años, Manuela los cumpliría en dos meses más y el pequeño Jaime ya había cumplido los ocho. Las niñas estudiaban en un colegio de religiosas donde preparaban su ingreso al bachillerato, como le hubiera gustado a Rosalía para sus hijas, y Jaime en uno de sacerdotes. Elisa les había hablado de Martín como su madre les hablaba de Mateo a su hermana y a ella cuando eran niñas, inventándose historias que compensaran su ausencia y justificasen su silencio.

El pequeño Jaime había empezado a destacar por su facilidad para la música, y no había función de Navidad o de fin de curso en que no tocara el violín.

—Este pequeño diablillo nos va a dar muchas sorpresas, ya lo verá, apunta maneras —le dijo el padre superior a Elisa después de su primera actuación en solitario.

—A mí me parece que lo hace muy bien. Pero temía que fuera pasión de madre.

—No me refiero sólo al violín. El otro día el profesor de Dibujo me enseñó un garabato que acababa de hacer. Eran dos simples rayas, pero el niño le dijo que era una gallina vista de frente. ¿Y sabe usted lo más asombroso? —El padre superior enfatizó la pregunta con una pausa que alargó hasta que Elisa le hizo un ademán de interrogación frunciendo la boca, para que él mismo se respondiera—. Sólo eran dos rayas, pero, créame, aunque parezca imposible, ¡yo vi la gallina!

El niño se había ganado las simpatías de todos los profesores desde el primer día. Siempre sonreía con los labios cerrados, agachando la cabeza y levantando la vista, entre tímido y provocador. Un seductor que sabía administrar sus encantos a voluntad, como su padre, mostrándolos abiertamente cuando hacía falta y reservándolos si no lo requería la ocasión.

Y las niñas no se quedaban a la zaga, las dos eran una sorpresa continua. Jovita había heredado los ojos verdes de Elisa y su pelo cobrizo y rizado, y de Martín, el mechón indomable que le caía sobre la frente y ella se quitaba en un gesto que no había visto nunca, pero que repetía como si lo hubiera aprendido de él. Su porte distinguido, su manera de andar, su simpatía y su buen humor. Capaz de arrancar una sonrisa al más disgustado, de hacer ver blanco lo negro y de hacerse querer hasta cuando no daba motivos. Vivaracha y presumida. Extrovertida. Ingenua y alegre. Nunca salía de casa sin haberse mirado al espejo para comprobar que la raya de su peinado estuviera perfectamente trazada en el medio, sus coletas idénticas, su uniforme sin una arruga y sus zapatos brillantes, sin el menor rastro de polvo.

Manuela, por su parte, sorprendía a todos por su inteligencia. Aprendía tan deprisa que las monjas tenían que esforzarse en controlarla para que siguiera el ritmo de su clase. Las mejores notas del colegio en cada asignatura siempre eran para ella, una niña de pocas palabras que intentaba pasar desapercibida, pero sobresalía entre todas las demás. A veces su

mirada imponía respeto, tan aguda y tan viva que resultaba desconcertante, y otras, transmitía una extraña ternura, inquieta y serena a la vez.

Ninguno reconoció a Martín cuando apareció en la puerta del comedor familiar.

Eloy estaba cenando con ellos cuando sonó el timbre y Amelia corrió escaleras abajo para regresar unos segundos después, boquiabierta y con ojos de no entender, con la última persona a la que ninguno de los presentes esperaba encontrarse.

En un año y un día a Elisa le habrían expedido un certificado que la convertiría en viuda y pondría fin a una historia que no debería haber empezado y que ahora el destino se empeñaba en repetir. Eloy no podía creerlo, pero allí estaba el minero otra vez.

Ella se puso de pie al verle. Martín se quitó la boina y se mantuvo en el quicio de la puerta con la mirada clavada en la de su esposa. Llevaba el pelo muy corto, como si se lo hubieran rapado y le estuviese empezando a crecer. Le brillaban los ojos y le temblaban las manos y los labios, agrietados y resecaos.

Eloy también se había levantado de la mesa y miraba atónito al recién llegado, desconcertado e incómodo, como si de un zarpazo le hubieran colocado fuera de lugar.

Nadie rompía el silencio. Amelia se había quedado parada en la puerta del comedor y los niños miraban expectantes a los mayores, en espera de una señal para levantarse.

Hacía años que Eloy cenaba todas las noches con Elisa y los niños, como un miembro más de la familia, y luego regresaba a su fonda, la mayor parte de las veces para caer rendido en la cama, pero otras, para recrearse en el sueño que se cumpliría en un año, y que Martín le iba a robar por segunda vez.

Los niños le llamaban tío Eloy. Hasta el regreso del minero, le tomaron como el referente paterno que nunca habían tenido. Ellos fueron la primera razón que consiguió darle sentido a su vida tras la muerte de Maruja.

Después del entierro había caído en un abatimiento profundo que le mantuvo aislado en su hostel durante casi dos años. No recibía visitas que no tuvieran relación con sus empresas, cuya administración había recaído en gran parte en Rodolfo tras la muerte de su suegro. El antiguo encargado llevaba los libros de cuentas con la misma meticulosidad que don Guillermo, escrupuloso y concienzudo, mientras Eloy apenas salía del despacho, donde instaló un teléfono para atender sus asuntos sin necesidad de moverse.

Elisa era la única persona a la que recibía, a excepción de sus padres, que le visitaban las mañanas de los domingos para acompañarle a la iglesia y le obligaban a dar un paseo con ellos antes de volver a la fonda. Pero un año después de la muerte de Maruja, la tía Juanita sufrió una apoplejía que la dejó sin habla y con medio cuerpo paralizado, de la que no llegó a recuperarse. El tío Mauricio la cuidó hasta su muerte y, al poco tiempo, como si estuviera escrito, la siguió sin hacer ruido, de un día para otro.

Durante la convalecencia de su madre Eloy condujo hasta Cobas para verla en varias ocasiones, las únicas en que salió de Ferrol, pero, a raíz de su muerte y la de su padre, volvió a encerrarse en el hostel.

Elisa le llevaba una vez por semana la comisión por cada cliente que le enviaba Rodolfo, como había hecho desde que abrió su posada, y después de cuadrar las cuentas, intentaba distraerle hablándole de los niños y sus travesuras, pero su mirada continuaba perdida, apenas le contestaba y a veces parecía que le costaba seguir el hilo de la conversación.

—A Maruja no le gustaría verte así —le decía de cuando en cuando para que reaccionase.

Pero cada vez que la nombraba, él se metía la mano en el bolsillo y negaba con la cabeza, como si le debiese a su difunta esposa mucho más desconsuelo del que podía expresar, mucha más tristeza, más desesperación.

—Ven a cenar hoy con nosotros. Te hará bien salir de aquí —le pedía ella siempre que se despedían, y él le contestaba invariablemente que al día siguiente.

Tras el segundo aniversario de la muerte de Maruja —que no se conmemoró con una misa, en cumplimiento de su voluntad—, Eloy sorprendió a Elisa prometiéndole que pasaría con ellos la Nochebuena.

—¿Seguro?

—Siempre cumplo mis promesas. Ya lo sabes.

Por un momento Elisa le vio otra vez como cuando se despedían junto a la verja del patio: el hijo del pescadero, al que no le importaba esperar, el que le había prometido que algún día llegaría a quererle. Pero enseguida se metió la mano en el bolsillo y volvió a ser el viudo en deuda con su esposa.

Aquella Nochebuena se sentó a la mesa tan triste como siempre, sin fuerzas para levantar los cubiertos y sin participar en la conversación, pero al final de la velada, cuando se estaba cargando su pipa, el pequeño Jaime se dirigió a él con una pregunta que consiguió hacerle sonreír:

—¿Qué le pediste a los Reyes Magos? ¿Una pipa nueva?

—¿Y tú?

—Una gaita.

El niño tenía una niñera llamada Marta, a la que había contratado Elisa especialmente para él a fin de aliviar a Amelia de trabajo, pues desde que se mudaron a la plaza de Armas la madrina ejercía de gobernanta de la fonda y no consentía que nadie la sustituyera en el cuidado de Jovita y Manuela. La niñera, que estimulaba al pequeño constantemente, era natural de Puerto de Vega, una pequeña población del occidente asturiano. Cuando Jaime empezó a balbucear, se refería a ella como a «mi tata», y con Mitata se quedó para todos. Había servido desde muy joven en casa de un gaitero que ensayaba la mayor parte del día y, de tanto oírlo, se había aprendido las notas y las escalas, que le enseñaba al niño como si se tratase de un juego.

—¿Una gaita? —le preguntó Eloy.

—Sí, para ser violinista.

—Será gaitero —le corrigió él.

—No, seré violinista —insistió acentuando la «e» como si fuera un juego de palabras.

—Entonces, ¿por qué quieres una gaita?

—Porque a Mitata le gusta. Pero también quiero un violín.

Fue la primera vez que Eloy se rio a carcajadas desde hacía más de dos años. Antes de marcharse le pidió a Elisa permiso para cumplir el deseo del pequeño y, en la mañana del día de Reyes, envió a la fonda los dos instrumentos y una casita de muñecas para las niñas, con las habitaciones amuebladas hasta el último detalle.

Desde entonces no faltó ninguna noche para cenar. Jaime le hacía reír con sus juegos de palabras y le demostraba a los postres sus progresos como violinista, y Jovita y Manuela

siempre le miraban con admiración. La primera se abalanzaba a sus brazos cuando le veía llegar, y Manuela, más reservada, le observaba con sus ojos despiertos y azules, mientras su primo se afanaba por hacer coincidir el arco con las cuerdas de un violín que abultaba más que él. A veces Manuela cogía el violín cuando terminaba su primo, para guardarlo en la funda, y le arrancaba a las cuerdas un *pizzicato* que todos interpretaban como un rasgueo inocente, pero que Eloy había escuchado en alguno de los conciertos a los que asistió con Maruja. La niña debía de haber aprendido las notas que Mitata le enseñaba a Jaime y se veía que tenía una facilidad inusual para la música. De modo que, aunque no se lo había pedido, en el cumpleaños de Jovita se presentó con una muñeca para cada niña, un caballo de madera para Jaime y un violín para Manuela.

—Es para ti —le dijo cuando le dio el instrumento, convencido de que la sorpresa la alegraría.

—Yo no puedo ser violinista.

—¿Por qué?

La pequeña le miró como si la pregunta fuese innecesaria y se marchó sin contestar. Temperamento y figura. No había cumplido seis años, pero ya tenía el genio de su madre, su mirada desafiante y la misma fuerza en la voz.

Después de la cena Elisa le acompañó hasta la puerta del zaguán y le pidió perdón en nombre de su sobrina.

—Cree que las mujeres no pueden ir de acá para allá para dar conciertos. Es mi culpa, le dije que se le dará muy bien coser y se lo tomó al pie de la letra.

—Es lista, hará bien cualquier cosa. —Eloy extendió la mano para despedirse, le retuvo la suya un momento y añadió—: Tan lista como su madre y tan bonita como su tía.

Luego se llevó la mano de Elisa a los labios y la besó. Había recuperado la mirada de Cobas otra vez, entregada y dulce, pero le había añadido un brillo diferente, más atrevido, y en su voz había un matiz de picardía que provocó que a Elisa se le subieran los colores.

—Gracias por el cumplido.

—Me gusta cuando te pones colorada.

—Es...

—Ya lo sé, el calor.

—Sí..., eso..., el calor.

Y los dos se echaron a reír mirando hacia el invierno de la calle, envuelto en un relente que empañaba las aceras y calaba hasta los huesos.

Unas noches más tarde, mientras se estaban despidiendo en el portalón del zaguán, Manuela corrió hacia él, se abrazó muy seria a sus piernas y le regaló un dibujo en el que había representado a toda la familia. Elisa le daba la mano a Jaime y a Jovita delante de una casa con el rótulo de la fonda y, al lado, bajo un sol amarillo y redondo, Eloy se la daba a ella.

Eloy se agachó para colocarse de frente a la niña y le preguntó acariciando el dibujo:

—¿Me quieres?

Después miró a Elisa para demostrarle que la pregunta también era para ella, y les dio un beso a las dos en la frente: el de Manuela, muy rápido, como si temiera que se retirase, y el de Elisa, detenido por unos segundos, pero ambos igual de paternales.

Ninguna le contestó. La niña volvió a mirarle con sus ojos retadores, como si la respuesta sobrase tanto como la pregunta, y Elisa se mordió el labio en un gesto que él adoraba.

—¡Pues claro que te quiere! ¿Verdad, cativa?

La puerta de la calle estaba abierta y el frío se había colado en el zaguán. Manuela suspiró expulsando una bocanada de vaho y le quitó a Eloy el dibujo.

—¡No lo entendiste!

Desde entonces Eloy empezó a provocarla y a preguntarle de vez en cuando si le quería, siempre mirando a Elisa, en son de broma, y después les daba a las dos un beso en la frente. Pero Manuela, en lugar de seguirle la broma, encontraba el modo de dejarle en evidencia y luego, como desagravio, le regalaba otro dibujo o le daba un abrazo cuando menos lo esperaba.

Eloy disfrutaba con sus constantes esfuerzos por medirse. Sufría sus derrotas con fingida pesadumbre, pero se esforzaba por acumular fuerzas para el reto siguiente, que perdería de nuevo ante una Manuela cada vez más certera e inmisericorde, satisfecha por ganarle.

En compensación, Jaime y Jovita se aliaban con él e intentaban mitigar los daños riéndole todas las gracias, mientras su prima los miraba impasible, como si fuese la única de la familia que no había perdido el juicio.

Elisa, por su parte, se recreaba en aquella especie de vida familiar que cada día cobraba más sentido. Esperaba las despedidas en el portalón como el hijo del pescadero había esperado años atrás la hora del cierre de la quincallería.

De vez en cuando Eloy se la quedaba mirando unos segundos antes de marcharse, como si hubiera olvidado decirle algo o no se atreviera. Ella le mantenía la mirada y esperaba que le preguntase si le quería, sin la excusa de Manuela y sin besos inocentes, pero cuando parecía que iba a decidirse, se metía la mano en el bolsillo de la chaqueta, retiraba la mirada como si acabase de sorprenderse a sí mismo en un desliz y se marchaba en silencio. Y ella se quedaba en el portalón observando cómo se alejaba, taciturno y sin haber sacado la mano del bolsillo, y luego se acostaba pensando en él, deseando su pregunta cada noche con más ansiedad, imaginando los besos y las caricias que aún no le había dado.

¡No mire, Martín! ¡No escuche! ¡Descanse tranquilo! ¡Déjeme que le quiera como le quise a usted!

Desde que don Cosme le impuso la penitencia de la misa diaria, Elisa intentó cumplirla siempre que pudo, tanto en la pensión de Eloy como en la pequeña a la que se trasladó tras su boda. En la familia de doña Josefa, sin embargo, no existía esa costumbre. Ellos practicaban sus credos sólo los domingos y las fiestas, en las misas que oficiaba don Benito en la parroquia de San Julián, y Elisa hubo de adaptarse a las normas de la casa. Doña Josefa y don Norberto escuchaban el oficio desde los primeros bancos, como siempre, y Elisa con el servicio, al final de la iglesia.

Después, cuando se hizo cargo de su posada, el tiempo no le llegaba para recuperar sus viejos hábitos religiosos, pero continuó cumpliendo los domingos y las fiestas de guardar en la parroquia. Hasta que Eloy empezó a mirarla otra vez como cuando paseaban por las playas de Cobas y ella decidió que la vida podía volver a empezar. Desde entonces hasta que regresó a la aldea para enterrar a Martín, no volvió a pisar la iglesia.

Sus pesadillas habían desaparecido. Ahora ya no soñaba con un barco en llamas, sino con un automóvil sin capota que se alejaba de su casa de Covarradeiras. Ella iba con un velo blanco que sobrepasaba los asientos traseros del coche y se extendía sobre el camino igual que la estela de un barco. A su lado, sin apartar las manos del volante, Eloy le sonreía con los ojos más dulces del mundo y le decía que no mirase hacia atrás.

Cierto día, al regresar de llevar a los niños al colegio, se encontró con don Benito en la puerta de la iglesia y se ofreció a acompañarla hasta la fonda.

La primavera se había retrasado unas semanas, pero se presentó luminosa y cálida de un día para otro, tras un invierno en el que apenas habían visto el sol. En unos días, coincidiendo con el cumpleaños de Manuela, las niñas tomarían la primera comunión en la parroquia, junto a sus compañeras de colegio, y el sacerdote la saludó preguntándole si la vería antes en la iglesia:

—Hace mucho que no viene por aquí, Elisa. ¿Se peleó usted con nosotros?

—Ando muy ocupada.

—¿Tanto?

—No lo sabe usted bien.

—Pues encuentre un hueco, mujer, aunque sea sólo un minuto. Debería ponerse a bien con Dios para poder comulgar con las niñas.

—Algún día de éstos.

Don Benito había llegado a la ciudad hacía unos años, recién ordenado sacerdote. Arrastraba las palabras con un acento pausado, siempre en un tono muy bajo y, aunque trataba de evitarlo forzando la pronunciación, en ocasiones ceceaba y aspiraba las jotas y las eses.

—¿Hoy, por ejemplo? Ya sabe: no dejes para mañana... Pero, si anda con prisas, no quiero ser yo quien la entretenga. Y si lo que pasa es que está enfadada con Dios, Él será quien le

indique el momento. Yo no he de forzarlo.

—¿Por qué voy a estar enfadada con Dios?

—No se me ocurre otra cosa para que deje de ir a la iglesia.

—Se me amontonaron los pecados, padre. No sabría por cuál empezar.

—El orden no tiene importancia. Habrá perdón para todos. —Y añadió, con su acento pausado y paternal—: La gente habla, Elisa.

—La gente siempre habla, don Benito. Pasa en todas partes.

—A veces llevan razón.

—Y cuando no la llevan, la inventan. No debería escucharlos.

—Es a ti a quien me gustaría escuchar. Pero, insisto, será Nuestro Señor quien te haga ver el momento, no yo.

Pero Elisa no quería el perdón de don Benito, quería vivir lo que le estaba brindando el destino, sin arrepentimientos y sin propósitos de enmienda. Pronto haría seis años que Martín no daba señales de vida, y su silencio sólo podía deberse a que descansaba en el fondo del mar, como Mateo, arrojado de conchas, protegido del frío y de los quiebros de la vida. Él mismo le había dicho que el pecado tiñe de negro lo que toca, y así debía de ser, negra debía de estar su alma, porque estaba pecando con el pensamiento todas las noches cada vez que pensaba en Eloy. Sin embargo, no podía estar más radiante. Había quedado en verse con él en la posada del Patín para regularizar las cuentas como cada martes desde que abrió su hostel, y como cada martes desde hacía unas semanas, se había puesto las horquillas que se quitó en la quincallería, deseando que en esta ocasión fuese él quien le deshiciera el peinado.

—¿Se encuentra bien, Elisa?

Habían llegado a la plaza de Armas. Elisa se detuvo en la puerta de la fonda, extendió la mano para despedirse y, cuando el sacerdote se marchó, enfiló hacia el barrio de Esteiro.

¡Virgen de las Angustias, dile a Martín que no dejé de quererle, pero que se tape los oídos si Eloy me pregunta lo que me tiene que volver a preguntar!

Aquella mañana no sucedió nada fuera de lo habitual. Eloy la recibió en su despacho, bromearon sobre alguna que otra travesura de los niños, y Elisa se marchó después de abonarle la comisión por los clientes que le había enviado Rodolfo la semana anterior.

Como de costumbre, Eloy fue a cenar esa noche a su casa, y Elisa esperó la despedida en el portón sin que se produjera la menor muestra de acercamiento por parte de él. Era como si no hubiese sucedido nada. Como si nunca le hubiera preguntado a través de Manuela ni la hubiera besado en la frente.

Pero al martes siguiente, cuando abrió el bargueño donde solía guardar la caja de caudales, la sorprendió sacando la de latón y enseñándole el dibujo del automóvil sin capota.

—La conservo desde entonces —le dijo mientras la abría para que viera su contenido: el rizo que ella se cortó para él, el pañuelo que le bordó para su boda y la camelia del ramo que no quiso aceptarle, arrugada y seca, pero todavía prendida en su tallo con los pétalos sin deshojar.

—¡Eres un romántico!

Entonces, por fin, mientras cerraba la caja y se la ofrecía como un regalo, volvió a hacerle la pregunta de la que ella había huido sistemáticamente en la cancela de su casa de Covarradeiras.

—¿Me quieres?

Ella acarició la caja y sonrió. Después se acercó a su oído, ahuecó la mano para taparse la boca y susurró su primer «te quiero» temiendo que Martín pudiera escucharla desde su tumba de agua.

Él le desabrochó la blusa y hundió la cara en su pecho. El cuerpo de Eloy contra el suyo. El deseo de volverse loca. La playa de Ponzos en sus labios, tan dulces, tan delicados; la verbena de Santa Comba en sus manos, en su olor a tabaco de pipa, en su respiración.

Y en el sabor de su boca, al fondo, pujando por salir, el viento caliente de tierra en la playa de la Media Luna y la carta de Martín en el bolsillo de su falda. Los lavaderos de la mina. El respiradero. La choza. Los ojos azules. El flequillo sobre la frente.

¡No mire! ¡No escuche! ¡Duerma tranquilo!

Eloy la cogió de la mano y, sin decir nada, la llevó hasta la habitación que había sido suya, le formuló una y otra vez la pregunta de siempre y escuchó cómo ella contestaba sin titubear. ¡Qué mujer no iba a quererle!

A partir de entonces ella entraba todos los martes por la puerta principal de la fonda, como siempre, sin esconderse, porque por mucho que hablase la gente, a nadie debería importarle su presencia en el establecimiento ni sus negocios con el propietario. Luego subía las escaleras hasta el primer piso y, si se cruzaba con alguien, continuaba subiendo como si se dirigiera al despacho a pagar sus comisiones, para que la gente que hablaba lo hiciera sin saber.

Pero si encontraba libre el camino, entraba en la habitación que había sido suya y que ahora, mientras los niños estaban en el colegio y Amelia se encargaba de colocar flores en las mesas del comedor de su fonda, ella compartía cada martes con Eloy.

¡Bendita rutina! ¡Santa Comba de mi alma, no me la quites nunca! ¡Virgen de las Angustias, dile a Martín que le llevaré siempre en mi corazón! ¡Y dile también que deje de mirarme cuando Eloy me quita la ropa y me hace temblar!

Jovita y Manuela hicieron la primera comunión el día 6 de abril de 1921, en el sexto cumpleaños de Manuela. La semana anterior Elisa le había pedido a su madre que convenciese a Sabela para que fuese a desayunar a la posada un chocolate con dulces para celebrarlo. El cumpleaños y la comunión de la niña sería una buena ocasión para que reconsiderase la oferta que rechazó tras el funeral de Maruja, cuando en la trastienda de El Buen Gusto ya se formaba una fila que salía hasta la calle cada noche para solicitar los remedios de la *curandeira*.

Las niñas caminaron en procesión desde el colegio hasta la parroquia, en fila de a dos, con sus trajes y sus velos blancos hasta el suelo. Un cirio encendido en la mano derecha, y en la izquierda, un misal con las tapas de nácar, envuelto en un rosario. Los familiares se agolpaban en las aceras para verlas pasar, cada cual con su emoción y su orgullo. Algunas madres no podían evitar que se les escapase una lágrima y otras las sujetaban conteniendo la respiración. Entre ellas, arrebujaada en su manto, escondida entre la multitud, se encontraba Sabela.

No era la primera vez que se ocultaba con el mantón para ver de lejos a la niña. La había visto crecer a escondidas, sin que lo supiese nadie, ni Rosalía siquiera, camuflada entre los estibadores del puerto, o entre las aguadoras de la fuente de Churruca.

Y cada vez que la veía, paseando en el carrito o jugando con sus primos en la plaza de Armas, tenía que plantearse de nuevo por qué no se liaba la manta a la cabeza y se la llevaba con ella.

Seis años ya. No podía creerlo.

Elisa y Eloy se encontraban en la acera de enfrente, con Amelia, Rodolfo y la tata de Jaime, quien llevaba en brazos al niño y no dejaba de señalar hacia el lugar que ocupaban su hermana y su prima en la procesión. Parecían una familia del barrio de La Magdalena, elegantemente vestidos, esperando el paso de las niñas para seguir las hasta la iglesia.

Rosalía no estaba con ellos. Llegó cuando las niñas se habían arrodillado delante del altar, en unos pequeños reclinatorios adornados con flores blancas. La abuela se colocó con las niñeras y con Rodolfo al final del templo, mientras Eloy y Elisa se sentaban en los bancos centrales, el uno con los hombres y la otra con las mujeres.

Sabela se marchó antes de que terminase la misa. No quería estar presente en las felicitaciones, ni en el momento en que los padres buscasen a sus hijas en la procesión de velos blancos que se rompería en cuanto salieran de la parroquia.

Por supuesto, no fue al desayuno. Elisa había mantenido la esperanza de verla aparecer en la fonda, pero en su lugar llegó Rosalía con una muñeca articulada en brazos y piernas que le entregó a la pequeña sin decirle que se la enviaba su madre.

Salvo a la *leiteira*, Elisa no le había contado a nadie que había invitado a su hermana al desayuno, y menos a la niña, pero su sobrina cogió el juguete y se giró hacia ella para hacerle

una pregunta que la desconcertó:

—¿Por qué no me la dio ella? ¿Es que no me quiere?

Hasta entonces nunca había preguntado por su madre. Sabía que Elisa era su tía, y así la llamaba, tía Elisa, pero no se había planteado por qué vivía con ella, al menos no en voz alta.

—¿No me quiere Sabela? —insistió la niña mirándola como si conociera la respuesta—. ¿O no puede venir a la fonda?

Se le habían humedecido los ojos por primera vez. Elisa se emocionó al verle las lágrimas y la abrazó preguntándose hasta qué punto conocería su historia.

—¿Cómo no iba a quererte?

Jovita y Jaime también se habían echado a llorar, agarrados a las faldas de Amelia. Elisa les hizo un gesto a los tres para que se acercasen y los rodeó con los brazos hasta que, entre sollozo y sollozo, oyó la voz de Jovita:

—¿Y si tenemos el mismo papá, por qué no tenemos la misma mamá?

A Elisa se le heló la sangre. Estaba claro que, a pesar de que habían tenido mucho cuidado en no hablar delante de los pequeños, las niñas habían oído algún comentario y habían sacado sus propias conjeturas.

No podían continuar así, un error sobre otro que las condujo a un callejón sin salida del que tenían que huir por el bien de los niños. Había llegado el momento de tomar decisiones sin tener en cuenta las opiniones de los demás. Se acabaron las medias verdades y el miedo al qué dirán. Así es que aquella misma mañana, después del chocolate con dulces le escribió a Sabela una nota invitándola a mudarse a Ferrol y se la entregó a la *leiteira*.

—Dígale que en el hostel hay trabajo para ella. ¿Por qué no venden el almacén y se vienen las dos? Aquí hay sitio de sobra. Convénzala usted. Que lo haga por los niños. Entre las dos sabremos qué decirles.

Rosalía regresó al domingo siguiente con la misma respuesta que hacía dos años. No podía ser. Sus enfermos la seguirían dondequiera que fuese, la cola que se formaba en la trastienda se trasladaría a la puerta de la posada y, en toda la ciudad, se comentaría que había llegado la *curandeira* de Cobas.

—¿Y qué si lo comentan? ¿Qué hay de malo en curar? ¡Nació con un don!

—Hay quien piensa que se lo concedieron en el bosque, cuando bailaba desnuda.

—¡Por el amor de Dios, madre! ¿Tendrá que cargar con eso toda la vida?

—¿Te olvidas de lo que dicen algunos sobre la muerte de Maruja? ¿Crees que su familia la dejaría tranquila si se viniera aquí?

—¡Pasaron más de dos años!

—Para ciertas cosas, el tiempo no pasa, cativa.

—Pues al menos convénzala para que venga a ver a la nena. Y no me diga que no lo soportaría, porque mucho más insoportable ha de ser no verla nunca.

Elisa le envió otra nota esa tarde, y al siguiente domingo que la visitó su madre, otra más, pero la *leiteira* siempre volvía con la misma respuesta. No podía ser.

—¿Y qué le digo yo a la nena? ¿Qué les digo a mis hijos?

—Ay, cativa, tú llevas una cruz muy ligera si la comparas con la de tu hermana. Diles a tus hijos que su padre no puede tardar en volver. Y a Manuela, que tenga paciencia, que su madre la quiere y algún día vendrá a por ella. Y que su padre fue un buen hombre que se echó a la mar y desapareció en un naufragio.

—No, madre, no pienso mentirles. Si es verdad que Sabela quiere a su hija, que venga a decírselo. Yo le diré que la querré siempre como a una hija más. En cuanto a los míos, no alimentaré la esperanza de que su padre vuelva algún día, porque ni yo misma la tengo.

Elisa no volvió a escribirle a su hermana, y nunca supo que Sabela veía a la pequeña a escondidas. Aquella noche habló con los niños tal y como le había dicho a su madre, sin entrar en detalles, sin mencionar el bosque, ni el miedo, la cerrazón, los secretos o las habladurías, pero haciéndoles ver que en la vida hay muchos caminos y que no siempre se pueden elegir.

—Todos son bonitos si los miramos bien. Algunos tienen más piedras, pero no importa, las apartamos y seguimos andando.

Jovita y Jaime la miraron sin entenderla, y Manuela, con sus ojos despiertos y enormes, atenta a cada palabra como si, a sus seis años recién cumplidos, supiese de lo que le estaba hablando.

Manuela no mencionó más a su madre. A Elisa le sobrecogía su capacidad de entender, con su mirada punzante, casi siempre encerrada en sí misma.

Hasta que preguntó por qué no iba su madre a la fonda, Elisa había visto en ella a su hermana, su fuerza, su audacia y su rebeldía. Pero mientras le explicaba que no siempre se puede escoger el camino donde pisar, descubrió en su mirada un rasgo diferente al de Sabela, un matiz en el que no había reparado hasta entonces, pero que había visto antes en otros ojos muchas veces, más oscuros, más hechos a la vida, más torpes, pero igual de tiernos y perturbadores.

Jamás se habría atrevido a pensarlo, en su mente no cabía tal desatino, pero aquella mirada le explicó en un segundo todo lo que no había conseguido entender en seis años. Pese a que se había propuesto vivir sin preguntarse por el padre de la niña, Elisa no había podido evitar barajar cualquier posibilidad, desde la más factible a la más descabellada. Descartados Martín y Eloy, pensó en algún mozo del pueblo o alguno de los paisanos que las silbaban de camino al lavadero del río, pero, en ese caso, Sabela no se habría obstinado en ocultarlo. Tenía que ser alguien más importante, alguien muy respetable a quien el escándalo hundiría y no se podría levantar, tal vez el párroco. Pero tampoco habría razón para que Sabela no le acusara. O quizá sí, porque su palabra valdría más que la de ella y, lejos de aplacar las murmuraciones, levantaría las iras de los que se pusieran de su lado.

Podría haber seguido preguntándose por el alcalde, por algún músico de la banda municipal o por cualquiera de los amigos de taberna de su padre, pero no quiso plantearse nada más. Sin embargo, ahora entendía que no fue el miedo lo que llevó a Sabela al silencio. Tenía que haber algo más. Tenía que ser alguien a quien Sabela quisiera hasta el punto de inmolarse y arrastrarlos a todos con ella. Alguien en quien Elisa jamás hubiera pensado, hasta que se lo dijeron los ojos de Manuela. El que mejor entendió nunca a su hermana, el que la protegió desde niña, en quien más confiaba. El que le había dejado a su hija en herencia su nombre y su mirada perturbadora y tierna.

Por eso no fue nunca a verla a Ferrol, porque él tampoco podría ver a su hija sin que se le abrieran las carnes. Rosalía debía de saberlo. Las habladurías sobre lo que sucedía en el sobrado de la casa de Covarradeiras debían de ser mucho más que rumores. Por eso se marchó su padre. Por eso Rosalía la presionó para aceptar a la niña. Y por eso había espaciado las visitas a Ferrol, para no encontrar en los ojos de su nieta la mirada que había compartido en el sobrado.

Elisa nunca comentó con nadie sus conjeturas, el asunto estaba cerrado. No quería removerlo más. Rosalía negaría estar al corriente y Sabela se llevaría a la tumba un secreto que Elisa decidió guardar también para siempre, por el bien de la niña.

Sin embargo, entre la *leiteira* y su hija se levantó un muro que crecía hacia lo alto cada vez que se encontraban, con cada mirada que se rehuían, cada conversación intrascendente,

cada beso, cada hola y cada adiós.

Ninguna hacía nada por derribarlo. La distancia aumentaba entre ellas como si ambas fueran conscientes de lo que sabía la otra y de que cualquier intento de aclarar la situación sólo serviría para empeorarla.

Y así continuaron durante un par de años, manteniendo las distancias para que no estallase la tormenta, hasta que Elisa descubrió que le sobraban motivos para desconfiar de su madre y que el primero debía buscarlo mucho antes del nacimiento de Manuela.

Lo supo una mañana después del desayuno de los huéspedes, mientras ayudaba a la camarera a ordenar el comedor y dejarlo preparado para el almuerzo. Ella se encargaba siempre de recoger la prensa para dejarla a disposición de los clientes, en un mostrador de la planta baja que servía de recepción.

Las niñas dormían, Amelia acababa de llegar para levantarlas y acompañarlas a misa, y Jaime estaba jugando con su tata desde hacía más de una hora.

Corría el mes de septiembre de 1923. Ninguno podía imaginar que, un año más tarde, Martín llegaría a la fonda con el cuerpo y el alma hechos añicos. Hacía años que Elisa le imaginaba en el fondo del mar y esperaba que se cumpliese el plazo para convertirse en viuda y poder casarse con Eloy. No obstante, mantenía la costumbre de ojear los periódicos que los huéspedes dejaban abiertos sobre las mesas después del desayuno. Antes de doblarlos para colocarlos en la recepción, leía los titulares y se detenía en alguna que otra noticia, sobre todo en aquellas que informaban sobre algún naufragio. En ocasiones aparecían restos de barcos hundidos que arrastraba la corriente hacia las costas españolas, especialmente submarinos alemanes y buques de carga civiles, destruidos por las minas con que se habían sembrado los mares durante la guerra.

Aquel domingo, cuando Rosalía llegó al hostel, Elisa la estaba esperando con el periódico abierto sobre la mesa, de donde no se había movido en toda la mañana. Le señaló un titular, sin mediar un saludo, y le preguntó:

—¿En cuántas cosas más nos mintió usted?

La noticia contaba, con todo lujo de pormenores, el hundimiento de un buque que embarrancó frente a las costas de Cuba en la noche del 9 al 10 de septiembre de hacía cuatro años, y que volvía a ser noticia por la botadura de un carguero gemelo bautizado con el mismo nombre.

El suceso coincidió con el traslado de la fonda de Elisa desde el barrio de Esteiro a la plaza de Armas. Días de locura y mudanzas en los que la joven no había tenido un minuto para asomarse a la prensa.

El naufragio les costó la vida a la tripulación y a todo el pasaje. Cuatrocientas ochenta y ocho personas, la mayoría emigrantes de las islas Canarias. El capitán había pedido con el código morse que le enviaran un práctico para guiarle por el canal que conducía a las dársenas, en medio de un viento huracanado que aquella tarde había obligado a interrumpir la navegación. Los vigías encendieron de nuevo la señal luminosa que indicaba que volvían a abrir el puerto, pero advirtieron que no podrían guiarle en las maniobras de entrada, de modo que el capitán decidió capear el temporal en alta mar hasta que amainara la tormenta, y así lo comunicó también por morse. No se supo más del buque hasta que lo encontró un pequeño guardacostas estadounidense embarrancado en un bajo arenoso, volcado sobre el costado de estribor.

El barco no era otro que el *Valbanera*.

Rosalía leyó la noticia sobrecogida, ni siquiera le había creído a Mateo cuando le habló de aquel barco cargado de toros. Siempre pensó que se trataba de una invención, como el resto

de las historias que le contaba para adornar sus viajes.

—¡El *Valbanera*! —susurró apoyándose en el tablero de la mesa con las palmas de las manos—. ¡Dios mío! ¡Era cierto!

Elisa se puso de pie y apoyó las manos sobre la mesa frente a una Rosalía pálida y temblorosa.

—¿Y qué más era cierto? —le preguntó señalando el titular con el dedo índice—. Hace doce años que lloro a mi padre hundido en este barco. ¿Qué más era cierto, madre? ¡Míreme a los ojos y dígame que no mintió cuando dijo que mi padre murió!

La *leiteira* comenzó a negar moviendo la cabeza y murmuró para sí misma, sin apartar la vista del periódico.

—Era un carguero inglés. No me dieron el nombre en la comandancia. Yo pensaba que me llamaban para que hiciese de *mandadeira*. Les llevaba muchos recados yo por aquel entonces. No hubo supervivientes. Eso me dijeron, y que se hundió en Florida. Pero ¿por qué tenía que saber yo dónde estaba Florida? Demasiado lejos de aquí. El caso es que estaba en la lista de desaparecidos. ¿Qué más daba el nombre del barco?

—Daba que a lo mejor se inventó usted lo del naufragio, como se está inventando ahora lo del barco inglés.

Sólo entonces levantó Rosalía la vista hacia su hija, y se echó a llorar mientras le gritaba:

—¡Era mi marido! ¿Crees que le lloraste tú sola?

—¡Creo que le resultó bien fácil mentir y que el consuelo no le faltó! —respondió Elisa intentando contener la rabia—. ¡No me haga decir lo que estoy pensando!

—No hace falta. Me lo llevas diciendo desde que entré en el comedor, igual que me lo has dicho durante años. —Y se irguió como si se estuviera preparando para defenderse de un golpe—. Y no tiene nada que ver con el *Valbanera*, ¿verdad? Pero no te equivoques. ¡Tú encontraste pronto el consuelo, yo no! ¿Aún crees que estoy ciega?

Elisa puso la palma abierta sobre la hoja del periódico, la cerró para arrugarla en el puño y luego la levantó hacia Rosalía.

—No crea que lo sabe todo, madre. Usted no puede ni imaginarse lo que le llevo diciendo desde que entró en el comedor. Y tiene razón, no tiene nada que ver con este papel. El nombre del barco sólo fue la primera de sus grandes mentiras. La peor de todas la averigüé por casualidad hace dos días. —Y añadió tras una pausa—: ¿Hasta cuándo pensaba guardar el secreto sobre los ojos de Manuela?

Elisa abrió el puño para dejar caer la hoja arrugada del periódico y le señaló a su madre la puerta para que se marchara.

—Lleva usted tantas patrañas en la espalda que debería sangrarle.

Dos días atrás, mientras Eloy revisaba el libro de cuentas con Rodolfo, Amelia tocó la puerta del despacho muy alarmada.

—Elisa está en la casa de socorro. Manuela volvió del colegio con cuarenta de fiebre.

—¿Por qué no avisasteis a don Gonzalo? Es una locura ir de acá para allá con la niña así.

—No le encontramos. La niña está bien, pero a Elisa le dio un síncope.

—¡Vamos!

Eloy se encontró a Elisa tumbada en una camilla, blanca como el encalado de la pared, con los ojos fijos en el vacío, aterrados, como si hubiera visto un fantasma o acabase de volver del infierno. Le habían administrado un calmante y la enfermera le estaba tomando la temperatura.

Eloy temió que Manuela hubiese empeorado y le preguntó al doctor:

—¿Dónde está la niña? ¿Qué pasó?

—Está fuera de peligro. Le hemos extirpado las amígdalas y las vegetaciones. La que me preocupa es la madre. Ha sufrido un ataque de histeria muy agudo.

—No es su madre. Es su tía.

—¿Su tía? ¡Claro! Ahora me explico mi confusión.

Elisa había llegado a la casa de socorro con la niña en brazos envuelta en una manta, al borde de convulsionar, con los ojos brillantes por la fiebre, pero tan abiertos como de costumbre, mirando a su alrededor como si quisiera entender lo que veía y lo que estaba fuera de su vista.

El doctor reconoció enseguida aquellos ojos, pero al no reconocer a la madre, creyó que se encontraba ante un caso similar al parto que atendió hacía unos años, y se llevó a la pequeña sin hacer ningún comentario al respecto.

Elisa esperó en un banco del corredor hasta que apareció el médico para informarla. Traía en la cara una extraña expresión de alegría, como si hubiera realizado un hallazgo.

—No se preocupe, las fiebres de las anginas son muy escandalosas, pero todo está bajo control. Es una niña muy fuerte. Por cierto, ¿puedo hacerle una pregunta? ¿Nació su hija con los ojos abiertos?

—¿Por qué, doctor? ¿Tiene algo que ver con las fiebres?

—¡En absoluto! No se alarme. Pero me gustaría hacerle un estudio, si a usted no le importa.

—¿Qué tipo de estudio? ¿Manuela está bien?

—Sí, sí, no se preocupe. Es un caso bastante claro de hiperdesarrollo cognitivo.

—No le entiendo, doctor.

—Perdone. Son tecnicismos nuestros para decir que alguien tiene una inteligencia superior a la media. Muchas de estas personas nacen con los ojos abiertos. De ahí mi pregunta. He observado que su hija tiene poca sensibilidad al dolor. Hay estudios que tratan

de demostrar que el cerebro compensa esa carencia desarrollando una mayor capacidad intelectual. Sólo es una teoría de unos colegas. El porcentaje de nacimientos con estas características es muy bajo. No hay muchas oportunidades de encontrar casos así. Pero es el segundo que yo me encuentro, y me preguntaba si no le importaría...

Elisa sintió un sudor frío acompañado de palpitaciones y comenzó a ponerse pálida.

—¿El segundo caso que se encuentra?

—Se da más en mujeres que en hombres y parece ser que es hereditario. El primer caso que vi fue el de una niña que nació en plena calle. La madre apenas sintió los dolores del parto y supongo que ella... En fin... Me hubiera gustado hacerles un estudio a las dos, se lo expliqué a la abuela, pero no pude hablar con la madre.

La frente de Elisa se había cubierto de gotas de sudor. El estómago se le había subido a la garganta y tenía ganas de vomitar.

—¿La abuela?

—La abuela no quiso saber nada. Se las llevó a las dos la misma noche del ingreso. Pero si usted me lo permite... Verá... Un psicólogo americano ha desarrollado un test que calcula el cociente de inteligencia. Lo aplicó durante la Gran Guerra para clasificar a los voluntarios. Por encima de cien puntos los enrolaban como oficiales y por debajo, en la tropa. Se considera que más de ciento treinta y cinco puntos...

El doctor continuó hablando sobre porcentajes y coeficientes, pero Elisa ya no le escuchaba, sólo oía la voz de su madre en casa de doña Josefa, cuando le llevó a la niña y le aseguró que viviría un infierno si se la llevaban a Cobas. Y también al día siguiente, cuando fue a la posada del Patín, y Rosalía trató por todos los medios de que no hablase con Sabela. ¿Qué le habría contado a ella? ¡Santa Comba bendita! Su madre las había condenado a las dos, a Sabela a vivir sin su hija y a ella a vivir sin Martín. Ahora lo entendía, su hermana no recibió las notas que ella le escribió. Y la respuesta que trajo siempre su madre era su propia respuesta. «No puede ser.» ¿Por qué tanto dolor? ¿Por qué separarlos a todos?

El corredor estaba desierto. Había oscurecido y por los ventanales sólo se veían las sombras de los árboles. Ramas desnudas, en un otoño que había comenzado hacía poco más de una semana, pero que ya había esparcido todas las hojas por el suelo. Sombras que parecían brazos abiertos. Espectros de madres que no habían podido acunar a sus recién nacidos, de padres que no los habían visto crecer y de hijos huérfanos de vivos.

La voz de Rosalía le retumbaba en las sienes. No puede ser. No puede ser. Las sombras de las ramas pequeñas se movían detrás del doctor y querían atravesar los cristales. Sedientas del calor de los labios que no pudieron buscar los pezones de las madres para vaciarles los pechos. Desenraizadas. Arrancadas de la madre tierra, del olor que desprende cada gota de leche y se extiende por todos los cuartos de la casa para expandirse por cada camino, cada arroyo y cada monte.

Elisa quiso gritar, pero el grito se le hundió hacia dentro y ocupó su estómago vacío. La tráquea cerrada, los pulmones sin dejar salir el aire. La boca abierta, sin voluntad, taponada por un lastre maloliente que crecía y crecía conforme intentaba expulsarlo. Se le había nublado la vista y tenía todos los músculos del cuerpo en tensión. Las manos como garras, los brazos estirados, el cuello rígido, el grito que no quería salir.

Se ahogaba.

El médico dio una palmada en el aire delante de sus ojos que retumbó en todo el corredor. Ella le miró sin verle. Luego bajó los párpados y se dejó caer, desmadejada y sin fuerzas, como una marioneta a la que hubieran soltado los hilos de golpe.

Eloy se sentó en el borde de su cama, le cogió la mano y la llamó una y otra vez:

—¡Amor mío! Mírame. Estoy aquí. Vuelve, corazón. Vuelve conmigo.

Pero ella continuó perdida hasta que el doctor le administró otro calmante y se durmió.

Eloy permaneció a su lado hasta que se despertó muy alterada a la mañana siguiente.

—He de ir a ver a Sabela. La niña...

—La niña ha hablado conmigo, no quiere que se lo cuentes a nadie.

—¿Por qué? Estoy cansada de mentiras, Eloy. Su madre cree...

—Manuela no quiere verla.

—Pero...

—Ha tenido casi nueve años para explicarle por qué la apartó de ella. ¿Qué cambiaría

ahora?

—¡Todo! La gente tendría que tragarse las barbaridades que dijeron, y Sabela podría...

—Escucha, Elisa, ya no depende de ella.

—¡Por Dios bendito! ¡Es una niña!

—Una niña que sabe lo que quiere mejor que cualquier adulto. Y que se merece que respetes su decisión.

Era cuestión de tiempo que el asunto de Manuela estallase por los aires. Rosalía lo esperaba. Las patas de las mentiras son demasiado cortas y, tarde o temprano, siempre las sacan y echan a andar. La del *Valbanera* era la de menos, ella quiso endulzar la noticia más amarga que podía llevarles a sus hijas, y nunca pensó que el nombre del barco saliera a la luz. Pero cuanto más tiempo tardase la de los ojos de Manuela, más probabilidades había de que se cumplirían los planes que había tramado para sus hijas cuando regresaba de la comandancia.

La boda de Elisa los había torcido todos de un día para otro, pero el destino es tozudo, no le importa dar vueltas y vueltas hasta que consigue lo que se ha propuesto. En su caso, se entretuvo en un laberinto del que necesitó de su ayuda para salir, pero cumpliría por fin con lo que estaba mandado.

Por desgracia o por suerte, Sabela fue la llave que abrió la puerta para poner las cosas en el lugar que ella había dispuesto. Su hija pequeña se había quedado con ella, tal y como mandaba la tradición, y la mayor, si no surgían nuevos contratiempos, en poco más de un año se convertiría oficialmente en viuda y podría hacer una buena boda con el hombre que le correspondía.

Habían llegado hasta allí por un camino lleno de trampas; algunas, como la muerte de Maruja, involuntarias, y otras buscadas. Pero ya estaba todo en su sitio, atado a conciencia para que no se moviese.

No fue fácil mantener el plan en pie. El tío Manuel estuvo a punto de desbaratarlo diciéndole a Sabela que estaba dispuesto a confesar y asumir lo que tocaba. Lo intentó en dos ocasiones: la primera, el mismo día del parto, cuando se colocó delante de ella y abrió la boca como si le quemara algo dentro; la segunda, cuando murió en sus brazos. Pero se había quedado mudo del todo desde que se le fue la cabeza en la playa de la Media Luna. Ya nunca consiguió hilar una frase; a lo sumo, dos o tres palabras seguidas que expulsaba con un esfuerzo que daba lástima. ¡Pobre Manuel! Llegó descompuesto aquella noche. Entró desde el patio trasero como si fuera un ladrón. Traía el cuerpo lleno de arena, el poncho húmedo en las manos y el miedo helado en los ojos. Se tumbó en el catre temblando y sin parar de decir «Yo no quería, yo no quería», tan despacio y con tanta dificultad que se le atragantaban las palabras. Ella fingió que dormía. Cuando sintió que llegaba Sabela, también desde el patio de atrás, y escuchó cómo trataba de tranquilizar a su tío envuelta en lágrimas, quiso morir. Pero dejó correr el tiempo para ver dónde terminaba todo aquello. Y no pudo terminar peor, pues se llevó por delante al hombre más bueno que había pisado la tierra, inocente, noble y honrado. Porque era cierto lo que todos pensaban: ella hubiera querido arrastrarlo a su catre y que le subiera el camisón como hacía Mateo, pero nunca sucedió. Manuel era un niño en un cuerpo de hombre, un cesto de mimbre a medio hacer, un pozo donde jamás había entrado el agua, una playa sin pisar.

La noche de la verbena se habían quedado solos en casa. Todo el pueblo sabía que Eloy llegaría en la diligencia de la tarde con el contable y su hija, y Rosalía quiso evitar el encuentro y las miradas incómodas.

La banda municipal se oía en la casa de Covarradeiras como si estuviese tocando en el patio. Los tambores y las gaitas retumbaban en las paredes, en el techo y en todo su cuerpo. Sabela se había ido al baile y tardaba en volver.

No había luna, el fuego de la chimenea jugaba con las sombras de la cocina alargando y encogiéndolo al ritmo de la música. Ella empezó a moverse al compás, se colocó delante de su cuñado y abrió los brazos para que se acercase. Luego le cogió las manos para que le rodease la cintura y empezó a guiarle abrazada a su cuello. Las caderas hacia delante, más cerca, dos pasos a la derecha, dos a la izquierda, otros dos hacia atrás, más cerca. Y entre paso y paso, el cesto completaba sus mimbres, el pozo empezaba a desbordarse y aparecían las primeras pisadas en la playa. Así, cativo. Más cerca, más. Así...

Manuel se soltó de sus brazos como si hubiera sentido una sacudida y salió corriendo de la casa.

Después, la locura.

No debería haberle provocado así. Quería morir. No podía mirar a Sabela. Ni a él. Ni asomarse al espejo.

Pero el mal ya estaba hecho. Y lo hecho no puede deshacerse, siempre queda la forma del hueco, intacta, sólida, comprimida en el aire.

Sí, quería morir, cerrar los ojos y borrar aquella noche sin luna. Pero tenía que vigilar a Manuel para que no se le fuera la lengua, aunque fuese en dos palabras atragantadas. Sabela no debía saber nunca que fue ella quien empujó a su cuñado hacia la playa, desconcertado en un cuerpo de hombre recién descubierto. Debía vigilarla también. Como debía vigilar a Martín, porque cuando su hija llegó envuelta en lágrimas, escuchó desde su catre la voz del minero, convencido de que la habían forzado y ofreciéndose como testigo si se decidía a poner una denuncia.

—Tú no viste nada, júramelo otra vez, por la salud de Elisa y del *nenó* que está por llegar.

Él lo juró. Afortunadamente, lo juró. Lo hecho hecho estaba, nadie podía deshacerlo, y acabaría por difuminarse en la niebla como tantas cosas que deforma la memoria para que dejen de herir.

Pero no fue así. Sabela se había quedado encinta. Cuando ella comprobó que la joven no colgaba los paños en las cuerdas del patio, empezó a hilar la madeja con la que atar las piezas que no debían moverse. El minero fue la primera.

Le amenazó para que le dijese a Elisa que sus hermanos le habían reclamado desde Cuba; a cambio, ella le pagaría el viaje y las deudas, y nunca diría que le había visto llegar a su casa con Sabela.

—Yo no fui. No tendría sentido exponerme a la vista de todos si lo hubiera hecho.

—¿En una noche sin luna y por el camino de atrás?

Y la rueca empezó a moverse. Sabela fue lista. Rosalía sólo tuvo que decirle que los habían visto. Enseguida cogió el camino del que no desviarse y forzó a los demás a interpretar su papel. Elisa jugó el suyo sin saberlo, perfecta, en su sitio, como si le hubieran marcado los tiempos. Y el pobre de Manuel se murió sin lograr juntar las palabras con que redimirse.

Debería sentirse culpable por todos, pero no pudo hacer otra cosa. Si Sabela no se hubiera negado a ir al cabo Prior para que la tía Carmuña zanjase el problema, o si la niña no hubiera nacido con aquellos ojos que se metieron dentro de ella para escudriñarle la mente, no habría tenido que recurrir a las habladurías del bosque y a la mentira que le contó a Sabela

en la casa de socorro sobre la visita del párroco. Afortunadamente, la infeliz tardó en darse cuenta de que don Cosme no pudo verle los ojos a su hija, porque ya la tenía ella envuelta en su mantón cuando llegó. Pero cuando reparó en el engaño, ya se había convertido en la curandera de Cobas y eso no fue cosa de nadie más que de ella. Las voces de los corrillos no podían estar más contentas, ahora podían levantarse sin miedo a que nadie las acusara de mentir, pero envenenaban cada palabra antes de lanzarla, transformada en exageraciones y maledicencias.

¡Qué paradoja! Ella había luchado contra las habladurías desde que comenzaron a cebarse con su casa tras la llegada de Manuel, pero tuvo que acudir a ellas para recomponer el destino que se truncó con la desaparición de Mateo. Una mentira tras otra que ella misma se encargó de propagar conforme las fue necesitando, desde el interés de los pescaderos por relacionar a su hijo con Elisa hasta las supuestas correrías extramatrimoniales de su yerno. Mentiras que se fueron encadenando entre sí para transformarse en un alud que terminó por sepultarlos a todos.

No lo podía negar. Le sangraba la espalda por el peso y empezaba a dolerle. La del *Valbanera* no tenía remedio. Y la razón por la que Manuela había nacido con los ojos abiertos, tampoco. Sabela dejaría las cosas como estaban si se enterase. Al fin y al cabo, aunque la niña no fuera del Maligno, seguía siendo la hija de una bruja que podía maldecir con los ojos.

Era cierto que el alud había aplastado su casa, pero a veces hay que convertirlo todo en escombros para volver a construir. Y ella lo había logrado. Había luchado y vencido. Había moldeado el destino de los suyos como un muñeco de cera, y lo había puesto a caminar. Pero Elisa había empezado a hacer demasiadas preguntas. Su triunfo se vendría abajo si llegaba a saber por qué se fue su esposo la primera vez, y por qué no había dado señales de vida desde que se marchó la segunda.

Y no tenía que ver con Sabela, ni con Manuela, ni con la trama que urdió para que la niña no volviera a mirarla con aquellos ojos que le leyeron hasta el último pensamiento. Eso sólo fue el laberinto en el que se entretuvo el destino que ella escribió cuando volvía de la comandancia. No. La razón por la que Martín se marchó para no volver venía de más atrás. De la humillación de la boda, del paseíllo desde la parroquia hasta la casa de Covarradeiras, bajo las miradas de todo el pueblo, del pelo engominado del novio, de su fingido agradecimiento por el banquete, y del juramento que se hizo a sí misma mientras le veía robarle a su hija y se giraba con el botín en los brazos para lanzarle la última estocada, retador y triunfante, sin poder imaginar la deuda que estaba contrayendo, ni la paciencia con que ella esperaría a que se la pagara con creces.

Nadie podía calcular la satisfacción con que se llevaba las cartas que le envió a Elisa desde Cuba después del primer viaje.

Le imaginaba desesperado, preguntándose por qué no le contestaba su mujer, escribiéndole cada semana sin falta, hasta que se cansó de esperar las respuestas y empezó a escribirle a Sabela.

No debería haber vuelto. Debería haberse dado por vencido y no haber tentado a la suerte. Porque ella se habría conformado con una reparación en la que no tuvo que hacer nada más, sólo sentarse y mirar cómo Elisa se vengaba por ella.

Pero volvió en el momento más inoportuno. Cuando Sabela y Elisa se habían resignado y Manuel empezaba a flaquear.

¡Condenado diablo! Por dos veces le pidió a Sabela que le permitiese hablar con Elisa: antes de ir al piso del puerto y al día siguiente de que su mujer se presentase en la quincallería y sentenciara para siempre la opinión de la aldea.

Entonces fue cuando ella le devolvió la estocada que le atravesó los pulmones. Mientras él hablaba con Sabela, se fue al cuartelillo de la Guardia Civil y puso la denuncia que, en lugar de testigo, presentaba a Martín como culpable.

—No van a detenerte —le dijo enseñándole el trozo de papel—, pero si vuelves a pisar estas tierras o a escribir una sola carta más a cualquiera de nosotras, no habrá nadie que te libre de la cárcel, ni aquí ni dondequiera que estés. Y... ya sabes lo que dicen..., los presos no perdonan lo que no tiene perdón.

—Usted sabe que yo no fui.

—Y tú sabes que a estas alturas nadie te creerá. Si a alguien le quedaba alguna duda, tu mujer se encargó ayer de ponerlo todo más claro que el agua del río.

La *leiteira* se tocó la cabeza como si llevase un sombrero e imitó el gesto que le dedicó su yerno después de que ella los echase de su casa, cuando se volvió a mirarla más altanero y más ufano que nunca.

—Te dije que me las pagarías.

¡Y ya lo creo que se las pagó! Nadie supo nada de él hasta que regresó para morir al cabo de nueve años.

Hacía más de un año que Elisa había descubierto las mentiras de Rosalía y, desde entonces, no había hecho intención de ponerse en contacto con ella ni con Sabela. Pero Rosalía tenía que ver a Martín antes de que recuperase las fuerzas y decidiese contar lo que había pagado de más.

Así es que, a riesgo de que no le permitiesen la entrada, se presentó en la pensión.

—¿A qué vino, madre? ¿A pedirnos perdón? ¿O aún le quedó algún cabo suelto que rematar?

—A interesarme por tu marido, como es lo suyo.

—¿Y cuál es ese interés?

—El natural de una madre, cativa.

—¿De una madre que se creyó que era Dios y que podía hacer y deshacer lo que le venía en gana?

—Me equivoqué muchas veces, pero mi intención...

Elisa la interrumpió señalando la puerta entreabierta de su dormitorio. La *leiteira* distinguió a Martín tendido en la cama, dormido o inconsciente, y a Jovita sujetándole la mano. Al otro lado del cabecero estaba Jaime con su tata.

—¡Hábleles a mis hijos de sus intenciones! ¡O a mi esposo! —Y añadió dirigiéndose a la puerta del comedor para invitarla a salir—: Pero me temo que los niños no podrían entenderlas. Y a mi marido ya no le sirven de nada.

Rosalía se marchó sin saber si Martín había hablado con su mujer. No volvió a ver a Elisa ni a los niños hasta que llegaron a Cobas detrás del féretro y lo siguieron hasta la trastienda para el velatorio.

Jovita y Jaime se colocaron al lado de su madre, vestidos de medio luto. Los tres con la mirada fija en el ataúd, flanqueado en las esquinas por cuatro velones encendidos. Amelia, Rodolfo y Mitata, detrás de la viuda y los huérfanos, que recibían en silencio las primeras condolencias de la aldea. Y Eloy, Sabela y su hija, ausentes, pero en el pensamiento de todos.

Llovía con tanta fuerza que parecía que el techo de la trastienda iba a ceder. El temporal que se había desatado unos días antes había causado estragos en el establecimiento. El agua se había colado por debajo del cierre y, aunque Rosalía se afanó en retirarla con un escobón a medida que entraba, se había filtrado en las baldosas y entre los zócalos. El suelo rezumaba tanta humedad que el olor se imponía sobre el de los cirios encendidos.

Nadie soltaba una lágrima, nadie hablaba, nadie se atrevió a sacar un rosario.

Sólo el ruido del mar. Embravecido a lo lejos.

Antes de salir de Ferrol, la lluvia había aplastado las flores que cubrían el féretro, y Elisa había ordenado retirarlas, de modo que el cortejo fúnebre se encaminó hacia la aldea sin un ramo ni una corona.

—No quiero una lágrima en Cobas. Hay que ser fuerte. Sólo un poquito más, ¿podrás? —le había dicho a Jovita al subir al coche de alquiler que seguiría al de su padre.

La niña se secó los ojos y no volvió a llorar. No se había separado de él desde que su madre le desnudó y le metió en su cama. Tan enfermo que ni siquiera estaba segura de si sabía quién le tenía cogida la mano, que no soltó hasta que Elisa la arrancó de allí para que no presenciase lo que tenía que suceder.

De vez en cuando abría los ojos y parecía que la reconocía. Entonces ella le llenaba la frente de besos y le llamaba papá, como las niñas de su colegio llamaban a sus padres.

—Estamos aquí, papá. No estás solo.

Él se volvía a quedar dormido y respiraba tranquilo, cada vez más despacio, apurando cada sorbo de aire.

Sólo hacía dos semanas que sonó la puerta de la fonda y Amelia corrió escaleras abajo para abrir.

Jovita no le había visto nunca, pero cuando su madre y Eloy se levantaron con cara de asombro, no hizo falta que nadie le dijese de quién se trataba. La niña se puso de pie, se dirigió hacia él y, mientras los mayores le miraban sin saber qué decir, ella le cogió la mano y tiró de él hacia la mesa.

—¿Qué te pasa en los labios? ¿Tienes sed?

Manuela y Jaime también se habían levantado. El niño se escondió detrás de su tata y no se separó de ella en las dos semanas siguientes. Y Manuela miró a Eloy, blanco como la cal, se colocó a su lado, le cogió la mano como si necesitase un puntal que le sujetase y tampoco se separó de él hasta el final.

Martín los miró uno por uno sin verlos, se dejó guiar por su hija hasta la mesa y se sentó en la silla que ella había dejado libre.

Elisa continuaba inmóvil, sin capacidad de reacción. Extasiada ante los restos de un naufragio sin mar y sin sepulcro, sin manto de conchas, sin barco a la deriva. *Miña vida!* ¿Dónde estuvo tantos años? ¿Por qué no dio alguna señal de que debía esperarle? ¿Por qué tardó tanto en volver? ¿Por qué esperó a que se apagasen los ecos de su voz en la ternura de Eloy?

La tormenta no se había desatado aún, pero se intuía en el aire, caliente y confuso, desorientado, como si no supiera dónde posarse después de haber recorrido un camino agotador.

Jovita le sirvió a su padre un vaso de agua y se lo acercó a los labios resecaos. Sólo entonces él buscó la mirada de su esposa, se detuvo en ella y pronunció su nombre.

Traía en los ojos los años gastados, las manos vacías, las batallas que no había librado por ella, el destierro del que no se atrevió a huir, la desolación de tener que despedirse y la angustia de no saber si llegaría a tiempo. Y también la esperanza de poder darle a Elisa la paz que le había negado y la certeza de una viudez que se podría certificar.

Elisa miró a Eloy para que se sintiese seguro, y después se acercó a su marido, se agachó delante de su silla y le cogió las manos para rodearse la cara con ellas.

Unos segundos después Eloy le cargaba en brazos hasta el dormitorio principal, semiinconsciente, repitiendo el nombre de su mujer una y otra vez.

Ella le arregló el embozo con olor a lavanda, mientras Manuela cogía la mano de Eloy y tiraba de él hacia la puerta. Después Jovita volvió a coger la mano de su padre y no dejó de repetirle que no estaba solo.

Quince días más tarde Elisa le arropó de conchas de la playa de Ponzos.

Eloy y Manuela no asistieron al entierro; él porque quiso respetar el duelo de Elisa, como había respetado su despedida de Martín; la niña porque sabía que su madre no querría encontrarse con ella en esas circunstancias, obligada y a la vista de todos. Necesitaba su tiempo y su escenario. Y ella se lo daría como se lo había dado a lo largo de sus diez años: en la fuente de Churruca, en el camino del colegio, en la procesión de su primera comunión y en todos los demás lugares donde creyó que se escondía de su mirada.

—¿Estás segura, corazón? —le preguntó Eloy cuando arrancó la comitiva.

—Ella vendrá.

Y tenía razón, porque cuando Elisa se marchó con el manajo de cartas después del desayuno que siguió al entierro, Sabela cogió su maleta y echó a andar, ante la atónita mirada de su madre.

Atrás quedaban los candados, el miedo y el destino que otros escribieron para ella. Delante, un salto en el vacío, una cuartilla en blanco, quizá un borrón encima de otro que tendría que corregir, pero todos trazados por su mano.

Al llegar al alto de La Bailadora, distinguió la figura de Elisa caminando hacia ella, sin ropas de luto, sin cartas en las manos, sin preguntas, sin lágrimas.

Sabela se detuvo y esperó a que su hermana remontase la cuesta. Mientras se acercaba, el sol se divertía empujando las nubes a los lados.

Cuando Elisa llegó a la altura de Sabela, se miraron a los ojos y formularon una pregunta, una sola, que pronunciaron al tiempo mientras se colocaban una junto a otra para mirar en la misma dirección.

—¿Vamos?

NOTA DE LA AUTORA

Para escribir esta novela me inspiré en una de las mujeres a las que Rosalía de Castro llamó «viudas de vivos», mujeres gallegas que veían cómo sus maridos se marchaban a América para buscarse la vida. A veces no regresaban, o lo hacían al cabo de los años y volvían a marcharse, dejándolas a ellas al cuidado de los hijos y de las tierras.

Mi intención era escribir la historia tal y como sucedió, pero la ficción se impuso poco a poco a la realidad y, al final, el argumento sólo tiene algunos trazos de la historia real.

Elisa, Sabela y Martín existieron, aunque el único nombre que he conservado es el de la primera. Elisa tuvo una vida azarosa, repleta de elementos novelescos. Algunos aparecen en la trama principal y otros los he distribuido a lo largo de las secundarias, como homenaje a una mujer fuerte, admirada por todos los que la conocieron, que puede representar a muchas de esas «viudas de vivos» de principios del siglo xx, no sólo de Galicia, sino de muchos puntos de la geografía europea, donde el fenómeno de la inmigración económica hacia el continente americano fue una constante.

La aldea donde se sitúa la primera parte también puede representar esos pueblos que vieron cómo se marchaban sus vecinos en busca de un sueño, a veces cumplido, y la mayoría, frustrados. Mi homenaje también a esos lugares, a esos hombres que se marcharon y a los pocos que volvieron y que, como dijo Torrente Ballester, unos traían dinero, automóvil y una leontina; otros, más modestos, un sombrero de paja y un acordeón; los más, una enfermedad de la que morían, y todos, todos, el acento cambiado.

Mi agradecimiento y mi deuda con la familia de Elisa, que me ofreció la oportunidad de bucear en los claroscuros de su biografía para construir una ficción que siempre será superada por la realidad.

Y a Pepa, por sus consejos, por sus risas, por sus reflexiones, por las horas tranquilas, por las charlas y por acogerme en su Vélez-Málaga para escribir la mayor parte de estas páginas, con una generosidad que no sabré compensar nunca. Y por esos grabados de Castelao, donde se dibuja la Galicia rural de principios del siglo xx con una crudeza y una sátira sobrecogedoras, dignas del genio que fue.

Mi agradecimiento también a mi sobrina Dolores, mi hermana Ida, mi amiga Julia y mi agente, Palmira, las primeras lectoras de mis manuscritos, por sus correcciones y por entender mi impaciencia; a Zoa, Maya, Puri y Raquel, por su entusiasmo y sus valiosas aportaciones para la edición de la novela. Y a mis hijas y al resto de mi familia, siempre a mi lado.

Y cómo no, a Dulce, *por supuesto*.

Tierra sin hombres
Inma Chacón

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la imagen de la portada, Sina Domke / Trevillion Images

Gonzalo Torrente Ballester
Fragmento de *Los Gozos y las sombras. 1. El señor llega*
© 1957, Herederos de Gonzalo Torrente Ballester

«Tu nombre», *Lo que me dice tu boca*
© 18 CHULOS RECORDS, S. L., 2005

En un triángulo de ausencias
© Hilario Jiménez Gómez

Calles para un pez luna
© Ernesto Pérez Zúñiga

Animal impuro (Poemas reunidos)
© Adolfo García Ortega
© Fundación José Manuel Lara - Colección Vandalia, 2015

Poemas perdidos
© Alberto Osa

© Inma Chacón, 2016
c/o DOS PASSOS Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2016

ISBN: 978-84-08-16061-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights*.
Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que
le sea comunicado

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

BIENESTAR



¡Síguenos en redes sociales!

